

NOVELA DEL CLAN

# Assamita

GHERBOD FLEMING



VAMPIRO  
LA MASCARADA

Lectulandia

Fátima al-Faqadi lleva diez siglos hostigando y destruyendo a otras criaturas de la noche. Pocos pueden hacerle sombra. Existe para servir. Todo por la gloria de Haqim, Antediluviano fundador del clan Assamita.

Mas ahora las Noches Finales se aproximan y se ha alzado un heraldo que habrá de juzgar a los hijos de Haqim. A fin de mostrarse digna, Fátima debe asesinar no sólo al Cardenal Monçada del Sabbat, sino también a su chiquilla, Lucita, la única criatura que ha conseguido encender la pasión en el frío corazón de Fátima.

La fe contra la lealtad, contra el amor, y Fátima está atrapada en medio.

Esta saga es una monumental exploración en trece novelas, cada una de ellas sobre un clan del mundo prohibido de los Vástagos. Lo que comenzó en la novela del Clan Toreador continúa en esta nueva entrega, cuyo final determinará el destino de todos los seres humanos (e inhumanos) del mundo.

**Lectulandia**

Gherbod Fleming

# **Assamita**

**Novelas de clan - 07**

ePub r1.0

TaliZorah 16.11.13

Título original: *Clan novel: Assamite*

Gherbod Fleming, 1999

Traducción: Manuel Reyes García

Ilustraciones: John Van Fleet

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



**PRIMERA PARTE:  
«QUIENES AGUARDAN DISPUESTOS EN FILAS»**



*Sábado, 3 de julio de 1999, 3:18 h (hora local)<sup>[1]</sup>  
Gruta de los diez mil lamentos, cerca de Petra, Jordán*

Elijah Ahmed, califa de Alamut, atravesaba las tinieblas en silencio camino de su destino. Había dejado atrás sus sandalias hacía kilómetros, pulcramente depositadas ante el umbral de la caverna. Sus pies, cuyas plantas no habían sentido el roce de las arenas abrasadas por el sol del desierto desde los primeros días del profeta sagrado, no desplazaban ni un solo guijarro ni descolocaban la menor mota de polvo de su lugar de descanso sobre la arenisca.

La mente de Elijah guardaba silencio. La reconfortante escritura manaba de su alma del mismo modo que sopla la fresca brisa del atardecer, procedente del norte.

*«Él, Alá, es grande. Es Él, Alá, de quien todos dependemos. No engendra, ni fue engendrado, ni tiene igual».*

La oscuridad era absoluta, pese a lo cual el califa caminaba resuelto. El sinuoso túnel se bifurcaba en infinidad de pasadizos, mas Elijah no aminoró la marcha en ningún momento. Nunca antes había recorrido aquella senda y, sin embargo, los recodos de aquellas grutas toscamente talladas le resultaban tan familiares como el tacto de la sencilla tela que componía su túnica musulmana. No podía ignorar aquello que lo impulsaba hacia delante. No podía extraviarse.

Los pasadizos giraban a izquierda y derecha, sin aparente orden ni concierto; bruscas curvas en espiral que casi se cerraban sobre sí mismas, amplios arcos hacia el noroeste, repentinos cambios de sentido hacia el sur, zigzags cuya tangente conducía hacia el este sin apuntar nunca al sol naciente de forma directa. En medio de aquel caos esculpido, los pasos de Elijah Ahmed le guiaban siempre hacia abajo, cada vez más próximo a las entrañas de la tierra.

*«Él, Alá, es grande. Es Él, Alá, de quien todos dependemos. No engendra, ni fue engendrado, ni tiene igual».*

Cuando Elijah hubo dado al fin el último paso, se encontró no en uno de los pasillos de las últimas horas, sino en una cámara inmensa. La oscuridad se abría ante él como el más absoluto de los vacíos, mas ni siquiera la ausencia de luz consiguió ocultar a sus ojos la presencia del heraldo.

Se hallaba sentado sobre una pila de piedras gigantescas, un trono carente de adornos excavado en la roca. Tampoco el heraldo lucía ornamento alguno. Su cuerpo desnudo, infantil, se asemejaba a una escultura de carbón apelmazado, donde cada fisura, cada grieta en aquella superficie endurecida en el horno era en realidad una cicatriz dentada que contrastaba como un relámpago negro que restallara en mitad de la medianoche más oscura; oscura, a excepción de la luna creciente y sus estrellas, blancas como el hueso. La luna creciente de aquella medianoche era un collar de marfil que descansaba sobre el torso del heraldo, absolutamente inmóvil. Las estrellas también eran de hueso, si bien no se trataba de meros avíos; aquél era el esqueleto de ur-Shulgi, allí donde la piel de medianoche se había pelado o descascarillado antes de desprenderse; formaban el estuche de la esencia del heraldo, cuyo tuétano estaba compuesto de venganza.

Tal era el ser al que se enfrentaba Elijah Ahmed.

Elijah Ahmed, califa de Alamut, uno de los *du'at* tripartitas, miró el vacío sin fondo donde tendrían que haber estado los ojos del heraldo. Las cuencas aparecían inmersas en sendas quebradas de hueso; aquellos abismos eran como una acusación de heridas y crímenes cometidos hacía mil años, como si el propio Elijah le hubiese arrancado los ojos para distraerse, o a modo de broma cruel.

Mas el heraldo posó la mirada sobre Elijah, y vio.

—Elijah Ahmed —habló ur-Shulgi.

Elijah se postró de inmediato ante el heraldo. La arenisca, de la que debería emanar el frescor propio del vientre de la tierra, quemó la frente del califa. Mas éste lo soportó.

»Chiquillo de Haquim —dijo el heraldo—. Sangre de su sangre de su sangre de su sangre. —La voz de ur-Shulgi inundaba la cámara igual que el viento del sur del desierto. Sus palabras portaban el aguijón de las primeras motas de una tormenta de arena capaz de separar la carne del hueso—. Levántate, Elijah Ahmed.

El califa obedeció, como habría hecho aunque sus deseos hubiesen sido otros. Se incorporó sobre una rodilla. La arena, al tacto, se había convertido en el amplio manto que cubre el desierto a mediodía. No le hacía falta mirarse la palma de las manos para saber que su piel oscura comenzaba a tostarse; la rodilla izquierda, sobre la que descansaba el peso de su cuerpo; la suela de su pie derecho; el empeine del izquierdo. Con la cabeza gacha, humillados los ojos, Elijah no prestó atención al fuego que recorría su cuerpo y rindió silencioso tributo al heraldo de su señor.

Más se cernía una tormenta.

Los vientos del desierto, como un horno abierto alimentado por la rabia de los antiguos, se echaron sobre él. Su fina túnica musulmana se deshizo en cenizas de inmediato, al igual que su cabello, sus cejas y sus pestañas. El califa cerró los ojos para protegerlos del calor, pero sus párpados no tardaron en desprenderse como si

fueran de papel. No le quedaba otra opción sino ser testigo de su juicio final.

En aquel instante, Elijah Ahmed supo lo que era el miedo. Era una señal de sabiduría, ya que, ¿quién sino los estúpidos osarían no sentir miedo ante el poder desatado de los cielos? En aquel instante, Elijah supo también la pregunta que, sin palabras, cobraba forma en el seno de aquel feroz viento del desierto:

«¿Quién te da vida, Elijah Ahmed?».

Elijah ya no podía pensar con claridad, hasta tal extremo había subido la temperatura, pero no necesitaba la razón para afrontar aquel reto. La pregunta no era nueva para él; lo había acosado desde que era capaz de recordar, desde antes que el sabio Thetmes lo abrazara en aquella muerte sin fin, desde los días de Elijah como mortal, cuando seguía las huellas del profeta sagrado. Desde lo más profundo de su alma, la respuesta surgió rebosante como una calabaza que se llenara en el oasis de un desierto.

«Alá me da vida».

El viento feroz se convirtió en un tornado desatado. Rugió en los oídos de Elijah, cuyos frágiles cartílagos habían comenzado a fundirse y se derramaban sobre sus mejillas. También sus ojos desnudos padecían el asalto de la tormenta. Sus lágrimas se secaban antes de llegar a convertirse en llanto.

El heraldo ya no se encontraba sentado sobre su grandioso trono en el extremo más alejado de la cámara. No se había movido y, sin embargo, ur-Shulgi se erguía ahora, inmóvil, ante Elijah, a escasos centímetros del califa. La peñascosa piel carbonizada refulgía en el seno del violento torbellino.

—El joven Alá —musitó ur-Shulgi—. ¿Estás seguro, chiquillo de Haqim?

El rostro de Elijah se hallaba ahora mirando hacia lo alto, aunque no recordaba haberse movido. Sus ojos se transformaron en dos charcos de sangre cuando la tierna carne se desintegró bajo la furia de ur-Shulgi. La piel del califa se descascarilló y se desprendió a tiras. Cuando lo abandonó la visión, Elijah no fue consciente, no pudo darse cuenta, del momento eterno durante el cual no pudo parecerse más al heraldo ante el cual se arrodillaba. Elijah quería abrir la boca, decir algo, pero los músculos de su mandíbula habían quedado inservibles y su lengua se ennegreció hasta convertirse en un tumor incandescente.

A medida que ardía la carne de Elijah Ahmed, un credo resonó desde lo más hondo de su ser:

«Haqim ha extendido mi existencia, pero fue Alá el que me dio la vida. Alá es el más grande. Alá, de quien todos dependemos. No engendra, ni fue engendrado, ni tiene igual».

—Muy bien —dijo ur-Shulgi. Sus palabras se abrieron camino a través de los arruinados oídos de Elijah, hasta el interior de aquella mente que había cruzado el umbral del dolor—. En nombre del más antiguo, reclamo lo que le pertenece por



derecho.

Nada más ser pronunciadas aquellas palabras, el cuerpo ennegrecido que había sido Elijah Ahmed, califa de Alamut, vomitó la sangre de Haqim sobre una enorme vasija de barro.

Transcurridas muchas horas, los vientos se apaciguaron y todo fue de nuevo la calma y el silencio del vacío.

*Viernes, 9 de julio de 1999, 1:10 h*  
*Muro de Ikhwan, Alamut, Turquía oriental*

Ocho asesinos rodearon en silencio a Fátima al-Faqadi. La observaban con atención mientras sopesaban sus numerosas hojas.

Fátima los estudiaba a su vez. No le hacía falta calibrar el peso de la jambia que esgrimía en su mano derecha. El delgado puñal con su punta ligeramente curvada le resultaba tan familiar como los ojos rasgados que la observaban cada vez que se miraba en un espejo. ¿Cuántas noches hacía que lo llevaba colgado de su cinto? ¿Cuántas almas había reclamado para mayor gloria de Haqim?

Rotó lentamente en el vértice del círculo de asaltantes y tomó nota de los gestos delatores que aún no habían aprendido a ocultar por completo, ademanes que resultarían invisibles para la mayoría pero que le decían a Fátima todo lo que necesitaba saber, qué asesino sería el primero en atacar.

Fátima conocía sus nombres, mas aquella información permanecía almacenada en una parte de su mente que, de momento, había cedido el control a una consciencia más primitiva, a habilidades que había entrenado y empleado durante siglos hasta que sus respuestas aprendidas fueron más instintivas que el propio instinto.

Por el momento, el cerco de asesinos se limitaba a una gama de distintas posturas, cabezas ladeadas, armas, movimientos calculados. A medida que giraba, Fátima se percataba de multitud de detalles que encasillaba por orden de prioridad: el omaní blandía una espada de metro y medio; el irlandés, la única piel pálida del grupo, esgrimía un martillo de guerra. El resto portaba hojas más pequeñas de variado diseño, si bien el argelino y el egipcio habían roto la tradición de escoger armas ancestrales. El tigre tamil sostenía su pihakaetta un par de centímetros por debajo de lo que debería. La postura del separatista kurdo resultaba algo falta de equilibrio; sus hombros se hallaban tensos, en lugar de relajados y flexibles.

Los ocho giraron, avanzando de forma casi imperceptible.

Sin previo aviso, Fátima descargó su puñal a la derecha. Cuando los asesinos reaccionaron a su finta, lanzó una patada con el pie izquierdo que desencajó la rodilla del omaní. La espada del hombre cayó al suelo de piedra, seguida de él mismo, con la

pierna doblada en un ángulo visiblemente antinatural con el resto del cuerpo.

Antes de que su primer quejido se hubiera apagado, Fátima se apartó de un salto de la trayectoria del golpe que buscaba su espalda. Había sabido que vendría, y la única pregunta era, ¿de quién? La rusa. Ex miembro de la KGB, la única mujer presente aparte de ella. De manera simultánea, Fátima rompió la muñeca de la rusa, dobló el brazo de la mujer de modo que se apuñalara a sí misma por la espalda y la interpuso en el camino del arco que trazaba el martillo de guerra.

El ataque del irlandés golpeó a la rusa de lleno en la sien. Un agudo chasquido retumbó entre los muros de piedra de la Sala de la Hermandad. Al tiempo que la frágil agente de la KGB se desplomaba, Fátima le partió el antebrazo al nuevo asaltante y encajó su puñal en sus partes vitales para asegurarse. Tras desarmarlo de forma satisfactoria, se abalanzó sobre la hendidura que se apreciaba ahora en el círculo, dio la espalda a la pared y, en un insospechado alarde de generosidad, aguardó hasta que los cinco asesinos restantes hubieron recuperado sus posiciones.

Mas la pausa de Fátima no debía confundirse con un gesto de benevolencia. Aquellos asesinos eran sus alumnos. Tras haber reducido su número a casi la mitad en menos de treinta segundos, el pánico, o al menos la frustración, podrían abatirse sobre ellos. Si los derrotaba a todos en tan breve espacio de tiempo, Fátima no podría observar sus reacciones ante una situación desesperada.

Así que aguardó y observó. Los pies descalzos acariciaban en silencio la fría piedra de Alamut.

Los cinco asesinos restantes cerraron filas con cautela. Fátima, aunque era la primera vez que se enfrentaba a aquel grupo de *fida'i* había aprovechado aquellos primeros segundos de combate para familiarizarse con los movimientos de sus adversarios y sopesar la amenaza que suponía cada uno de ellos: muy poca. Con el martillo de guerra y la espada del omaní fuera de la ecuación, y la nueva proporción de cinco a uno, la balanza se inclinaba a favor de Fátima.

No mucho tiempo atrás, aquellos *fida'i* se habían contado entre los mortales más mortíferos pero, entre los hijos de Haqim, no eran sino bebés. Por cada uno de los años transcurridos para ellos desde que fueran acogidos en el redil, Fátima llevaba un siglo dedicada a su labor. Si bien eran asesinos veteranos, seguían aprendiendo a dominar las excelencias de la nueva fuerza que imbuía sus músculos. Fátima sabía que había quien nunca lograba recuperar el control intuitivo de sus cuerpos tras la transformación, quien nunca conseguía igualar en no vida el equilibrio de psique y temperamento que en vida los había hecho tan letales. Pero aquel grupo parecía prometedor.

Las antorchas encajadas en las abrazaderas de las paredes eran el único adorno del Muro de Ikhwan. Sus llamas proyectaban sombras que danzaban sobre los ricos tonos ocres y oliva de los rostros de los asesinos. Con el tiempo, su piel se

oscurecería, más como la de Fátima, y encontrarían en el seno de Alamut la unidad que se les negaba a los indignos.

Mientras cubrían de manera casi imperceptible la distancia que los separaba de ella, Fátima dedicó un puñado de segundos a atisbar sus semblantes; no había nadie entre ellos lo suficientemente fuerte como para doblegar su voluntad. Cinco halcones, soberbios, centrados, inescrutables, depredadores que acechaban a su presa. De los cinco, sólo los ojos del kurdo delataban la menor agitación. Fátima tomó nota de que quizás necesitara repasar las primeras lecciones de los *fida'i*, pero su respiro, y con él el momento de reflexión, tocaba a su fin.

El yemení cubrió la distancia que los separaba con un ataque cegador. Su jambia no hizo manar la sangre, mas no era aquélla la intención de su envite. Continuó descargando estocadas. De naturaleza defensiva, útiles para desviar cualquier posible ataque con el que decidiera responder Fátima, al tiempo que intentaba maniobrar con la esperanza de obligarla a girarse y enfrentarse a él, dejando así la espalda expuesta a los demás.

De improviso, la mano derecha de Fátima salió disparada hacia arriba. El yemení hizo ademán de contrarrestar el golpe, pero la jambia de Fátima estaba ahora en su mano izquierda. Le abrió el abdomen de un tajo ascendente y, tras cambiar el arma de mano una vez más con absoluta precisión, giró en redondo para desviar el ataque por la espalda del kurdo.

Su intención se limitaba a obligar al kurdo a retroceder, a deshacerse de su amenaza y lanzar un ataque contra el tigre que volvía a acosarla por el flanco izquierdo, mas el kurdo no se zafó. No hizo ademán alguno de esquivar su golpe.

En lugar de eso, se ensartó en su hoja. La jambia de Fátima se incrustó en sus entrañas. Entre la fuerza de su carga y el impulso de su envite ascendente, tanto la empuñadura como la mano que la asía penetraron en su estómago y, en aquel instante, aquella fracción de segundo antes de desplomarse destripado al suelo, el khanjar del kurdo sajó el antebrazo de Fátima.

Sintió el veneno de inmediato, reconociéndolo por lo que era.

Gin-gin.

La piel de su antebrazo lacerado se ampolló y reventó. El fuego corrió por sus huesos hasta las yemas de sus dedos. Comenzaban ya los espasmos musculares. El instinto tomó las riendas de la situación. No había tiempo para dilucidar cómo era posible que aquella traición inimaginable hubiera podido llevarse a cabo, cuál era el origen de tamaña alevosía. Fátima devolvió el arma a su mano izquierda en menos de las fracciones de segundo que tardó su diestra en quedar anulada por los calambres. Intentó cerrar la mano derecha para convertirla en un puño, sin conseguir siquiera llegar a mover un dedo.

El fuego se extendía por su brazo.

Fátima había estudiado hacía tiempo las ponzoñas de los asesinos, tanto las nuevas como las clásicas. El gin-gin era una de las más antiguas, una de las más oscuras, una de las más potentes. Pocas sustancias, pocos venenos, conservaban sus mortíferas propiedades cuando se las enfrentaba con la sangre de Haqim; pocas llegaban a ser letales para alguno de sus chiquillos. El gin-gin era una de ellas y, en aquellos momentos, corría por las venas de Fátima.

Un amplio barrido mantuvo a raya a sus tres adversarios restantes, por el momento. Aquel ejercicio no comprendía la rendición, sólo la victoria o la derrota. La capitulación de un maestro era algo sin precedentes, mas Fátima se enfrentaba a algo peor que la ignominia.

Obligó a su sangre a acudir al brazo dañado. Un veneno menos potente bulliría hasta evaporarse en un instante, dada su habilidad para transformar su propia sangre en una eficaz toxina, pero el gin-gin resistía sus envites. Con tiempo y una concentración absoluta, sería capaz de purgar el veneno de su cuerpo, pero aquéllos eran lujos que no podía permitirse. A menos que despachara a sus tres pupilos, y cuanto antes, el gin-gin continuaría propagándose por su cuerpo, tullendo los músculos a su paso. Si llegara a perder el conocimiento, lo cual ocurriría a ciencia cierta de quedar paralizada en plena embestida de sus alumnos, el veneno devoraría sus entrañas hasta que ni la sangre de Haqim encontrase restos que sanar.

Ya los tres asesinos le parecían a Fátima más buitres que halcones. Se preguntó si a la liebre del desierto le importaría que fuese un buitre o un halcón el que picoteara su cadáver. Miró fijamente a los tres, escrutando sus rostros en busca del más leve indicio de complicidad. ¿Una conspiración entre los *fida'i*? Carecían tanto de motivos como del talento necesario, por no mencionar el acceso al gin-gin. Haría falta un antiguo...

Mas la verdad tendría que esperar... si sobrevivía.

El argelino de su derecha vio su oportunidad en el brazo que oscilaba inerte al costado de Fátima. Se abalanzó sobre ella... pero no lo bastante rápido. Con la zurda, Fátima desvió la ancha hoja de su *dha* y, casi de modo simultáneo, le incrustó la frente en el rostro. Un giro, una patada, un cuello roto y un enemigo menos. Quedaban dos.

Eso es lo que pensaba Fátima, al menos, hasta que percibió cierto movimiento procedente del lugar donde el traicionero kurdo había caído... y donde *debería* permanecer tumbado. Se debatía por incorporarse de nuevo, una hazaña con la complicación añadida del entramado de vísceras desparramado a sus pies.

Fátima se sorprendió, pero no se dejó distraer igual que el asesino egipcio. Distracción que fue su perdición. Dos rápidos tajos del filo de Fátima y se derrumbó, desjarretado y retorciéndose de agonía.

Fátima embestía ahora contra el tigre, quien la esquivó con facilidad, aunque su

finta permitió que la mujer pudiera volver a concentrar su atención en el kurdo. Éste esgrimía aún su hoja envenenada y la agitación que había percibido Fátima en sus ojos había cedido el paso a la locura. Trastabilló en dirección a ella.

El brazo de Fátima palpitaba desde su mano hasta el hombro. Su sangre combatía el veneno y frenaba su propagación pero, al no poder dedicarle toda su atención, el gin-gin estaba devorando músculos y nervios. Los huesos no tardarían en volverse quebradizos y ceder ante su propio peso.

El kurdo, vidriosos los ojos a causa del odio y la demencia, se le echó encima. Fátima se movió, torpe, tratándose de ella, obstaculizada su finta por el peso muerto del brazo, aunque consiguió compensarlo lo suficiente. Un barrido y un brinco de su muñeca dispararon la jambia contra el khanjar. El arma del kurdo cayó al suelo. Fátima lanzó su hoja disparada hacia arriba para cercenar la garganta del hombre bajo su barbilla.

Empero, el kurdo enloquecido, con sus tripas desparramadas a su espalda, seguía hostigándola a pesar de unas heridas que tendrían que haber anulado a cualquier hijo de Haqim o vástago de Khayyin. ¿Qué era aquella criatura? Fátima no sentía la sangre de un antiguo en él y, sin embargo, tenía poder, un salvajismo que destellaba en sus ojos dementes, una violencia tan antigua como la propia tierra.

También el tigre se acercaba, con la intención de conseguir lo que ninguno de sus camaradas había conseguido: descargar el golpe de gracia sobre su maestra. ¿Estaría confabulado o se trataba de un alumno aplicado? En cualquier caso...

Con un movimiento fluido, Fátima giró sobre sus talones y lanzó su jambia contra el de Sri Lanka. El arma no poseía el equilibrio necesario para resultar un proyectil efectivo, pero los años de entrenamiento demostraron que habían valido la pena. El filo sesgó laringe y esófago y se hundió hasta la empuñadura. El tigre cayó de rodillas, como si le hubiesen amputado los pies, antes de desplomarse de bruces sobre el suelo.

Sin vacilar, Fátima giró en redondo y lanzó una patada. Su pie ladeó la cabeza del kurdo. El crujido de su mandíbula casi consiguió ahogar el cascabeleo de los dientes que rodaron sobre el suelo de piedra. Hincó una rodilla, aunque no en señal de derrota. Su mano salió disparada hacia el khanjar envenenado que yacía cerca de él.

Fátima sacó una antorcha de su soporte y descargo la maza ígnea contra la cabeza del kurdo, antes de estrellarla contra su rostro. El hombre se derrumbó de bruces y Fátima estuvo encima de él al instante. Le aplastó una mano de un pisotón y volvió a golpear con la tea, esta vez contra su nuca. Aplicó allí la llama, dejando que el fuego prendiera en el pelo y la carne no muerta. Los gritos y los forcejeos no consiguieron aflojar la presa de Fátima que, pese a emplear una sola mano, seguía siendo férrea.

Las lenguas abrasadoras lamieron con avidez la piel y los nervios que deberían llevar años convertidos en polvo. Transcurridos algunos segundos, Fátima hubo de



retirarse de un salto; su inmunidad al fuego no era mayor que la del kurdo. Éste se las había ingeniado para recuperar la verticalidad y volvía a abalanzarse sobre ella como una especie de diablillo ardiente.

Fátima trazó un nuevo arco con la antorcha, que fue a estrellarse de lleno en el rostro carbonizado del hombre, cuya cabeza se sacudió hacia arriba y a los lados en medio de una serie de crepitaciones y chasquidos. La fuerza del impacto había conseguido detener su embestida. Permaneció allí plantado durante un instante interminable, vueltos los ojos hacia el techo, antes de desplomarse y ser devorado por las llamas.

Fátima cayó de bruces, abrumada por el peso de su brazo muerto. La rodeaban el humo y los lamentos de cuantos alumnos desarmados conservaban el conocimiento. Apenas sintió el impacto de su rostro contra el suelo. Se había refugiado en su interior, implorando toda la potencia de su sangre, la sangre de Haqim, para combatir el veneno de su brazo. Seguía esperando una daga en la garganta en cualquier momento. ¿Dónde estaba el cómplice del kurdo? Ésa habría de ser su ocasión, mientras ella se enfrentaba a la ponzoña, completamente a su merced. Mas no hubo conspirador alguno que quisiera cobrarse su pieza. Lo único real era el fuego que ardía en su brazo.

Gin-gin. Esencia de raíz de gin-gin hervida con sulfuro en la vejiga de una cabra. Muy despacio, la sangre de Haqim obligó al invasor de su brazo a replegarse, abrumó a la toxina, la desmenuzó. Una insensibilidad glacial reemplazó al dolor abrasador. Los pensamientos de Fátima se amontonaban en su cabeza. ¿En verdad habría llegado la traición hasta el interior de Alamut, hasta el Muro de Ikhwan? Sus fuerzas la abandonaron en el preciso momento que el veneno era destruido, tras lo que el sopor la arrulló en su manto.

*Lunes, 12 de julio de 1999, 23:15 h*  
*Thames street, Baltimore, Maryland*

Parménides paseaba por la rada con total despreocupación. Ninguno de los ghouls de guardia en el exterior del Lord Baltimore Inn lo reconocería. Para ser del todo sinceros, hacía poco que él mismo se reconocía, con mayor o menor regularidad. El mirarse en el espejo y ver el rostro del ghoul Ravenna, muerto a manos del propio Parménides, devolviéndole la mirada, había dejado de suponer una experiencia traumática. A poco que se esforzara, podía fingir que se había acostumbrado. Si bien la situación no tenía ninguna gracia, lo irónico del asunto rayaba en la crueldad, una cualidad que Sascha Vykos exudaba igual que en su día vomitara vapores y cenizas el Vesubio.

Su cojera había desaparecido por completo, al menos. Parménides podía desenvolverse con la misma destreza de siempre y, en noches como ésta, cuando Vykos recompensaba su buen comportamiento con recados que le obligaban a traspasar los límites de la capital de esta tosca y joven nación, infestada de vampiros, casi era capaz de olvidar que no tenía escapatoria del semblante del antiguo Ravenna. Portar el rostro de otro hombre (así como el cuerpo, puesto que Vykos no había escatimado esfuerzos y no había omitido ni un solo detalle de su fisiología) en ocasiones podía resultar enloquecedor. Se descubría a sí mismo, con demasiada frecuencia, especulando acerca de la profundidad exacta bajo la piel, bajo la musculatura y la estructura ósea, donde radicaban los cambios a los que Vykos le había sometido. Había veces en las que llegaba a creerse el personaje que le habían moldeado, ocasiones en las que se veía obligado a recordarse...

Pensamientos fútiles. Parménides peinó hacia atrás el cabello oscuro de Ravenna con los dedos y aprovechó la oportunidad para hincar las uñas en el cuero cabelludo y recordarse lo que era real e inmediato, lo único que la creación había dejado tal y como era: la sangre y el dolor.

Esa noche, quizás por primera vez desde que lo habían puesto en manos de los demonios, Parménides estaba seguro de saber quién era. Assamita. Vástago de Haqim. El dolor que había sufrido no era nada en comparación con la humillación

que había padecido su clan durante siglos. Esta noche obtendría una pequeña cantidad de venganza, un grano de arena que añadir a un desierto que, con el tiempo, cubriría la faz de la tierra.

Rodeó la hostería hasta llegar a la entrada de servicio, situada en la parte de atrás. También aquí montaban guardia los ghouls, dos de ellos, pero el paso de Parménides les llamó tanto la atención como la brisa que soplaba procedente de los muelles. A sus ojos, todo se encontraba en orden.

El asesino se escurrió entre otros ya dentro del edificio. No tardó en encontrar una escalera de servicio y alcanzar la cuarta planta, donde la seguridad era relativamente escasa. Las zonas más delicadas, la sala de reuniones donde se decidían los asuntos de la Camarilla, por no mencionar los aposentos privados del príncipe Garlotte, ocupaban los pisos seis y siete. Parménides, si su información era correcta, no tenía por qué invadir tales lugares esta noche.

Se abrió paso sin ser detectado, dejando atrás a otro centinela ghoul; la Camarilla confiaba demasiado en aquellas criaturas sin forjar en lugar de tratarlos como a los chiquillos sin formación que eran, y dobló la esquina para llegar hasta el único ascensor de pasajeros de la posada. De uno de sus numerosos bolsillos ocultos extrajo un pequeño ingenio electrónico. Uno de sus bordes era un disco metálico plano, que encajó en la ranura que separaba a ambas puertas del ascensor. Apretó un botón del artefacto y, casi al mismo tiempo, las puertas se abrieron, impulsadas por una vibración sónica que los sensores interpretaron igual que si hubieran entrado en contacto con una persona en el momento de cerrarse. El timbre que solía indicar la apertura de las puertas permaneció en silencio. De hecho, nada en los alrededores más inmediatos de Parménides producía sonido alguno. Con el mismo sigilo, trepó hasta la escalera de servicio del hueco del ascensor y comenzó su descenso en el momento en que se cerraban las puertas encima de él, aislándolo de la brillante iluminación del pasillo.

No tardó en encontrarse de cuclillas sobre el techo del propio compartimento. A la espera. A la escucha.

No tuvo que esperar mucho a que el ascensor se pusiera en movimiento y comenzara a llevarlo de nuevo hacia arriba, pasando por el cuarto piso desde el que se había descolgado por el hueco, sin detenerse hasta la séptima planta. El ascensor había cubierto la totalidad de su recorrido y Parménides permaneció tumbado pacientemente mientras subía un único pasajero, el cual el Assamita asumió que pertenecía al género femenino; sus pisadas transportaban un peso ligero. Reconoció el sonido y la sensación de sus concentrados impactos, incluso contra el suelo enmoquetado del ascensor... tacones. La fragancia de un sutil y agradable perfume se abrió paso a través de las grietas que rodeaban la trampilla del techo.

El ascensor volvió a estremecerse y comenzó su descenso. No pudo evitar el

recordar un trayecto en ascensor que él mismo había realizado hacía escasas semanas, a no muchos kilómetros de distancia en Washington, D. C. En aquella ocasión él había sido un pasajero convencional, mientras la escotilla del techo ocultaba a otro polizón. ¿Dónde si no podría haberse escondido el Nosferatu mientras hablaba con él?

Mas ya Parménides se percataba del fallo dentro de su razonamiento, de su presunción infundada que lo había llevado a suponer que la rata de alcantarilla hubiese ocupado el techo del compartimento. Era posible, cuando no probable, que la criatura hubiese estado dentro del ascensor *con él*, que hubiesen compartido el mismo espacio sin éste saberlo. Circulaban historias aún más extrañas e imposibles entre los antiguos chiquillos de Haqim, y Parménides no había estado en plena facultad de condiciones aquella noche. Se había enfrentado a su señora, a los nuevos achaques de su cuerpo recién estrenado, y a sí mismo. Todo su dolor y humillación habían recibido la recompensa de una oportunidad para matar, su vocación, su eterna devoción, y él había fallado. Aquella decepción se sumó a las torturas físicas a manos de la Tzimisce y a la certeza visceral de que habían sido los suyos quienes lo habían puesto en manos de los demonios. El único solaz y consuelo aquella noche y las que la siguieron lo había encontrado en los brazos de Sascha Vykos, su torturadora, su perdición... su amor.

Parménides, incómodo, cambió de postura. La suave bota rozó el metal bajo su cuerpo. Se percató de su error de inmediato y se maldijo por haberse distraído. ¿Habría delatado su presencia? Nada lo indicaba en el interior del ascensor, que ya se detenía al llegar al vestíbulo. Podía huir, pero descartó aquella idea tan pronto cruzó por su cabeza, repugnado ante ella. Si fracasaba y resultaba destruido, la culpa sería sólo suya y de Vykos; suya, por su debilidad, de ella por disfrazar de afecto su cruda falta de humanidad. Aunque quizás él, formado durante años en el arte y la ciencia de arrebatar la vida, no fuese el más indicado para juzgar lo que era humano y lo que no. Por otra parte, a lo largo de la historia, ¿qué otro rasgo había caracterizado a la naturaleza humana con más fidelidad que el asesinato?

Pensamientos fútiles, inmiscuyéndose de nuevo en el momento menos apropiado.

Abajo, la pasajera salió del ascensor y recibió el saludo simultáneo de varias personas. «Señorita Ash», la llamaron. «Buenas noches, señorita Ash». «¿Quiere que le traiga algo, señorita Ash?». Se desvivían por ella como esclavos. Las edulcoradas respuestas de la mujer rezumaban condescendencia y contemporización. «Bueno, gracias. Qué amabilidad por vuestra parte».

Ash. Victoria Ash. Parménides conocía aquel nombre. Fantaseó acerca de la facilidad con la que podría haber destruido a la antigua de la Camarilla pero ¿para qué molestarse? El clan Assamita no albergaba ninguna inquina en especial contra los Toreador. Aunque actuara al servicio de Vykos, no existían razones para arriesgarse a

revelar su presencia antes de tiempo. El erradicar al clan Toreador al completo no conseguiría que el aparato bélico de la Camarilla se resintiese en gran medida. Más bien todo lo contrario.

Es más, pese al hecho de que sus antiguos lo hubieran entregado a Vykos, Parménides no se sentía compelido a apoyar la causa del Sabbat más allá de aquellos puntos donde coincidía con los intereses de los Assamitas. Así es como interpretaba él el conjunto de su misión. ¿Qué otro motivo habría impulsado a los antiguos a utilizar a la monstruosidad Nosferatu para mantener el contacto con él? Con toda seguridad, cada migaja de información que le proporcionaran llegaría también a oídos de la Camarilla. Por lo tanto, aunque Parménides se hubiese sojuzgado ante Vykos, los hijos de Haqim no tenían motivo alguno por el que rendir vasallaje al Sabbat. Aquella revelación era uno de los factores que a Parménides le permitía perseverar y hacer frente a aquella ordalía en lugar de rendirse a la desesperación.

La misión de esta noche aunaba los intereses del Sabbat y los Assamita de manera irrefutable. A sabiendas de lo cual, Parménides consiguió acallar los pensamientos turbadores, las racionalizaciones que acostumbraban a corroerlo por dentro desde hacía noches. Como le enseñaron tantos años atrás, su mente se sumió en un silencio sepulcral. Los minutos transcurrían más rápido de ese modo, fluyendo sin el dique de la duda para contener su caudal.

Parménides volvió a escuchar la voz de Victoria Ash, empleando un tono muy distinto del que acostumbraba con los sirvientes. Conservaba un dejo de condescendencia, si bien algo más respetuoso.

—María. —Dos pares de pisadas se acercaban al ascensor, mientras Victoria continuaba con su cháchara—. Fue decisión mía el esperarte en persona. Desmañado e impropio, lo sé...

El segundo conjunto de pisadas era más ligero que el de Victoria. Nada de tacones para María Chin, bruja Tremere de la capilla de Washington, D. C.

Parménides concentraba todo su ser en los sonidos procedentes de abajo. Las puertas del ascensor se cerraron. Una llave arañó el panel de bronce, antes de encajar en la ranura apropiada. El ascensor cobró vida con un murmullo y comenzó a subir. Victoria seguía dándole a la lengua.

Arriba, en absoluto silencio, Parménides extrajo el estrangulador que había fabricado para la ocasión de entre los pliegues de su capa. El alambre era algo más largo de lo acostumbrado, y había modificado y reforzado los mangos para conseguir una increíble potencia de tracción, aun cuando la víctima se encontrase a cierta distancia hacia abajo. Ningún Toreador iba a evitar que se cobrara la sangre de la hechicera. Según la tradición de *hadd*, la venganza, la *vitae* de Tremere no le pertenecía por derecho propio.

Parménides se ocuparía de que se hiciera justicia. Giró la manilla de la compuerta

del ascensor.



*Jueves, 15 de julio de 1999, 1:08 h*

*Exterior de la muralla, Alamut, Turquía oriental*

Fátima se apoyaba pesadamente sobre Mahmud Azzam, avanzaba a pasos cortos y laboriosos. Las nubes se cernían todo a su alrededor como una espesa humareda y los lánguidos copos de nieve se adherían sin derretirse a su piel como la ceniza.

—El califa ignora tu petición de audiencia —dijo Mahmud, dando rienda suelta a su indignación entre el cúmulo de nubes.

—Tal es su privilegio —le recordó Fátima a su compañero de clan, más joven.

—Pero en el pasado siempre te ha apoyado.

—No siempre —corrigió Fátima—, sino cuando le era posible. El califa ha de tener cuidado si favorece a una mujer sobre los hombres, a un musulmán sobre... —hizo una pausa, en busca del eufemismo apropiado—, sobre los demás.

—Los *demás* nunca han sido tantos —rezongó Mahmud, apropiándose del término y privándolo de cualquier posible cualidad eufemística.

—Haqim caminó sobre la tierra mucho antes que el sagrado profeta. Los musulmanes somos, a nuestra manera, meros recién llegados a la sangre. Estás en lo cierto —atajó la objeción de Mahmud—, nunca en toda nuestra historia se había dado la bienvenida a la hermandad a tantos no musulmanes.

Ambos caminaron en silencio durante algún tiempo. En ocasiones, las nubes se abrían y podían divisarse las cumbres circundantes, un anillo de almenas en medio de la bruma. Fátima permanecía con el antebrazo derecho vendado bajo su túnica. Había recuperado gran parte de su fuerza durante el transcurso de las últimas seis noches, aunque dependía del apoyo de Mahmud para no agotarse enseguida. Había sido él quien cuidara de ella durante su convalecencia y al-Ashrad, *amr* de Alamut, le había procurado una libación derivada de la sangre de los antiguos a fin de acelerar su recuperación.

Fátima había sido envenenada con gin-gin en otra ocasión. Durante los primeros años de su Transformación, como parte de su formación como *fida'i* le habían sajado la muñeca con un filo emponzoñado antes de abandonarla a su suerte. Si no conseguía recurrir al poder de su sangre, perecería. Aquella vez, el veneno no había

permanecido en su organismo durante mucho tiempo. Ésta vez, había tenido que ocuparse de otros asuntos antes de poder combatir la toxina y el daño que había soportado su cuerpo revestía mucha más importancia. Una vez más, había sobrevivido al gin-gin. No obstante, aún persistían las preguntas respecto a cómo era que había tenido que pasar por tal calvario por segunda vez.

—¿Qué hay de Gharok? —le preguntó a Mahmud.

—Sigue montando guardia ante los venenos, aunque le marcan a fuego con hierros candentes a cada hora, lo que tendrá que soportar durante cien noches. Su atención no volverá a flaquear.

—Eso lo fortalecerá.

—Imagínate la vergüenza que supone que un *fida'i* consiga infiltrarse y robe en el almacén —Mahmud meneó la cabeza en ademán de incredulidad.

—Si es que se infiltró.

Mahmud se detuvo en seco, obligando a Fátima a imitarlo.

—¿Crees que Gharok participó en el atentado?

Fátima negó con la cabeza, antes de indicarle con un gesto que continuara adelante.

—Gharok no haría tal cosa, pero tampoco permitiría que un insignificante *fida'i* lo burlara. Jamás.

—Entonces, ¿quién?

Fátima se encogió de hombros.

—Los antiguos han hablado.

El juicio de los antiguos había dictaminado que el kurdo, cuyo nombre no habría de volver a pronunciarse jamás a fin de que el clan pudiera limpiar su mancha, había actuado por cuenta propia. Por razones desconocidas, había robado el gin-gin e impregnado su arma con él para atacar a Fátima. Ésta sabía el propósito al que servían aquellos juicios; la explicación que más beneficiara al clan se convertía en la «verdad». Daba igual que los crímenes que se le imputaban al kurdo escaparan a sus posibilidades.

Gharok era tan competente como honorable. Soportaría el castigo para que la hermandad se fortaleciera. Fátima, antes o después, conseguiría su audiencia con el califa y formularía sus preguntas en privado. Aunque no se mostraba de acuerdo con la sentencia de los antiguos, no pondría en duda la conclusión. Aquello no sería honorable. Pero tampoco lo olvidaría.

Fátima azuzó de nuevo a Mahmud hacia delante. Apreciaba la presencia y la fuerza de su protegido, pero ya había tenido conversación más que suficiente. Respondió al resto de sus preguntas con monosílabos o encogiéndose de hombros.

Tiempo atrás, cuando era una *fida'i*, Fátima había dado por irrefutables los pronunciamientos de los antiguos, los había *creído*. Ahora, siendo *rafiq*, miembro de

pleno derecho de la hermandad y antigua a su vez, había aprendido a cuestionar, con paciencia y cautela, cuando la situación lo exigía. A pesar de todo, el hecho de que su intuición la aconsejara mostrarse suspicaz la desconcertaba. Puede que Elijah Ahmed, camarada además de califa, no tardase en acceder a entrevistarse con ella y pudiera por fin acallar sus dudas.

*Domingo, 25 de julio de 1999, 1:37 h*

*Harlem hispano, ciudad de Nueva York, Nueva York*

El lugar de reunión estaba cerca, ridícula y peligrosamente cerca. Aún dando un rodeo hacia el norte a través del parque de San Nicolás y doblando las medidas habituales para evitar que lo siguieran (pues, cuando se trataba de brujos, toda precaución era poca), Anwar había cubierto los escasos kilómetros que lo separaban de su destino en poco más de media hora, incluido el tiempo empleado en llamar a su contacto desde una cabina para averiguar adónde tenía que ir.

Quizá, pensó mientras dejaba atrás bloque tras bloque de edificios de ladrillo y cemento en diversos estados de abandono, en un caso como el que le ocupaba, donde había en juego un objeto substraído al clan Tremere, no dejaba de tener su lógica que la mercancía, por no hablar del procurador, permaneciera en la calle solamente el tiempo necesario. ¿Quién sabía qué hechizos podrían haber tejido los brujos alrededor de la gema en cuestión en caso de que hiciese falta recuperarla? No quedaba demasiado lejos del reino de las posibilidades el que el propio Anwar estuviese marcado de algún modo por su entrada en la capilla Tremere, estigmatizado por la propia sangre de brujo que había reclamado para sí. Eso sí que sería un brillante colofón para el traicionero brujo Aaron, quien había admitido a Anwar en la capilla y sido testigo de cómo éste le rompía la columna al regente Tremere antes de beber su vitae. ¿Qué ocurriría si el demudado y desesperado muchacho hubiese planeado su propia destrucción y tendido una trampa a su asesino? Aunque, en tal caso, Anwar podría haberse visto relativamente indefenso ante la traición dentro de la capilla... a menos que no fuese él el objetivo.

Aquella idea se le ocurrió cuando llegaba a su destino. Pese al riesgo que suponía perpetuar su vulnerabilidad, dio un brusco giro a la izquierda al pasar junto a una esquina. Había un número considerable de gente en la calle: jóvenes, tanto exultantes como taciturnos, buscando jaleo; prostitutas en busca de clientela; parias, en brazos de cualquiera de sus muchas adicciones o a la espera de estarlo; indigentes, aquéllos que no podían permitirse el aire acondicionado e intentaban zafarse del calor canicular. Anwar no tuvo problemas para escudar su presencia de sus mentes.

Además, alternó la cadencia de su paso, al trote, a la carrera, marcha veloz, y cruzó la calle de uno a otro lado en varias ocasiones. Se mantuvo alerta frente a cualquiera que pareciera interesado en darle alcance, cualquiera entre los rebaños de humanos que se percatara de sus erráticos movimientos, cualquiera que no fuese mortal y pudiera verlo. No vio a nadie y prosiguió su camino hasta la dirección que le habían dado por teléfono.

Hizo caso omiso de la escalerilla metálica que conducía hasta la puerta principal del edificio de tres plantas y bajó deprisa los peldaños de cemento que lo dejaron frente a la entrada del recóndito sótano del número 2417-A Oeste de la calle 119. La entrada superior exhibía todos los arcos de esperar en una firma legal o financiera minoritaria: puerta pintada con buen gusto de verde pino, manijas, aldaba y goznes de bronce, el tenue fulgor de la lámpara del recibidor procedente del interior. La entrada ante la que se encontraba Anwar resultaba menos acogedora, pero compensaba su falta de encanto con lo que le sobraba en seguridad. La verja enrejada cubría una puerta metálica de color negro que hacía las veces de salida de incendios. Las ventanas que la flanqueaban, aunque habían sido emparedadas, conservaban los barrotes antiatraco propios de una época anterior.

Anwar se plantó directamente enfrente de la puerta y pulsó el pequeño timbre a oscuras a su derecha; lo mantuvo apretado durante treinta segundos, tal y como le habían indicado. Mientras esperaba, intentó descubrir, sin éxito, las cámaras que sin duda debían de estar observándolo. Algunos instantes después, escuchó el roce del metal contra el metal, una barra pesada y luego uno de los cerrojos que se abrieron en el interior, y la salida de incendios se abrió hacia dentro. Ninguna luz procedente del interior recortó la figura de quienquiera que hubiese abierto la puerta. Anwar no veía más una oscuridad absoluta. La cerradura de la verja enrejada se abrió, al parecer por control remoto, y la puerta giró sobre sus goznes en dirección a él. Anwar se adentró en las gélidas tinieblas.

La puerta volvió a cerrarse con un chasquido, antes de que unas manos invisibles empujaran la salida de incendios a su paso, sumiéndolo en la más completa oscuridad. De nuevo el chirrido del metal contra el metal, esta vez alto y claro, cuando tanto la barra como el cerrojo se encajaron en su sitio.

Los penetrantes ojos de Anwar comenzaban a ajustarse a la ausencia de luz cuando lo cegó un doloroso fulgor. Parpadeó varias veces para deshacerse de la desagradable sensación y se encontró frente a una mujer de complexión atezada, si bien no tan morena como él. El rostro femenino carecía de la palidez mortecina de los recién fallecidos, así como de los distintos tonos endrinos que caracterizaban a los sirvientes más veteranos de Haqim. Era una mortal, por tanto, de mediana edad.

—Estira el brazo derecho —dijo la mujer, sin más preámbulos.

Anwar obedeció. La desconocida le asió la muñeca con una mano, mientras con

la otra extraía una jeringuilla del bolsillo de su arrugada rebeca. Sin molestarse en eliminar las burbujas de aire ya que, ¿qué sentido tendría, sin actividad cardíaca que dañar?, introdujo la aguja en el antebrazo de Anwar y le inyectó el líquido negro que contenía la hipodérmica.

—Espera aquí. —La mujer giró sobre sus talones y permaneció de pie ante la otra salida del vacío cuarto de cemento, otra puerta de emergencia, hasta que el cerrojo invisible se abrió con un chasquido, tras lo que abandonó la habitación. Anwar se dio cuenta de que la cerradura volvió a trancar la puerta.

Según lo que había visto, elogiaba las defensas del sitio. La entrada superior, pese a su aspecto más inofensivo, sin duda sería tan segura como la del sótano, si no más. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado al agresivo fulgor de las luces del interior, Anwar pudo distinguir las lentes diminutas, tres de ellas, ocultas a lo largo de la base del juego de luces. El hecho de que pudiera ver las cámaras le indicó que aquel cuarto era tan sólo una medida de contención, una muralla, por así decirlo, cuyo cometido era el de frenar el avance de cualquier intruso que intentara llegar hasta el corazón de la guarida. En el interior habría otras estancias mejor equipadas para la vigilancia invisible, cámaras donde nadie, ni siquiera un *rafiq*, sería capaz de discernir los instrumentos espías.

Anwar caminó con aplomo hasta el centro del cuarto, bajo la luz. Ninguna de las tres lentes apuntaba directamente hacia abajo. Había, desde luego, otra cámara en algún otro lugar, una que aún no había visto, que cubría esa zona, pero Anwar quería que quienquiera que estuviese espíandolo en aquellos momentos, y quienquiera que fuesen los superiores que recibían informes de sus actividades, supiera al menos que las había descubierto.

Antes de que Anwar hubiese podido localizar la situación de la cámara o cámaras restantes, el cerrojo de la segunda puerta contra incendios volvió a abrirse para franquear la entrada a un robusto hombre ataviado con un traje de negocios.

—James. Walters James —dijo el hombre, al tiempo que le tendía la mano.

Anwar lo había reconocido nada más verlo y sabía que Walters James no era su verdadero nombre. Era probable, no obstante, que tanto la mujer como los demás mortales del edificio conocieran a su jefe nada más que por aquel apelativo, así que lo trataría como a Walters James.

—Que el Antiguo te sonría —saludó Anwar a su camarada Assamita cuando estrechó la mano que le ofrecía.

—Y que tu espalda sea fuerte —repuso Walter James. No soltó la mano de Anwar después del apretón, sino que le levantó la manga hasta el codo e inspeccionó su antebrazo, donde la mujer le había puesto la inyección. La piel se veía tersa y sin mácula, ni rastro del orificio de la aguja.

James esbozó una sonrisa y descargó unas toscas palmadas sobre el hombro de



Anwar. El hombretón señaló el antebrazo de su invitado.

—Una fórmula de los *amr*. Si los brujos te hubiesen corrompido, si te hubiesen embrujado o seguido la pista, tu piel se habría ampollado. Una especie de prueba de alergia, en cierto modo, con la magia Tremere como alérgeno.

Anwar asintió con la cabeza.

—¿Y si me hubiesen corrompido?

La sonrisa de James no se alteró.

—Te habría destruido. —Soltó la mano de Anwar—. Y, en cuestión de diez minutos, esta base habría quedado desierta. Sin dejar rastro.

—¿Ni siquiera «Walter James»?

James se encogió de hombros.

—Un nombre. Nada más. Vía muerta.

—¿Y si los brujos no hubieran utilizado la magia para seguirme? ¿Qué tal un rastreador electrónico?

—Pasaste un escáner antes de atravesar esa puerta. Pero —se apresuró a añadir— no podemos estar seguros al cien por cien de todas las distintas posibilidades, así que hablemos ya de negocios. ¿Tienes la gema?

Anwar metió la mano en su abrigo y extrajo un paño plegado que procedió a desdoblar. James cogió de su interior la gema roja y negra y metió la mano a su vez en el bolsillo de su chaqueta. Sacó un pequeño estuche en el que guardó la gema, antes de devolver la cajita a su bolsillo. La sonrisa afable y complaciente de James era sempiterna, tanto que a Anwar le recordó una máscara pintada: el rostro moreno, los dientes blancos, los ojos tan conciliadores y genuinos como la propia sonrisa. Anwar podía imaginarse aquella sonrisa, inalterable, mientras James cercenaba la columna de un brujo, tal y como había hecho él. He aquí un hombre que podría haber hecho carrera entre las serpientes de no haber decidido ponerse al servicio de Haqim.

—Eres bienvenido si decides quedarte con nosotros —invitó James. Se frotó las manos como si quisiera borrar cualquier sucia traza de las artes de los brujos—. Hay *vitae*, a la que también estás convidado.

Había transcurrido poco tiempo desde que Anwar saciara su sed de sangre y venganza. No obstante, ambas eran sus compañeras inseparables, y la indulgencia no era lo mismo que la satisfacción. Lo que más le impelía era el deseo de recorrer las calles, de cazar. La sangre reclamada de su interior clamaba por más. En aquella ciudad habría más, del Sabbat o de la Camarilla, puesto que Nueva York albergaba a ambas.

—Muchas gracias, pero no creo que me quede. Ya he cumplido con mi cometido.

—Muy bien —convino James, en su papel de gracioso anfitrión—. Mantente alejado de la capilla de los brujos. Es probable que haya revuelo en la colmena. Algunos Sabbat rondan por ahí, aunque la mayoría parece que se ha trasladado a

Washington. Tiburones, sangre en el agua, todo eso.

Volvió a estrechar la mano de Anwar, con fervor, al estilo americano.

Escasos momentos después, Anwar volvía a acechar en la noche, deleitándose con el regusto que dejaba la sangre de Tremere en el paladar, así como con la gloria que sus gestas pudieran proporcionarle dentro de la hermandad. Los mortales seguían holgazaneando aquí y allá, pero pasó de largo ante todos ellos. Aquella noche le apetecía catar sangre algo más succulenta.

*Miércoles, 28 de julio de 1999, 22:01 h*

*Una gruta subterránea, ciudad de Nueva York, Nueva York*

Calebros tiró de la delgada cadena de cuentas de su caprichosa lamparilla. La luz titiló y se apagó, permitiéndole disfrutar de la tranquilidad que le proporcionaba la oscuridad absoluta. Se rascó el cuero cabelludo con las garras, una y otra vez, paladeando la sensación, e intentó eliminar la tensión que agarrotaba su cuerpo.

El ritmo de los acontecimientos se había acelerado hasta volverse incontrolable, y él era responsable en gran medida. Siempre entrañaba peligro tirar de los hilos sin saber exactamente dónde estaban atados.

Intentó enterrar aquellas ideas y estiró su deforme columna. Por un momento, en la oscuridad, le había parecido sentir el tirón de unos hilos de los que él no era el dueño.<sup>[2]</sup>

28 de julio de 1999

Ref: asesinos

13/7 asesinato de María Chin en Baltimore.

Informes por mensajero: ni rastro de Ravenna/Parménides en Washington aquella noche.

Parece probable que nuestro peón Assamita fuese el responsable. ¿Se podría volver a los Assamitas contra el Sabbat? Que Colchester presione el plan de Lucita (Las.) con Pieterzoon. Sus actos podrían provocar una respuesta.

Sobre todo si tenemos en cuenta  
anteriores colaboraciones

Además: rumores de problemas en la  
Capilla de los Cinco Distritos

Tenemos que distanciarnos de los  
Assamitas todo lo que podamos,  
sin que se enfaden

*Martes, 17 de agosto de 1999, 20:59 h*  
*Cámara del día, Alamut, Turquía oriental*

Oscuridad. Cedió a regañadientes cuando hubo abierto los ojos. No había ventana alguna entre aquellos enormes bloques de piedra que permitiera la entrada de la luz de la luna ni de las estrellas pero, lentamente, la superficie de las piedras comenzó a hacerse aparente. Luego las delgadas y ordenadas hendiduras que delataban los puntos donde se tocaban los gigantescos bloques. Incluso su textura se reveló ante ella, transcurrido el tiempo necesario. La bruñida superficie del techo y los muros se veía interrumpida por alguna que otra picadura, constelaciones de negro sobre negro que salpicaban la bóveda celeste interior.

Por un brevísimo instante, Fátima se aferró al reconfortante olvido que era su descanso, pero la niebla se disipó en su cabeza incluso antes de que la oscuridad se hubiese asentado en los familiares diseños de gris, negro y púrpura. Rápida de mente, fuerte de espíritu; así había sido siempre. Infalible al servicio de las necesidades de los suyos.

Pasó las piernas sobre la losa de piedra y se sentó, enhiesta, sobre su rígido lecho. No había sábanas que apartar de un puntapié. Aquélla que había escalado la montaña no sentía miedo ni frío. Ninguna almohada, ningún tejido, ni tosco ni delicado, adornaba su cama. El día, por necesidad, era tiempo de descanso, tiempo para que la sangre de Haqim sanara el cuerpo cuando fuese necesario, mas convertir aquellas horas en un lujo suponía poner el pie en la senda de la pereza. Malgastar una hora, incluso un minuto, te apartaba del auténtico camino, el camino de la *hijra*, en el cual podrías haber avanzado otro paso. Para quien había decidido caminar a través de la noche eterna, los minutos desperdiciados se convertían en horas desperdiciadas, y éstas a su vez en años desperdiciados, años que podrían haberse empleado al servicio del Antiguo, y de la *ikhwan*, la hermandad. ¿Durante cuántos años más habrían padecido los hijos de Haqim bajo la maldición de los brujos *kafir* si el sabio al-Ashrad no se hubiera dedicado con tanto encono a acabar con ella?

Fátima se incorporó de su losa. Se quitó la ropa igual que una serpiente muda de piel y se cubrió con una túnica limpia de color blanco, antes de cruzar la diminuta

celda en dirección a una palangana de cerámica. En la oscuridad, el agua del interior del recipiente yacía en calma, semejante al aspecto que ofrecería uno de los grandes lagos salinos del desierto visto desde la cima de una montaña a kilómetros de distancia. Cuando hundió los dedos en aquel mar, dunas concéntricas surcaron la inmensa superficie. El agua que le salpicó el rostro se había contagiado del frescor de la noche, pero no igualaba la frialdad de su marfileño cutis. Purificado el rostro, se lavó metódicamente las manos y los antebrazos. Una racimo de gotas se adhirió al descolorido tejido cicatricial de su brazo derecho, una pálida marca del veneno que sólo el tiempo, si acaso, conseguiría borrar. Se secó con una toalla áspera antes de dirigirse a su *templum*, frente a la diminuta alcoba orientada hacia el sur, donde se entregó a la oración silenciosa. El intrincado entretejido de la alfombrilla de las plegarias, sobre la que Fátima se encontraba genuflexa, se perdía en las tinieblas.

Alzó las manos abiertas.

—*Allahu akbar*.

Unió las palmas.

—Bendito sea Alá, señor de todos los mundos, el más benévolo, piadoso, rey del día del juicio. Sólo a ti adoramos y sólo a ti pedimos ayuda. Guíanos por el buen camino, por la senda de aquéllos a quienes has bendito, no la de aquéllos que se han extraviado. Pues Dios es uno, el Dios eterno, el que ni engendra ni fue engendrado, sin igual.

Fátima se inclinó desde la cintura y apoyó las palmas de las manos sobre las rodillas.

—*Allahu akbar*. Alabada sea la perfección de mi Señor el más grande.

Volvió a enderezarse.

—*Allahu akbar. Allahu akbar* —repitió, tras postrarse sobre la esterilla. Tocó el suelo con la frente, antes de sentarse sobre los talones, con las manos recogidas sobre el regazo—. *Allahu akbar*. —Luego repitió por segunda vez, postrada, rendida ante Dios—. *Allahu akbar*.

Completa una *rak'ah*, Fátima recitó su plegaria dos veces más. Los momentos transcurrían a medida que pronunciaba las palabras rituales del *salah*. El sonido de su voz, de su fe dada forma, abarcaba los siglos ya pasados; apelaba a su sentido de lo que *fue*, y ella fue de nuevo lo que había sido en su día; una joven, una muchacha, rendida ante Dios, ofrendándose a sí misma ante Él con la esperanza de que pudiera ser digna de defender a su familia, a su hogar, de los *kafir*. En aquellos días de inocencia, había visto y sufrido en sus carnes los estragos de los bárbaros mortales, pero había pasado por alto a los monstruos que se arrojaban entre los mantos de oscuridad que dejaban los cristianos a su paso, había pasado por alto a las auténticas bestias, criaturas de sangre y muerte infinita para quienes los mortales no eran sino meros títeres. Ahora sabía más cosas. Muchas más. Pero nunca se rindió ante la

desesperación.

Inmersa en la serenidad y la entrega del *salah*, Fátima volvió a ser aquella chiquilla inocente, como siempre lo había sido, devota de Dios, instrumento de Su voluntad.

*La ilaha illa 'l-Lah.* No hay otro dios sino Dios.

*Wa Muhamadan rasula 'l-Lah.* Y Mahoma es el mensajero de Dios.

Ni todos los años transcurridos desde aquel entonces, ni toda la arena que azota la faz del desierto, la habían podido despojar de aquello. Era Fátima al-Faqadi, llamada así en honor de la hija del profeta.

*Salla-'l-Lahu 'ala sayyidina Muhammad.* Que Alá bendiga con Sus oraciones a nuestro señor Mahoma.

*Al-salamu 'alaykum wa rahmatu l-Lah.* Que la paz y la piedad del Señor estén con vosotros.

Fátima había subido a lo alto de las almenas y se encontraba pasando revista a los *fida'i* cuando el mensajero dio con ella. El cielo aparecía despejado esa noche, una oscura cúpula de éter que parecía extenderse no mucho más allá de las cumbres circundantes y las acercaba a Alamut con su abrazo. El Nido del Águila resultaba casi inaccesible, salvo por una ruta que atravesaba las traicioneras gargantas y quebradas. Cientos de metros más abajo, asesinos de más edad y demostrada valía que los *fida'i* patrullaban un perímetro de varios kilómetros y controlaban cualquier acercamiento. Además, los velos místicos tejidos por los *amr*, los más consumados hechiceros Assamitas, ocultaban la fortaleza montañosa a los ojos de la tecnología y lo arcano, a los satélites espías y a los brujos por igual.

El capitán de la guardia y aquéllos a su cargo habían cumplido con su cometido relativamente bien. En opinión de Fátima, no obstante, aún quedaban muchos aspectos por mejorar. Aunque resultaba improbable que los guardias llegasen a enfrentarse jamás a verdaderos intrusos, el destacamento, en lo que a formación y disciplina se refería, no era algo que los antiguos se tomaran a la ligera. Gran parte del tiempo de un asesino, de hecho la mayoría de las horas que empleaba dedicado a su vocación, consistía en observar y esperar. La vigilancia constante era algo esencial. Las habilidades de observación debían dominarse con tanta maestría como las referentes al armamento, a los venenos o al disfraz.

Fátima preguntó a diversos miembros de la guardia, inexorable, acerca de incontables detalles que una mente distraída habría pasado por alto: el número de rondas que comprendía su recorrido por la sección de las almenas que les habían asignado, el descenso aproximado de las temperaturas previsto para la próxima hora, los nombres de ciertas estrellas y constelaciones, cambios en la dirección del viento... La estimación por parte de un neonato de la altura a la que se elevaba la cima de una montaña vecina no satisfizo a Fátima. Ésta le ordenó que escalase hasta

la cumbre.

Los *fida'i* respondieron de forma satisfactoria a la mayoría de las preguntas. Aunque resultaban relativamente jóvenes dentro de la sangre, aquellos chiquillos honraban a Haqim. De no haber sido así, jamás habrían conseguido llegar hasta donde estaban. Todo comenzaba con el intenso proceso de seguimiento, mucho antes de que ningún mortal supiera que lo estaban vigilando, separando de manera inflexible el grano de la paja. Sólo los candidatos sobre cuyo potencial no existiera ninguna duda llegaban a atisbar los misterios más superficiales de la Senda de la Sangre, y sólo aquéllos que recorrían con paso firme el camino que habría de conducirlos a la consecución de aquel potencial, tras varios años de estudio como mortales y ghouls, llegaban a iniciarse en la hermandad... donde perdían la *virginidad* alimentándose de aquellos candidatos de menos valía junto a los que se habían formado.

El mensajero permaneció en las inmediaciones, paciente, sin dar un paso al frente hasta que Fátima hubo completado su inspección. Pese a la rubicunda apariencia de su rostro moreno, Fátima sabía que el mensajero pertenecía a la familia Marijava y que era un ghoul que llevaba más de cuatro siglos sirviendo con total fidelidad al servicio de Amr al-Ashrad, hechicero supremo de los hijos de Haqim.

—El *amr* hablará con vos —anunció el mensajero, con la vista humillada en actitud deferente hacia Fátima.

Ésta asintió con un gesto seco y comenzó a cruzar las almenas de inmediato. El mensajero reanudó su marcha tras ella. El califa seguía sin responder a sus solicitudes de audiencia; ni siquiera había vuelto a ver a Elijah Ahmed desde el ataque del kurdo. Quizá el *amr* quisiera hablar con ella acerca de aquel asunto. Fátima, aunque respetaba las formalidades del protocolo, no estaba acostumbrada a verse postergada durante semanas, ni siquiera por miembros del *du'at*.

El mensajero y ella descendieron una empinada serie de escalones, bajo la nocturna techumbre alpina, antes de adentrarse en la propia montaña y atravesar pasillos excavados en la roca, inmersos en los sonidos de diversas actividades: el repiqueteo del metal contra el metal; gruñidos de agotamiento, frustración y dolor; el estrépito de los cuerpos al estrellarse contra la piedra. Por todas partes, en cada estancia que cruzaban, había *fida'i* practicando. Agudizaban sus habilidades con la hoja y la porra. En la Sala de Ikhwan, un grupo ensayaba presas y llaves. A medida que Fátima y su escolta descendían, el apagado sonido de las armas de fuego llegó a sus oídos; el estruendo podría haber procedido de kilómetros de distancia, mas no se daba el caso. Las prácticas de tiro tenían lugar allí, en la montaña. Varias décadas en el pasado, una enorme estancia se había convertido en un campo de tiro, donde los hechizos entretejidos a su alrededor acolchaban la reverberación de las explosiones. Con la muerte, al igual que con cualquier otro arte o profesión, el tiempo y la



tecnología aportaban cambios. Los puristas habían puesto la voz en grito en su día ante la ballesta y el arco compuesto. Ahora, el rifle de asalto, las armas de francotirador, se contaban entre los instrumentos preferidos, y los puristas volvían clamar ante la inexperiencia de los *fida'i* con el arco... una acusación que, desde luego, carecía de fundamento. Fátima, entre otros, se encargaba de que no se descuidase ningún aspecto de la educación de los iniciados. Los métodos de antaño habían demostrado su valía hacía mucho, mas la humanidad nunca cesaba de pergeñar nuevas y más eficaces formas de matar.

Fátima continuó descendiendo, hasta que pronto fue el sonido de dos pares de pisadas lo único que despertaba ecos efímeros en la roca. Los desnudos del combate dieron paso al añejo silencio de incontables épocas. Allí el aire resultaba ligeramente más cálido, ajeno a las fluctuaciones de la temperatura del exterior. Poco era aquello capaz de sobrevivir en las profundidades de Alamut, como pocos eran los miembros de la hermandad que habían conseguido hollar la piedra que constituía el corazón de la montaña.

Llegaron ante una puerta de madera, recia y majestuosa, una de las pocas que se alzaban a lo largo de los traicioneros senderos de la fortaleza. Fátima aguardó, el porte firme, la barbilla al frente, mientras el mensajero asía la enorme anilla de metal y abría la puerta, antes de traspasar el umbral. Transcurrieron varios minutos. Al cabo de cierto tiempo, el ghoull regresó para conducir a Fátima a través de una serie de estrechos pasillos que los condujeron ante la estancia adecuada. Allí la dejó a solas, erguida ante la trémula cortina de seda azul celeste que ocupaba la arcada de piedra. Fátima apartó el velo a un lado con delicadeza y entró en la cámara.

Al-Ashrad estaba sentado a no mucha distancia, al otro lado del cuarto, cuyas paredes aparecían cubiertas de estantes. Era él un diamante de excepción en medio de los carbones con cuyo color se identificaban las pieles de sus hermanos, mientras que la suya refulgía como el marfil. Era un diamante auténtico lo que ocupaba la cuenca donde tendría que descansar su ojo izquierdo, incontables facetas de blanco sobre blanco encajadas en una de las profundas quebradas de la angulosa orografía de su semblante. Llevaba la cabeza afeitada sin mácula pero, más que a una cúpula bruñida, se asemejaba a un peñascoso canto rodado, maleado por el clima y el tiempo y, sin embargo, fuerte y estoico. Entre las hebras de su blanca túnica musulmana, sólo unas imperceptibles puntadas señalaban dónde terminaba la ropa y comenzaba la carne. Una de las mangas, prendida con alfileres a su hombro, estaba vacía. Ni vestía ni portaba regalía alguna propia de su oficio; la desocupada manga izquierda y el ojo diamantino componían sus únicas prendas de distinción, puesto que el brazo y el ojo, según la tradición, eran reclamadas en juicio por Haqim en persona. El célebre mago había caminado sobre la tierra durante las noches del Antiguo más Antiguo y era sangre de la sangre de Haqim. Al-Ashrad había cometido una ofensa de algún tipo,

pese a lo que su valía lo había vuelto demasiado valioso como para que el Antiguo lo destruyera. Se decía que el *amr* llevaba milenios al servicio de Haqim.

No saludó a Fátima. Su ojo derecho, azul celeste como la cortina que ondeaba en el pórtico, miraba en dirección a ella, sin ver. Lo que observase a través del orbe diamantino, bien fuese aquella estancia u otro lugar a kilómetros de allí, siglos en el pasado o tiempos aún por venir, ella no podía saberlo. Circulaban leyendas acerca de antiguos cuyos ojos se hallaban repartidos sobre la tierra para, de ese modo, ver y hacer valer su ley en lugares donde no pisaban.

El hoyuelo de la afilada barbilla de al-Ashrad descansaba sobre su pulgar; el dedo índice le cruzaba los labios, como si exhortara a Fátima a callar antes de que hubiese pronunciado palabra. Los estantes que cubrían el cuarto se veían llenos de tomos manoseados, cuyos lomos de cuero se habían ajado a causa del uso y la edad. La pared de la derecha sostenía una balda combada bajo el peso de los pergaminos. Sólo había un taburete, sobre el que descansaba el *amr*, y aunque hubiese dispuesto de más sillas, Fátima jamás habría osado sentarse en su presencia. Permaneció de pie y esperó mientras se consumía la única vela que iluminaba la estancia. Ardía en deseos de preguntarle acerca del kurdo, lo cual ya habría hecho de encontrarse ante el califa, con quien podría haber hablado con mayor libertad; no osaría interrogar al *amr* a menos que fuese él quien sacara el tema a colación.

Esperó durante una hora. Y gran parte de la siguiente Durante todo aquel tiempo, al-Ashrad no cambió su postura ni la expresión de su rostro. Como ocurría siempre que se encontraba en su presencia, Fátima sintió que la atmósfera rezumaba... energía, ¿magia? El vello que le cubría los brazos le producía cosquillas; había ocasiones en las que parecía sentir lo que podría haber sido el soplo de la brisa pero no había ráfaga de aire alguna en la estancia. El espacio que la separaba del *amr* parecía ondular en determinados momentos, lo que sólo era capaz de percibir a borde de su visión periférica, por muy atenta que hubiese estado durante todo ese tiempo, como si sus ojos fueran demasiado débiles, como si su mente careciera de la experiencia necesaria para captar la realidad. De aquel modo transcurría su espera, en un estado rayano en el asombro.

Al-Ashrad se movió. Ladeó apenas la cabeza, y la mirada de su ojo sano, la mirada que había traspasado antes a Fátima para atisbar algún lugar que se extendía más allá de ella, por fin se posó sobre la mujer.

—Ah. Fátima —dijo, iluminados sus rasgos por una chispa de reconocimiento—. Te he hecho esperar. Perdóname.

Sus palabras retumbaron en el interior de la caja torácica de Fátima; el aire vivaz, ante la intromisión de aquella voz, parecía que hubiese comenzado a reptar dentro de su cuerpo. Había pronunciado las palabras con desenfado, pero seguía existiendo un golfo de... *experiencia* entre ambos, un abismo de existencia cualitativa que Fátima

no podía ni soñar con cruzar, como si ella fuese una pulga del desierto y el *amr* un vasto océano.

—*Salaam*. —Se inclinó ante él—. No hay nada que perdonar.

Entonces ocurrió algo extraño. El más tenue atisbo de una sonrisa afloró a los labios del *amr*. Su mirada, impertérrita, volvía a perderse en la distancia. Fátima creyó por un instante que tendría que esperar de nuevo para poder hablar con el sabio y poderoso al-Ashrad, pero la distante preocupación de éste duró apenas algunos segundos, tras los que estuvo de nuevo con ella. La escrutó con su penetrante ojo azul; ardía con el frío de una estrella de hielo que se hubiese desprendido del cielo del norte.

—Siempre hay algo que perdonar —dijo al fin.

Fátima no supo qué responder, así que optó por guardar silencio.

Al-Ashrad la abrazó con la mirada. Era como si tan intenso escrutinio fuese la única forma de conseguir mantener la atención fija en ella, como si lo que fuera aquello que veía a través de su ojo diamantino precisara de toda su energía y sólo mediante un acto consciente de voluntad consiguiera aferrarse a las inmediaciones del aquí y ahora. En todo momento, el aire que lo rodeaba parecía estremecerse, inquieto y agitado, dotado de vida.

—¿Duermes bien? —preguntó el *amr*. Ante el azoramiento de Fátima, añadió—: Durante las horas de sol, ¿descansas en paz?

Fátima sopesó la respuesta durante un momento. Aunque no conseguía adivinar a qué fin obedecía la pregunta de al-Ashrad, tampoco le parecía que la hubiese convocado para charlar de banalidades e intercambiar formalidades. Ella había acudido con la esperanza de poder hablar acerca del asalto del kurdo, de la imposibilidad de aquel incidente, pero era el *amr* quien decidiría el tema de la conversación.

—Sí —repuso, con sinceridad, hablándole con la misma franqueza que emplearía una niña para contestar a su padre.

—¿Descansas del mismo modo que lo haría un mortal dormido, o como alguien que ha burlado a la muerte?

Fátima meditó también aquella pregunta, enunciada con total impasibilidad. No era aquella una cuestión a la que hubiese dedicado siglos de meditación, no desde las primeras noches de su Transformación.

—Para mí, nunca ha existido una gran diferencia entre ambos, entre el sueño de un mortal y el descanso de los de nuestra clase. —Rememoró aquellas noches tan lejanas—. Como mortal, había noches en las que el sueño me rehuía... espantado por preocupaciones, o por la enfermedad, o por las pesadillas. Ahora sólo hay descanso.

—¿No sufres pesadillas? —Formuló la pregunta en el mismo tono que las anteriores. No se inclinó hacia ella ni endureció la mirada y, no obstante, las palabras

retumbaron dentro de Fátima. Su voz se derramó con un saco de piedras en el pecho de la mujer. Puede que se dejase sentir a su vez el crepitar de la electricidad en el aire, una agitación de fuerzas invisibles para ella, pero de eso no podía estar segura.

—No tengo sueños. No he vuelto a soñar desde... —Escarbó en su mente para desenterrar los recuerdos de la última vez. Había sido hacía tanto tiempo... Había transcurrido casi un milenio desde que abandonara su vida mortal. Pero se acordaba. El sueño no le había mostrado a ningún joven amante, como quizás hubiese sido lógico en una mujer de tierna edad. No, había mostrado violencia, fuego y muerte, invasores bárbaros, cristianos armados y sedientos de sangre que descuartizaban a su familia, violaban a su madre y a sus hermanas ante los ojos de sus parientes masculinos, y luego los asesinaban a todos. Era un sueño que, en lo que había quedado de sus días mortales y en todas las noches que vinieron después, se había esforzado para no ver hecho realidad. No había llegado a ocurrir. Había protegido a su familia. La causa se había cobrado sus víctimas, como era de esperar, pero ninguno cayó como cae el cordero en el matadero. Con el tiempo, todos ellos habían pasado a mejor vida. Había, claro está, descendientes. Muchos, de hecho. Pero en algún momento tras el nacimiento de los nietos de los nietos de sus padres, la conexión había comenzado a distanciarse. ¿Cuántas veces más podría haber observado de lejos el parto de una criatura, cómo ésta crecía, jugaba y vivía, amaba y contraía matrimonio, engendraba sus propias criaturas, envejecía y moría? El ciclo era interminable y, aunque ella había sido apartada del mismo, era su propia escisión, su distanciamiento del ciclo, lo que había garantizado la supervivencia de su familia. Ahora se hallaban repartidos por todo el mundo, sangre de la sangre de sus hermanos y hermanas. Había cumplido con su deber para con ellos—. Hace mucho que no sueño.

Al-Ashrad no dijo nada, aunque Fátima sintió que conocía cada uno de sus pensamientos, sus angustias, su último anhelo. Por alguna razón que no alcanzaba a discernir, aquel sentimiento la incomodaba sobremanera.

—Descansas sin sueños —musitó el *amr*— y te alzas todas las noches para servir a tu señor.

—Sí, mi *amr*.

—Y su nombre es lo primero que escapa de tus labios. Tus primeros pensamientos cada noche giran en torno a tu deber para con él.

Fátima no contestó enseguida. Aquella aseveración, puesto que no se había pronunciado en modo inquisitivo, sino que parecía constatar un hecho, parecía inocua a primera vista. Entonces se percató del dilema que entrañaban aquellas palabras. Había entreabierto los labios, sin llegar a hablar. No era tan temeraria como pronunciar dobles sentidos ante al-Ashrad.

—No hablamos del mismo señor —concluyó el *amr*.

—No del todo.

Pensó por unos segundos que al-Ashrad comenzaba a ausentarse de nuevo en dirección a aquel otro lugar que escapaba a su comprensión, pero entonces la asaltó la certeza de que la veía con toda nitidez, de que estaba escrutando la mismísima esencia de su ser y descubriendo contradicciones cuya existencia ni siquiera ella conocía. ¿Era eso un destello de luz procedente del ojo diamantino? ¿Vería el interior de su alma? ¿Desentrañaría los secretos de su corazón con una pericia que ni siquiera ella poseía?

Lo más probable es que el destello no fuese sino el reflejo de la luz de la vela dispuesta sobre la mesilla de la esquina.

—Ninguna criatura que camine sobre la tierra puede servir a dos amos durante mucho tiempo —sentenció al-Ashrad.

—Mi amr, he servido a mis dos señores desde siempre. —Las palabras de Fátima, aunque desmentían al amr, no pretendían resultar arrogantes; las había pronunciado con convicción, con fe, y rogaba porque al-Ashrad supiese ver su corazón como en realidad era... algo que, al mismo tiempo, la atemorizaba. Y el miedo aumentaba.

—Desde siempre —repitió el amr, despacio. El atronador eco de su voz dentro del pecho de Fátima no dejaba lugar a dudas respecto al error que ésta acababa de cometer.

*Desde siempre.*

—Desde la noche de mi Transformación —se retractó Fátima—. Desde las primeras noches de mi educación, he servido a Haqim. Antes de eso, sólo existía Alá.

—Lo que es *siempre* para algunos, no es más que *mucho tiempo* para aquél que ya le había vuelto la espalda al sol antes de que el profeta sagrado caminase sobre la tierra, para aquél que ya conocía los ritos de sangre antes de la venida de Cristo, al-Mashi, devuelto a su Dios con dolor, para aquél que ya era viejo cuando Musa se arrastró por Egipto, para aquél que se había enfrentado a Khayyin antes de la caída de la Primera Ciudad.

Sus palabras la asieron con mayor firmeza que el escrutinio del diamante; la aferraron desde dentro. Fátima humilló la cabeza.

—Es tal y como decís, mi amr. El orgullo ha hablado por mi boca.

—No ha sido el orgullo, sino la estrechez de miras. El jerbo que sólo se fija en la serpiente no ve venir a la lechuza.

—Pero ¿vos no...? —Las palabras de Fátima se perdieron en el silencio. Se dio cuenta de la envergadura de su distracción, de que se había dirigido a al-Ashrad sin medida, todo ello nada más haber terminado de hablar sin antes reflexionar. Las preguntas martillaban en su pecho; en su corazón estallaba la tormenta. Las palabras del amr entrañaban un enorme significado, sólo tenía que saber ver más allá de su propia confusión. Quizá fuese el ojo diamantino lo que lo permitía atisbar tales cosas.

—Habla, hija. No me ofendes.

Fátima comenzó de nuevo.

—Acaso vos, el más sabio, ¿no camináis bajo la noche con un único propósito? ¿Cómo si no habríais conseguido el *Tajdid*? Habéis roto la maldición. Habéis recuperado la Senda de la Sangre para los que quisieran seguirla.

Fátima creyó ver que al-Ashrad se encogía ante aquellas palabras. Puede que se tratase de otra ondulación del aire, que sus jóvenes ojos la engañasen en presencia de alguien tan potente y anciano.

—Dos caminos pueden seguir el mismo rumbo. Los fuertes de mente y corazón podrían caminar con un pie en cada uno de ellos. Mas, ¿qué ocurre cuando los caminos divergen?

—Entonces el viajero debe decidir. O detenerse. —La tormenta arreciaba en el corazón de Fátima. El camino del profeta sagrado, para mayor gloria de Dios; el camino de la sangre, para que los fieles se uniesen en un todo con el más Antiguo. Durante mucho tiempo aquéllos habían sido los dos hilos que, entretejidos, constituían la guía de su existencia, mas lo que al-Ashrad estaba sugiriendo era... ¿un deshilo?—. Pero ¿han de divergir los caminos?

Los ojos de al-Ashrad, azul y blanco, de carne y de piedra, eran ahora tan inescrutables como las estrellas del firmamento, su rostro tan límpido como el suelo del desierto tras el azote de la tormenta.

—Ésa es una pregunta que encontrará respuesta en los sueños.

En los sueños. En los sueños que Fátima, al igual que todos los de su clase, no tenía, o no había tenido... todavía.

»Ha llegado la hora —continuó al-Ashrad— de que los fieles se preparen, de que demuestren su valía, a fin de que consigan sobrevivir.

Se preparen. ¿*Se preparen para qué?*, quería preguntar Fátima, pero un sutil cambio operado en al-Ashrad la indujo a morderse la lengua. No estaba segura de cómo se había dado cuenta de la alteración; puede que fuesen sus años de estudio, durante los cuales había aprendido a leer las emociones, los pensamientos, casi, de quienes la rodeaban. Pero el amor no varió su postura, ni suavizó su expresión de forma visible, ni ella era tan orgullosa como para creer que podría adivinar sus pensamientos a menos que él así lo quisiera. Quizá la explicación estuviese en aquella atmósfera desasosegada, en la energía que emanaba de al-Ashrad igual que la luz a través de un millar de agujeros de alfiler y que, de aquel modo, podía hacerle partícipe de su estado de ánimo. Fuese cual fuese el medio de transmisión, podía sentir cómo emanaba de él una bondad reticente, casi melancólica. Y pesar. También había pesar.

—Lo que yo espero —dijo al-Ashrad— es que *tú* demuestres ser digna.

También sus palabras, en cierto modo, entrañaban benevolencia. Había allí un

atisbo de cariño que en muy raras ocasiones afloraba en el discurso de los antiguos entre los antiguos. Aquello nunca ocurría con los más jóvenes de la sangre. Ni siquiera alguien de la edad y posición de Fátima podía permitirse lapsus de sentimentalismo, puesto que era campo abonado para las semillas de la traición. Aunque la hermandad fuese algo intensamente personal para cada individuo, el trato con la hermandad era necesariamente impersonal, dado que sólo los más fuertes sobrevivían para servir. El afecto era una debilidad. Empero, ahí estaban las palabras de al-Ashrad, quien no temía por su posición, cuya sangre era la más próxima a Haqim de todos los miembros del clan. Thetmes, su sire y otrora califa, había hablado así con ella, aunque en contadas ocasiones; Elijah Ahmed, el califa actual, también. Mas, procedentes de al-Ashrad, las palabras cobraban un significado más ominoso, más desazonador.

—Lo que yo espero es que tú, Fátima, logres sobrevivir.

Muda de asombro, las palabras que le permitiesen articular una respuesta no llegaban a sus labios. Pero el estrépito de aquella voz dentro de su pecho, el caos arremolinado de su alma, creció hasta volverse doloroso, como si al-Ashrad no se hubiese limitado a ver su corazón, sino que lo hubiese encerrado además en uno de sus puños y, con gentiles palabras, quisiera arrancárselo del cuerpo.

*Prepárate. Demuestra tu valía. Sobrevive.*

Había sobrevivido durante más de novecientos años. Durante todo ese tiempo, había dedicado todos los días y todas las noches a demostrar que era digna al servicio de Alá, al servicio de Haqim. ¿De qué otro se suponía que debía prepararse? ¿Era aquello lo que había querido decir al mencionar la divergencia de los caminos?

Al-Ashrad observó a Fátima mientras ésta se formulaba aquellas preguntas y, aunque seguía sin poder definir qué era lo que traicionaba el humor del anciano a sus ojos, supo que la dulzura y la preocupación lo habían abandonado. Ausentes, aunque el ojo y el diamante seguían posados sobre ella. Desaparecidas, de una forma tan absoluta que Fátima se preguntó si todo aquello no habría sido fruto de su imaginación. El amor pertenecía a un mundo tan ajeno al suyo como lo era el de ella para un simple mortal. ¿Podría esperar que llegaría a comprenderlo de veras? ¿O debería esperar a que llegasen los sueños?

La confusión y la desazón no encajaban con Fátima. Las sentía igual que a sanguijuelas, hurgando en su carne. Los pilares de su existencia se habían mantenido siempre sólidos y, durante mucho tiempo, cada uno de sus actos había ido encaminado a construir sobre la base de aquellos cimientos. Empero, aquéllos del clan más ancianos que ella hacían y decían cosas que no alcanzaba a entender, que socavaban aquellos pilares. Las generalidades y abstracciones que componían el discurso de al-Ashrad eran como arenas movedizas que amenazaban con engullirla.

Tanteó en busca de cualquier dogma sólido como la roca a su alcance, aun a

riesgo de caer en presunciones en presencia del amr.

—He sobrevivido a un atentado sobre mi persona entre estos muros sagrados.

Un destello de lo que podría haber sido cólera centelló en el semblante de al-Ashrad. Las sombras que proyectaba su marcado ceño parecieron oscurecerse, endurecerse de improviso.

—Los antiguos han discutido ese asunto —dijo. Nada más.

A Fátima no le quedaba sino humillar la cabeza en gesto de aquiescencia. Aquel tema quedaba fuera de la conversación. Hasta tal punto que el amr se había mostrado brusco con ella. ¿Fue ira en realidad lo que había sentido en aquel brevísimo instante... o alarma? Pero ¿qué podría alarmar al amr, así en la tierra como en los cielos? Otro enigma, aunque Fátima prefería el acertijo que escapaba a sus posibilidades antes que aquéllos cuya respuesta le resultaba aparente.

Mientras la escrutaba de nuevo con expresión insondable, al-Ashrad estiró el brazo. Al tiempo, un cáliz tallado en hueso flotó en el aire desde su emplazamiento junto a la vela, sobre la mesilla de la esquina. La pareja del recipiente, así como una jarra blanca como el marfil, levitaron a su vez y atravesaron la estancia. Al-Ashrad cogió la primera de las copas. La segunda llegó hasta Fátima, que la aceptó en sus manos. Vio entonces que la jarra era una osamenta invertida a la que le faltaba la mandíbula. Las cuencas de los ojos y la cavidad nasal servían de asa, mientras que la protuberancia occipital presentaba una cuña que formaba una pequeña, aunque funcional, boquilla escanciadora. La jarra se volcó primero ante el cáliz del amr, al parecer por voluntad propia, dado que al-Ashrad no había formulado ningún deseo expreso tras haber levantado la mano; luego flotó hasta Fátima y llenó su copa, antes de regresar a su lugar sobre el mueble.

—Por la fuerza —brindó al-Ashrad, al tiempo que alzaba su copa.

Fátima asintió con la cabeza.

—Por la fuerza, que durante tanto tiempo buscamos —correspondió, en homenaje a su anfitrión.

Una tenue sonrisa afloró a los labios de éste, como si sus palabras hubiesen sido tan dolorosas como educadas. Puede que encontrase irónico el hablar de *tanto* tiempo, teniendo en cuenta que acababa de dejar bien claro que el concepto que tenía Fátima del tiempo se veía restringido por lo limitado de su perspectiva. Pero, sin saber por qué, Fátima no creía que fuese eso lo que lo había obligado a detenerse, con el cáliz en los labios. Sentía que su vacilación poseía un carácter más íntimo, una mezcla de alivio y mala conciencia. Además, la maldición Tremere había pesado sobre los hijos de Haqim durante más de quinientos años y, daba igual quién lo dijera, eso era mucho tiempo. Al igual que los segundos que precedían al sol abrasador, o las horas sin saber de la suerte de un ser amado, era mucho tiempo.

Tras aguardar a que al-Ashrad bebiera primero, como dictaba el protocolo, Fátima



probó la sangre escanciada en su cáliz. La fragancia se adueñó de sus sentidos en cuanto acercó el rostro a la copa. Bebió despacio, y el exquisito fluido descendió por su garganta, prendiendo fuego a sus entrañas con la llama de la vida. Tenía cuerpo, demasiado para haber pertenecido a un mortal o tratarse de cualquiera de los diversos brebajes que el amr y otros brujos del clan llevaban siglos produciendo a fin de que los asesinos pudieran conservar su poder. No, aquélla era la vitae de un vástago de Khayyin.

—Del clan Tremere —dijo al-Ashrad, el rostro levemente vuelto hacia arriba, cerrados los ojos mientras paladeaba el elixir.

Aunque le pareció que había bebido despacio, Fátima descubrió que había vaciado su copa enseguida y que su lengua lamía el hueso, en busca de lo que ya no estaba. ¿Qué tortura era aquélla, sólo media copa de tan deliciosa vitae? Pugnó por relegar el hambre, pero ansiaba *más*. Lanzó una mirada a la jarra que descansaba en el rincón. ¡Tan cerca! Luego se fijó en al-Ashrad, su cuello estirado, los ojos cerrados y, por un instante, Fátima imaginó que se bebía *su* sangre... ¡tan próxima a la de Haqim! La Bestia se agitaba en su interior. Su hambre clamaba. El éxtasis que le proporcionaría aquella sangre... y el *poder*. ¡Sin duda sería como una diosa sobre la tierra!

El amr abrió los ojos, que clavó en Fátima, y ésta se sintió como si la estuvieran desnudando. El hambre, el impulso de abalanzarse sobre al-Ashrad, quedó reducido a la nada y en su lugar sólo quedó la vergüenza.

—Por la fuerza —dijo al-Ashrad una vez más—. Por la fuerza que durante tanto tiempo buscamos.

Fátima permaneció completamente inmóvil. Obligó a sus dedos a relajar su presa por miedo a desmenuzar el cáliz. Empujó su vergüenza al mismo lugar donde se había retirado la Bestia, acobardada por la mirada de al-Ashrad. Doblegó también la ira que acudía ahora a rellenar aquel hueco emocional, la cólera que sentía ante su propia debilidad. Acalló el tumulto bajo el peso de cientos de miles de noches de muerte y días de olvido, tan inmenso que ningún sentimiento conseguiría sobrevivir.

Por fin consiguió recuperar el control sobre sí misma; la calma, tan esencial para la supervivencia, regresó. La verdad interior volvió a ser rival para la farsa del exterior. Al-Ashrad seguía escrutándola, y ella era demasiado inteligente como para suponer que no había sido testigo de su batalla, que no era consciente de su debilidad.

—La debilidad ha de ser erradicada, si queremos servir a nuestro señor.

Las palabras habían brotado con la mayor naturalidad, pero apuntaban a los pensamientos que inundaban la cabeza de Fátima en aquellos momentos. Consiguió conservar la compostura. Su alma no albergaba terreno donde pudiera arraigar la semilla del miedo. Si a sus mayores les pareciese que no era digna, por cualquier motivo, y decidieran que no era digna de continuar al servicio de Haqim, aceptaría su

sentencia.

—Por ese motivo —continuó el amr—, quizás sea necesario que reclamemos la sangre de uno de los hermanos.

Fátima ahuyentó cualquier idea egoísta de su cabeza. El amr no se estaba refiriendo a su debilidad o, al menos, no de manera exclusiva. Cualquiera que fuese el error que había cometido en su presencia, la transgresión no había sido tal que la exonerara del servicio a la hermandad. En esa ocasión, encontró uno de los firmes asideros que el amr había dispuesto ante ella con sus revelaciones; hincó las garras y se impulsó hasta escapar de las arenas movedizas.

—¿Uno de los *fida'i*? —preguntó Fátima. Repasó mentalmente la lista de los más recientes iniciados. Dragomir había fracasado en varias de las pruebas, pero sólo porque ella le había exigido a la rusa más que a los hombres. Seguía habiendo demasiados antiguos que compartían la opinión de que no había lugar para las mujeres en las filas de los asesinos, y Fátima se había esforzado demasiado durante siglos para ganarse el respeto, aun a regañadientes, de los conservadores, demostrando lo *equivocados* que estaban, como para arriesgarse a ceder terreno por culpa de los deslices de otra mujer. Así que Fátima hostigaba a las candidatas y a las *fida'i* con menos misericordia incluso que a sus contrapartidas masculinas. Los antiguos lo sabían. No confundirían los fallos de Dragomir con debilidad, pero sabrían que, de sobrevivir, estaría hecha de una pasta más dura que la mayoría.

Fátima continuó repasando la lista. ¿Quién más...?

—Ningún *fida'i* —dijo al-Ashrad—. *Rafiq*.

Ningún *fida'i*. A Fátima le costó creerse aquello. En ocasiones, la valía de un recién iniciado se sometía a una segunda evaluación; la perspectiva de lo que prometía convertirse en una interminable sucesión de noches, se cobraba a veces un exagerado tributo sobre el corazón o la mente de los recién no muertos al cabo de un año o una década. Fátima sólo recordaba un caso en el que se hubiera reclamado la sangre de un asesino veterano.

—El griego —concluyó al-Ashrad, con voz desprovista de emoción.

Fátima asintió con la cabeza. El griego. Parménides. Recordaba el lustre de su piel, oscuro no pocos años; recordaba la insolencia de la que había hecho gala al principio, su orgullo, la altanería de la que nunca había llegado a desprenderse del todo.

—Tú te opusiste a su Transformación —señaló el amr.

Fátima volvió a asentir. Era cierto. Los asesinos mortales formaban un grupo de arrogancia probada, sin excepción. Hacía falta el entrenamiento más severo para que llegaran a darse cuenta de su propia *pequeñez*, de la insignificancia del individuo. A partir de ahí, podían comenzar a ver de qué modo sería capaz de adquirir significado su existencia, mediante el servicio al más Antiguo. El trozo de madera más vulgar y

prescindible se convertía, en el seno de la hermandad, en un diente entre los muchos de una rueda que giraba sin cesar hacia el destino. Fátima nunca se sintió convencida del todo de que Parménides hubiese aprendido de veras la lección. Sabía recitar las palabras de la hermandad de memoria, pero sonaban vanas a oídos de Fátima; las pronunciaba su lengua, no su corazón. Pero Thetmes era califa por aquel entonces y había apadrinado al griego, por lo que Parménides resultó aceptado. A pesar de su excelente trayectoria durante todos aquellos años, la arrogancia seguía allí, quizá incluso aumentada, siempre al acecho a flor de piel. Por tanto, Fátima no se sorprendió tanto al escuchar su nombre como podría haber ocurrido de tratarse del de otros tantos.

Al-Ashrad hizo una pausa, esperando quizás a que Fátima hablase, pero ésta no vio el motivo para agitar disputas de antaño, ni siquiera aunque pareciese que su posición lo justificaba. Aquél era un asunto de vergüenza para el clan, no de honor para ella.

—Puede que Parménides no tenga toda la culpa —continuó el amr—. Lo colocamos en una situación de la que el califa no esperaba que pudiera salir bien parado.

—¿Se reunirá el califa con nosotros? —quiso saber Fátima.

Resultaba obvio que al-Ashrad estaba preparándola para una misión, no iba a convocarla sólo para intercambiar opiniones; pero era el califa Elijah Ahmed quien, por lo general, elegía las manos que habrían de empuñar el filo de la voluntad de Haqim. Quizá llegase en breve y las preguntas acerca del kurdo encontrasen pronta respuesta.

—No —repuso al-Ashrad—. No va a reunirse con nosotros.

Lo definitivo de aquella aseveración cayó como un mazazo sobre Fátima. *No. No va a reunirse con nosotros.* El tono del amr, llano y sin inflexiones, no daba lugar a posteriores preguntas ni a la esperanza de que el califa pudiera llegar en cualquier momento, más tarde. La voz de al-Ashrad, carente de emoción, desprovista de vida, acarreaba el peso de lo permanente. Tiempo atrás, cuando Thetmes se había sumido en el sopor, como ocurría en ocasiones con aquéllos de sangre antigua, se lo habían comunicado a Fátima sin subterfugios. Nadie podía saber cuánto tiempo duraría el descanso de su sire, cuántas noches o años habrían de transcurrir antes de que se alzase de nuevo. El maestro, Jamal, el Anciano de la Montaña, había elegido un nuevo califa y las noches habían pasado como hicieran sus predecesoras. Algo en lo que había dicho al-Ashrad, o en lo que no había dicho y en cómo no lo había dicho, impulsaba a Fátima a creer que, fuese lo que fuese aquello que retenía a Elijah Ahmed, continuaría haciéndolo. Para siempre. Pero, si le había ocurrido algo, ¿por qué no había nombrado el maestro un nuevo califa?

—Hay otro asunto —añadió al-Ashrad—. Contratos pendientes que satisfacer.

Fátima, aunque su expresión no traicionó emoción alguna, sintió cómo se le encogía el corazón, como si la voz del amr lo estuviese exprimiendo. Ni siquiera ella, aun como rafiq dotada de ciertos privilegios, podía contar con hablar con el amr más de una vez cada veinte años. De repente, incluso aquello le pareció demasiada frecuencia. Durante siglos, Fátima había sentido que su propósito estaba claro, había seguido una existencia de relativa certeza. Aquella noche, en tan breve espacio de tiempo, al-Ashrad estaba extrayendo las escasas incertidumbres que habitaban en su corazón, desplegándolas ante ella. *Contratos pendientes*. Sólo había un contrato que Fátima no hubiese conseguido satisfacer.

—Para ti, así como para tu sire, el fracaso ha labrado una muesca. Dado que Thetmes no se encuentra disponible, deberás ocuparte tú por los dos.

Fátima sabía que no podía evitar su deber, pero aquella certeza no conseguía entusiasmarla. El retraso más ínfimo era mejor que nada. Quería pensar en cualquier otra cosa.

—No estaba al corriente del fracaso de mi sire.

—No es algo de lo que suela hablarse. —Puede que el amr esbozara una breve sonrisa, o puede que fuese el crepitar del aire que lo rodeaba lo que había creado aquella ilusión—. Del mismo modo que la chiquilla fue tu fracaso, el sire supuso el fracaso de tu sire.

Thetmes. Su fracaso. Fátima se aferró a aquella noción en lugar de afrontar el suyo. Tampoco su sire había conseguido destruir a uno de sus objetivos, algo que Fátima no había sabido hasta ahora. Durante tantos años, la tradición del clan dictaba que la víctima lo suficientemente afortunada como para burlar a un miembro de la hermandad habría conseguido, por tanto, demostrar su honor; juicio mediante el combate, sólo los justos perseveraban. El objetivo superviviente quedaba, de aquel modo, fuera del alcance de la hermandad; no se aceptarían posteriores contratos contra esa persona.

Los antiguos se habían amoldado a la filosofía de hoy en noche, no obstante. Las tradiciones existían con el único fin de servir a Haqim, argumentaban algunos. La voluntad de Haqim estaba clara. Ninguna criatura de la noche ajena a la hermandad era honorable. Todas y cada una de ellas portaban la marca de la extinción. ¿Acaso no era aquello lo que dictaba la Senda de la Sangre? No quedarían cuentas por saldar. ¿Cómo, si no, podrían demostrar su valía los *kafir*?

Aquel cambio había comenzado aproximadamente cuando Thetmes hubo sucumbido al letargo, sucedido por Elijah Ahmed. Pocos *kafir* se habían dado cuenta, puesto que la tradición no era más que un rumor para todos aquellos ajenos al clan. Pero, uno por uno, los supervivientes habían sido sometidos a juicio. Los hijos de Haqim habían reclamado lo que les pertenecía. Ahora, ningún hijo de Khayyin quedaba a salvo. Fátima enquistó la confusión y el dolor que le laceraban el corazón.

No tenía sitio para tales sentimientos. El sentido del deber los arrastró con la fuerza de su resaca. Era como si al-Ashrad hubiese decidido liberar toda la confusión, todos los dilemas a los que había vuelto la espalda hacía tanto tiempo.

—La chiquilla no es lo más importante en estos momentos, aunque tendrás que reclamar pronto su sangre... si quieres demostrar tu valía. Es al sire al que debes destruir.

El sire. Monçada. Su chiquilla... Lucita.

—¿Está esto relacionado con la guerra entre los kafir? —preguntó Fátima. Tenía que concentrarse en Monçada si no quería volver a perder el control, algo a lo que no estaba dispuesta. Clavó la mirada en los ojos, azul y diamante, del amr, se obligó a afrontar los hechos, a enterrar las emociones.

«*Monçada... no la chiquilla. Monçada*».

Al-Ashrad le devolvió la mirada, y Fátima supo que aquel momento no era sino un grano dentro del gigantesco reloj de arena que descansaba en manos del amr.

—Ha llegado el momento de reclamar la sangre reservada de antemano. Debemos allanar el camino.

Fátima asintió. Monçada. Cardenal del Sabbat. La misión no resultaría sencilla. Su mente comenzaba ya a hilvanar los detalles que culminarían con su triunfo o su condena. No quedaba sitio para la confusión ni para la duda.

«*Monçada, no la chiquilla. Monçada*».

—Existen consideraciones inmediatas, como bien sugieres, relativas al conflicto entre los kafir. Mientras combaten, nos hacen el trabajo, eliminan a los débiles. Mas, si la guerra tocase a su fin antes de tiempo, nuestra labor se vería aumentada, y el tiempo se acaba.

—¿Tan potente es Monçada como líder? —preguntó Fátima. Intentaba sacar a la luz lo poco que sabía acerca del refugio del cardenal en Madrid, un laberinto mortal bajo una iglesia.

—El miedo que infunde es algo que muy pocos Sabbat consiguen igualar. Además, sería muy difícil que el regente y la Mano Negra pudieran llegar hasta él. Éste es el momento que ha elegido para sacar la mano. Debemos cortársela.

Aquello era algo que Fátima podía entender, a poco que consiguiera mantener la cabeza centrada en su misión inmediata. Debía. Por suerte, habría multitud de detalles y preparativos, suficientes para ocupar sus pensamientos durante muchas noches.

«*De momento, Monçada. El sire*».

«*No la chiquilla*».

*Domingo, 29 de agosto de 1999, 9:46 h*  
*Cámara del día, Alamut, Turquía oriental*

*La ilaha illa 'l-Lah.* No hay otro dios sino Dios.

*Wa Muhammadan rasula 'l-Lah.* Y Mahoma es el mensajero de Dios.

Hacía varias horas que Fátima había completado sus oraciones del *subh*, ese momento en el que el cielo se ilumina sin que el sol haya despuntado aún por el horizonte. Para los mortales, ese momento señala el comienzo, la resurrección tras la noche; para los suyos, era la hora de retirarse, de esconderse del día. Tal era la voluntad que Dios había dispuesto para Haqim y su progenie: que no volviesen a sentir el calor del sol ni a ver los colores del arco iris tras la tormenta; que, al igual que la araña devora al insecto, y el gorrión a la araña, y el halcón al gorrión, los hijos de Haqim desterraran una noche a las criaturas de la tierra que se alimentaban de sangre humana.

*Salla-l-Lahu 'ala sayyidina Muhammad.* Que Alá bendiga con Sus oraciones a nuestro señor Mahoma.

*Al-salamu 'alaykum wa rachmatu 'l-Lah.* Que la paz y la misericordia de Dios estén con vosotros.

Las palabras de *salah* solían reconfortar a Fátima, solían conducirla en paz hacia aquel descanso que no era igual que el sueño, pero esa mañana la paz de Dios parecía muy lejana, como un forastero que recorriese distantes caminos.

«*Durante las horas de sol, ¿descansas en paz?*». Quizá fuesen las palabras de al-Ashrad lo que pesaba sobre su corazón. «*¿No hay sueños?*». No había sueños. Aquel día, tampoco había descanso. La ausencia de sueños mantenía su cabeza tan ocupada como lo hubiese estado de haberlos, porque el *amr* había dado a entender que debería tener sueños, o que los tendría, sueños que le dirían si debía traicionar a su Dios a fin de permanecer fiel a su sangre. ¿Cómo habría de responder a aquellos sueños si llegaban a visitarla? ¿Cómo podría?

Fátima sentía la tentación del olvido, la llamada del día, pero no encontraba la respuesta. Aquello tiraba de ella igual que una gran mano salida de los lugares más oscuros de la tierra para llevarla consigo, pero se encontraba firmemente anclada en

el mundo de la vigilia. Sentía cada giro de cada hebra de la esterilla sobre la que apoyaba la espalda y, aunque tenía los ojos cerrados, podía ver hasta la más ínfima depresión de todas y cada una de las rocas que componían el techo, el suelo y las paredes.

Aun cuando consiguió dejar de pensar en los sueños, otras palabras de las que pronunciara al-Ashrad aquella noche hacía semanas seguían atormentando a Fátima. «*Al igual que fracasaste con la chiquilla, así fracasó tu sire con el sire*». El eco de aquellas palabras retumbaba con el estruendo de los címbales, destruyendo su paz.

«*Monçada, no la chiquilla*».

Pero daba igual lo mucho que Fátima intentara engañarse a sí misma, la enviaban a por ambos, la enviaban a eliminar la mancha, no sólo del fracaso de su sire, sino también la del suyo. Tiempo al tiempo, se dijo. Lo primero es lo primero.

«*Monçada, no la chiquilla. Aún no*».

Sin embargo, era la chiquilla la que había ocupado los pensamientos de Fátima durante siglos. Lucita.

Cuánto hacía de aquello, qué jóvenes en muerte habían sido ambas cuando se conocieron, cuando lucharon por primera vez. Fátima había confiado en exceso en sus propias habilidades. Al fin y al cabo, ¿no era ella la primera de su sexo Abrazada por los hijos de Haqim? ¿Acaso no habían convencido su pasión y su talento a los temibles asesinos de que se merecía un lugar en sus filas, a pesar del perverso capricho del destino que la había engendrado como mujer? Eran aquéllas las noches en las que escalaba con paso firme las peñascosas laderas de Tierra Santa, cuando estaba decidida a demostrarle a la hermandad que no sería la segunda por detrás de ninguno de ellos.

Fátima y Lucita se habían conocido en la tierra del Cristo. Para una era el profeta, para la otra, el Mesías. Aquella distinción las convertía en enemigas a muerte. De haber coincidido en España en vida, seguirían habiendo sido enemigas: la protectora vengadora de los almohades y la hija de un rey cristiano.

Fátima se había acercado a Lucita directamente, renunciando a todo subterfugio y sigilo. La Rosa Negra de Aragón era de sangre más joven, pero combatía con un abandono indómito que había asombrado a Fátima. Desde que la luna hubo alcanzado su cenit en el firmamento hasta bien transcurrido el momento en que se hubo escondido tras el horizonte, la cimitarra restalló contra el sable, el acero repiqueteó contra el acero. Fátima era la más fuerte y la más diestra con el filo, su ataque no ofrecía tregua. Mas Lucita había convocado a las tinieblas en su auxilio, un ejército de sombras que distraían y paraban. La mora segaba celemines de negros tentáculos, se mantenía un paso por delante de la oscuridad que podría abrasarla, todo ello sin detener la lluvia de estocadas sobre Lucita; a cada momento que la chiquilla de los Lasombra se veía obligada a hincar la rodilla, o acosada hasta el borde de un abismo

sin posibilidad de escapatoria, las sombras acudían a su rescate. Desviaban el golpe de gracia de Fátima, o escarbaban la tierra suelta bajo sus pies, o la hostigaban con ataques de los que debía zafarse si no quería sucumbir ante ellos.

El despuntar del alba encontró a las dos combatientes buscando la garganta de su adversaria, pero ya las espadas hendían el aire con menor frecuencia, ya las sombras comenzaban a disiparse ante el inminente amanecer. Debilitadas por el agotamiento, la falta de sangre y las heridas sufridas durante la noche, cada una se enfrentaba a su destrucción a manos de un sol imparcial. La derrota era un resultado que ambas desconocían, mas Fátima bajó su espada.

—La derrota con honor no entraña vergüenza —había dicho Fátima.

—Eso es lo que tus amos quieren que creas —repuso Lucita, al tiempo que, a regañadientes, humillaba su filo.

Fue en aquel instante cuando Fátima supo con toda seguridad lo que ya sospechaba: que aquella hermosa cimbrenña cristiana, tan llena de fuego, habría luchado hasta no poder ni arrastrarse, hasta que el amanecer la hubiera reducido a cenizas, antes de ceder, si ella no hubiese sido la primera en bajar el arma. El día transcurrió con ambas acurrucadas en una cueva poco profunda, resguardadas de los crueles rayos del sol. Se separaron a la noche siguiente.

Los siglos habían visto otras batallas, objetivos enfrentados que llevaban a ambas asesinas (puesto que aquello era en lo que Lucita se había convertido, una temible asesina de pleno derecho) a defender intereses opuestos. Pero cada una lograba siempre sus objetivos sin desbaratar los de la otra, sin necesidad de un enfrentamiento letal y definitivo. En cierta ocasión, Fátima había asesinado una guardia de treinta hombres junto a su barón alemán, si hubiese decidido atacar una semana antes Lucita habría sido la única guardaespaldas del noble. Las actividades de Lucita tendían a seguir un diseño similar y, aunque los caminos de ambas se habían cruzado en numerosa ocasiones, prevalecía aquella especie de consigna de vive y deja vivir. La tregua muda no era fruto del miedo puesto que Fátima no sabía lo que era y le costaba imaginar que Lucita fuese distinta de ella en aquel aspecto, sino de la admiración y el respeto... y también de algo más. Fátima nunca se había enfrentado a alguien que estuviese tan cerca de su altura; nunca había volcado todas sus energías sin conseguir su objetivo. Ni, desde el Abrazo que la arrastrara a la existencia de la noche eterna, había experimentado un día como aquél, entrelazada con otro cuerpo que, horas antes, se hubiese esforzado tanto por destruir.

Los antiguos, desde luego, no eran ajenos a aquella relación. Fátima nunca había sido capaz de ocultar su corazón a los ojos de aquéllos más fuertes en la sangre de Haqim. Quizá no supieran que Lucita y ella se habían visto en otras ocasiones, tensos encuentros donde las palabras a la defensiva terminaban por ceder el paso a una confianza a regañadientes, antes de que cada una se viera impulsada a los brazos de la



otra. Puede que los antiguos no conocieran la fuerza del extraño vínculo que unía a las dos mujeres. Pero los antiguos sentían una división de lealtades, y por ello enviaban a Fátima a destruir a Lucita, para zanjar la cuestión. Fátima aún se estremecía ante los recuerdos de aquella noche, cuando no fueron las tinieblas lo que la había traicionado, sino su corazón, comprando así la supervivencia de Lucita.

En la hermandad había quienes murmuraban que, de haber cumplido Fátima con su deber, de haberse adueñado de la sangre que entraba en el trato y haber arrojado a Lucita a la Muerte Final, sería el otro vástago de Thetmes quien ocupara el trono del califa, que, mujer o no, sería ella una de los tres favoritos, de la *du'at* tripartita de Alamut. Había traicionado aquello por lo que había luchado con todas sus fuerzas... con todas, menos con aquella pequeña porción de su alma que no podía ofrendar a Haqim.

Por lo menos, su fracaso había garantizado la seguridad de Lucita. La Rosa Negra de Aragón había sobrevivido a la asesina, había demostrado ser digna. Así había quedado zanjado el asunto durante siglos. Hacía poco que la dirección del viento había cambiado sobre la majestuosa Alamut, impulsando nubes de tormenta que cubrían el horizonte; hacía escasas semanas que al-Ashrad había vuelto a depositar la petición de los antiguos a los pies de Fátima. En esta ocasión, su derrota no podría acarrearle más que desgracia o destrucción, y serían otros quienes heredaran el testigo e intentarían saldar la deuda, asegurarse de que Lucita era destruida. Fátima ya no podía ofrecer más protección, ni siquiera por medio del fracaso.

Lo mejor que podía hacer era retrasar lo inevitable. La destrucción de Lucita era menos urgente. «*Monçada, no la chiquilla*». Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo podría Fátima postergar, y así garantizar, la seguridad de Lucita? Por el momento, la sentencia de muerte protegía a Lucita; nadie de la hermandad atentaría contra Monçada ni su chiquilla mientras fuesen asunto de Fátima. ¿Cuánto tiempo?

«*Ha llegado la hora. Debemos allanar el camino*».

Fátima se llevó una mano al pecho. Sentía el peso de la gran carga que habían depositado sobre ella, aunque nadie había entrado en la celda. Levantó la otra mano, apretó las dos con fuerza sobre su pecho, intentó cortar el aliento que no habitaba en él, intentó encontrar la paz del sepulcro, en vano. La paz la eludía. La que había conocido era prestada, robada, y ahora sus señores la reclamaban. No dos señores, sino tres: Sangre. Espíritu. Amor. Celoso, cada uno de ellos, devorador. En alguna parte, allá arriba, ardía el sol, esperando a que le llegara su turno para consumir, para reclamar el cuerpo, todos aquellos cuerpos que no eran más que polvo.

Puesta a prueba su paciencia, Fátima se irguió y se sentó, enhiesta. Estiró un brazo y asió su jambia, la cual nunca descansaba lejos de su mano. No había luz que pudiera reflejarse en su filo, pero no le hacían falta los ojos para conocer cada milímetro de la curvatura de su arma. Sostuvo la hoja plana con ambas manos,

sintiendo el frío acero contra su no menos fría piel. Luego empuñó la espada con una mano y apretó el filo contra la punta del índice de la mano libre. La lámina templada penetró sin dificultad en la carne, traspasándola hasta alcanzar el hueso. Fátima rechinó los dientes, pero no se detuvo. Muy despacio, dejó que la hoja se deslizara cuan larga era su curva a fin de sajar el dedo a lo largo, luego la palma, hasta alcanzar el nacimiento de su mano. Evitó que la sangre afluyera a la herida, que sanara el nervio y el músculo, que le negase el dolor.

Habría dolor. Siempre lo habría. Ocuparse de que el dolor sirviese a una finalidad entrañaba honor. Asegurarse de que el pueblo de Dios sobrevivía y prosperaba, aquél era un propósito al que valía la pena servir, y Fátima lo había hecho en el nombre de Alá. El ver que la progenie de Khayyin desaparecía de la faz de la tierra, también ése era un noble propósito, uno al que servía en el nombre de Haqim. De qué modo podía existir conflicto entre ambos era algo que no alcanzaba a comprender. Ella no podía ver lo que veía al-Ashrad a través de su ojo diamantino. ¿Qué había sido del orbe original? ¿Conservaba el *asir* su recuerdo en la mente y en el corazón a fin de gobernar tan veleidosos reinos? O puede que no hubiese disputas entre ambos territorios. Fátima aspiraba a tal serenidad... a un solaz semejante al que había sentido en ocasiones en brazos de Lucita. Mas ahí, Fátima no conseguía encontrar ni propósito ni nobleza. Sólo gratificación personal, aquello que se había negado a sí misma en todo lo demás.

Apoyó ahora la hoja ancha contra su mejilla. Los sentimientos egoístas desaparecerían con la destrucción de su fuente. El sire y la chiquilla. Fátima podía ver aquel pecado en su interior. Pero ¿el otro?

*La ilaha illa 'l-Lah.* No hay otro dios sino Dios. ¿Pretendía Haqim anteponerse a Alá? ¿Le importaba siquiera al más Antiguo?

Fátima trazó una curva que le surcó la frente, la presión justa para marca una luna creciente escarlata. La punta de su jambia se deslizó ligeramente desde su pómulo hasta la nariz y continuó su pausado avance hasta el blando tejido del lacrimal.

*La ilaha illa I-Lah.*

*La ilaha illa I-Lah.*

¿Qué ocurría con Haqim? ¿Cómo podía albergar dudas acerca del más Antiguo y seguir a su servicio? No podía ver. La punta de la daga presionaba contra la córnea y traspasó la membrana sin dificultad. Fátima veía. Se libraría de toda duda y confusión. Por medio de su fuerza de voluntad, las derrotaría, del mismo modo que era la fuerza de voluntad lo que mantenía abiertos sus ojos. Más presión sobre el filo. Más hondo, dentro de la cuenca. Sería dueña de su mente y de su corazón, al igual que el sabio al-Ashrad, gracias a la vigilancia constante, a la dedicación incesante.

Un pequeño giro y la hoja hizo el resto. El ojo se liberó y aterrizó a sus pies. Un temblor sobrecogedor se adueñó de Fátima. Todo ella era dolor, rabia y pesar. En

minutos, el ojo no fue más que polvo, nada más que un recuerdo.

El sol brillaba en lo alto cuando, en algún lugar de su delirio, Fátima encontró el descanso, ya que no la paz.

Lunes, 30 de agosto de 1999, 21:12 h

Catacumbas, iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España

«*Mea culpa*». ¡Zas!

La cuerda agujoneó la carne; los fragmentos de vidrio insertados con cuidado a lo largo del flagelo laceraron la piel.

«*Mea culpa*». ¡Zas!

Y también el hombro derecho.

«*Mea maxima culpa*». ¡Zas!

El cardenal Ambrosio Luis Monçada se encontraba medio sumergido, desnudo, en la pequeña piscina, lo suficientemente grande como para albergar a tres o cuatro hombres, siempre que ninguno de ellos fuese Monçada. En aquel momento, aunque la enorme bañera había albergado menos de la mitad del volumen de agua para el que había sido diseñada, el líquido rebosaba los bordes a cada movimiento del hombre. La sangre comenzaba a perlar la superficie de su espalda.

«*Mea culpa*». ¡Zas!

«*Mea culpa*». ¡Zas!

«*Mea maxima culpa*». ¡Zas!

Mantén un ritmo que hubiese matado enseguida a un mortal, que hubiese conducido a más de un cainita a la fatiga, y más allá, quizás incluso al letargo. Pero Monçada albergaba en su corpachón un pozo de devoción y determinación que los demás jamás podrían comprender.

«*Mea culpa*». ¡Zas!

Sabía, tanto por el tacto como por el sonido, si el flagelo mordía una llaga ya existente o zahería la carne aún intacta. ¿Cómo podría considerar sincero su acto de contrición si seguía encontrando piel inmaculada? Las primeras horas siempre eran las más frustrantes. Su vitae tenía la desafortunada costumbre de regenerar los pedazos de carne que perdía. Al final, no obstante, esa circunstancia no conseguía sino impulsarlo a redoblar sus denuedos, a alcanzar cotas de sacrificio aún más altas, a fin de humillarse como se merecía ante los ojos de su Creador.

Transcurría la noche. El *staccato* de chasquidos del cuero al restallar contra la

carne impía medía el paso del tiempo igual que el tictac de un péndulo, rítmico, constante, desgranando el invariable fluir de las horas que separaban el presente del pasado. Hacía años y más años que había sido el dolor lo que impulsara a Monçada; ese dolor abrasador, que abotargaba la mente, que marcaba a fuego su carne miserable y lo eximía de orgullo, de todo pecado. Aquéllos habían sido sus días como mortal, cuando perdía el conocimiento en brazos de la agonía o, en años posteriores, del agotamiento. Aquéllos habían sido los días anteriores a su Abrazo, antes de la mayor de las recompensas a una vida espiritual.

Con la noche sin fin vino la certeza infalible de su propia condena, así como la capacidad física que le permitía traspasar todas las fronteras del dolor tal y como él lo había conocido. Monçada llegó a darse cuenta de que la venganza de Dios sobre el pecador resultaba tan liberadora como la gracia de Dios sobre el santo. Quizá incluso más.

El bálsamo de la redención le estaba prohibido al alma lacerada de Monçada.

«*Mea culpa*». ¡Zas!

En su lugar, no quedaba sino el límpido azote de la predestinación.

Durante aquellos primeros años embriagadores, había llegado a pasar noches enteras, en ocasiones incluso días, resistiendo la llamada del sol, deleitándose en el éxtasis de su tortura, y su oculto placer no había conseguido más que fortalecer su mano. Exploró la eficacia del ayuno, privándose de sangre a conciencia pues, ¿acaso no era toda aquella sangre sino el sustituto de la sangre de Cristo, de la cual *no* era digno?; y después, por medio del cuero y el vidrio, extraía su propia vitae haciéndola brotar de la carne, un acuífero filtrante, purificador y espiritual.

Con el tiempo, consiguió trascender el dolor físico. El cuerpo se sumía en la nada y lo veía por lo que en realidad era. Si bien poderoso en términos terrenales y propulsado por la maldición de Caín, su forma no era sino una corteza hueca, donde todas las noches de su no vida eran tan sólo la condena de la carne. En aquellos eternos momentos de epifanía, Monçada veía que su juicio, auténtico y eterno, aún estaba por venir. No sería hasta el fin de los tiempos que sabría lo que era la verdadera degradación. Al llegar las Noches Finales, se revelaría el negro cáncer que devoraba su alma. Las aves carroñeras se alimentarían de su corazón y los gusanos consumirían sus ojos y su lengua. Ardería en las llamas del infierno mucho después de que su cadáver inanimado hubiese quedado reducido a polvo. Y, en ese día glorioso de su tortura definitiva, habría servido a Dios. Pues no podía existir el bien último sin la pura aberración, no se salvaban los santos sin la condena de los pecadores.

«*Mea maxima culpa*». ¡Zas!

Esa noche, no obstante, Monçada estaba distraído, e incluso las horas de disciplina habían fracasado a la hora de erradicar los pensamientos intrusos. Detuvo

la flagelación y se sumergió en la bañera, lo suficiente como para que el agua salada bañase las llagas que le cubrían los hombros y la espalda. El fuego se extendió de nuevo por todas las fibras de su cuerpo. El dolor le dio fuerzas de flaqueza mientras los jirones y trozos de carne ascendían flotando hasta la superficie de la pequeña piscina. El agua se espesó y oscureció al mezclarse con las gotas de sangre.

Mas seguía sin poderse abstraer del presente de la cámara de baños. No conseguía alzarse y alcanzar aquel bendito estado donde le sería revelado su destino final. Sus oídos captaron el cenagoso sonido del agua al salpicar; se lo imaginó como un coro de ángeles, o como las voces de los fieles en las misas trasnochadas celebradas en su iglesia, decenas de metros por encima de aquel laberíntico refugio. Sus ojos aún podían ver los frescos que adornaban las paredes de la bañera: Eva, mujer maldita, tentando a Adán con el fruto del árbol del bien y del mal; aquellos primeros amantes, azorados por su desnudez, antes de ser expulsados del Edén; Abel, dador de ofrendas inmoladas, muerto a los pies de su hermano.

Pero Monçada seguía sin poder escapar del ahora. No conseguía sumirse por completo en el ritual de la carne y la sangre. Ni siquiera las aguas purificadoras conseguían que la epifanía cayera sobre él.

¿Cuál era el motivo? ¿Qué era lo que podía distraerlo de aquel modo e interferir con su sagrada contemplación? ¿Qué era lo que casi siempre tenía la culpa cada vez que se sentía así de perturbado? *Lucita*. Su hija. La rosa negra que, Monçada estaba seguro, se convertiría una noche en su corona de espinas. El recuerdo de su nombre lo hería más profundamente que el agua salada cuando empapaba las pústulas de sus carnes abiertas. Ella era su creación mas, llegados a este punto, no había conseguido controlarla, no había llegado a poseerla por completo.

—*Mea culpa*— musitó ante la idea de poseerla por completo, ante la idea de verla inclinándose ante él, besándole los pies. Recordó la noche que había espiado a través de la mirilla mientras *Lucita* posaba, reticente, y *Vykos* esculpía sus dobles, primero en negro, luego en blanco, para sumarlos a las piezas del tablero de ajedrez de Monçada. Se acordó de la línea de aquellos hombros descubiertos mientras se vestía con el opulento vestido... de la curva de su columna, de su espalda desnuda...

«*Mea culpa*».

Mas el anhelo que sentía hacía ella entrañaba mucho más que le mera codicia carnal. Podría sojuzgar su voluntad, si tal fuera su deseo; podría quebrar su talle como si de una rama seca se tratara, o invocar sombras más oscuras que la noche para arrastrarla a recónditos lugares en las entrañas de la tierra de los que jamás conseguiría emerger. No obstante, jamás haría tal cosa, puesto que había llegado a la misma conclusión que tantos teólogos cristianos postularan a lo largo de los siglos: no existía la auténtica adoración privada del libre albedrío. Un autómatas no podía constituir un adorador digno. Monçada había creado a la hija pródiga a su imagen,

espiritual, ya que no físicamente, y la había provisto de la capacidad para desafiarlo a fin de que, con el tiempo, pudiera llegar a glorificarlo como era debido. Lo adoraría. La poseería, en cuerpo y alma, y se deleitaría en su adoración.

«*Mea maxima culpa*».

Con un suspiro, Monçada alzó de nuevo su cuerda... pero se detuvo, con el flagelo balanceándose en el aire ante sus ojos.

—Alfonzo —llamó el cardenal, al escuchar el ruido que indicaba el acercamiento de alguien por el pasillo del exterior de la cámara.

Una de las dos pesadas puertas de madera de roble de la sala se abrió con un quejumbroso lamento. Alfonso, humillada la mirada, dio un solo paso para penetrar en la cámara de baños. Vestía el uniforme oscuro de la legión personal de Monçada, la fuerza de elite creada para contrarrestar a la temida Mano Negra del regente.

—Su eminencia —dijo el capitán de la guardia—. Solicitasteis que se os informara de inmediato al respecto de cualquier noticia relativa a vuestra... vuestra *hija*.

—Así es. No creo que sea necesario recordarme mi propia orden —repuso Monçada con voz glacial, mientras retorció el mango de la cuerda, tensándola en su puño. Le enojaba la vacilación del legionario a la hora de mencionar a Lucita. No le correspondía a Alfonso la prerrogativa de aprobar o desaprobar la relación de Monçada con su chiquilla, tanto si el cardenal quería considerarla su hija, su esclava o su concubina. Aquello no era de la incumbencia de ningún inferior. Vallejo siempre había comprendido y acatado la importancia de aquel hecho. Con Vallejo y el primer escuadrón ocupados en el Nuevo Mundo, no obstante, la dirección de la mitad del escuadrón destacado para salvaguardar el hogar recaía sobre Alfonso. Hasta la fecha, Monçada no se sentía impresionado en absoluto. Alfonso, al igual que tantos hombres de armas, resultaba competente cuando se le permitía el lujo de seguir órdenes, por lo general procedentes de Vallejo; pero cuando se veía obligado a hacer gala de la propia iniciativa, el segundo al mando carecía del juicio y de la confianza que se le suponían a un líder.

»¿Cuáles son esas nuevas? —espetó Monçada.

—Ha eliminado a otro miembro del Sabbat... un tal Peter Munro, en Delaware.

—Munro —repitió Monçada—. Me suena ese nombre. Un traficante de armas.

El cardenal reflexionó durante unos instantes acerca de lo que sabía sobre la red mundial de distribución de material bélico del Sabbat. Los detalles, claro está, quedaban más allá de lo que podría llegar a conocer nadie, pero guardaba multitud de hechos en mente, puesto que la única máxima aún más cardinal que *conoce a tu enemigo* a la hora de enfrentarse a las pugnas nocturnas de la Yihad era *conoce a tus supuestos amigos*.

—Munro. Eso provocará alguna que otra dificultad —concedió Monçada—,

aunque sólo de naturaleza pasajera. Además, el gusto de Lucita es impecable, por lo general. Sospecho que este tal Munro era un muchacho displicente al que era necesario eliminar.

—Sí, su eminencia.

Monçada fulminó a Alfonzo con la mirada. Lo que menos falta le hacía al cardenal era un polluelo que se sintiese obligado a dar su conformidad ante cualquier pensamiento expresado en voz alta. Como si Monçada desease la opinión de nadie, sobre todo las que nacían de una obsequiosidad perpetua.

—Eso es todo, Alfonzo.

—Sí, su eminencia.

Una vez se hubo cerrado la puerta, Monçada permaneció sentado durante un rato, meditabundo, con las tiras del flagelo apretadas contra sus labios fruncidos. A intervalos, su lengua asomaba entre aquellos labios, tanto para reclamar alguna que otra seductora perla sanguinolenta de las muchas que había ofrecido en sacrificio, como para lacerarse entre los fragmentos de vidrio que tachonaban el cuero. Su mente apenas registraba aquella intermitencia de titilación y mutilación. Sus pensamientos caían arrastrados, de nuevo, hacia su chiquilla, su hija pródiga.

A Monçada le importaban bien poco las bajas aleatorias del Sabbat que Lucita decidiera erradicar... no tan aleatorias, se corrigió. Líder de manada, cacique bélico, traficante de armas. Sus blancos, hasta la fecha, obstaculizaban en cierto modo la causa del Sabbat en Norteamérica, en especial la pérdida del suministro de armas vía Munro, hasta que pudiera ser reemplazado. Pero todos podían ser reemplazados. El efecto más significativo, apreció Monçada, era el que sus víctimas pareciesen lo suficientemente aleatorias como para que hasta el último miembro del Sabbat, desde el último líder de manada hacia arriba, se preguntara antes o después si él sería el siguiente. Tal inseguridad que, como mucho, le proporcionaba a la Camarilla una sutil ventaja psicológica, sugería que alguien entre sus filas había contratado a Lucita.

También mostraba lo desesperados que estaban.

Los asesinatos no bastarían. Incluso aunque Lucita lograra destruir a uno de los arzobispos, el avance del Sabbat sólo sufriría un retraso, no se detendría. En aquellos momentos, tan sólo un puñado de ciudades del este de los Estados Unidos seguía aún en manos de la Camarilla.

Además, ¿dónde encajaban aquellas noticias acerca de las actividades de Lucita en nombre de la Camarilla con los rumores enfrentados que había recibido Monçada a propósito de que *uno de los suyos* había sojuzgado a su hija para que destruyera a un arzobispo? Monçada sabía que las consideraciones no llegaban a contradecirse tanto como se superponían.

El cardenal se metió un trozo de cuerda en la boca y la mordió. El cristal se molió satisfactoriamente entre sus dientes. Luego apretó la lengua contra el filo aserrado,



rozándolo hasta que la vitae comenzó a llenarle la boca.

Monçada se irguió. El agua resbalaba sobre su inmenso corpachón hasta derramarse en el interior de la bañera, teñida de sangre. Al incorporarse, se apoderó de él un leve mareo. Eran varias las noches que llevaba ayunando, preparándose para la sangría de esa noche. A la noche siguiente se alimentaría y sentiría cómo la fuerza regresaba a su cuerpo purificado. Hasta entonces y aún después se preocuparía, no de los asesinatos, puesto que al final no conseguirían gran cosa; ni de los rumores que apuntaban a alguno de sus arzobispos como traidor, puesto que la ambición era la ley en el seno del Sabbat. Como cualquier padre, se preocuparía por la seguridad de su hija, puesto que el cardenal había enviado al miembro de su clan, Talley el Sabueso, a enfrentarse con ella, y el asesino inglés convertido en guardaespaldas jugaría duro. Monçada albergaba la sospecha de que Lucita, como poco, sobreviviría. Pero un padre nunca dejaba de preocuparse.

*Jueves, 9 de septiembre de 1999, 22:12 h*  
*Avenida de Nueva York, Washington D. C.*

Fútil. Fútil pero inevitable. Eso era lo que pensaba Parménides de la estrategia que precisaba su encargo actual: vigilar la capilla de los Tremere, el único bastión que le quedaba a la Camarilla en la capital de los Estados Unidos. O, al menos, el único del que el Sabbat tuviese constancia. Seguramente habría mortales en la ciudad que aún siguiesen bajo el control de sus amos Ventrue, senadores y congresistas que querrían saldar favores, ghouls burócratas que, según dictasen las circunstancias, engrasarían o atascarían las ruedas de la maquinaria gubernamental.

Tómese, por ejemplo, el alboroto que se había adueñado de la ciudad el mes anterior, que había obligado al Sabbat a extremar la cautela a la hora de eliminar a los grupos ocultos de resistencia de la Camarilla. ¿Cómo si no se explicaba eso? ¿Y el hecho de que no hubiesen sido tropas federales las encargadas de sofocar los altercados, como habría sido de esperar, sino unidades de la Guardia Nacional de Maryland?

Una *simple cortesía*, aseguraban los poderes encargados a sus ciudadanos. Con las fuerzas armadas menguadas por culpa de los destacamentos de paz asignados a Bosnia, Kosovo o cualquier otro sitio, parecía perfectamente razonable que se utilizara una fuerza ya preparada y lo más cerca posible de las recientes revueltas civiles. Además, el acuerdo no era *expresamente* inconstitucional... y tal y cual. Los seguros de la propiedad estaban en boca de todos.

Claro está que Parménides y los de su clase disfrutaban de la ventaja que les proporcionaban ciertas fuentes de información internas a las que el público general (léase *mortal*) no tenía acceso. Pocos ciudadanos creerían, por ejemplo, que los tumultos en cuestión, así como los alborotos que los habían precedido a lo largo de la costa este, eran principalmente el resultado de una lucha de poder entre sectas enfrentadas de criaturas de la noche. Añádase, además, que el príncipe Vitel de Washington había huido hacia el norte para exiliarse junto al príncipe Garlotte de Baltimore, y el saldo de favores que habían originado los alborotos de la capital no tardaba en volverse evidente.

Y esto era sólo un ejemplo. Puede que el Sabbat se hubiese hecho con el control de las calles en Washington, pero no resultaba tan sencillo tomar al asalto los salones del poder, y ahí era donde estribaba la esencia de la influencia de los Ventrue.

Si ese retorcido y orgulloso clan constituía la columna vertebral de la Camarilla, y los insolentes Brujah eran el músculo, entonces los malditos Tremere serían los dientes y los colmillos; ése era el clan que acaparaba toda la atención de Parménides en aquellos momentos.

Se encontraba camuflado entre los macizos al otro lado de la calle de la Casa del Octágono, una pintoresca reliquia «histórica» en una nación demasiado joven como para tener historia, ni para comprenderla del todo. El significado histórico de aquel edificio palidecía en comparación con el valor estratégico que poseía para las dos sectas en lid, puesto que bajo la estructura se hallaba la guarida de los Tremere.

Así que Parménides aguardaba y vigilaba.

Puede que los brujos entrasen y saliesen por medio de la hechicería, quién podría saberlo, pero la vigilia del Sabbat ya había dado sus frutos. Durante las diez semanas transcurridas desde la incursión de las fuerzas de la secta en la ciudad, se habían capturado y eliminado varios lacayos humanos y ghouls de los Tremere. También había dos entradas a la capilla, otrora secretas, que se habían descubierto en los bloques que rodeaban la Casa del Octágono y ya se habían sellado. Aquellas bajas insignificantes no iban a acabar con los brujos, pero la constancia de la presión quizá diese como resultado oportunidades más significativas.

La destrucción de los Tremere. Aquélla era una perspectiva que agradaba a Parménides, aunque habría preferido una estrategia enfocada de modo algo más activo, o al menos un papel más directo para él en la misma. Tras haber pasado varias semanas tan cerca de la dama Sascha Vykos, ahora parecía relegado a los interiores del trabajo de vigilancia, aunque no escasearan los rufianes del Sabbat necesarios para guarnecer aquella franja del perímetro. Vykos debía de tener *algo* más de acorde con sus habilidades particulares, pero había delegado en él muy pocas responsabilidades añadidas desde el encargo de Chin, impecablemente ejecutado en Baltimore. Parménides había llegado a la conclusión de que la mujer quizá no las tuviera todas consigo a la hora de emplear a un asesino *tan* experimentado. Aun cuando aquella idea le había pasado por la cabeza, tenía que reconocer, a pesar suyo, que no era más que una bravata de postín que se evaporaba de inmediato en presencia de Vykos. Maldita fuera.

Una vibración en el interior de uno de los muchos bolsillos de la holgada chaqueta de Parménides rompió la monotonía de la noche y llamó su atención, además de recordarle la otra tarea a la que Vykos lo había relegado. Sin hacer ruido, Parménides se arrastró hacia atrás para apartarse de los macizos. Había otros centinelas de guardia, no le echarían de menos. Se alejó de la Casa del Octágono a

una distancia desde la que no tuviese que preocuparse por los oídos indiscretos, sacó el teléfono móvil del bolsillo, abrió la tapa del aparato y presionó el botón del comunicador.

Esperó otro rato a que el repiqueteo de la señal se estabilizara.

—¿Diga?

—Buenas noches. —Como de costumbre, la voz de su interlocutora exudaba un tono cruel y burlón, como si estuviese haciéndole un favor dignándose llamar.

—Ah. Doña Lucita. Es un placer oír su voz —mintió Parménides, con tanta educación como falta de subterfugio—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Una menudencia, en realidad. —Mantén la vana cordialidad sin problemas—. Me preguntaba si podría proporcionarme el más leve indicio del paradero de un objetivo durante las próximas noches.

Parménides vaciló. Sus instrucciones lo impelían a facilitarle a Lucita cuanta información le fuera posible sin revelar la identidad de su jefa ni la suya propia. El revelar una familiaridad tan íntima con el itinerario del arzobispo Borges podría confirmar cualquier sospecha que ya albergara.

—¿Cómo iba a saber yo tal cosa, doña Lucita?

—Porque quienquiera que sea el que mueve tus hilos lo sabe, ¿a que sí? No estoy tan ciega como para no ver lo que tengo delante. ¿Quién es? ¿Polonia? ¿Vykos? ¿Uno de esos estúpidos gordinflones de México?

Parménides volvió a guardar silencio. Lo que lo desconcertaba no era tanto la rudeza de Lucita como su despreocupación a la hora de hacerle partícipe de lo que sabía y de lo que no. Cualquiera esperaría algo más de discreción de un Lasombra. Puede que sus comentarios fuesen una cortina de humo, un intento por hacerle creer que sabía menos de lo que en realidad se trataba, y que estuviese más que a corriente de quién era su jefa. Aunque, en tal caso, ¿por qué no desviar todas las sospechas y no mencionar aquel tema en absoluto? ¿Se trataría de una doble finta, o es que de verdad era así de impetuosa?

—Me temo que no tengo ni idea de lo que me está hablando, señora —contestó Parménides, sereno—. Lo siento de veras.

—Yo también siento de verás que seas así de mentiroso, —fue la acerba respuesta—. Así que dime, ¿por dónde va a andar?

Parménides esbozó una sonrisa. Por lo menos aquello respondía a su pregunta, era lo suficientemente presuntuosa como para creer que conseguiría hacer mella en él por medio de insultos.

—Dentro de dos semanas, probablemente Hartford sea un coto de caza que le gustaría visitar. Confío en que esta información sea suficiente.

—No te voy a engañar: No, no lo es, pero tendré que apañarme. Muy bien. Gracias por tu consideración.

—El placer es mío —volvió a mentir Parménides, antes de apagar el teléfono—. Y que Borges te coma el corazón para desayunar.

Parménides poseía más información y podría haberla compartido con ella, pero no se sentía impulsado a facilitarle el trabajo en demasía. Hete ahí uno de los peligros que entrañaba el enemistarse con un contacto sin ningún motivo, una sencilla lección que todo asesino debería saber, y que todo Assamita *sabía*.

*Martes, 21 de septiembre de 1999, 00:29 h*

*Cubierta de observación edificio Albert Myor, Hartford, Connecticut*

Fátima saltó por encima de la barandilla y cayó sobre e inmenso saliente que servía de patio durante la hora de almuerzo para los trabajadores del edificio de oficinas que acababa de escalar. El toldo retráctil se hallaba enrollado firmemente sujeto a la pared; aún no se habían colocado los muros de partición vidriados que protegerían a los ociosos, de las inclemencias del tiempo durante el invierno. Las sillas y las mesas redondas de metal esperaban a sus ocupantes.

Su ojo había sanado por completo, había vuelto a crecer en cuestión de noches. Con una nueva perspectiva y el corazón en calma, oteó la ciudad.

Durante un instante, la majestuosa altitud y la fuerza de viento le recordaron a los muros de Alamut, pero sólo por un momento. Costaba pasar por alto el caos que dominaba aquella panorámica. No muy lejos, las llamas estiraban sus brazos hacia el firmamento desde un edificio en el centro de la ciudad; varios bloques hacia el oeste, un edificio de mayor tamaño, el centro cívico, ardía a su vez. El humo lacrimógeno flotaba a baja altura en dirección al río. Las luces parpadeantes y las sirenas parecían estar por todas partes, mientras los vehículos de emergencia correteaban frenéticos, semejante a luciérnagas multicolores entregadas a alguna especie de baile enloquecido. Sus idas y venidas sobre unas calles que tendrían que haber estado casi desiertas a esas horas de la noche se veían obstaculizadas cada dos por tres: Un autobús atravesado taponaba una de las arterias principales que cruzaba el centro de la ciudad; una pila humeante de metal que antes habían sido varios coches distintos bloqueaba uno de los puentes más transitados; hacia el norte, el tráfico interestatal comenzaba a apiñarse detrás de los restos de un accidente. El petardeo de las armas de fuego entraba en erupción a rachas intermitentes en las calles y los jardines.

Adoptó la postura de una turista aburrída, apoyada sobre la barandilla y observando casi sin interés mientras la acción se desarrollaba bajo ella. No, aquello no se parecía en nada a Alamut, al fin y al cabo; no era más que un truco de la altura, la sensación del mundo que se despeñaba ante ella, lo que le resultaba familiar. En lugar de una vista de quebradas montañosas, despiadadas y al mismo tiempo

inexplicablemente serenas, Fátima asistía al espectáculo de una carnicería desatada. El Sabbat estaba en la ciudad y, aunque esa noche pudiera horrorizar a la población mortal con sus incendios, sus saqueos y sus alborotos, parecía que los vampiros de la Camarilla de Hartford iban a salir mucho peor parados.

Cuál fuese la facción de no muertos que controlara la ciudad era algo que le preocupaba bien poco a Fátima. Ella cumpliría con su misión tanto si los intrigantes de la Camarilla se quedaban enclaustrados en sus salones de lujo como si las manadas del Sabbat aterrorizaban a los mortales en la calle. Era el conjunto de las dos misiones que le había asignado el *amr* lo que la había llevado esa noche hasta aquella ciudad sitiada.

—Puede que haya que destruir a Parménides —había dicho al-Ashrad—. Fue el califa quien decidió entregarlo al cuidado de la demonio, Vykos. Una posición difícil. Ahora tenemos motivos para creer que Vykos ha... *abusado* de Parménides. De formas para las que no podía estar preparado. Puede que haya sufrido daños más allá de toda recuperación, eso lo tendrás que decidir tú. A todos los efectos, el acuerdo del califa con Vykos ha quedado anulado e invalidado. Quizá el griego tenga la oportunidad de ejecutar *hadd*.

*Hadd*. Venganza. Si fuese posible, Parménides destruiría a Vykos, asegurándose así la justicia por la ignominia cometida contra los hijos de Haqim. Si tal cosa pareciese improbable, Fátima tendría que ordenar su regreso a Alamut. Si el griego hubiese sufrido, a su juicio, «daños irre recuperables», Fátima tendría que reclamar su sangre para el clan.

La misión en sí, comparada con muchas de las proezas que Fátima había realizado a lo largo de los siglos, era de lo más simple. Aunque no extraía satisfacción alguna al eliminar a un miembro de la hermandad, no sentía reparos a la hora de hacerlo si las circunstancias lo exigían. Lo que más picaba su curiosidad no era la situación en sí ni su resultado final, sino otros asuntos, tangenciales a la crisis de Parménides.

*Era decisión del califa*, había dicho al-Ashrad, y había sido el califa, el superior inmediato de Fátima, quien no se había encontrado presente, en contra de su costumbre.

Así que había planteado la pregunta, con respeto pero de forma persistente.

—Entonces, ¿el califa está dispuesto a ver destruida a Vykos, pese al ferviente odio que siente la demonio hacia los brujos?

Al-Ashrad le había dirigido una mirada inescrutable, sin que sus ojos, azul y blanco, denotaran emoción alguna. Según la tradición, podrían haberla azotado por interrogar de aquel modo a un superior, pero eran pocos los hijos de Haqim que habían alcanzado la prominencia de Fátima, y en ocasiones se hacía la vista gorda.

—Ciertos aspectos de la política del califa —repuso al-Ashrad— se han...

reconsiderado.

Aquellas palabras encerraban una especie de poderosa neutralidad, el mismo sentido de fatalidad que hubiese escuchado antes, el cual conseguía que Fátima aceptara su respuesta sin cuestionarla. Los privilegios, incluso para alguien de su posición, tenían un límite.

De modo que aceptó las misiones que la encomendaban. El viaje hasta este continente no había sido corto. El Nido del Águila era un lugar remoto, pero los hijos de Haqim, eran viajeros expertos, acostumbrados a recorrer el mundo persiguiendo a sus presas. Durante el transcurso del viaje, Fátima se sintió como si hubiese dado un salto hacia delante en el tiempo; de los riscos adustos e invariables y las irregulares trochas de Alamut, a los caminos llenos de baches y los traqueteantes camiones diésel, hasta llegar por fin a un avión que la trajo a la moderna Sodoma, donde se habían olvidado las costumbres de antaño e imperaban los artilugios de la época actual. No era casual que fuese tan escaso el número de iniciados de la hermandad elegidos en Norteamérica. Donde reinaba el secularismo moderno, no solía quedar sitio para la disciplina y la lealtad.

No obstante, no era el mundo moderno lo que Fátima había venido a juzgar, sino a Parménides; y no era el juicio de Parménides lo que la había traído a Hartford esa noche, puesto que él no estaba en la ciudad. La había enviado información, por medio de los intermediarios Nosferatu, relativa al ataque del Sabbat, información que bien podría ayudarle con su segunda misión. Armada con tal conocimiento y con la perspectiva a vista de pájaro de la ciudad, comenzó a superar la barandilla de la planta de observación una vez más para descender hacia la locura desatada a sus pies.

Aunque, esta vez, la locura la estaba buscando.

Ruido de cristales rotos. Fátima se quedó inmóvil a horcajadas sobre la barandilla en el momento en que dos figuras irrumpieron a través de lo que había sido una puerta cerrada de vidrio cilindrado que daba a la planta de observación. Uno de los recién llegados vestía unos harapos que en su día habían sido pantalones militares; el otro, una camisa de franela, vaqueros rotos por mil sitios y la gorra de un guardia de seguridad, a todas luces robada; ambos esgrimían, de forma bastante torpe, dos ametralladoras MAC 10. Gracias a sus retorcidas muecas inhumanas, Fátima los hubiese reconocido como Sabbat aunque la ciudad no estuviese siendo atacada.

—No lo haga, señorita —gritó el primero de ellos en dirección a Fátima, como si tuviese enfrente a una mortal a punto de suicidarse saltando desde lo alto del edificio—. Las cosas siempre pueden... *empeorar*.

Ambos rieron ante la chanza. Seguían riendo, de hecho, cuando la jambia de Fátima, desenvainada y arrojada con una velocidad cegadora, sesgó la muñeca del bromista y le dejó el brazo clavado a la pared que se erguía tras él. Sus carcajadas se convirtieron en un aullido de dolor. Su dedo apretó el gatillo y los cartuchos del



calibre .45 se perdieron enloquecidos en el vacío.

Los disparos del segundo Sabbat no fueron tan aleatorios. En cuando se dio cuenta de lo ocurría, descargó varias ráfagas, apuntadas al lugar de la barandilla que Fátima había ocupado hacía tan sólo unos instantes.

Ésta ya surcaba los aires, planeando sobre las balas, en dirección a su atacante. Lo abofeteó en la sien. Cuando el hombre se desplomó, ella le pasó por encima, aterrizó y rodó sobre sí misma para, acto seguido, volcar dos de las mesas metálicas de la terraza. La gorra de guardia de seguridad cabalgaba a lomos del viento y se perdió en el abismo que era la ciudad.

El Sabbat que no estaba clavado a la pared se puso en pie con esfuerzo, acompañados sus movimientos y su extravagante bailoteo por los quejidos desgarrados de su compañero y la última ráfaga desperdiciada en el aire.

—¡Cierra la boca, joder! —el Sabbat número dos se giró hacia las mesas volcadas, semejantes a enormes escudos redondos—. Está bien, zorra.

Descargó varias ráfagas contra una de las mesas. Las balas atravesaron la fina plancha de metal y el mueble salió despedido al otro lado del patio, revelando el espacio vacío que había ocultado.

—No tienes donde esconderte, muñeca. —Arremetió contra la segunda mesa, haciéndola girar hasta que salió por los aires y fue a aterrizar con las patas apuntando hacia arriba. La mesa de metal retumbó, estruendosa, mientras daba vueltas sobre el borde, ganando en velocidad al tiempo que perdía altura y se hundía cada vez más y más. Tampoco había nadie oculto tras aquella mesa. Por fin, perdida la inercia, la mesa se detuvo con la sentencia de un último topetazo.

—Me parece que con ésa hacían treinta —dijo Fátima, en perfecto inglés, detrás del Sabbat número dos.

Éste giró en redondo y apretó el gatillo, pero la Mac 10 guardó silencio. Su compañero parecía absorto en el dolor del brazo atravesado. Sus gritos se habían reducido a un apagado gemir mientras mantenía los ojos clavados, patidifusos, en su mano y arma inútiles. El Sabbat número dos seguía sin conseguir nada apretando el gatillo.

—Treinta disparos. —Fátima no había contado los casquillos, pero estaba más que segura—. Tendrían que haberte bastado.

El número dos echó mano al bolsillo en busca de otro cargador, pero Fátima levantó la mano y el hombre se detuvo en seco. Lo había tocado una vez y ahora apelaba a su sangre. Sintió cómo ésta respondía a su llamada. El número dos también. La mano que había tanteado en busca del bolsillo se aferró a su pechera y comenzó a tirar de la camisa, como si ésta comenzase a oprimirle.

Despacio, Fátima convirtió su mano abierta en un puño. Los ojos del número dos se desorbitaron, presa del miedo y el dolor. Su arma repiqueteó al caer al suelo,

aunque él no pareció darse cuenta. La sangre comenzaba a rezumar de su nariz, de las orejas, de los lacrimales. Cayó de rodillas y luego, con los brazos aferrándose los costados, se desplomó de bruces sobre el cemento.

Fátima abrió la mano despacio y, acto seguido, estiró los dedos.

—Creo que ya está.

El número dos no estaba destruido, aún no, pero casi. Yacía presa de espasmos, en un delirio agónico. Fátima se giró para encarar al número uno, que seguía lloriqueando y aferrándose el antebrazo derecho bajo la protuberancia del filo. Se acercó a él, asqueada. Su vitae había comenzado a sanar la herida alrededor de la jamba. Aunque ostentaba el regalo de una sangre potente, carecía de la fuerza de espíritu para sacarse el cuchillo del brazo y continuar la lucha. Tampoco es que aquello hubiese cambiado el resultado, pero al menos habría afrontado la Muerte Definitiva con honor.

—No sé quién pudo elegirte —dijo Fátima, con un zangoloteo de cabeza, antes de disponerse a remediar aquel error.

*Martes, 21 de septiembre de 1999, 1:37 h*

*Facultad de Derecho de la Universidad de Connecticut, Hartford, Connecticut*

A medida que Fátima recorría la ciudad, la noche iba componiendo un cuadro surrealista, con pinceladas de humo y sombras salpicadas de motas de violentos colores chillones: llamas anaranjadas y amarillas, luces rojas y azules, todas ellas retenidas en la retina igual que una imagen congelada. La sangre fresca que le inundaba las venas convertía aquel telón de foro en una simulación de vida, siendo Fátima la única figura dotada de movimiento sobre aquel lienzo. Cada restallar de las armas de fuego, cada lamento de las sirenas, se convertía en un haz interrumpido de realidad, en un momento estanco, incapaz de seguir su ritmo.

Surcaba sin ser vista la marea de mortales que se afanaban por sofocar los incendios, las manadas nómadas del Sabbat. Se había alimentado hasta saciarse, y habían dejado de serle de utilidad. Con todo, sentía una desazón por dentro, un apetito que no era hambre. Su clan había pasado tantos años sin poder beber de la progenie de Khayyin, impotente para reclamar la sangre desperdiciada en esa comunidad obscena e indulgente. Contuvo el impulso de arramblar con las patéticas bestias que el Sabbat creaba como enjambres de incontables insectos. Siguió hacia delante, dando rienda suelta a la sangre de su interior.

No tardó en llegar al lugar dentro del campus de la facultad de medicina que, según le había informado Parménides, hacía las veces de centro de mando para el Sabbat. La comandancia de la secta era, sin lugar a dudas, formidable: Borges, arzobispo Lasombra de la cúpula de Miami; Vykos, recién coronada arzobispo de Washington, en calidad de consejera; Talley, el Sabueso, asesino convertido en guardaespaldas, supuestamente con órdenes de proteger tanto a Borges como a Vykos.

Ninguno de los dignatarios del Sabbat se encontraba donde tendría que estar. El césped que separaba los edificios se veía vacío, a excepción de un nocivo montón de escoria imposible de identificar; los restos de un ghoul de guerra Tzimisce, quizás. Aquellas descomunales criaturas parecían albergar muy poca de la humanidad que les permitiría vincular sus restos al mundo mortal una vez la voluntad los hubiera

abandonado, aunque el proceso de descomposición no alcanzaba el dramatismo del de un Cainita entrado en años o el de un hijo de Haqim, cuyos cascarones se reducían a polvo una vez sufrida la Muerte Definitiva.

El hecho de que la comandancia del Sabbat estuviese ausente no era nada sorprendente, puesto que los planes cambiaban, sobre todo en tiempo de guerra, ni tampoco suponía revés alguno para Fátima. Los arzobispos y su protector, para ella, eran el medio, no el fin. El único motivo por el que los buscaba era aquélla que también estaría tras su pista.

*Lucita.*

Fátima rastreó la zona en busca de indicios que la hablasen de lo que allí hubiera acontecido. La inclinación del bien cuidado césped sugería cuál había sido la dirección predominante de la partida. Una breve escucha, potenciada por la sangre, confirmó el estrépito del fragor de la batalla en aquella dirección; disparos, alaridos, el crujir de los huesos. Si Lucita iba a aparecer en algún sitio, sería en medio del conflicto. Éste era el compañero inseparable de la hermosa asesina Lasombra; cuando no era ella quien lo provocaba, le seguía el rastro.

Durante veinte minutos aproximados, Fátima avanzó en zigzag entre varios bloques de la ciudad, sin dejar de moverse en dirección sur. Nadie se percató de su paso, era menos que una sombra en medio de la carnicería de aquella noche. No se detuvo hasta que, por fin, un sonido que creyó reconocer llegó a sus oídos. ¿Podría ser...? Sí. Allí, a la izquierda. Unos cuantos bloques más. Lo suficientemente lejos como para resultar tenue, pero conocía bien aquella vibrante voz femenina:

«... Sin duda se acuerda... tras haber ganado tan...».

Los edificios de aquella parte de la ciudad eran más bajos que los del centro. Fátima contuvo los coletazos de la emoción mientras trepaba sin dificultad hasta la cubierta de un modesto restaurante y se apresuraba a volar sobre los tejados en dirección a la voz y al altercado que, como no podía ser menos, la acompañaba.

Tuvo que cubrir una distancia mayor de la esperada; o bien había confundido la voz o, lo más probable, los combatientes estuviesen combatiendo sobre la marcha. Si tal había sido el caso, la pelea había terminado. Fátima miró hacia abajo y vio a Lucita, en pie, a pocos pasos de un maltrecho arzobispo Borges. Unos tentáculos de sombra reptaron hacia el arzobispo para arrebatarse la vida del cuerpo, bien fuese cortando o aplastándolo, pero otro brazo de tinieblas empujó a Lucita a un lado, antes de derribarla cuando ésta intentó acercarse a Borges.

Ése debía de ser Talley, a Fátima no le cupo duda. Para confirmar sus sospechas, el templario surgió de las sombras y aguardó a que la propia oscuridad empujase a Lucita hasta él. Los dos asesinos Lasombra parecían extenuados, además de magullados y lacerados. Talley exhibía una fea herida en el hombro. Ninguno podía permitirse el lujo de emplear sangre para curarse, al menos mientras quisieran seguir

doblegando la noche a su antojo.

Fátima reprimió el impulso de bajar a la calle de un salto y asestarle a Talley un golpe fatal desde arriba. No tenía derecho a interferir. Lucita no era de las que agradecía ningún tipo de ayuda, ni siquiera cuando ésta pudiera salvarla de la Muerte Definitiva. Si Talley conseguía destruir a Lucita... Bueno, la labor de Fátima se vería simplificada en gran medida.

Por tanto, se mantuvo al margen mientras Lucita y Talley intentaban destriparse mutuamente con sendas cintas de sombra. Fátima vio cómo dos inmensos ghouls de guerra aparecían en escena. Fueron a por Lucita, quien los hizo añicos y utilizó su intromisión para zafarse de Talley por unos segundos. La Rosa Negra no necesitaba más tiempo para alcanzar a Borges y abrirlo en canal, cobrándose su patético último estertor.

El Sabueso llegó pisándole los talones a Lucita, mas ya su protegido había sido destruido y no quedaba sino luchar para salvar el orgullo. Puede que aquel fuese el incentivo que Talley necesitaba; cargó contra Lucita con una furia que no había estado presente mientras defendía a Borges. Se enzarzaron en un nudo de zarpas, donde era Talley el que descargaba los golpes más certeros contra Lucita, quien al parecer había decidido que ya había cumplido con su cometido y no tenía por qué demostrarle nada al Sabueso. La asesina encontró una vía de escape y la aprovechó.

Talley no era de los que se rendían tan fácilmente. Corrió tras los pasos de Lucita mientras ésta avanzaba como un rayo hacia el río. Castigado por Lucita y escaso de sangre, el Sabueso podría ser presa fácil. En lugar de aprovecharse de las circunstancias, Fátima se alejó de los dos Lasombra y atravesó la ciudad en busca del vehículo que había dejado aparcado en un garaje vigilado.

Sus contactos estadounidenses le había conseguido el vehículo, un SUV gris de los que eran tan comunes en los EEUU: ventanas tintadas y carrocería lo suficientemente sucia como para no parecer nuevo, pero no tanto como para llamar la atención. Fátima se adentró en la Interestatal Sur 91, dado que sólo las carreteras que iban hacia el norte estaban bloqueadas por los accidentes provocados por el Sabbat, y condujo siguiendo la margen oeste del río Connecticut. Se imaginó a Lucita nadando hacia el sur, aprovechando la corriente. A Fátima le costaba creer que Lucita no hubiese conseguido llegar al río antes que el rubio y cimbreño Talley, asegurándose así su huida. Empero, siempre existía la posibilidad de que el Sabueso hubiese cogido a Lucita y la hubiese destruido, liberando así a Fátima de la rueda de molino que llevaba colgada al cuello.

Prosiguió su avance por la interestatal, hasta desviarse en dirección a la modesta población de Rocky Hill. Al menos, eso es lo que rezaban las señales. Fátima no se detuvo a visitar la población. Aparcó al otro lado de la calle donde se alzaba una heladería para automóviles completamente desierta. El único coche que ocupaba el

aparcamiento del establecimiento era el BMW descapotable de Lucita.

Fátima había descubierto el coche al comienzo de la noche; así de útiles eran los Nosferatu. Al parecer, Lucita había destruido a uno de los suyos, antes de dirigirse a Hartford. Cogió un par de discretos prismáticos y se dispuso a esperar.

No por mucho tiempo. El reloj del salpicadero anunciaba las 4:15 cuando Lucita puso el pie en el aparcamiento, procedente del río. Portaba una mochila al hombro y avanzaba con paso largo. El amanecer despuntaría enseguida. Su ropa, distinta de la que llevaba puesta mientras luchaba con Talley, estaba seca, no así su pelo. Fátima, resguardada tras los cristales tintados a cien metros de distancia, vio cómo Lucita abría los ojos de par en par durante un instante al descubrir el regalo que Fátima le había dejado antes. En el momento en que el rostro de Lucita se iluminaba al reconocer el objeto, una de las luces del estacionamiento titiló y se apagó. Lucita arrancó la bufanda naranja del limpiaparabrisas y dejó que el trozo de seda cayera lánguido hasta el suelo. Dedicó unos momentos a inspeccionar someramente el vehículo, lo cual no era mala idea, a juicio de Fátima. Luego, mientras la bufanda, olvidada, rodaba sobre el pavimento impulsada por una ráfaga de viento, Lucita dejó atrás el aparcamiento.

*Martes, 21 de septiembre de 1999, 4:32 h*

*Interestatal 91 dirección sur, cerca de Berlín oriental, Connecticut*

Recorridos unos quince kilómetros de la interestatal Lucita se percató de que alguien la seguía. El BMW brincó de los 120 a los 200 y voló sobre el asfalto. Fátima redujo el SUV hasta los 115. Se había adiestrado en el manejo de los automóviles modernos, pero no sentía ninguna necesidad de lanzarse a una persecución a alta velocidad.

Pocos kilómetros después, tomó una salida solitaria que la condujo al estacionamiento de una estación de servicio abandonada. Allí estaba el BMW, con Lucita apoyada contra la puerta del pasajero, de brazos cruzados.

Fátima dejó el coche en punto muerto a unos doce metros de distancia y accionó el freno de mano, pese a la falta de desnivel en el firme. Abrió la puerta y salió de vehículo. La grava crujió bajo sus botas. Lucita y ella quedaron frente a frente, iluminadas a intervalos por los escasos coches que atravesaban la interestatal.

—Me imaginaba que serías tú —dijo Lucita. Su cabello seco ya después de la carrera en el descapotable, aparecía alborotado y enredado sin remedio.

Que hable, decidió Fátima. Lucita siempre había sido una parlanchina. El ceño de la Lasombra descascarilló la costra que se había formado sobre un arañazo, cortesía de Talley.

»Es decir, mierda. Alguien me sigue. Puede que me hayan colocado un señalizador en el coche. No queda nada para que amanezca. No voy a parar para pasar el día si saber quién va a llamar a mi puerta a pesar del cartelito de “no molestar”, ¿no? Si es una sanguijuela, vale, él tendrá que esperar también. Pero ¿y si es un ghoul? ¿O uno de esos criados mortales con ganas de armar una...?

Lucita abrió la mano y le enseñó a Fátima un pequeño rastreador electrónico.

»¿Esto es tuyo? —preguntó Lucita—. ¿O de Schreck?

—Ése es mío —contestó Fátima, imparable—. Schreck ha puesto otro, dentro de la carrocera. No hay manera de encontrarlo, a menos que quieras desguazar el vehículo.

Lucita hizo añicos el artilugio metálico con dos dedos.

—Así que trabajas para los Nosfes. ¿Tan cabreados están por lo de ese inútil de mensajero, allá en Hartford? ¿O es que quieren que les devuelva el carro? Nunca me habría imaginado que fueses a terminar de cobradora del frac.

—No trabajo para ellos. —Fátima hablaba sin permitirse el lujo de demostrar alegría, enojo ni dolor. Tenía que contenerse si no quería que todas aquellas emociones salieran al exterior a borbotones—. Es sólo que su camino y el mío se cruzan de vez en cuando.

—Como el nuestro, ¿eh? —Lucita esbozó una sonrisa sarcástica. En un alarde de pantomima, miró su reloj antes de volver la vista hacia el cielo, que comenzaba a iluminarse por el este—. Me imagino que tendrás un hueco de lo más cómodo en la trasera del Land Cruiser, pero a mí no me apetece nada pasarme todo el día hecha un ovillo en mi maletero. Venga, ¿por qué has venido?

Fátima no respondió de inmediato. La respuesta no era sencilla, ni tenía mucho sentido. Quedaba tan poco tiempo. Mejor así.

—Quería verte.

—¿Y eso? ¿Se supone que tienes que matarme... de nuevo?

—A ti no. Todavía. A tu sire.

Lucita tensó ligeramente los músculos de la mandíbula. No supo qué ocurrencia espetar ante aquellas palabras. Apretó el abrazo sobre sí misma como si tuviese frío, lo cual no era el caso. Cambió de postura, antes de decidirse a rodear el coche para regresar al lado del conductor.

—Escucha, acabo de cargarme a Borges... aunque eso ya lo sabes, me imagino. También sabrás que Talley anda cerca, y que Hartford es un hervidero de Sabbat. Así que yo no me acercaría demasiado.

Saltó detrás del volante y el motor rugió.

—Voy a destruir a tu sire —dijo Fátima.

Lucita palideció durante un segundo antes de forzarse a esbozar una sonrisa de desdén.

—Ya te oí la primera vez. Procura que no llegue yo antes.

El BMW despidió una lluvia de gujarros cuando ganó velocidad y dejó atrás a Fátima, erguida en medio de una nube de polvo. «*Buen consejo*», pensó Fátima mientras volvía a subirse al SUV, dispuesta a encontrar un rincón solitario donde aparcar y pasar el día.



**SEGUNDA PARTE:  
«EL MURO QUE SEPARA EL CIELO Y EL  
INFIERNO»**



**Miércoles, 22 de septiembre de 1999, 4:11 h**

**Harlem hispano, ciudad de Nueva York, Nueva York**

Anwar no se esperaba que ordenasen su regreso a Nueva York, y menos a la misma madriguera, transcurrido tan poco tiempo desde el atentado contra los Tremere. Al pasar a tan pocos kilómetros de la capilla de los brujos redobló sus precauciones; por prudencia, desde luego, no por miedo. Puede que aquel desasosiego redundara en su beneficio. Lo mantenía en vilo, como solía decirse. En esto, como en todo lo demás, Anwar confiaba en los antiguos.

Durante los meses transcurridos desde su última estancia en la ciudad, había viajado a Chicago, donde había cumplido con otro encargo. No tan espectacular como el asunto de Foley, pero tampoco nada desdeñable, y había bebido hasta hartarse. Luego, hacía varias noches, habían llegado las órdenes de regresar a Nueva York. Había llegado esa noche y había aparcado el coche al otro lado del río, cerca de Fort Lee, junto a un garaje abandonado al que le habían arrancado las puertas de sus goznes. Llamaría menos la atención si se acercaba a pie a la madriguera.

Llegó hasta el bloque en cuestión de la calle 119 Oeste sin ningún percance y volvió a dirigirse hacia la entrada del sótano. Apretó el timbre cinco veces, muy brevemente en cada ocasión, según las últimas instrucciones. Cuando la puerta contra incendios se abrió, fue «Walter James» en persona el que lo recibió. No había ni rastro de la esperpéntica mujer que le había clavado la hipodérmica la vez anterior.

—Que el más Antiguo te sonría —saludó James, cuando la puerta volvió a estar cerrada a cal y canto. Asió a Anwar por los hombros antes de estrecharle la mano de aquella forma tan norteamericana, falta de delicadeza y sobrada de entusiasmo.

—Que tu espalda sea fuerte.

—Por aquí —indicó James, con una amplia sonrisa—. Nuestros invitados no suelen repetir. ¿Qué tal se han dado estos cuatro meses? —Condujo a Anwar al otro lado de la puerta contra incendios interior y cruzaron un estrecho pasillo que los dejó frente a otra puerta de seguridad, cerrada.

—Más bien dos —corrigió Anwar, a sabiendas de que su anfitrión había errado de forma intencionada, a modo de precaución añadida—. Ha estado bien.

—Me alegro, me alegro.

Ascendieron por una escalerilla enclaustrada entre paredes de ladrillo; cualquier grupo de intrusos tendría que pasar por allí en fila de a uno. La puerta ante la que morían los peldaños se abrió accionada por un sensor cuando James posó sobre él la palma de su mano derecha.

Al otro lado de aquella puerta, los muebles de una oficina perfectamente normal reemplazaron a la espartana decoración de la planta baja. Cualquiera que entrase por la puerta principal carecería de motivos para sospechar que se encontraba en cualquier otro sitio que no fuese una modesta aunque respetable agencia legal o financiera de las que proliferaban en cualquier otro enclave ocupado por una minoría poco privilegiada.

James guió a Anwar por un pasillo empapelado en un alarde de buen gusto y se detuvo ante una puerta como otra cualquiera. Con un leve ademán, el estadounidense giró el pomo y la abrió. Anwar entró en la estancia y se quedó mudo al ver sentada al otro lado de una mesa de reuniones de oscura madera de cerezo a Fátima al-Faqadi. El hombre realizó una reverencia y permaneció firme hasta que Fátima le indicó que podía tomar asiento. Puede que fuese por culpa del sillón, cuyo asiento era viejo y duro, o de los muelles, pero el caso es que Anwar sintió que se hundía lentamente, que se encogía. Fátima lo observaba, impasible. Ante la solemnidad de aquel encuentro con tamaña personalidad dentro de su clan, ni siquiera se percató del chasquido que emitió la puerta cuando James la cerró.

—Espero que hayas cumplido con tus asuntos en Chicago —dijo Fátima.

—Así es —Anwar ya había informado de ello, y estaba seguro de que Fátima estaba al corriente. Anwar la escrutó con intensidad. Evitar mirarla a la cara sería señal de debilidad, y él ya no era ningún *fida'i* como para clavar los ojos en sus pies o, en este caso, en la mesa, azorado. Los grandes ojos oscuros de Fátima, más que el espejo de su alma, parecían dos ventanas cerradas por las que no se dejaba entrever emoción alguna. Quizás acechase un alma en algún lugar bajo aquella piel tersa, oscurecida a partir de sus matices marroquíes originales, y los delicados rasgos redondeados que apenas conseguían suavizar la brusquedad de sus modos. Sus manos, de apariencia tan frágil, descansaban apoyadas sobre la mesa a cada lado de un dossier sin etiquetar.

—Conoces Madrid.

—He visitado la ciudad en cinco ocasiones. Sólo en una de ellas prolongué mi estancia de modo significativo. Sabría desenvolverme.

—Conoces la iglesia de San Nicolás de los Servitas. —Su lengua paladeaba cada palabra en español como si fuese miel.

—Así es.

Fátima empujó el dossier en su dirección. Movié el brazo con suavidad, sin

esfuerzo, pese a lo cual la carpeta se deslizó fácilmente hasta detenerse justo enfrente de Anwar. Éste no tuvo que ordenar los papeles antes de comenzar a leerlos. Ni una sola hoja se había movido de sitio.

—Bajo la iglesia —dijo Fátima— se encuentran las ruinas de una mezquita. Bajo las ruinas de la mezquita se encuentra la guarida de Ambrosio Luis Monçada.

Anwar asintió con la cabeza.

—Arzobispo del Sabbat.

—Nombrado cardenal hace un año.

Anwar ladeó la cabeza. De eso no se había enterado, aunque los entresijos políticos del Sabbat eran tan tumultuosos e impredecibles como el corazón de una mujer, y él no tenía por qué estar al tanto del funcionamiento de la maquinaria interna de los más altos escalafones de la secta. Hasta ahora.

—Ya veo.

—La guarida de Monçada dispone de numerosas entradas y salidas —continuó Fátima—. La información que tienes delante detalla aquéllas que conocemos: localizaciones, mecanismos de activación, defensas, en algunos casos. También incluye datos de interés relativos a siervos y asociados.

Anwar hojeó las páginas, asegurándose de escuchar atentamente hasta la última palabra de Fátima. Sin lugar a dudas, el hecho de que estuviera conferenciando con él en persona a este respecto quería decir que había llamado la atención de los antiguos, que sus años de estudio y disciplina, su impresionante currículum de habilidades y su hoja de servicios para el clan, no habían pasado desapercibidos. Mientras echaba un rápido vistazo a las páginas donde se detallaba a varios de los criados de Monçada, Anwar no pudo evitar preguntarse contra quién lo enviarían. Había algunos ghouls veteranos al servicio del cardenal, pero la asignación de un blanco tan nimio sería un indicador del descontento de los antiguos, lo cual contradiría la atención personal dispensada por Fátima. Lo más probable era que lo enviaran a destruir a uno de los defensores de confianza de Monçada, a Vallejo o a su segundo al mando, Alfonzo. Quizás a algún legionario de menor rango.

Anwar pasó la página y se topó con el retrato de la chiquilla del cardenal, Lucita. La asesina Lasombra había sobrevivido durante mucho tiempo a pesar de sus extravagancias, de lo cual se extraía una conclusión obvia: era buena en lo que hacía. Por desgracia, había sido elegida por los manipuladores guardianes del clan Lasombra y, por tanto, pese a su impresionante lista de credenciales como asesina, no pasaba de mera farsante. Era una *kafir*, dotada de sangre inferior que habría de ser reclamada. Anwar había escuchado historias en las que se contaba que Lucita había llegado a derrotar a Fátima en cierta ocasión, hacía mucho tiempo, pero estaba claro que sólo eran eso, historias.

—Tendremos que encargarnos de ésta en algún momento —declaró Anwar,

subrayando sus palabras con el tableteo de un dedo sobre la foto de Lucita. Intentó que no transpirara su emoción ante la expectativa de que fuese ella el objetivo, de que le estuvieran encomendando una misión de tal envergadura.

—Tu trabajo —sentenció Fátima— será sólo de observación.

Las palabras le hirieron más que un katar clavado en el estómago. *Sólo de observación.*

»Sin duda habrá otros puntos de acceso al refugio de Monçada —continuó Fátima—, y necesitamos confirmar la información de la que ya disponemos. Si puedes determinar la naturaleza de los recursos defensivos, tanto mejor, pero lo más importante es que tu presencia pase desapercibida.

Anwar se tragó su orgullo. Clavó la mirada en las hojas que tenía ante sí. Recopilaría información para quienquiera que fuese el que ostentara el honor de matar, quienquiera que fuese el blanco. No contactaría con ninguno de los criados de Monçada. No haría nada que pudiese ponerlos sobre alerta. En cualquier caso, el dossier de Lucita le dijo que no frecuentaba Madrid. De hecho, procuraba mantenerse alejada de su sire, el cardenal. No era probable que se cruzase con ella.

—El señor James dispone de un coche y un avión privado que aguardan —dijo Fátima—. En Madrid, te conducirán a un emplazamiento seguro desde el que coordinar tus operaciones.

Anwar cerró la carpeta. Su misión estaba clara. Los únicos detalles de los que no disponía eran aquéllos que no necesitaba. Se incorporó e inclinó la cabeza ante Fátima.

—Me voy, pues. A menos que haya algo más.

—No lo hay —repuso Fátima, lacónica. Su rostro no expresaba ni aprobación ni reproche.

Walter James, listo para escoltar a Anwar hasta el coche que lo esperaba, se encontraba al otro lado de la puerta del despacho. La misión no era lo que Anwar se había imaginado, pero serviría a Haqim como fuese preciso. Había recibido instrucciones directas de Fátima, un privilegio que no podía pasar por alto. Su lealtad y diligencia siempre lo habían recompensado. Sin duda, seguirían haciéndolo.



Bloques cenicientos, grises y picados. Mortero frágil, descascarillado, reducido a polvo sobre el frío suelo de cemento. Olor a cerrado y sabor a humedad, humedad que se adhería al pelo, a la ropa, a la piel. El sutil batir de las telarañas que se mecían bajo el peso de sus artífices llegaba hasta oídos de Fátima. En medio de la oscuridad,

podía distinguir la suave curva de la bombilla desnuda que pendía del techo. Una cadena, dieciséis eslabones metálicos individuales unidos entre sí, colgaba paralela a la bombilla. Su bolsa yacía en el suelo junto al vasto jergón sobre el que descansaba, que no dormía.

Fátima estaba tumbada con los ojos abiertos. Insensible. Dueña de su mente y de su corazón.

Se había enfrentado a Lucita, e incluso entonces se había mantenido firme a conciencia. Todas las preguntas quedaban más allá de Fátima. No podía insistir en ellas y servir. Sólo le quedaba su resolución. Destruye a Monçada, al sire. Y luego...

*Luego no era ahora.* No tendría que enfrentarse a ese *luego* hasta que Monçada fuese destruido.

Pero no podía dejar de pensar en Lucita, del mismo modo que no había podido resistirse a ver a la Lasombra. Fátima tenía que ver a su enemiga, su rival, su futuro objetivo. La chiquilla de Haqim había tenido que asegurarse de que, incluso sin la presencia palpable del *amr* para endurecer su corazón, su resolución permanecería firme y no se vendría abajo igual que el mortero entre aquellos bloques cenicientos.

*Destruye a Monçada, al sire. Y luego...*

Quizá Lucita hiciese caso de la advertencia. Quizá se fuese lejos, donde Fátima no pudiera encontrarla... si es que existía tal sitio. Pero Fátima no lo creía. Lucita no se doblegaría; sólo podía romperse. Nadie más albergaba el fuego que ardía en su interior.

Fátima intentaba mantener a raya los recuerdos de las dos juntas, mas pensar en Lucita la conducía de forma inexorable hacia el caos. Ni siquiera la tierra era la misma. Fátima buscaba la inconsciencia, sin encontrarla.

Bloques cenicientos, grises y descascarillados. Mortero reducido a montones de polvo sobre el frío suelo de cemento. El suelo cedió; las paredes y el techo se derrumbaron sobre ella. Ojalá fuese tan sencillo. Humedad, humedad que se adhería al pelo, a la ropa, a la piel. Sudor, no; sangre, brotando de sus poros, ribeteando sus labios. Finos regueros que le recorrían los costados, la espalda. Telarañas desgarradas por el azote del viento. La tormenta del desierto desollaba la piel y descarnaba los huesos. La araña venía para alimentarse de las moscas y los gusanos que habitaban en los muertos. No una pequeña cadena de metal, sino una torre que se alzaba en busca del sol que ardía sobre las cabezas de las criaturas de la tierra, envidiosas del cielo.

Fátima cogió su jambia, posó el filo sobre su pecho. Basta. Dueña de su mente, de su corazón. Aún no era capaz de ver lo que veía el sabio al-Ashrad, pero mantendría la vista al frente.

«*De ésta tendremos que encargarnos en algún momento*», había dicho Anwar, refiriéndose a Lucita, y estaba en lo cierto. Fátima le había advertido que no debía arriesgar la misión, cuando ya ella la había puesto en peligro al ver a Lucita. Un

riesgo calculado, decidió Fátima. Necesario.

Cerró los ojos, sintió el peso de la hoja sobre su pecho. Intentó dejar atrás todo aquello.

**Viernes, 24 de septiembre de 1999, 1:31 h**

**Exterior de la iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España**

La antigua iglesia se cernía más ominosa de lo que le correspondía a un lugar de adoración. Para los mortales, el edificio servía para acercarse a Dios. Para Lucita, era un portal que no conducía a los cielos, sino al purgatorio. Empero, allí estaba. Se detuvo, retrasando lo inevitable durante algunos minutos, aquello de lo que había procurado mantenerse alejada durante casi un siglo. Había jurado que jamás volvería a poner un pie en aquel sitio. Empero, allí estaba. Teniendo en mente a Talley y a los dos contratistas que, de manera independiente, la habían encargado el asesinato de Borges, había llegado a convencerse de que regresaría por voluntad propia. Ya no estaba tan segura. Aquello la enfurecía incluso más que el hecho de que hubiese roto su promesa. Así que esperaba, y su cólera crecía.

El enladrillado de la iglesia y los arcos de herradura, cuya presencia se dejaba sentir por toda la ciudad, hablaba de influencia morisca, lo cual llevaba a Lucita a recordar otro asunto espinoso. *Fátima*. ¿Cómo se atrevía la Assamita a decirle a la cara que su sire era un blanco, como si Lucita no pudiese hacer nada para evitarlo? ¿Por qué querría prevenirla, más que para azuzarla? No, se corrigió. Ése no era el estilo de Fátima. Ella no era una bravucona de la Camarilla, ni una psicópata del Sabbat. Fátima era Assamita. Lo suyo era la arrogancia. Para ella, Monçada podía darse por muerto, porque ella así lo había decidido. Ya estaba hecho. Así que, ¿qué más daba decírselo a Lucita?

—Zorra presuntuosa —masculló.

Eso era lo que la molestaba más que ninguna otra cosa, la falta de respeto. Ya había derrotado a Fátima en una ocasión; podría hacerlo de nuevo. La idea del cuerpo hinchado de Monçada cortado en pedazos y convirtiéndose en cenizas bajo el sol del mediodía no era algo que enervase a Lucita. Al contrario. La imagen le parecía estimulante, de un modo rayano en lo erótico. Muchas eran las ocasiones en las que se había imaginado aferrando aquella garganta con sus manos, retorciendo hasta que las rollizas mallas de carne se escurriesen entre sus dedos, sin dejar de apretar, estrujándole el cuello, sintiendo cómo chasqueaban los huesos y retorciendo hasta...



Lucita descubrió que la cubría una fina pátina de sudor sanguinolento. Apoyó las yemas de los dedos sobre su propio cuello. Se obligó a dejar caer los brazos a los costados. Las calles se veían desiertas, pero ¿quién sabía qué espías tendría su sire apostados en las inmediaciones? Decidió que no tenía ningún sentido prolongar la espera. Si se quedase ahí toda la noche, tendría que entrar cuando saliese el sol.

—Bueno, maldita sea... —musitó de nuevo, aunque rectificó—: No. Maldita sea yo.

Empujó la puerta y entró en la iglesia. Ardían los cirios en la parte frontal del santuario. Tres ancianos, con la cabeza inclinada, moviendo los labios en silenciosa plegaria, se veían genuflexos entre los bancos de madera. Lucita se alegraba de no haber envejecido físicamente. No creía que pudiese soportar el tener que necesitar a alguien para valerse, o la indignidad de tener que esperar a que su cuerpo dejara de funcionar. Se preguntó por un momento por quién estarían rezando los ancianos. ¿Por ellos mismos, rogándole a Dios que aliviase sus males? ¿O rezarían por las almas de sus difuntos seres queridos?

Lucita desechó aquellas divagaciones con un bufido. Sabía de sobra no había nadie digno de añoranza.

Anduvo por el lateral del santuario hasta llegar a una fila de confesionarios y entró en el tercero empezando por el final. En lugar de sentarse, permaneció de pie, tamborileando con los dedos sobre la pantalla de partición que la separaba del confesor. Toda aquella charada mortal comenzaba a irritarla sobremanera.

—Bienvenida, hija mía —saludó el sacerdote.

—Dejémonos de hostias, padre. Tengo prisa.

Se produjo una pausa, antes de que se abriese un panel a espaldas de Lucita para revelar un pasadizo que se perdía en la más absoluta oscuridad. Vaciló por un breve instante antes de adentrarse en la guarida de su sire.

**Viernes, 24 de septiembre de 1999, 2:17 h**

**Catacumbas de la iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España**

Mojar en tinta roja, sacudir levemente para que el exceso recorra la canaladura. Levantar la pluma con mimo y, al mismo tiempo, con confianza. Posar sobre el pergamino:

*10 El temor al Señor es el comienzo de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la iluminación.*

Con la última palabra y símbolo de puntuación, la pluma se quedó seca y se hubo vertido otro versículo perfecto. Monçada volvió a mojar la punta en el tintero:

*11 Pues por medio de mí se multiplicarán tus días, y se añadirán años a vuestra vida.*

El cardenal sopló con delicadeza sobre su obra, antes de posar sobre ella el papel secante. Cogió una hoja de pergamino en blanco mas, cuando se disponía a continuar con el siguiente versículo, llegó hasta él un eco distante de pisadas... dos pares de ellas. Una gota de tinta roja escapó de la canaladura y se estrelló sobre la página a estrenar. Monçada apenas se dio cuenta. Comenzó a temblarle la mano. Para cuando se abrió la puerta, había conseguido dominarse.

Cristóbal accionó la manilla entre vacilaciones, pues sabía que su señor odiaba que lo interrumpieran; también sabía que, en ese caso, sería azotado hasta el límite de sus fuerzas si no actuaba con presteza. Cristóbal se hizo a un lado y ofrendó una prolongada genuflexión, aunque Monçada apenas reparó en su ghou. El quicio de la puerta enmarcaba a Lucita. Aquella belleza imperecedera, lo que había impulsado a Monçada a acogerla en su seno, a fin de que nunca se marchitase, lo dejó sin habla. Las finas telas que vestía se adherían a su cuerpo cimbreño en un íntimo abrazo. Su cabello, negro como ala de cuervo, resplandecía lustroso a la luz de las velas del escritorio. Monçada devolvió la pluma a su soporte, so pena de que volviesen a adueñarse de él los temblores y el utensilio lo delatase.

—Mi niña —musitó—. Por favor —abarcó con un ademán el tenebroso interior del escritorio—, adelante.

Lucita dio un paso adelante, dubitativa. Cristóbal, aún humillados los ojos y

encorvada la espalda, abandonó la estancia caminando de espaldas y cerró la puerta. El sonido de la pesada madera al encajarse en sus guías, el chasquido de la cerradura, reconfortaban a Monçada, lo convencían de que el epítome de la belleza que se erguía ante él era su chiquilla, y no algún efímero espíritu que pudiera disolverse en el éter. Había regresado a él.

—Mi niña —volvió a exhalar.

—Ésta va a ser una visita de lo más breve si sigues llamándome así —previno Lucita, apuntándolo con un dedo. Monçada a punto estuvo de sobresaltarse ante la reprimenda. Cómo había podido olvidarse de aquellos juegos que a ella tanto le gustaban—. Puedo volver en otro momento, cuando hayas terminado de pintar con los dedos —añadió Lucita, señalando con la cabeza el pergamino desplegado ante él.

Monçada esbozó una sonrisa. Pese a su falta de respeto, aquella voz era para él como el canto del ruiseñor.

—Estoy transcribiendo las escrituras —aclaró, como si pudiera haber alguna duda al respecto—. He llegado a un versículo muy interesante: «*La mujer necia es escandalosa; gusta de los caprichos y no conoce la vergüenza*». Los Proverbios pueden resultar de lo más instructivo.

Lucita tensó la mandíbula, consiguiendo que la sonrisa de Monçada se ensanchara.

—¿Qué nuevas me traes del Nuevo Mundo? He oído que es muy... bello. —Mientras pronunciaba la última palabra, Monçada inspeccionó a Lucita de pies a cabeza.

—Le iría mucho mejor sin tus macarras del Sabbat correteando por todas partes. —Un deje de coquetería asomó a su voz—. Aunque, de éstos, ya no quedan tantos —añadió, mirando al techo.

—Sí. He sabido que te has mantenido ocupada, sea lo que sea eso que requiere tus esfuerzos. Claro que la indolencia y tú nunca os llevasteis bien. Me gusta pensar que eso se debe a mi influencia. «*El hijo que se afana en verano es prudente, pero el hijo que duerme durante la cosecha acarrea vergüenza*».

Lucita puso los ojos en blanco.

—Seguro que Salomón está revolviéndose en su tumba... si es que está en su tumba. ¿O lo tienes por aquí cerca para jugar al tenis con él los fines de semana?

La sonrisa de Monçada se esfumó y, con ella, parte de su paciencia. Al fin y al cabo, se había mostrado paciente durante todos aquellos años.

—*Cuando sobran las palabras no cuesta errar, mas aquél que sofrena su lengua conoce la prudencia.*

Lucita asintió con la cabeza, burlona, fingiéndose impresionada.

—No se te da mal. Una estrofa para cada ocasión. Te podíamos alquilar para fiestas. Te diré una cosa, noticias frescas de ese Nuevo Mundo tuyo: tu secuaz,

Vykos, está jugando a dos bandas.

—¿A dos bandas? —repitió Monçada, enarcadas las cejas.

—A dos bandas. Mientras fingía que te bailaba el agua como si fuese tu perrito faldero, se entretenía alquilando mis servicios para destruir a Borges. Protegida por el anonimato, claro está. Pero toda la información que recibí procedía del interior, y sus ghouls de guerra se abalanzaron sobre Talley justo a tiempo, un pelín demasiado, diría yo. Talley se lo habrá figurado, a menos que no le deje tiempo la desazón por ser el segundo mejor.

Lucita se columpiaba sobre los talones, con aire triunfal.

—Primero, en lo que a Talley se refiere, también él extrajo la misma conclusión. Y segundo, en cuanto a Vykos y eso de contratarte para destruir a Borges... *pues claro* que lo hizo. ¡Fui yo el que se lo ordenó! —Monçada no pudo evitar el reírse ante la imposibilidad de Lucita para ocultar su pasmo—. ¿Por qué te crees que te eligió? ¿Por una razón tan nimia como la de abochornarme? Venga, te tienes a ti misma en demasiada alta estima, aunque puede que eso se deba a que te he malcriado. No, yo hice que Vykos diera contigo y tú te portaste de maravilla.

Monçada volvió a acariciarla con la mirada.

»Eres hermosa, mi niña. Debo admitir que la falta de modestia de la moda actual te sienta bien.

Lucita se sobrepuso al hechizo de aquel escrutinio y se miró a sí misma, cobrando súbita conciencia y enfureciéndose ante el hecho de que hubiesen jugado con ella. Luego volvió a mirarlo, las mejillas encendidas y el semblante descompuesto en una mueca. Volvió a levantar el dedo para amonestar a su sire.

—Escucha. Sólo voy a decirlo una vez: no... soy... tu... puta... niña.

Monçada frunció los labios y cabeceó despacio su aquiescencia. Su regocijo se evaporó lentamente hasta desaparecer por completo.

—Tienes toda la razón... sólo vas a decirlo una vez. —Se incorporó detrás del escritorio y abrió los brazos—. Ahora, ven a mí... hija mía.

Se resistió todo lo que pudo. Permaneció con las piernas enhiestas, los puños apretados, tenso el mentón. Monçada aguardaba, ofreciendo los brazos. Transcurridos algunos segundos, el pie derecho de Lucita se adelantó, como si lo hubiesen empujado físicamente. Luego el izquierdo. Era como una cría balbuciente que diera sus primeros pasos, avanzando hacia los acogedores brazos de su padre.

Mas seguía resistiéndose, pese a no poder confiar en la victoria, en resistirse a aquella voluntad indómita. Consiguió articular una palabra con cada paso.

—Maldito... seas... condenado.

Monçada optó por no espetar la predecible refutación de que ya había sufrido la maldición de la condena y, en vez de eso, rebuscó en su memoria en busca del Proverbio adecuado.

—«*El odio engendra calamidades, pero el amor subsana todas las ofensas*». Te perdono, hija mía.

Unos cuantos agónicos pasos más y estuvo en sus brazos. Monçada la apretujó contra su mole. Tantas noches, tantos años de espera para poder sentir aquel abrazo. Había vuelto a él, y ocuparía el justo lugar a su vera en el momento en que él se embarcaba en la más ardua tarea de toda su existencia.

La apretó contra su pecho. Tan ensimismado estaba en su dicha que los insultos y las maldiciones llegaban a sus oídos como palabras veladas.

—... mataré.

—Ea, ea, mi niña.

—Miserable... hijo... puta.

—«*De la boca del justo mana sabiduría, pero al perverso se le cortará la lengua*».

—Hijo... de...

—«*¡El temor al Señor prolonga la vida, pero breves serán los años del impío!*».

—Que te... den... por el... culo.

—«*¡El que cuida sus palabras conserva la vida; el que habla demasiado se enfrenta a la ruina!*».

—Los temblores habían vuelto a adueñarse de sus manos. Monçada reforzó la presa sobre su chiquilla, en vano. No era así como se había imaginado aquella reunión.

—Cabrón hijo de...

Monçada se estremecía, convulsionado por la furia. Asió los hombros de Lucita con sus manos carnosas y la izó en volandas.

—«*¡Igual que un aro de oro en el hocico del cerdo, así es la mujer que no conoce la discreción!*».

Lucita le escupió a la cara. El cardenal apretó hasta que escuchó el chasquido de los huesos y la arrojó al suelo, donde se golpeó la cabeza contra las baldosas. Monçada regresó a su sólido escritorio, lo desgajó con las manos desnudas y cogió una de las astillas, larga y sólida.

—«*¡Azotes para la espalda de quien ha perdido el juicio!*».

Descargó el improvisado garrote sobre el costillar de Lucita.

»«*¡Por su insolencia será castigado el irredento!*».

La golpeó, una y otra vez. Mucho después de que sus insultos hubiesen cesado, aplastó la mueca de su semblante, castigó su espalda y su cabeza. El cuerpo de Monçada era una válvula de escape para la ira acumulada durante tantos años, el dolor del abandono. La instruía sin cesar, citando las palabras de los justos.

—«*¡Las bocas de los necios se alimentan de necesidades!*». «*¡Severa disciplina para quien se aparte del camino!*». —La paliza duró hasta que sus insolentes ropas quedaron reducidos a harapos, jirones de tela que volaban por los aires—. «*¡...*

*Escaparé a las garras de la muerte!».*

La apaleó hasta que, por fin, izó el garrote pero lo mantuvo en el aire. Había terminado. Monçada se erguía sobre ella, con la mirada perdida, agotado, sobrecogido por la paz divina que lo imbuía. Había purgado la cólera de su ser. Dejó caer el trozo de madera, junto a su ensangrentada chiquilla. Ésta tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta, manando la sangre entre sus labios.

Durante un momento, Monçada paladeó la sensación de haberla estrechado entre sus brazos. Miró aquel cuerpo magullado. Cristóbal se encargaría de que se sintiese a gusto, de buscarle otras ropas. Con aire ausente, se apartó de ella. Cogió su último pergamino y chasqueó la lengua al ver la gota de tinta. Después, aún vagamente distraído, salió de la cámara y cerró tras él la puerta del escritorio.

**Viernes, 24 de septiembre de 1999, 23:20 h**  
**Hotel presidencial, Washington D. C.**

Reinaba el silencio en el ático de la sexta planta hasta que Ravenna/Parménides realizó un giro y lanzó su bastón de madera de roble. Giró la muñeca para que, en lugar de girar en espiral como una lanza, la contera y la empuñadura de bronce ejerciesen de contrapesos y rodasen por el aire con una puntería engañosa. Lo irregular del vuelo confundiría al *kafir* medio y evitaría que pudiese bloquear el ataque. Aprovechando el mismo movimiento, accionó un mecanismo por medio del cual emergió un pincho del regatón.

La punta de lanza se encajó en el centro del respaldo de un sillón, atravesándolo y consiguiendo que volcara. El siguiente movimiento cegador del brazo de Parménides propulsó un puñal en dirección al paisaje enmarcado y colgado en la pared de enfrente. Antes de que el arma hubiese alcanzado su objetivo, cercenó dos bustos de mármol con un cable cortante calibrado que, segundos antes, había estado oculto en el dobladillo de su jersey.

Las cabezas de Julio César y Marco Antonio golpearon el suelo. Los pedestales sobre los que se habían apoyado, con los torsos aún unidos a ellos, se tambalearon sin llegar a caerse.

Parménides supervisó su trabajo. Si dispusiera tan sólo de otra oportunidad frente a Marcus Vitel, el depuesto príncipe de Washington no tendría escapatoria. Pero Vykos había enviado a su falso ghoul contra el venerable Ventrue antes de que Parménides hubiese estado completamente recuperado de los experimentos a los había sido sometido y a la transformación que había tenido que soportar. ¿Cómo esperaba que tuviese éxito? Había sobrestimado su recuperación.

Dicho de otro modo, lo había subestimado a él. Esa noche, por ejemplo, no tenía nada que hacer, ¿y por qué?

Porque la consejera Vykos lo había relegado de su puesto en el cerco a los Tremere. Le dijo que no quería embotarle los sentidos con tan tediosa actividad. ¿Acaso no sabía que un chiquillo de Haqim podía pasarse incontables noches observando a un objetivo en potencia, durante años si fuese necesario, y permanecer

en todo momento tan alerta y presto como la primera noche? ¿Era aquello otro de sus sarcasmos envenenados, o estaría maquinando algo más ambicioso?

—Las doncellas van a sudar la gota gorda para adecentar todo esto —dijo la voz que Parménides había llegado a reconocer casi tan bien como la suya. Parménides ladeó la cabeza. Durante todo el verano, esa voz había actuado de mensajera, desde la primera noche que Parménides acababa de recordar, cuando no había conseguido destruir a Vitel, hasta la actualidad. La voz era tierna y cariñosa, como un susurro de luz de luna—. Traigo un mensaje.

Parménides escuchó con atención. A excepción de aquella primera noche que parecía tan lejana, la voz siempre había pedido noticias que llevar a quienes se refería como señores de Parménides. Con todo lo inesperado que resultaba la intención que acababa de expresar la voz, Parménides concentró su atención en el mismo sonido de la voz en sí, en los tonos que aguzaban su oído. Escuchaba con tanta intensidad que casi podía sentir el batir del aire que permitía el paso del sonido.

—¿Traes noticias? —preguntó Parménides—. ¿No te estarás confundiendo?

—No estoy confundido, joven Assamita —repuso la voz, con la más leve nota de humor en sus palabras.

—Tampoco yo soy tan joven. —Parménides abandonó despacio el centro del ático en dirección al paisaje enmarcado. Se detuvo, cambió el rumbo—. ¿Tan viejo eres tú?

—Lo bastante para saber cuando un cazador le sigue el rastro a mi voz.

Parménides se detuvo en seco. Sí que intentaba seguir la voz, localizar la dirección de la que procedía, pero no sonaba más cercana por ninguna parte. Soltó una carcajada.

—Lo bastante como para utilizar tu voz a modo de reclamo de cazador y conseguir que el joven cachorro dé vueltas mordiéndose la cola.

—¿Te gustaría que me mostrase, joven Assamita? ¿Deseas que no cumpla más años?

—Me gustaría que te mostrases —anunció Parménides al cuarto vacío—. No tengo motivos para hacerte daño.

—¿Mi sangre no es motivo suficiente, cachorro? —Parménides se encogió de hombros.

—Nuestros señores desean que actuemos en concierto. No osaría desafiarlos. Si eso no garantiza tu seguridad de por sí, te doy además mi palabra.

Se produjo un largo silencio antes de que la voz respondiera:

—Te compadezco... por haber sido entregado a los demonios. Me mostraré ante ti. Entra en el lavabo.

¿Compasión? Parménides se preguntó a qué habría venido aquello mientras se dirigía al cuarto de baño más cercano. Allí de pie en el umbral, mientras escrutaba la



espaciosa estancia, no pudo evitar que la fascinación aflorara a sus ojos mientras recorría los arcos de porcelana con la mirada. Había oído tantas historias acerca de las idas y venidas de los Nosferatu, de sus retorcidas inclinaciones. Vivían en las alcantarillas. ¿Sería aquélla la ruta que seguía el mensajero?

Fue entonces cuando un raspón ahogado le llamó la atención. No procedía del aseo, sino del discreto ventilador encajado en el techo. La cubierta del ventilador se movió un poco. Momentos después, se había separado del techo y permanecía suspendida dos o tres centímetros más abajo. El aparato de ventilación descendió y Parménides pudo ver que lo sostenía una... ¿mano? Pero los dedos, si es que eran dedos, eran muy pocos, y alargados. Los siguió la estilizada y esquelética mano, luego una muñeca del grosor de un hueso, y por fin un antebrazo.

Parménides no daba crédito a sus ojos. La apertura donde había estado encajado el ventilador no medía más de dieciocho centímetros en cuadro. ¿Acaso iba el mensajero a activar un portal secreto de mayor tamaño? No tendría intención de...

Apareció el resto de un brazo largo y flaco. A la luz, Parménides pudo ver que la piel presentaba parches de escamas y era de color verde oscuro. La escena, surrealista de por sí, no se detuvo ahí. Un bulbo deforme, un hombro, se introdujo con dificultad por la apertura. A continuación asomó la cabeza. Parecía que llenase el hueco pero, de algún modo, se contrajo igual que un balón desinflado. La arrugada coronilla traspasó el umbral y se expandió de nuevo, como si se hinchara. El resto de la cabeza pasó de modo parecido, vertiéndose muy despacio. Parménides se apoyó en el quicio de la puerta para mantener la compostura y se preguntó si, a fin de cuentas, sería tan necesario entregar el mensaje que fuera en persona.

Aun cuando la cabeza hubo pasado, Parménides no las tenía todas consigo acerca de las posibilidades de que torso alguno cupiese por aquel agujero. La caja torácica pareció comprimirse, plegarse sobre sí misma. Seguía esperando oír el raspar de los huesos o el chasquido de las articulaciones al dislocarse, pero la operación se llevó a cabo en el más absoluto silencio.

Una vez liberado el torso, el proceso se aceleró; aunque lo cierto era que había transcurrido mucho más tiempo del que Parménides había pensado, tan absorto se encontraba en lo que, literalmente, se desplegaba ante él. Por fin, con un pie prensil aún asido al borde de la apertura, el mensajero pudo estirarse hasta llegar al suelo. Parecía una larga hilera de partes corporales conexas al azar, todo extremidades escuálidas y articulaciones desproporcionadas. Sus ojos eran pequeños y oscuros, casi invisibles en medio de la accidentada orografía de su cráneo bulboso; la boca y la nariz podrían haberse considerado delicadas de adornar el rostro de una mujer hermosa, pero en aquel cadavérico montón deslavazado resultaban más bien desconcertantes y fuera de lugar.

Unos segundos más y el mensajero estuvo acucillado en el suelo, con los brazos

arácnidos abrazando las piernas que había recogido contra el pecho. Las partes de su cuerpo que no aparecían cubiertas de escamas se veían oscurecidas por enormes hematomas.

—Saludos, joven Assamita —dijo la misma voz agradable, procedente de la criatura encogida ante Parménides—. Me llamo Jon Courier.

—Buen nombre y buena entrada —repuso el Assamita, envarado—. Puedes llamarme Parménides.

La criatura ya lo sabía. Se suponía que los de su clase lo sabían todo. Pese a la gentileza de su voz, aquellos ojos observaban a Parménides como si éste fuese un depredador.

—Vykos no está aquí esta noche —apuntó Parménides, con la esperanza de tranquilizar a la bestia—. Estamos solos.

Courier asintió con la cabeza. Parecía que a su cuello y a su columna les costase mantener aquella testa erguida. Puede que se sintiera más a gusto en los opresivos recovecos del alcantarillado de la ciudad. Lo cierto era que parecía completamente fuera de lugar allí, acurrucado en el centro del frío suelo del baño. Mientras a Parménides se le ocurrían estos pensamientos, Courier alargó una mano. El instinto de Parménides le gritaba que retrocediera; sofrenó sus impulsos y se mantuvo en su sitio. Estaba demasiado lejos de la criatura como para que ésta pudiese llegar hasta él.

Pero Courier llegó hasta él. La mano seguía acercándose, el brazo se estiraba en dirección a la puerta. El asesino se quedó petrificado, presa de una repulsa tan honda como la que había sentido al despertar en mitad del experimento y descubrir que Vykos estaba manipulando su fisiología interna. La mano recortaba distancias, una mano moteada de verde, púrpura y negro, cubierta por un pellejo basto y verrugoso, cuajado de cardenales. Por fin, fue a posarse sobre su antebrazo. El pulgar y tres dedos, uno de ellos la mitad de largo de lo que tendría que haber sido, acariciaron el vello del brazo de Parménides. Courier parecía algo desconcertado. Más rápido de lo que había estirado el brazo, el Nosferatu retrajo la mano; un arrugado trozo de papel descansaba sobre el brazo de Parménides.

Éste lo cogió y desdobló. Se trataba de la etiqueta de una lata de sopa, en cuyo dorso habían garabateado el nombre de dos calles, una intersección que no quedaba lejos del hotel.

—Ve allí —dijo Courier. El hecho de haber tocado a Parménides parecía haberlo tranquilizado, o puede que fuese satisfacción por haber entregado el mensaje lo que sentía la criatura. Sin esperar respuesta, Courier desenroscó su cuerpo y alcanzó sin problemas la apertura del techo. Afianzó primero una mano, que usó para izarse. Uno de sus pies no perdió el contacto con el suelo hasta que su cráneo se hubo deslizado por el agujero. El otro sostenía el ventilador. En cuestión de segundos, la cubierta volvió a ajustarse en su sitio y Parménides se quedó solo en el cuarto de baño. No

quedaba ni rastro de la breve visita de la criatura; nada, aparte de los pelos de punta que coronaban la piel de Parménides. Echó un nuevo vistazo al lavabo y al inodoro, aquellos receptáculos que Vykos sólo utilizaba para deshacerse de la carne licuada que ya no pensaba utilizar, y cerró la puerta.



El Land Cruiser de color gris apareció en la curva segundos después de que Parménides hubiese llegado a la intersección. Un vendaval de ideas le pasó por la cabeza mientras caminaba con paso firme hacia el vehículo. No tenía motivos para sospechar que pudiera ser una encerrona. Si Vykos lo quisiera ver destruido, sabría encontrar otros métodos más sencillos. Aquello no descartaba la posibilidad de traición por parte de los aliados putativos de Vykos, si es que algún Sabbat deseaba atentar contra la nueva arzobispo de Washington. Aunque, ¿para qué tomarse tantas molestias para eliminar a un ghoul? Parménides estaba seguro de que nadie había conseguido desentrañar la charada de Ravenna.

A menos que Courier no fuese lo que afirmaba ser. O quien afirmaba ser, tanto daba. Lo que era saltaba a la vista. Nosferatu. Pero era él el que se había puesto en contacto con Parménides; también él quien había asegurado actuar de emisario entre el Assamita y sus señores. Había Nosferatu que servían al Sabbat. ¿Lo habría vendido Courier?

Parménides vio cómo la mano de Ravenna asía la manilla de la puerta, cuya apertura no encendió ninguna luz interior.

—Entra —instó el conductor, oculto entre las sombras.

Parménides así lo hizo, antes de volver a cerrar la puerta. El coche se puso en marcha al instante, alejándose de la curva deprisa pero no demasiado, a la velocidad justa para no llamar la atención.

—Tu sire te manda saludos —dijo el conductor, envuelto aún en tinieblas a pesar de que Parménides lo tenía tan sólo a un metro de distancia.

—¿Mi sire...? Hace casi doscientos años que la Muerte Definitiva la reclamó. — Aquél era el tipo de prueba de constatación que Parménides se habría esperado, aunque, en definitiva, no demostrase nada. Los Tzimisce eran capaces de reemplazar a cualquier contacto por un sosia plausible, o de descubrir multitud de secretos por medio de la tortura. Este conductor podría ser una falsificación; además, si en verdad se trataba de un hijo de Haqim, resultaba evidente que aceptaba la identidad de Parménides con escepticismo.

Fue entonces cuando la oscuridad se diluyó en el interior del vehículo y vio

sentada junto a él a...

—*Fátima*.

Fátima al-Faqadi. Parménides, aunque odiase tener que admitirlo, se sorprendió. El que Fátima, eminencia dentro de la hermandad, asesina sin parangón, estuviese allí, sólo podía significar que lo había escogido para una misión de envergadura.

—Resulta extraño... verte con otra cara, y otra voz.

Parménides asintió.

—No es nada agradable, ni siquiera para mí.

Aquellos primeros segundos fueron todo lo que necesitó su bien entrenado ojo para asimilar hasta el último detalle de Fátima. Se cubría con una camisa holgada de manga larga sobre unas mallas ajustadas, con el cabello oscuro recogido en la nuca. Hasta entonces había apoyado sólo una mano en el volante, pero ya lo cogía también con la izquierda, con gesto indiferente. Sus ojos permanecían en continuo movimiento, sin denotar nerviosismo, sino el tranquilo escrutinio de un ave de presa, vigilantes, fijos en la carretera que se abría ante ellos, en los demás coches, los peatones dispersos, los espejos. Parménides se fijó en que el retrovisor interior no estaba orientado de modo que le permitiese ver lo que había detrás del vehículo. Supuso que estaría girado de modo que la conductora pudiera ver las manos de su pasajero, que éste mantenía recogidas sobre su regazo.

También se percató de la voz. No la había reconocido al principio; ni siquiera se había dado cuenta de que era una mujer quien hablaba. No se trataba de ningún burdo camuflaje, sino de un fallo completo a la hora de emplazarla. Del mismo modo que le había ocultado su silueta, había conseguido enmascarar la naturaleza de su voz. Todas ellas estratagemas que Parménides conocía de sobra, que él mismo podía llevar a cabo; mas ella llevaba el tiempo suficiente en la sangre como para emplearlas en su contra.

Fátima no dio más pie a conversación, ante lo cual, a Parménides no le quedaba sino guardar silencio. Viajaban en relativo silencio. Incluso el sonido del pavimento bajo los neumáticos y el traqueteo del pesado vehículo al superar algún bache parecía apagado y distante.

Parménides no dudaba que aquella fuese la auténtica Fátima y no una impostora. Puede que los Tzimisce consiguieran duplicar su aspecto físico, pero se había encontrado con ella en numerosas ocasiones con anterioridad, y le había dejado la profunda impresión de su gracia serena y severa dignidad. Era de la sangre, y su naturaleza se transparentaba de una forma que ningún sosia podría imitar.

Al llegar a aquella conclusión, se sintió aliviado. Por primera vez desde que comenzase su calvario, se encontraba en presencia de una compañera de clan. Nunca antes había ansiado tal contacto; nunca antes lo había necesitado. Pero las indignidades que había sufrido a manos de Vykos, la desesperación y la soledad que

se habían apoderado de él tras saber que los antiguos lo habían abandonado a los demonios, y la culpabilidad añadida de lo que había comenzado a sentir hacia Vykos cuando se encontraba en su presencia... Todo aquello resultaba casi insoportable.

Se había aferrado a la conexión que le habían ofrecido los Nosferatu, aunque ni siquiera aquello le había proporcionado la seguridad que necesitaba. Hasta ahora. Hasta que el mensaje que la repugnante criatura le había entregado había conseguido reunir a Parménides con los hijos de Haqim. Courier había sido fiel a su palabra.

«*Te compadezco... a ti, entregado a los demonios*». Las palabras que pronunciara el Nosferatu le habían parecido, cuanto menos, extrañas, más aún después de haber visto a Courier. ¿Cómo podría compadecer a nadie aquel ser desdichado? El aspecto de Parménides había cambiado, sí. Puede que incluso de manera permanente. Pero la fuerza regresaba a su cuerpo. No era un marginado. No era un paria a los ojos de los mortales y de los no muertos. Su perplejidad comenzó a dar paso a la indignación. ¿Cómo se atrevía a compadecerlo aquella criatura!

La sensación de dolor se abrió paso lentamente hasta su cerebro. Cayó en la cuenta de que estaba clavándose las uñas en las piernas. A conciencia, evitó mirar a Fátima mientras relajaba las manos. Lo habría visto, sin duda. ¿Por qué estaba tan nervioso, tan fuera de sí? No lograba entenderlo. Esta reunión con su compañera de clan tendría que haber actuado a modo de bálsamo para su espíritu, después de todo por lo que había pasado.

Pero se le ocurrió que, en presencia de los antiguos, siempre había juicio. ¿Habían enviado a Fátima para recompensarle, para ofrecerle la oportunidad de alcanzar la gloria y el honor? ¿O había acudido en calidad de juez? ¿Habría ofendido o decepcionado de algún modo a los antiguos?

Tales cuitas jamás lo habían atormentado antes de... antes de Vykos...

Parménides buscó el botón para bajar la ventanilla, el aire nocturno le vendría bien. Fátima apartó la mano izquierda del volante con aire ausente y reposó el brazo al costado. Al darse cuenta de que se había movido quizá más bruscamente de lo recomendable, dadas las circunstancias, Parménides dejó el dedo apoyado en el botón durante un momento. Vio la silueta de Fátima reflejada en el cristal descendente de la ventanilla y, con gesto pausado y comedido, volvió a apoyar la mano en su regazo. Acto seguido, Fátima volvía a gobernar el volante con ambas manos.

Los condujo fuera de la ciudad propiamente dicha y atravesaron los suburbios diseminados que marcaban el perímetro urbano, formando círculos alrededor de la urbe enferma como una bandada de buitres. Un vistazo a las estrellas confirmó lo que le decían a Parménides las señales de la carretera: se dirigían hacia el oeste. Conocía la disposición de muchas de las defensas del Sabbat alrededor de la ciudad, aunque la mayoría se concentraban en el norte, dirección Baltimore, y sopesó la conveniencia de ofrecerse como guía para Fátima. Pero ésta, bien por intuición o a sabiendas, eligió

las rutas que no los pondrían en peligro de tener que enfrentarse a las patrullas a los puestos de guardia estáticos.

Al cabo de una hora, las escenas y los olores propios de una humanidad enlatada dieron paso a espacios más abiertos y parches de zonas boscosas. Fátima mantenía el rumbo hacia el oeste. Cuando se apartó por fin de la autopista, parecía que supiese exactamente el camino a seguir. Parménides no detectó vacilación alguna en ella cuando se adentró en una carretera de dos carriles para, kilómetros más tarde, desviarse por un sendero de grava. Tanto la ciudad como sus afueras habían dado paso por completo a un paisaje rural que se desplegaba ante ellos. Cuando Fátima sacó el Land Cruiser del camino de grava y lo detuvo en medio de un campo inclinado cubierto de hierba, los únicos símbolos de civilización apreciables eran el propio sendero y una valla de alambre de espino en precario estado que se alzaba aproximadamente a un kilómetro de distancia.

Parménides se había acostumbrado al suave ronroneo del motor. Cuando Fátima giró la llave de contacto, la ausencia de aquel sonido se hizo ensordecedora. La noche estaba cuajada de otros ruidos: grillos y ranas toro, estridentes pese a su lejanía, polillas que aleteaban frente a los faros, otros insectos que Parménides no supo identificar, el chasquido mecánico de la puerta del conductor al abrirse, y el ahogado timbre que le recordó que había dejado la llave puesta en el contacto. Parménides se unió a ella, de pie, junto al vehículo. Los faros, iluminando aún el prado, dejaban al resto de la noche a solas con su tranquila oscuridad.

Se preguntó qué sitio sería aquél, por qué lo habría elegido Fátima. Puede que esta propiedad perteneciera a algún mortal aliado del clan, quizás incluso a algún miembro de la hermandad. Parménides se preguntó también *para qué* lo habría llevado allí. ¿Se debía tan sólo a la necesidad de hablar sin peligro de interrupciones? O puede que quisiera llevárselo de aquella ciudad, lejos de Vykos, para siempre.

Parménides sintió un júbilo repentino ante aquella idea, aunque el poso de tristeza que lo acompañó lo cogió desprevenido.

—Hemos recibido tus informes —comenzó Fátima, lacónica, antes de que Parménides tuviera ocasión de someter a examen sus sentimientos enfrentados—. Has servido de forma admirable... y en circunstancias nada favorables.

Parménides se inclinó en señal de respeto. Aquellas palabras eran los primeros elogios que Fátima le hubiese dedicado nunca.

Aquello lo satisfizo aunque, de momento, le interesaba más lo que diría a continuación, saber qué más tenía en mente, pues seguro que Fátima al-Faqadi no lo había convocado tan sólo para regalarle los oídos. Esperó pacientemente, de brazos cruzados, con las manos a la vista. No lograba desprenderse de la sensación que lo había asaltado durante el viaje de que se cernía un juicio sobre él. La mano izquierda de Fátima nunca se alejaba demasiado de su costado.

—¿Crees que tu permanencia aquí, con Vykos, podrá reportar algo más? —preguntó Fátima.

El orgullo hinchó de nuevo el pecho de Parménides, pero se apresuró a reprimirlo y respondió con deferencia.

—Los antiguos conocen mejor que yo el valor de la información que pueda llegar a obtener.

Fátima frunció el ceño, como si la respuesta de Parménides fuese problemática, o como si no hubiese planteado la pregunta correcta.

—¿Disfrutas de la confianza de Vykos?

—Dudo que ninguna criatura sobre la tierra disfrute de la confianza de Vykos, o que la *desee*, siquiera. Se fía de mí... a veces... —Parménides se corrigió—: O, si no se fía, al menos en ocasiones estoy en el lugar apropiado cuando habla. Creo que su mente se encuentra en un estado de actividad constante y que, si no hablara con alguien... —No acabó la frase. Se dio cuenta de que, en ese momento, se estaba describiendo a sí mismo además de a Vykos. Estaba especulando, desgranando una ristra de suposiciones, haciéndole perder el tiempo a una antigua. Se apresuró a finalizar su discurso de forma sucinta—. Hablaría con alguna mascota, o con una silla, si yo no estuviese allí.

No le importó evidenciar su propia insignificancia. No era tan nimio como una mascota, y no creía que Vykos lo tuviera por tal.

Fátima permaneció en silencio durante un buen rato, cavilando acerca de lo que Parménides no sabía. Pero él se sentía más confuso por sí mismo que por Fátima. Le confundía lo que sentía hacia Vykos, su torturadora; la sensación de pesar que lo había asaltado cuando pensó en que lo iban a apartar de su lado. En ocasiones, eso era cierto, había fingido afecto hacia ella, pero aquello formaba parte de la función, parte del esfuerzo por ganarse su confianza o, al menos, por rebatir sus sospechas. No podía saber que estaba transmitiendo información, vía Nosferatu y, por tanto, Camarilla, a sus antiguos. Las atenciones que le dispensaba eran puro subterfugio, y sin embargo ahora sentía su falta antes incluso de haberla abandonado. Aquel hecho lo desconcertaba, más aún, lo *atemorizaba*, y consiguió que mirase de reojo a Fátima, furtivo. ¿Cuántas cosas podría desentrañar aquel escrutinio al que lo estaba sometiendo? ¿Cuánto sabría ya?

Fátima permanecía plantada con las manos entrelazadas. Su mirada ahondó en Parménides. Éste se sintió súbitamente débil, como si llevase tiempo sin alimentarse, el cual no era el caso. Un pequeño músculo en la corva izquierda comenzó a sacudirse, incontrolable. Cambió de postura.

—Hemos decidido —comenzó Fátima al fin, con voz calma, carente de emoción— que el acuerdo con Vykos no puede continuar. Se te autoriza a destruirla cuando se presente la ocasión.

El tic de la pierna de Parménides se convirtió en un calambre y comenzó a propagarse a otros músculos. Durante una fracción de segundo, creyó que tendría que arrodillarse, pero conservó el equilibrio. Cerró los ojos, se frotó uno de ellos como si se le hubiese metido un insecto. Sintió sangre en su palma; debía de haberse clavado las uñas sin darse cuenta.

»Antes de que llegue ese momento, hay algo más que debes saber.

Parménides apenas la escuchaba. Un extraño rugido se había apoderado de sus oídos, al igual que el dolor lacerante se había adueñado de su pierna. Ésta le recordaba todo el daño que había sufrido... ¡el que Vykos le había infligido! Había fusionado la carne y el hueso, convirtiendo dos extremidades en una sola, unida al suelo, antes de volverlo a poner todo en su sitio cuando lo creyó conveniente. El rugir de sus oídos se convirtió en un martilleo en las sienes.

—¿Debo saber...? —se oyó decir a sí mismo. Fátima estaba tan lejos. No podía verla. Los faros apuntaban directamente a su rostro... pero no; seguían iluminando el paisaje.

—¿Te ha hablado Vykos de Monçada?

Monçada. Monçada. El nombre retumbó en la cabeza de Parménides y tardó un momento en cobrar sentido.

—Monçada —dijo su voz. Parménides estiró un brazo hacia atrás, despacio, hasta que palpó el coche. Apoyó el peso de su cuerpo sobre el costado del vehículo. El apoyo parecía venirle bien a su pierna. Comenzó a despejarse su visión, el estruendo entre sus sienes pareció paliarse en cierto modo—. Monçada. Lo menciona de vez en cuando... de pasada, casi siempre. Tenía algunas... palabras no demasiado halagadoras que decir al respecto del templario que envió para enfrentarse a Lucita. También ha mencionado que Vallejo en realidad le es leal al cardenal, y no a ella.

Parménides se atusó el cabello hacia atrás, frotándose las sienes y estirando ligeramente la pierna izquierda, sin intentar disimular su malestar.

»Me dijo que tendría que ser yo el que destruyera al príncipe Vitel, a fin de que la gloria fuese para ella y no para el cardenal. Vykos responde ante Monçada, aunque parece que existe cierta rivalidad entre ambos... bien sea amistosa o encarnizada.

No dejaba de resultar curioso que hablar de Vykos pareciera aliviar los dolores de su pierna y su cabeza. *Tienes permiso para destruirla...*

Parménides luchó contra aquellas palabras, intentó ignorarlas por el momento. Aquel martilleo tenía que remitir, tenía que causarle una buena impresión a Fátima. Ahora volvía a verla con claridad. Tenía la vista fija en el suelo, sopesando lo que acababa de escuchar.

—¿Necesitas saber más cosas acerca de Monçada?

—Sí. Y de su refugio en Madrid: defensas, guardaespaldas, etcétera. ¿Puedes hacerlo?



Parménides asintió con la cabeza, quizá con algo más de entusiasmo del pretendido. Mostrar demasiado ímpetu resultaba indecoroso.

—Puedo.

Fátima lo miró durante un buen rato. Entrecerró los ojos y Parménides sintió el peso de aquella mirada. Por último, la mujer subrayó su aquiescencia con un ademán.

—Hazlo. Luego, destrúyela.

Dicho lo cual, el asunto parecía quedar zanjado de manera satisfactoria para Fátima. Le dio la espalda a Parménides, volvió a subir al Land Cruiser y encendió el motor. La vibración del coche contra la espalda de Parménides lo trajo de vuelta al aquí y ahora.

*Hazlo. Luego, destrúyela.*

Rodeó el vehículo y se dirigió a la puerta del pasajero, intentando suprimir aquel martilleo, intentando concentrarse en sus preocupaciones más inmediatas: descubrir lo que pudiera acerca de Monçada, sobre su refugio y defensas. Fátima, o alguien igual de eminente, iba tras Monçada y Parménides iba a formar parte de la operación. Aquello era en lo que debía concentrarse: en el honor que le otorgaban los antiguos. Eso sólo sería el comienzo. Demostraría su valía. Su nombre no tardaría en pronunciarse entre susurros de admiración dentro del clan.

*Luego, destrúyela.*

Lo demás vendría después. No tenía por qué preocuparse ahora. Se acomodó en el asiento junto a Fátima mientras ésta maniobraba el vehículo hasta rodar de nuevo sobre el camino de grava.



Fátima dejó a Parménides a unos tres kilómetros del hotel que Vykos había ocupado tras la baja de Marcus Vitel. Condujo el Land Cruiser en dirección sur, hacia el aeropuerto privado y el avión que la llevaría a España. Metió la mano bajo la camisa y extrajo la P 226 Sig que llevaba apoyada en la cadera izquierda. Le había ofrecido a Parménides los suficientes indicios para que no le cupiera duda de que había estado allí todo el tiempo, y él se había comportado en concordancia, midiendo sus movimientos con cautela. Probablemente había asumido que dudaba de su identidad, sobre todo teniendo en cuenta la alteración de su aspecto, aunque no se había dado el caso. Él era de su clan. A la edad de Fátima, la sangre lo sabía.

Siguió existiendo la posibilidad, muy real, de que ella lo hubiese destruido, y si ella hubiese actuado contra él, Parménides se habría defendido del arma que esgrimiera con la mano izquierda, más que del puñal que portaba envainado en el

brazo derecho; la daga le habría abierto la garganta y hubiera introducido un veneno paralizante en su cuerpo no muerto. La munición explosiva de 9mm de la Sig habría rematado la faena.

No había sido necesario llegar a tales extremos. Fátima no confiaba del todo en que Parménides pudiera destruir a Vykos. Aquella egregia y obscena criatura albergaba más trucos que granos de arena el desierto. En cualquier otra circunstancia, Fátima habría enviado a su protegido de regreso a Alamut en lugar de devolvérselo a la demonio, pero siempre existía la posibilidad de que descubriera algún detalle que lograse facilitar el atentado contra Monçada. Por dicha posibilidad, estaba dispuesta a sacrificar a Parménides. Ningún chiquillo de Haqim eludiría tal responsabilidad. En cierto modo, pensó Fátima, Parménides, al aceptar su encomienda sin hacer preguntas, hacía gala de más lealtad que ella, quien aún dudaba en el fondo de la sentencia que pronunciaran los antiguos acerca del kurdo que la había atacado hacía dos meses; que ella, quien posiblemente había puesto en peligro la misión con su necesidad de ver a Lucita; que ella, quien seguía intentando ignorar el hecho de que Lucita, al igual que su sire, debía ser destruida.

Volvió a sofocar aquellos pensamientos. No la ayudaban en su misión, y aquella noche tenía un largo camino por delante.

**Sábado, 25 de septiembre de 1999, 00:12 h**

**Una gruta subterránea, ciudad de Nueva York, Nueva York**

Calebros sacó de un tirón la hoja de papel de su Smith Corona y examinó los apuntes a la luz del candelabro. La base de su antigua lámpara de escritorio sobresalía del revés de una papelera junto a la mesa.

Al volver a leer las palabras que acababa de mecanografiar se sintió desfallecer, aunque no sorprendido, ante lo infundado de sus presunciones. No era de extrañar. El mero hecho de pensar en los Assamitas conseguía enervarlo. Ya había pensado en la posibilidad de que Fátima se involucrase antes o después, pero eso no quería decir que tuviese que alegrarse por haber tenido razón.

Cogió el bolígrafo rojo.<sup>[2]</sup>

25 de septiembre de 1999

Ref: Fátima

Informes de Courier: ayudó a Fátima a ponerse en contacto con Ravenna/Parménides; imposible averiguar de qué hablaron.

Los nuestros también ayudaron a Fátima en Hartford. Se van acumulando favores; recordárselo en caso de necesidad. Nuestro plan para hacerla salir a la luz parece que ha dado resultado.

Más ayuda por su parte de la que me gustaría pero, ¿cómo le dices que no a un assamita? Esp. A Fátima

Puesta al día de archivos de acción:  
Fátima al-Faqadi

No tiene por qué: Otros posibles factores:  
Incremento de la actividad Assamita por todo el mundo.  
¿Qué se traen entre manos?

**Sábado, 25 de septiembre de 1999, 2:47 h**  
**Calle del barquillo, Madrid, España**

—¿Seguro que era ella?

El estrecho callejón era un nervio muerto para la luz y el sonido. Ninguna voz traspasaría sus confines; ningún viandante que pasara por delante vería a la bicéfala aparición... en realidad, dos figuras de negro separadas entre sí por meros centímetros.

—¿O seguro que se parecía a ella? —preguntó Mahmud en voz más baja que un susurro.

Anwar supo reconocer la sabiduría que entrañaba aquella pregunta.

—Su rostro encajaba con las fotos que he visto... la foto que me enseñó Fátima.

Anwar, no del todo contento por tener que acatar las órdenes de Mahmud, mencionó a Fátima con toda la intención. Cierto que ella era la mentora de Mahmud, pero éste no gozaba de la alta estima que los antiguos le dispensaban a la mujer. Era estólido, de confianza, pero no era *Fátima*. Había quienes murmuraban que lo había adoptado como protegido por esa misma razón, para que el pupilo no pudiera superar a la maestra. Anwar no sabía cuánto de cierto encerraban aquellos rumores, pero sí tenía claro que prefería mil veces trabajar en solitario.

—Así que era su cara —convino Mahmud, conciliador, antes de hincar el dedo en la llaga—, claro que, ¿quién sabe qué juego de sombras podría estar implicado, o qué demonio Tzimisce podría haber adoptado su aspecto?

Anwar no podía ver los ojos de su compañero de clan; tan cerca estaban el uno del otro que sólo podía distinguir la curva de la mejilla de Mahmud, el movimiento de su mentón, labios y lengua cuando hablaba.

—Los demonios no son tan precisos. Sus obras son grotescas.

—¿Te has enfrentado en alguna ocasión a un antiguo Tzimisce? ¿A uno que lleve esculpiendo la carne desde antes de que tu madre te diera el pecho?

—Era *Lucita* —insistió Anwar con toda la ferocidad que era capaz de generar un susurro—. Estuvo ahí delante, frente a la iglesia... mirando, esperando *a que la destruyésemos*. Y pudimos haberlo hecho.

—A lo mejor. Y pudimos haber alertado a su sire de que no todo es lo que parece, de que los lobos estrechan el cerco.

Anwar no supo qué responder a aquello. Aunque la deseaba, deseaba su sangre.

—Estamos aquí a modo de observadores, para compilar información. Los espías del Pilar cubren mucho terreno; nosotros cubrimos el resto.

Anwar asintió con la cabeza. Su rostro se frotó contra el de Mahmud.

—Sí. —La reputación de Anwar hacía que le resultase más difícil aceptar órdenes de Mahmud, pero seguir desafiando su autoridad, cuando había sido Fátima quien lo había dejado al cargo, no procedía—. Desde luego.

Los dos asesinos se separaron, ambos en pos de cumplir con sus respectivas misiones.

**Domingo, 26 de septiembre de 1999, 00:50 h**

**Catacumbas de la iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España**

Las horas se enredaban irremediabilmente con la oscuridad. Los negros tentáculos deformaban el tiempo, lo desmenuzaban y volvían a componerlo en formas distintas. La propia Lucita era una artesana de las tinieblas, pero la presencia de su sire era demasiado fuerte en aquel sitio. Su alma había calado hondo en la tierra durante siglos, imbuyendo las paredes, los suelos, el negro aire, con su voluntad. Los pies de Lucita trastabillaron débilmente hacia delante. Los pasadizos la confundían. En numerosas ocasiones, algo que veía hacía saltar la chispa de los recuerdos: opresivos túneles de roca que se cernían con intención de aplastarla, cámaras cuyos muros aparecían cubiertos de iconos sagrados, pequeñas tablillas de colores tan desvaídos como los recuerdos de las manos, muertas y olvidadas tiempo ha, que las habían pintado; pasillos toscamente labrados que conducían al infierno; enormes puertas de hierro incrustadas en la piedra; salones plagados de tallas y esculturas, el Cristo crucificado en su pasión, la Virgen María dispuesta a intervenir a favor del pecador; Poncio Pilatos, lavadas las manos, no *de* sangre, sino *con* ella, una fuente y una pila llena de líquido espeso.

Ahí había una tea encajada en la pared que ardía sin arrojar luz, allí otra antorcha, consumida desde hacía siglos. En medio de la oscuridad, Lucita dudaba de qué recuerdos pertenecían al presente y cuáles al pasado. Había conseguido bloquearlos tan bien... tan bien que había llegado a creer que podía regresar a ese sitio sin tener que volver a vivirlos. Los túneles conducían hacia delante, y ella los seguía, sin saber qué terreno era nuevo, qué suelo habría hollado antes.

Las tinieblas se disiparon por un instante. Vio a Monçada, desnudo de cintura hacia arriba, y a ella misma que bebía del profundo corte practicado en el inmenso pecho, sorbiendo la sangre con avidez. El fino vello gris de aquel torso cosquilleaba en su rostro, atrapado entre sus dientes. Los gemidos de éxtasis del hombre acallaban sus mudos salmos de hosanna a los cielos. Lucita sintió que la oscuridad fluía en su interior, la hacía más fuerte, la vinculaba a aquel lugar, se cerraba en torno a ella, volvía a alejarse. Se despertó ante el delicado roce de unos dedos, del fino rastrillo

del peine que surcaba sus cabellos. Su pelo siempre había sido hermoso. Sedoso, vaporoso. Mas la senda que había elegido era estrecha y solitaria. No tenía tiempo ni seguridad que ofrecer a los sirvientes y, desde la noche de su Abrazo, no podía ver. El espejo la repudiaba. Para él, como para ella misma, había muerto. Tantos años durante los que sólo había tenido constancia de la belleza de sus cabellos por medio del tacto. Yacía desnuda bajo sábanas de seda y una mujer atusaba su melena, la extendía sobre las almohadas y se encargaba con mimo de deshacer hasta el último nudo, a desenredar los rizos rebeldes. La mujer pasaba el cepillo mil veces, y mil más. Lucita casi podía imaginarse, *casi podía recordar*, la sensación de la cálida luz del sol en el rostro, sobre sus párpados.

Cuando volvió a abrir los ojos, la mujer se había ido. La estancia era pequeña, similar en cierto modo a la celda de un monje. Pero la fría piedra aparecía cubierta por brillantes tapices y una espesa alfombra persa acogió los pies de Lucita. Apartó las sábanas y se incorporó, luchando contra la sensación de vértigo. Vio el albo camisón que colgaba de la puerta y luego miró su propio cuerpo desnudo, por siempre joven. El camisón, si bien modesto, resultaba demasiado elegante, lejos de lo que ella habría elegido para sí. A punto estuvo de decidirse en contra de todo pronóstico a pasearse desnuda por ahí, pero se estremeció ante la idea de que su sire pudiera ponerle los ojos encima. Cogió el camisón y levantó los brazos, permitiendo que la cubriera una cascada de finos volantes. Abrió la puerta y abandonó la seguridad y la comodidad de su celda para adentrarse en la arremolinada oscuridad.

Tenía los pies cubiertos por la pátina de polvo y suciedad que se habían ido sedimentando a lo largo de innumerables años. También los dedos, pues había ido apoyándose en la mampostería y en los frescos en busca de apoyo durante su vagabundeo. Desde que era capaz de recordar, la había impulsado el odio, pero ahora aquel frío fuego se había sofocado. Se sentía demasiado cansada para odiar, para enfurecerse, lo único que le quedaba era un vacío inmenso. Monçada la había golpeado, pero no era su cuerpo lo que codiciaba, ella lo sabía. No tenía por qué haberle puesto la mano encima, ella no habría podido resistirse a su voluntad. Pero él quería que se le ofreciera libremente, sin necesidad de coerciones.

A medida que avanzaba, con los dedos sirviéndole de guías junto a paredes que no se mostraban a los ojos, Lucita llegó hasta otra de las inmensas puertas que, a intervalos, le habían bloqueado el paso en distintas rutas. Sintió su presencia antes de verla, del mismo modo que siente uno la nada del precipicio antes de despeñarse. Ni siquiera ayudándose de ambas manos consiguió abarcar por completo ningún cerrojo. El hierro era tan frío como una lápida en invierno, tan inamovible como la propia tierra. Más allá, el pasadizo giraba a la izquierda y hacia arriba. También había un túnel que se ramificaba hacia la derecha. Procedente de la izquierda, llegó hasta Lucita un olor algo menos rancio, no tan saturado de la negrura que impregnaba el



corazón de su carcelero. Del túnel lateral llegaba un gruñido retumbante y el movimiento de una sombra semejante al lento arrastrar de la marea hacia la pleamar. Ninguna de aquellas sendas se abría ante Lucita, del mismo modo que ninguna de las veredas que siguiesen tanto ella como su sire podría abrirse jamás: ella jamás se entregaría a él de buena gana, y él nunca dejaría de intentarlo. Habían llegado ante un umbral impenetrable, hacía cientos de años, y jamás conseguirían poner un pie al otro lado. Empero, los unía la sangre.

La única vía de escape posible para Lucita pasaba por la Muerte Definitiva o la locura. Mientras se alejaba a tientas del portal, la desesperación le oprimió el corazón, la oscuridad se apresuró a seguir sus pasos.

Monçada se encontraba dedicado a sus oraciones, de rodillas en la capilla, cuando oyó que la puerta se abría tras él. Había amortiguado el sonido de sus pisadas. ¿Habría venido con intención de destruirlo, como tantas veces en el pasado? No alzó la cabeza ni se giró para recibirla.

—¿Rezarás conmigo, hija?

Lucita no respondió. Pasó junto a él hasta llegar al altar, frente a la única vela que allí ardía. Vestía el sencillo camisón que Cristóbal le había conseguido: líneas clásicas, pieza de artesanía única. Lo odiaba, desde luego.

Monçada tomó buena nota de su silencio. Nada de salidas de tono profanas; nada de escupirle ni sugerencias acerca de dónde podía meterse sus crucifijos. Iba progresando. Le daba la espalda, enhiesta, el rostro vuelto hacia el altar, el cirio, el Cristo crucificado.

—No puedo quedarme.

Monçada exhaló un suspiro.

—Pero has pasado tanto tiempo lejos.

Lucita apoyó ambas manos sobre el altar y se inclinó hacia delante hasta que su adorable melena quedó colgando peligrosamente cerca de la llama de la vela. La fatiga resultaba evidente en el ángulo de sus hombros, su cuello, su cabeza inerte. Monçada había proporcionado sangre suficiente para revivirla, no para fortalecerla.

—Si me quedo, me destruiré.

Monçada se sorprendió, tanto por las palabras como por su propia capacidad para sorprenderse. Esperaba desafío de su chiquilla, pero ¿autodestrucción? Ese tipo de comportamiento, había sospechado siempre, debía de ser nada más que una fase que lograría atravesar, pero el pensamiento de su destrucción a sus propias manos... Monçada contuvo una carcajada. Lucita compartía su sangre; era demasiado fuerte como para rendirse a la desesperación durante mucho tiempo. No, aquello no era más que un gambito con el cual había soñado que podría acorralarlo.

—¿Y cómo piensas hacerlo, mi niña? ¿Acaso no somos duros de pelar? ¿Te decapitarías? Difícil. ¿Estás mirando esa llama con ojos golosos? ¿Durante cuánto

tiempo piensas que podría arder fuego alguno en mi refugio antes de que lo sofocaran las sombras? ¿Te parece que si decidiera encerrarte bajo llave conseguirías escapar para ver la luz del sol?

Ahora se giró para enfrentarse a él y Monçada vio los churretes que estampaban su camisón y las curvas perfectas de su rostro.

—Encontraré la manera. Nos destruiré a los dos.

Esta vez Monçada no pudo contener la risa aunque, por miedo a herir sus sentimientos, se contuvo en cuanto pudo.

—El melodrama se te da todavía peor que el cinismo, mi queridísima chiquilla. Pero te demostraré que, si te retengo, lo hago sólo pensando en lo mejor para ti. Eres hija de estas noches de ahora, hija mía. Lo sé, lo sé —espantó su protesta con un ademán—, naciste y fuiste Abrazada hace mucho. Si lo sabré yo. No obstante, los ideales de la época actual habitaban en ti mucho antes de que se contagiaran al resto del mundo: independencia a cualquier precio, realización personal aún a costa de los demás. Cualidades todas que me condujeron a ti, aunque ni siquiera yo lo supiera por aquel entonces. Ah, los caminos del Señor son inescrutables.

»Te daré libertad —sentenció, al tiempo que le ofrecía su mano. Lucita dudó, pero en esta ocasión terminó por aceptarla—, pero no debes alejarte. —Cerró los dedos en torno a su muñeca y la retuvo con firmeza frente a su débil oposición—. Tendrás que permanecer en la ciudad. Haré que Cristóbal te consiga una casa a tu gusto, pero no podrás abandonar la ciudad. ¿Me lo prometes?

—Eso no es libertad, sino una cadena más larga.

Ahí. Monçada sonrió por dentro ante el desafío. Aquélla era la hija que él conocía y a la que amaba sobre todas las cosas.

—Quizá tengas razón, pero es tanto el tiempo que he pasado sin ti. Aunque —se puso en pie y comenzó a alejarse de ella—, si no te atrae la idea de tener una cadena más larga...

—Me quedaré en la ciudad —masculló Lucita. Monçada volvió a arrodillarse.

—Sé que lo harás... hasta que recuperes las fuerzas. Pero ya hablaremos de esto con detenimiento antes de que eso ocurra.

Estiró un brazo para apartarle el cabello de la cara, pero Lucita lo esquivó. Volvía a recuperar su genio. Sería interesante ver por cuánto tiempo conseguía mantenerla cerca esta vez su lazo de sangre.

**Lunes, 27 de septiembre de 1999, 4:04 h**  
**Plaza morería, Madrid, España**

El anónimo camión de reparto, pese a ocupar casi toda la calle, recorría la calle de la Redondilla a toda velocidad, sin preocuparse de los perros callejeros, los cubos de basura ni las parejas de jóvenes amantes. Los íntimos susurros de éstos se convertían al momento en juramentos proferidos contra el conductor. Los edificios abarrotados de esta parte de la ciudad eran relativamente jóvenes, levantados en los últimos cien o doscientos años, pero las empinadas y retorcidas callejuelas no se adecuaban al tráfico rodado mejor de lo que lo habrían hecho siglos atrás, cuando la antigua *medina* árabe ocupaba esta sección. No obstante, si el conductor respetase los límites de velocidad, habría llamado la atención y levantado sospechas, en vez de la acostumbrada consternación de sus víctimas.

En cuanto hubo cruzado la plaza, el camión se detuvo de golpe entre chirridos y el traqueteo de su cargamento. Anwar se echó una camisa por encima en una tienda discreta. La noche era fresca y no había necesidad de picar la curiosidad de los vecinos que pudieran haberse despertado con la frenada del camión, lo que bien podría ocurrir si vieran a un forastero con el torso desnudo ayudando a descargar el vehículo.

—¡Rafael! —chilló Pilar, la diminuta vendedora de alfombras, al tiempo que salía a la calle en camión—. ¿Pero no tienes que repartir por la mañana? —Su voz estridente resonaba entre los adoquines y el cemento, alcanzando tal timbre que conseguía ahogar los roncós traqueteos del motor del camión, amén de privar a sus vecinos de cualquier esperanza que pudieran albergar todavía de dormir tranquilamente esa noche—. Vamos a ver, ¿es de día o es de noche? —regañó al conductor, con las manos elevadas al cielo.

—De día —contestó Rafael, quien no parecía amedrentado en absoluto por la reprimenda. Abrió la puerta de una patada, estrellándola contra el lateral de la cabina con gran estrépito.

—Por Dios y todos los santos que han de velar por tantos imbéciles... ¡es *noche* cerrada! —se lamentó Pilar—. ¿Y por qué no arreglas esa puerta?

—Así es mejor, para que no se abra mientras conduzco.

—Ay, caramba. —Se apretó las sienes con ambas manos—. Baja de ahí y ayuda a descargar estas alfombras. Pero no te acerques mucho a mis niños, no les vayas a contagiar la estupidez.

Anwar, Mahmud y otros tres hombres se apresuraron a abandonar la tienda y comenzaron a descargar las alfombras enrolladas, sin que Pilar dejase de abroncarlos en todo momento. Para cuando Rafael y su camión se perdieron en la noche, o en la mañana, según el punto de vista del observador, las alfombras aparecían ordenadamente apiladas en un almacén atestado. Todas las alfombras, a excepción de una que habían llevado al sótano. Los tres «niños» de Pilar volvieron a las calles de Madrid y a sus quehaceres pendientes. Anwar y Mahmud desenrollaron la última alfombra mientras Pilar deshacía con mano experta las capuchas de plástico que remataban los extremos y protegían el centro, y a su ocupante, de una accidental exposición a la luz.

Fátima permaneció completamente inmóvil hasta que la hubieron desenvuelto por entero; se incorporó cuando Mahmud y Anwar le ofrecieron sendas manos y le ayudaron a levantarse.

—Ah, Fátima —grajeó Pilar, al tiempo que apartaba a los hombres para abrirse paso hasta la recién llegada. La anciana le llegaba a Fátima hasta los hombros, y ésta no era precisamente alta.

Fátima levantó los brazos y aceptó los saludos de la anciana ghoull, algo envarada, aunque no de mala gana.

—Han pasado muchos años.

—*Demasiados* —refunfuñó la arrugada mujer, al tiempo que retrocedía un paso y esgrimía un dedo acusador. Terminó por encogerse de hombros y el tono de reproche desapareció de su voz y ademanes—. Claro que entiendo que no te dejes caer a menudo. Ya es bastante que estés aquí hoy. ¿No tienes hambre después de tanto viaje?

Anwar estuvo a punto de sentirse ofendido por el hecho de que Pilar no les hubiese ofrecido sustento ni a Mahmud ni a él tras su llegada; aunque ellos no eran sus favoritos, y tomárselo como una afrenta no conduciría a ninguna parte. La anciana era la que manejaba el cotarro en aquel lugar. Si el señor de Alamut era el Anciano de la Colina, Pilar era la Anciana de la Colina en Madrid. Ya eran siglos los que sumaba en activo, siempre leal, ofreciendo apoyo logístico para las operaciones de los hijos de Haqim en esa ciudad, pese a la abrumadora presencia del Sabbat. Sus «niños», ghoulls para el resto de los mortales, eran expertos en capturar a todo Cainita del Sabbat extraviado y reclamar su sangre antes de que la víctima supiera siquiera qué es lo que estaba pasando. Nunca se cobraban Cainitas de cierta raigambre, ni dignatarios de paso que parasen en la ciudad para presentar sus respetos al cardenal

Monçada, quien tejía sus maldades desde el centro de su telaraña. Madrid, como cualquier otra ciudad del Sabbat, estaba llena de vampiros callejeros, cuya súbita desaparición no solía echarse de menos. Siempre había vitae a mano para las visitas *importantes* en la tienda de Pilar.

—Gracias, pero no —repuso Fátima—. El hambre agudiza el ingenio.

Anwar se sorprendió al oír aquello, pues dudaba de su veracidad. Desde que la maldición de los viles Tremere dejara de surtir efecto y los hijos de Haqim volvieran a ser capaces de alimentarse de vitae de Cainita, el acto de alimentarse no conseguía sino aumentar su apetito, en lugar de saciarlo. El sabor de la sangre negada durante tanto tiempo resultaba succulento. Ni sus hermanos ni él se volverían a ver obligados a alimentarse de mortales o de los elixires manufacturados por el *amr*. La sangre de Cainita impulsaba al asesino a buscar más sangre de Cainita; tanto era así que circulaban historias, más que en el pasado, relativas a *rafiq* que sucumbían a la Bestia interior, a la corrupción de Caín. ¿Tan fuerte era Fátima, como para no sentir nada de todo eso? ¿O acaso prefería tener la cabeza despejada antes que rendirse a la pasión? ¿Temía entregarse a su obra con demasiado ímpetu?

Pilar no pareció ofenderse por la negativa de Fátima. La anciana inclinó la cabeza en actitud deferente, antes de girarse hacia Anwar.

—Tú —le propinó un leve coscorrón—, sube esa alfombra cuando salgas.

Dicho lo cual, desapareció escaleras arriba.

—Vamos —conminó Fátima, sin más dilación. Los condujo a una habitación más pequeña donde parecía saber que estarían desplegados los mapas. Anwar la siguió, obediente. La frustración que había experimentado con Mahmud se diluía ahora ante la expectación engendrada por la llegada de Fátima. La hora del ataque debía de estar cerca. El personal de Pilar podría haber desempeñado las labores de vigilancia rutinarias. Fátima no los habría llevado a Mahmud y a él a Madrid sin una buena razón.

Fátima se concentró en el estudio de los mapas. Anwar la observó mientras aquellos ojos asimilaban hasta el último detalle, hasta el último apunte que habían anotado Mahmud y él. Casi podía ver cómo formaba una estrategia, cribando la plétora de hechos dispares: puntos de acceso a la guarida de Monçada, emplazamientos de los edificios, horarios, ocupantes, defensas verificadas...

Anwar había decidido que el objetivo debía de ser Monçada. ¿Por qué si no habría acudido Fátima en persona? No había otro mortal o vástago de Khayyin que mereciese tanta atención... a menos que fuese tras Lucita. Pero cuando Anwar y Fátima habían hablado en Nueva York, le había dado la impresión de que la presencia de Lucita en Madrid no entraba dentro de los planes. Lo cierto era que Fátima no había apuntado a una posible aparición de la chiquilla del cardenal.

—¿Qué lugar es éste? —quiso saber Fátima.

Aquella era la pregunta que Anwar había estado esperando. Miró de reojo a Mahmud, deferente, pero éste se limitó a asentir con la cabeza.

—Ésa es la casa adónde ha ido Lucita esta noche —contestó Anwar.

Las manos de Fátima, que habían estado trazando diversas calles y rutas sobre los mapas, se quedaron quietas de repente.

»La vi entrar en la iglesia hace tres noches, San Nicolás de las Servitas —explicó Anwar—. Esta noche salió por la puerta principal y fue a este lugar. No se tomó la molestia de camuflar sus pasos ni de ocultarse a la vista.

—No es probable que tenga miedo del Sabbat en la ciudad —apostilló Mahmud—, mientras goce de la protección de su sire.

—No creo que tuviera miedo del Sabbat aunque las condiciones fuesen otras —opinó Anwar. Lucita era *antitribu*, le había dado la espalda al clan; falta de lealtad, otro punto en contra, a ojos de Anwar. Pocos eran aquellos entre sus otrora compañeros de clan, o dentro de todo el Sabbat, que supusieran una seria amenaza para ella. Esa semana era la primera vez que Anwar le ponía los ojos encima, pero no le había parecido de las que se esconden por miedo—. Cruzó la calle a la vista de todos. No me explico cómo ha conseguido sobrevivir tanto tiempo.

Fátima seguía inclinada sobre la mesa, con la mirada fija en los mapas, sin verlos. El caso era que los papeles ya estaban allí y ella no se había movido.

—¿No se dio cuenta de que la seguáis? —preguntó Fátima, sin erguir la cabeza.

—No hice nada que pudiera delatar mi presencia —repuso Anwar.

Los tres asesinos permanecieron en silencio durante varios minutos. Anwar no perdía de vista a Fátima y ésta, a su vez, no apartaba los ojos de los mapas. Desde el piso de arriba llegaba el ruido del trajín de Pilar con las alfombras recién llegadas.

—Aseguraros de que la vigilan —dijo Fátima, al fin.

—¿Alguna objeción a que la vigile uno de los equipos de Pilar? —quiso saber Mahmud—. ¿O preferirías que lo hiciésemos alguno de nosotros?

—La gente de Pilar es nuestra gente. Bastará con ellos.

Aquella era la respuesta que había esperado Anwar. A menos que Lucita fuese el objetivo real, no existían motivos para que uno de ellos se ocupara de seguirle el rastro. Por tanto, su impresión de que Fátima no había esperado que Lucita estuviese en Madrid, de que no había venido para destruir a la chiquilla de Monçada, parecía confirmarse.

Mahmud se dio la vuelta en silencio y abandonó la pequeña estancia para subir las escaleras y asegurarse de que se organizaba la vigilancia de Lucita. Anwar se quedó. Permaneció de pie, viendo cómo Fátima permanecía con la vista clavada en los mapas. No apartó los ojos ni siquiera cuando la mujer alzó por fin la cabeza y sus miradas se encontraron. Quería saber qué le pasaba por la cabeza. ¿Cuál era la forma de pensar de la gran Fátima? Su intelecto, su instinto asesino, se encontraba afanado

en la tarea. Anwar se daba cuenta de eso pero, al igual que ocurriera en Nueva York, lo que fuese que estuviese teniendo lugar tras aquellos ojos oscuros le estaba vedado. ¿En qué se diferenciaban los preparativos de ella de los suyos? ¿Qué la hacía superior?

—Monçada —dijo Fátima, sin preámbulos, interrumpiendo el hilo de los pensamientos de Anwar.

—¿El blanco?

Fátima asintió con la cabeza.

La mente de Anwar se concentró de inmediato en los detalles de la guardia del cardenal, en la información que Fátima le había presentado y en la que había podido añadir él durante el transcurso de las últimas noches. De la media docena de entradas que conocían, ¿cuál sería la más accesible y menos susceptible de disparar una alarma? El Alfonso V no ofrecía garantías. El hotel solía albergar a los invitados de Monçada, por lo que, sin duda, las medidas de seguridad serían extremas. La ópera resultaba más halagüeña, con la gran cantidad de gente que entraba y salía a todas horas del día y de la noche. Siempre quedaba la propia iglesia...

El problema, y Anwar lo sabía, era que incluso sus hallazgos más recientes se centraban en los detalles externos. Una vía de acceso fácil y discreta no tenía por qué aunar una seguridad lasa a la que enfrentarse una vez el asesino hubiese penetrado en la guarida de Monçada. Al contrario, si el cardenal hacía honor a su fama, y no habría sobrevivido tanto tiempo bajo la ley del más fuerte del Sabbat de no ser así, las vías de entrada más accesibles poseerían también las medidas defensivas internas más impenetrables.

Todos aquellos factores, que Anwar comenzaba a tamizar, no conseguían empañar lo agradable de la sorpresa que había supuesto para él el que Fátima le hiciera partícipe del nombre del objetivo. Había confiado en él, puesto que era un detalle que él no tenía por qué saber a fin de cumplir con sus obligaciones. Resultaba obvio suponer que ella pensaba que él podría proporcionar algún tipo de contribución, que era merecedor de poseer tan importante información. O, pensó con algo menos de congratulación, quizás ella hubiese asumido que él ya había adivinado la identidad del blanco, como en efecto había ocurrido, y lo que pretendía era agudizar su mente privándolo de material sobre el que especular.

En cualquier caso, Fátima había confiado en él. Había hecho gala de la fe que depositaba en él. Anwar hizo todo lo que pudo por no hinchar demasiado el pecho, por no quedar como un novicio impresionado por los halagos.

—Mahmud me ha hablado bien de ti —aseveró Fátima.

Anwar asintió con aire marcial y volvió a concentrarse en los mapas, más decidido que nunca a ayudar a aquella mujer que lo había cubierto de elogios y cuyo éxito le reportaría gloria sin fin.

**Jueves, 30 de septiembre de 1999, 1:42 h**  
**Cueva de San Miguel, Madrid, España**

Madrid era una ciudad vieja vestida de joven. Fátima se encontraba de pie a la sombra de la Plaza Mayor, cerca y lejos al mismo tiempo de la vibrante humanidad que atestaba las hileras de bares de tapas. Los mortales trashumaban de un establecimiento al siguiente, atraídos por el gancho de la comida, la bebida y la música. De los consabidos turistas, predominaban los jóvenes europeos. Los americanos y japoneses, mayores, todo relámpagos fotográficos y tosca vestimenta, se habían retirado a la seguridad de sus dormitorios hacía horas. No pocos nativos de la capital de España disfrutaban a su vez de la noche, cuajando la empinada avenida con su jolgorio.

Para Fátima, no obstante, los arcos de la celebración no conseguían camuflar la tradición subyacente de lucha y muerte. Los propios bares, tan alegremente exonerados, recordaban las voces de aquel pasado. Los escaparates se levantaban inmersos en la muralla que albergaba la plaza. Las piedras pulidas por el tiempo eran las mismas que habían sido testigo, siglos ha, de las matanzas de moros por parte de los cristianos, y de cristianos por parte de los moros. La parafernalia moderna, al igual que las nuevas secciones de la ciudad, encubría la tragedia del pasado. La memoria de la humanidad era corta, por miedo a que los remordimientos de conciencia pudieran volver la vida insostenible.

En medio de aquella humanidad se mezclaban lo monstruoso y lo inhumano. A algunos se les daba mejor que a otros el teatro a la hora de hacerse pasar por mortales como aquéllos a los que cazaban. Pues aunque no se sometiera a la Mascarada de la impotente Camarilla, el Sabbat seguía ciertas reglas parecidas, si bien no tan estrictas, por pura necesidad. Puede que los Cainitas del Sabbat no considerasen a los mortales más que ganado, pero perduraba el hecho de que los mortales alarmados *en masse* podían destruir a los no muertos. Por tanto, se imponía una Mascarada *de facto* incluso para los más alocados, sin que se pudiera hacer nada para evitar los excesos de los más jóvenes e impulsivos. Irónicamente, en las ciudades del Sabbat donde gobernaba un antiguo poderoso, caso de Monçada en Madrid, la población de no



muertos se censaba con todo cuidado y se le seguía la pista de cerca de los neonatos. La distancia que separaba a la Camarilla y al Sabbat no era tanta como le gustaba creer a ambas sectas. Para Fátima, eran intercambiables. Al final, Haqim, que había alcanzado la inmortalidad por sus propios medios, reclamaría toda la sangre Cainita.

Fátima se alegraba de tener tanto de lo que ocuparse. Había empleado gran parte de la noche en volver a verificar la información que ya habían confirmado Mahmud y Anwar. Hacía mucho que sabía que podía fiarse de Mahmud. También Anwar estaba demostrando su valía. Fátima no había tenido que corregir ninguna de las observaciones que hiciera ninguno de los dos asesinos ni el experto equipo de ghouls de Pilar. Tampoco es que aquello la sorprendiera. La supervisión del trabajo de los demás era un formalismo, una salvaguardia que, en caso de que la rapidez de acción se volviera vital, abandonarían. Si llevaba la misión hacia delante tan despacio de forma deliberada era por una razón de peso: a pesar de la ingente cantidad de información que los Assamitas habían reunido acerca de lo que obstruía la entrada al refugio del cardenal Monçada, ninguno de ellos sabía qué esperar exactamente una vez traspasadas las defensas.

A Fátima se le presentaban tres opciones para solventar aquella deficiencia. La primera recurría a los espías. Parménides no era el único miembro de la hermandad capaz de averiguar información tan reservada. Al-Ashrad había aprobado la sugerencia de Fátima de conseguir que todos aquéllos con contactos entre los Lasombra o dentro del Sabbat indagaran al respecto de los detalles más delicados. No serviría de nada si el nombre de su objetivo saltase a la palestra, pero los hijos de Haqim eran expertos a la hora de encontrar respuestas sin que nadie se percatase de que se había formulado siquiera la pregunta.

La segunda opción, y la preferida a juicio de Fátima, tenía que ver con la tortura. De nuevo, a los hijos de Haqim no les resultaba novedosa esta forma de desentrañar información. Cuando la proporcionada por un espía podía quedar invalidada por tratarse de datos de segunda o tercera mano, el Cainita que sintiese el cosquilleo de los primeros rayos del sol hablaría con plena autoridad de cualquier tema con el que estuviese familiarizado. Lo difícil era encontrar a alguien que nadie fuese a echar de menos enseguida. Algunos Cainitas habían visitado a Monçada en su guarida, pero no muchos. El cardenal era un alma insular. No corría riesgos con sus invitados. Una vez más, los Assamitas repartidos por todo el mundo se habían puesto manos a la obra e investigaban cualquier posibilidad.

La última opción, en la recámara por si las dos anteriores no conseguían arrojar resultados, era la infiltración a ciegas. Aunque no tenía por qué atentar contra Monçada esta noche ni la siguiente, al-Ashrad había dejado bien claro que el cardenal debía ser destruido cuanto antes. Aquél era uno de los pocos puntos en los que el *amr* había hecho hincapié.

Fátima esperaba todo lo que pudiera pero, si no averiguaba más secretos acerca de Monçada, tendría que actuar sin dilación. A lo largo de los años, había penetrado en las fortalezas de brujos y hechiceros; había burlado las defensas de reyes y reinas y otros jefes de estado. Había destruido a antiguos Cainitas de todos los clanes, príncipes y arzobispos, en sus madrigueras letales. Pero ninguno de ellos era un cardenal del Sabbat. Ninguno de ellos era Ambrosio Luis Monçada. Ninguno de ellos era el sire de Lucita.

Fátima sacudió la cabeza. Se había mantenido ocupada, sin pensar en Lucita; pensando, de hecho, en cualquier otra cosa antes que en Lucita. Aunque la presencia de la Rosa Negra planteaba una pregunta. ¿Había comprometido Lucita la misión? Fátima se había enfrentado a ella, le había contado la inminencia del atentado contra su sire, llevada por un arrebato emocional... por una debilidad. El pragmatismo no había intervenido para nada en aquella decisión. ¿Odiaba Lucita a su sire tanto como para ayudar? ¿Sería tal su lealtad fundamentalista hacia él que lo habría advertido del peligro? Fátima sabía que tales posibilidades existían, y aún así las había pasado por alto. Parecían tan remotas... No estaba segura de cómo había esperado que reaccionase Lucita exactamente. Probablemente lanzándose a cumplir con algún otro asunto privado, como siempre había hecho, e ignorando el asunto por completo.

Lo que Fátima *no* había esperado era que Lucita viajase a Madrid, que visitara a su sire por, según lo que ella sabía, primera vez en casi cien años. Y aquello era exactamente lo que había hecho.

Lucita, por tanto, se convertía en la última ficha del rompecabezas, la pista final para resolver el acertijo, daba igual lo que descubriesen los espías o los torturadores. Antes de que se llevase a cabo el atentado, Fátima tendría que saber si Lucita había avisado o no a su sire. En contra de su voluntad, descubrió que la tentaba la mera idea de volver a verla. Era, por encima de cualquier otra cosa, lo que más deseaba y lo último que quería.

Mientras Fátima reducía aquellos pensamientos a la nada, la marea humana subía y bajaba, bañando los bares de tapas repartidos por toda la calle. Ninguno de los mortales se le acercaba. Los que parecía que avanzaban en su dirección daban un rodeo para evitar el lugar donde Fátima estaba recostada contra una fachada ensombrecida. Ningún mortal se fijó en ella, como tampoco, de eso estaba segura, ninguno de los Sabbat que se movían entre el gentío.

Pero Fátima sí se fijó en alguien.

Se fijó en un movimiento. Un cuerpo, allí y luego allá, entre la tromba de gente. Un espacio antes ocupado, ahora vacío. Su atención regresó de golpe al aquí y ahora. Escrutó la corriente de personas pero no vio nada fuera de lo común. Movimiento de nuevo, a su derecha. ¿Se alejaba alguien en medio de la muchedumbre, invisible, o lo habría imaginado?

Se puso en marcha; no era de las que se imaginan cosas.

Surcaba el mar de cuerpos humanos, sin que ninguno de ellos pareciese haberse percatado de lo que ella había visto, sin que ninguno se fijase en ella siquiera de pasada. Los turistas y los camareros parecían sentir adónde la conducían sus pasos y, sin darse cuenta, le abrían camino. No es que se abrieran en olas enormes igual que el Mar Rojo ante Moisés, sino que cada uno seguía su propio camino, como goterones individuales que resbalaran por una ventana empañada. Fátima se apresuraba a cruzar por los huecos desocupados; no tardó en despejar el grueso de la concentración de mortales y aceleró el paso hasta echarse a correr.

Se detuvo al llegar a la primera esquina. Dondequiera que mirase había mortales paseando en grupos reducidos, ajenos a todo. No hubo ningún movimiento fugaz que la pusiera sobre su pista, ni fantasma alguno que viera por el rabillo del ojo. Sí que podía sentir algo, no obstante, algo que casi podía oler; una interferencia en el aire, el tenue rastro de alguien que acababa de pasar por allí, y de prisa. Mas no había nadie cerca que pudiera haber dejado aquella pista efímera. Nadie humano.

Fátima giró a la izquierda y continuó a lo largo de aquel bloque, largo y sinuoso. Se abrió camino entre cúmulos de personas, cada vez menos frecuentes a medida que se alejaba de la zona de copas. La senda, el rastro en el aire, seguía allí. También zigzagueaba entre los mortales como si éstos no fuesen sino meros obstáculos inmóviles. Si Fátima pudiera mantener el ritmo, si pudiera seguir aquel hálito antes de que se disipara y se mezclase con el resto de la tranquila noche madrileña, podría encontrar a quienquiera, o lo que fuera, que le había llamado la atención sin proponérselo.

O a propósito.

Continuó en dirección norte atravesando una amplia avenida. Los nombres de las calles dejaron de tener sentido. Los mortales eran poco más que borrones. Fátima dejó caer el velo que la cubría ante sus mentes. No sabrían qué era lo que había pasado junto a ellos, y ella estaba absolutamente concentrada en los caprichosos matices del aire, de segundos de vida. Tenía que estar cerca. Muy cerca.

El ritmo que se había impreso daba lugar a un nuevo peligro. Emboscada. Lo que fuese que estaba siguiendo podría conducirla a una trampa, pero Fátima estaba segura de poder vérselas incluso con la más letal de las celadas. No podía volverle la espalda a aquello, a esa presencia. No era mortal, eso seguro, ni pertenecía a la chusma del Sabbat. No le daba la impresión de que tuviera nada que ver con el cardenal ni con sus criados domadores de sombras. Ni siquiera Lucita era capaz de moverse con tanta rapidez y sigilo. Pocos de los hermanos de Fátima podrían haber seguido ese rastro. No podía ignorar aquella amenaza. El no saber de qué se trataba supondría un grave peligro para su misión. Por eso seguía adelante, con trampa o sin ella. La sangre de Haqim prevalecería.

La presencia, ya fuera presa o cazador, la condujo a lo largo de una ruta sinuosa a través de estrechos callejones empedrados. Giraba de nuevo hacia el sur, siguiendo calles paralelas a las que acababa de atravesar, tan sólo para virar de nuevo y conducirla hacia el oeste. Con cada paso que daba, con cada esquina que doblaba, sentía que estaba a punto de darle alcance. Pero se mantenía siempre justo enfrente de ella, donde no podía verlo, ni tocarlo. El aire se arremolinó como si hubiese pasado alguien por allí hacía un segundo. Alguien *había* pasado, pero no había nadie.

Entonces perdió el rastro.

Fátima pensó que lo habría perdido por un instante pero, cuando empleó todos sus sentidos para recuperarla, la pista había desaparecido. El aire no estaba inmóvil por completo, pero aquella turbulencia peculiar se había esfumado.

Tardó algunos segundos en reconocer sus alrededores más inmediatos, en devolver su concentración, tan completamente fija en los más insignificantes estímulos medioambientales, a la realidad de los edificios, de las calles, del puñado de automóviles. Se encontraba en la amplia calle de Bailén, frente a los Jardines de Sabatini, no muy lejos del majestuoso Palacio Real.

No lograba dilucidar si es que había perdido el rastro o éste se había limitado a desaparecer. Sospechaba que se trataba de esto último, pero aunque se hubiese equivocado de dirección en algún momento, era demasiado tarde para volver a orientarse. La pista se había mantenido en cada lugar durante escasos segundos. Había estado tan cerca...

Se preguntó si sería posible que su presa hubiera camuflado de repente las trazas de su paso. O si habría acelerado para aumentar la distancia entre ambos. En el caso de un único individuo, el aire volvía a ocupar el espacio del que había sido desplazado casi al instante. La turbulencia era más cuestión de masa que de velocidad. Si su objetivo la había desorientado en aquel lugar exacto a propósito, si hubiese podido hacerlo antes pero había decidido hacerlo ahora, aquello apuntaría a una trampa. Pero cuando Fátima escudriñó la calle arriba y abajo, no le pareció que aquella amplia, concurrida y bien iluminada travesía fuese el lugar idóneo para una emboscada.

Algunos coches pasaban veloces aquí y allá; ninguno de ellos parecía sospechoso. Fátima parecía ser la única viandante en bloques a la redonda, aunque no lograba creérselo del todo. Cuantas más vueltas le daba, más convencida estaba de que la habían conducido allí a propósito pero ¿por quién y para qué?

La calle de Bailén no ofrecía ninguna respuesta, así que cruzó la calle a paso largo y, sin aminorar la marcha, superó la valla de hierro y los macizos de juníperos que bordeaban los Jardines Sabatini. Al aterrizar adoptó una postura defensiva, agazapada. En la oscuridad, la mezcla de perfumes procedente de las diversas flores, árboles y arbustos resultaba más pronunciada que los apagados colores. Tras escasos

segundos de observación, no obstante, los aspectos más destacables de los jardines eran los apresurados movimientos furtivos entre las plantas, y los escalofriantes sonidos, quejidos exhaustos que parecían proferidos por las gargantas heridas de bebés a los que estuvieran torturando.

Gatos. Los jardines, hogar de quizá un centenar de gatos callejeros, estaban llenos de ellos, todos mortalmente celosos de sus territorios, cada uno de los cuales, por supuesto, se superponía al de varios más. Sus batallas nocturnas transformaban aquel lugar, pensado como refugio de serenidad, en un caldero donde hervían abrasadoras la sangre y la inquina asesina. Podía localizar según el olor a ese felino con la oreja desgarrada, o a aquél con el ojo prácticamente fuera de su cuenca.

Los jardines y su especial atmósfera encarnizada no molestaban a Fátima. Ya había estado aquí antes. Había llevado a *fida'i* a lugares como aquél para su formación. Acosar y atrapar a un gato salvaje era mucho más complicado que cazar a un simple mortal, y pocos gatos callejeros llegaban a echarse de menos. También existía el incentivo añadido de que un cazador que tuviera éxito, que no cuidado, pudiera acabar con un doloroso zarpazo o mordisco que agudizaría su concentración para la próxima.

Alerta a cualquier sonido y movimiento, Fátima se adentró con cautela en los jardines. No sembró la alarma entre los gatos, los cuales continuaron con sus correrías nocturnas completamente ajenos a su presencia. Se mantuvo gacha, bordeando el sendero en silencio. Del mismo modo que los gatos estaban ciegos para ella, ella estaba ciega para aquello que había seguido. No quedaba ni rastro, aunque Fátima sentía en los huesos que estaba allí, que estaba esperándola. Había sobrevivido durante el tiempo suficiente como para saber cuándo confiar en su instinto; había sobrevivido durante tanto tiempo porque, en numerosas ocasiones, *había* confiado en su instinto.

Una vez más, su instinto demostró estar en lo cierto.

Adelante, en el sendero, yacía uno de los escuálidos felinos... con la cabeza echada hacia atrás y la garganta desgarrada. Un mechón blanco y marrón flotaba en el charco de sangre que se expandía a su alrededor. Recién muerto. Fátima podía oler la sangre desde muchos metros de distancia.

En lugar de continuar por el sendero, se introdujo en los macizos de su derecha y describió un amplio círculo para evitar al desafortunado animal. Si Fátima estaba siendo conducida a una emboscada, aquel cadáver supondría el cebo definitivo. Quienquiera que fuese la persona a la que estaba siguiendo quería que ella lo inspeccionase más de cerca. ¿De veras la subestimaban de aquel modo?

A medida que rodeaba al gato degollado, los incesantes gañidos de sus congéneres aún vivos se perdían en la distancia. Aquéllos que se encontraban en las proximidades presentían lo que le había ocurrido a su vecino y se dispersaban.

Instinto y miedo, la misma cosa para los felinos; sólo el primero contaba para Fátima.

Estaba alerta en busca de cualquier otro indicio que le señalara algo fuera de lo común: movimiento, plantas inclinadas o pisoteadas, huellas de pisadas en el césped, ramas quebradas. El aroma de la sangre del gato se superponía a cualquier otro olor. El arco de Fátima se convirtió en un semicírculo. Llegó al extremo opuesto del sendero, frente a su punto de partida, y aún nada. Ni rastro de quién o qué la había conducido hasta allí y asesinado al desprevenido gato callejero.

Qué extraño. Fátima creía que había seguido a un solo individuo desde la plaza mayor, pero si alguien deseaba atraparla, lo más lógico era que recurriese a la superioridad numérica tanto como a la sorpresa. Empero, no lograba encontrar indicios de *nadie*.

Continuó su rodeo, aproximándose lentamente a su punto de partida hasta completar el círculo. Nadie. Nada. Se quedó donde había estado hacía algunos minutos, con el olor de la sangre espesa inundándole el olfato. Si algo tenía claro era que debía descubrir al responsable de todo aquello. Debía asegurarse de que no suponía una amenaza para su misión.

Así que siguió adelante por el sendero hacia el cadáver del gato. Con cautela. Tan sumamente alerta como había estado mientras seguía el rastro hasta ese lugar. La sangre de Haqim le revelaba cualquier sonido; sus ojos no perdían detalle del más leve batir de las hojas. El olor de la sangre la inundó como si chapoteara en ella.

Llegó al cadáver, se cernió sobre él... y se giró, con la jamba presta en la mano. Allí estaba su presa convertida en cazador, donde se había detenido ella al principio.

Los brazos descansaban relajados a los costados; las manos, ágiles y letales, aparecían vacías. Cosa curiosa, vestía ropas de corte actual, aunque poco adecuadas para el frescor de la noche: camisa blanca sin mangas, vaqueros, descalzo. Su barbilla, tal y como la recordaba Fátima, parecía demasiado estrecha y afilada para encajar con el resto de su ancho rostro. La frente pronunciada y las orondas mejillas se veían embadurnadas de sangre... sangre de gato. El rojo resultaba increíblemente oscuro contra su piel, ennegrecida como estaba tras tantos años de distanciamiento de sus originarios tintes egipcios.

—Thetmes —Fátima musitó su nombre. Tras la sorpresa inicial al verlo, volvía a estar prevenida contra cualquier treta.

El hombre se inclinó ante ella, casi reverente.

—Soy yo.

Fátima se acercó muy despacio, observándolo con suspicacia. La persona que tenía ante ella exhibía los ademanes de su sire. Si aquél era algún tipo de disfraz, no resultaba visible a simple vista. La postura, la expresión, el tono y la inflexión de la voz... todo perfecto. Y la sangre. Bajo el vulgar olor de la sangre de gato, podía sentirla. La sangre de Haqim. La sangre de su sire.

Fátima llegó hasta él, segura ya de su identidad. Sin duda, aquél era el antiguo que la había introducido en la hermandad hacía tanto tiempo. Enfundó su hoja y juntó las manos.

—*Salaam*.

Thetmes inclinó la cabeza de nuevo. Su cuerpo era enjuto y nervudo. Los hombros y los codos eran igual que los nudos de un árbol anciano y retorcido... uno que el tiempo había puesto a prueba, sobreviviendo a inundaciones, incendios y vendavales. La fuerza que albergaban aquellos brazos, aquel cuerpo, era inconmensurable.

—No sabía que habías regresado a nosotros —dijo Fátima.

—Nunca os abandoné —repuso Thetmes. Sus ojos eran negros como la noche.

Fátima no sabía qué pensar. Su sire había sucumbido al letargo, se había retirado a aquel sueño inconsciente como hacían a veces los antiguos.

—*Todos los hermanos están siempre con nosotros*. —Fátima recitó el mantra, aunque había algo que no encajaba. El atisbo de una sonrisa afloró a los labios de su sire—. No hablabas de las escrituras.

—No —contestó, lacónico, allí plantado, observándola.

—Entonces, ¿qué?

—No me rendí al sueño.

La voz de Thetmes resonó en los oídos de Fátima como si algún extraño eco se hubiese apoderado de los jardines. Las palabras tardaron en sedimentarse y despejar la incógnita de su significado. Aun así, planteaban más preguntas que necesitaban respuestas.

—Pero tú... —Fátima tartamudeó, en busca de las palabras que se adecuaban a lo que había dicho él, lo cual carecía de sentido—. Eras califa. Renunciaste.

—Lo era. Lo hice.

De nuevo respuestas que no respondían.

—¿Por qué?

—Era necesario. —La sombra de la sonrisa se había evaporado. La confusión de Fátima le había parecido divertida por poco tiempo—. He estado ocupado estos últimos años. —Su expresión se endureció en cierto modo al ver que Fátima seguía mirándolo, incrédula—. ¿Dudas de tus mayores? —preguntó, con un dejo de brusquedad.

—Confío en ellos. No siempre los comprendo.

—¿Te entienden a ti siempre los *fida'i*?

Fátima asintió, comprendiendo su postura.

—Sabes lo que has de saber. Sabes lo que necesitas saber.

Fátima asintió de nuevo. Las palabras le eran tan familiares como las del *salah*. ¿Cuántas veces había regañado a algún *fida'i* curioso por preguntar lo que no hacía

falta que supiera? Sin embargo, siempre le había costado menos preguntar a su sire que a cualquier otro antiguo y, de forma sutil, él había alimentado su independencia. O quizá, teniendo en cuenta sus logros, aquél era su merecido. Del mismo modo que el *amr* la obsequiaba con una manga ancha de la que nadie más disfrutaba, ni siquiera otros antiguos mayores que Fátima.

El pensar en al-Ashrad le trajo a la mente a Elijah Ahmed, quien había ocupado el puesto de califa en ausencia de Thetmes.

—¿Lo sabe Elijah Ahmed? —preguntó, sin rodeos. Aquel subterfugio empleado por Thetmes era algo inédito. El califa de Alamut no podía renegar de sus funciones así como así. ¿Qué podría haber ocasionado tal acontecimiento? Seguro que el califa actual debía saberlo, y el *amr*...

—Elijah Ahmed ya no existe.

Por un momento, a oídos de Fátima, la voz de su sire se fundió con los lejanos gañidos y maullidos de los gatos hasta que los sonidos se volvieron prácticamente indivisibles; un ruido que se suponía que debía entrañar algún significado, pero ininteligible para ella. No supo qué responder. Lo que acababa de escuchar contradecía de tal manera lo que ella sabía que era, lo que *creía* que era...

—No lo sabías —dijo Thetmes. No era una pregunta. Su enunciado acarreaba una conclusión velada: *no lo sabías. No tenías por qué saberlo.*

—¿Elijah Ahmed... destruido? —Las palabras de Fátima se perdieron en la noche. No habría sabido decir si las había pronunciado en voz alta de no ver que Thetmes asentía en silencio a su respuesta—. ¿Cómo?

—El camino de la *hijra* es largo, pero estamos llegando a su fin. La poderosa Alamut no fue sino el primer castillo de tres a lo largo del camino. El heraldo ha regresado a nosotros y, por su mano, el segundo castillo es nuestro.

—*Tajdid* —musitó Fátima. El revivir de la sangre, el final de la maldición de los Tremere—. Pero al-Ashrad...

—Trabajó durante siglos para que se pudiera romper la maldición. —Thetmes concluyó su frase—. Sí. Y aunque es un gran hechicero, no pudo derrotar el poder de los brujos sobre aquello a lo que los hijos de Haqim se habían sometido por voluntad propia. Aunque es un gran hechicero, lo que intentó durante siglos el heraldo lo completó en cuestión de horas.

—Ur-Shulgi. —El heraldo. Para Fátima, su nombre era legendario. Pero si había sido el segundo vástago de Haqim y no al-Ashrad el que había roto la maldición Tremere, ¿a qué venía tanto secreto? ¿Por qué no lo sabía la hermandad? Fátima no se molestó en preguntar, pues conocía la respuesta de sobra: *no lo sabíais. No teníais por qué saberlo.*

Pero Thetmes se lo estaba diciendo. Por el motivo que fuese, se lo estaba diciendo. Fátima sentía cómo perdía asidero. Ya no era ninguna antigua *rafiq* sino



una *fida'i* ignorante, y su sire le estaba dando una lección. Cada palabra revelaba secretos que le habían sido ocultados y, con cada secreto que descubría, se daba cuenta de todo lo que aún no sabía, incluso ahora.

—Entonces, ¿fue... ur-Shulgi...?

—Quien reclamó la sangre del califa para Haqim.

—Pero ¿por qué? —Fátima conocía a Elijah Ahmed desde hacía casi tanto tiempo como a Thetmes. Intentaba sobreponerse a su incredulidad, recurrir a la fe para no desesperar ante la falta de lógica, pero no lograba comprender los motivos. No había ninguno por el que Elijah Ahmed tuviese que haber muerto, ninguno por el que ella, una antigua, tuviese que sentirse tan ignorante. ¿Cómo podría servir a Haqim cuándo era tanto lo que se le ocultaba?

—¿Por qué? —repitió Thetmes. Señaló al gato tras Fátima—. ¿Por qué ha sido ejecutada esa criatura?

—Porque su vida servía a tu propósito. Porque el olor de su sangre enmascaraba tu presencia.

Thetmes asintió con la cabeza, satisfecho.

—Bien dicho. Su vida servía a mi propósito. Todas nuestras vidas sirven a los propósitos de Haqim... mientras seamos dignos de servirle. Ha llegado la hora de que los fieles se preparen, de que demuestren su valía...

—A fin de que puedan sobrevivir —concluyó Fátima. Eran las mismas palabras que había pronunciado al-Ashrad ante ella.

—Sí. —Thetmes se acercó a Fátima, estiró un brazo y apoyó una mano en su hombro, tocándola por primera vez en años—. A fin de que los fieles puedan sobrevivir.

—Elijah Ahmed, ¿acaso él no era fiel? —La pregunta de Fátima iba cargada de intención. Nunca antes le había hablado así a su sire, ni a ningún antiguo.

Thetmes apartó la mano de su hombro, no como si hubiese recibido un picotazo, sino despacio. Era un gesto de cautela.

—Elijah Ahmed había depositado su fe... en el lugar equivocado.

Fátima se tragó su dura réplica. Sabía que aquello no era cierto, al menos en lo que a ella consideraba que era la fe y a su definición de equivocado. El califa, el califa *destruido*, según Thetmes, era tan leal como ella. Su existencia estaba dedicada a Haqim.

—Elijah Ahmed prestaba demasiada atención a las doctrinas de Mahoma —dijo Thetmes—. Igual que Jamal, igual que...

*Jamal*. Fátima no sabía que pudiera llevarse tantas sorpresas en una sola noche. Jamal. Señor de Alamut. El Anciano de la Montaña. ¿Jamal acusado de falta de fe? ¿Jamal destruido, reclamada su sangre por el más Antigo? Imposible. Tan imposible como que Fátima sufriese el ataque de un kurdo enloquecido entre los muros

santificados de Alamut.

Fátima siguió con la mirada el movimiento de los labios de Thetmes, de su lengua. Absorbía sus palabras y lanzaba su mente hacia delante, adelantándose adónde quería llegar.

—Igual que yo —le retó.

Thetmes le dedicó una mirada vacua, carente de expresión. Sus manos volvían a pender lasas paralelas a los costados.

—Otros, es lo que iba a decir. Estoy seguro de que tu corazón es fuerte, y tu fe inamovible. Las Noches Finales se aproximan, Fátima. Ya no hay sitio para mahometanos entre...

—No somos mahometanos —protestó Fátima, mordaz—. Mahoma es el último profeta. Nosotros veneramos a los profetas, no los adoramos. Adoramos a Dios.

—¿Pretendes darme clases, chiquilla?

—¿Pretendes tú insultarme a mí? —contraatacó Fátima—. Me traes hasta aquí para contarme tal cantidad de porquería... que ya no hay...

—Fátima.

El hiriente tono de su voz la hizo detenerse en seco; eso, y la fría llama que de improviso había aparecido en aquellos ojos oscuros. Los separaban escasos metros, y la postura de Fátima era tan relajada como la de su sire. Entre los hijos de Haqim, no obstante, la línea que separaba lo relajado de lo violento era muy fina. Pero el semblante de Thetmes se suavizó tan súbitamente como se había endurecido y su voz adoptó un tono más comprensivo.

—La fe de vuestros padres es una muleta para los mortales, pero vosotros ya no sois mortales. Esas ideas esperanzadas acerca de Dios y Su paraíso... ya es hora de dejarlas de lado. El heraldo camina entre nosotros. El más Antiguo de nuestra sangre lo sigue a corta distancia.

—*La ilaha illa 'l-Lah* —musitó Fátima, cerrados los ojos—. *Wa Muhammadan rasula*.

—No he venido para insultarte —insistió Thetmes—. He venido para instruirte. Siempre he estado aquí para instruirte.

—Llegará la noche en que no necesite más instrucciones.

—¿Sabías ya lo que te he dicho esta noche?

Fátima se contuvo para no hincar las uñas en las palmas de sus manos, para no respingar. No podía desmentir a su sire, no podía desafiarlo, llegados a aquel punto. Ella no sabía lo que sabía él. Aunque llevara casi un milenio sobre la tierra, la existencia de Thetmes comprendía sin esfuerzo el doble de tiempo. Su sangre era más fuerte.

Como si quisiera subrayar aquel punto, Thetmes se abalanzó sobre ella. Aquellos metros que los habían separado se esfumaron, lo tuvo frente a su cara, con sus fuertes

dedos asiéndola por los hombros igual que el árbol que lleva aferrado a la falda de la montaña desde el principio de los tiempos.

Los instintos de Fátima se hicieron cargo de la situación. Quiso proyectar las manos hacia arriba... pero no pudo. Aquella presa mantenía sus brazos inmóviles a los costados. Lo inesperado de aquella fuerza la alejó de sus instintos de batalla. No demasiado, sólo lo suficiente como para que su mente consciente volviera a asumir el mando. Lo suficiente como para no atacar a su sire, para no estrellar su frente contra aquel rostro, o para no dislocar aquella rótula o fraccionar aquella pelvis de un rodillazo.

Se quedó helada.

Helada, testigo de la ira que centellaba en los ojos de su sire... la ira que casi conseguía nublar lo implorante de su dolor. Ese ser, cuya fuerza y sabiduría superaban en tanto a las suyas, cuya sangre estaba tan cerca de la de Haqim quería salvarla desesperadamente. Thetmes retorció hasta que los huesos de Fátima estuvieron a punto de quebrarse, hasta que sus brazos estuvieron a punto de dislocarse. Ambos rostros casi se tocaban. La saliva del uno salpicaba las mejillas de la otra.

—¿Acaso crees que los demás disfrutaron de esta oportunidad, niña? ¿Acaso crees que alguien los avisó de la llegada de los sueños?

—¿Entonces, *porqué*? —Fátima le escupió las palabras. Se había acobardado durante un segundo, antes de que la poseyera la rabia. Intentó zafarse de la presa de su sire conteniéndose para no golpearlo.

Thetmes encajó su rostro en el de ella y vociferó con su frentes y narices pegadas:

—¡Porque no pienso ver cómo mi chiquilla demuestra que no es digna! ¡No lo permitiré!

Entonces la apartó de sí. Fátima trastabilló, pero recuperó el equilibrio. Volvían a separarlos metros de distancia. La sangre de Haqim bullía dentro de ella. Su cuerpo estaba, más dispuesto a combatir que ella misma. Se sobrepuso a impulso, no saltó, no desenfundó su filo. ¿Quién sabía lo que ocurriría si su sire buscaba violencia? ¿Acaso no acababa de demostrar su superioridad sobre ella? Pero la fuerza bruta no lo era todo en combate; la fuerza bruta no gobernaba sobre la vida y la muerte.

—Entonces, ¿has venido para ponerme a prueba?

Su pregunta resquebrajó la máscara de solemnidad de Thetmes, que lanzó una carcajada seca y exenta de gracia.

—No me hace falta ponerte a prueba. —Sopesó aquella idea durante unos instantes, antes de burlarse de ella abiertamente—. ¡Ja! Ojalá me *atrebiese* a ponerte a prueba... pero me temo que no estaría a la altura. No me corresponde a mí. Yo no soy el heraldo para poder enviarte sueños y escrutar el interior de tu corazón.

Sueños.

*Pero ¿deben divergir los caminos?*

*Ésa es una pregunta que será respondida en sueños.*

El Camino de Alá. La Senda de la Sangre. Thetmes hablaba a las claras de lo que el *amr* se había limitado a sugerir. Al-Ashrad le había proporcionado preguntas. Thetmes le proporcionaba las respuestas, aunque no quisiera creer en éstas.

El silencio que se había enseñoreado de los jardines llamó por fin la atención de Fátima, aunque sin duda había comenzado con el arrebató de Thetmes. Los hambrientos gatos salvajes sentían que la muerte, y los portadores de muerte andaban cerca. Se habían callado, probablemente hubiesen huido. Todos menos uno, cuya vida había servido a los propósitos de su sire.

—Tenemos que irnos —dijo Thetmes, consciente también de la atención que podría haber llamado el vocerío.

—¿Por qué? —susurró Fátima, sin que su sire pudiera tergiversar la pregunta. Ambos sabían que cualquier mortal o Cainita que llegase hasta ellos supondría una amenaza nimia para cualquiera de los asesinos, mucho menos para los dos. Aunque puede que ella y su sire se viesan obligados a destruir a alguien cuya ausencia, antes o después, podría llamar la atención. No podían poner en peligro la misión de Fátima. La misión estaba, desde luego, por encima de todo lo demás.

Pero lo que Fátima preguntaba no era por qué tenían que irse. Su pregunta giraba en torno a los caminos que con el tiempo debían divergir, y Thetmes lo sabía. Conocía a su chiquilla.

—¿Por qué destruyen el agua y el viento a la montaña más sólida? ¿Por qué abrasa el sol la carne que cubre nuestros huesos? Porque así ha de ser. ¿Te enfrentas al sol cada mañana, o buscas donde esconderte para sobrevivir? ¿Le negarías al más Antigo lo que le pertenece por derecho?

—¿Le negaría él a Alá lo que es Suyo por derecho?

—No soy quién para juzgar.

—Ya lo has hecho.

Thetmes zangoloteó la cabeza con violencia.

—¡Chiquilla insolente! ¿Qué ganas desafiando al más Antigo? ¿Qué, sino una muerte segura? ¡Es como un dios entre nosotros!

—Del mismo modo que nosotros somos como dioses entre los mortales. Aunque sea el más Antigo de la sangre, aunque sea un dios entre nosotros, no es Alá. No es Dios.

Thetmes levantó las manos, dio unos pasos hacia delante y hacia atrás, se detuvo. Fátima nunca lo había visto en tal estado de ira y agitación como aquella noche. Ahora parecía concentrado en otro lugar. Parecía que escuchase sonidos en la lejanía. Si había algo que escuchar, Fátima no podía oírlo.

—Ven. Tenemos que irnos.

—Sí, pero respóndeme a esto.

Thetmes se detuvo tras avanzar unos pasos.

—¿A qué, chiquilla?

—Los sueños... ¿los has tenido?

—Sí.

—Háblame de ellos. Del heraldo.

Thetmes negó con la cabeza, despacio.

—Lo que fueron para mí significarán muy poco para ti, me temo. Son una llamada, una convocatoria innegable. Viajé a la tierra de nuestros antepasados y me enfrenté al heraldo. Es oscuro y terrible... la furia de tu cielo y el fuego de tu infierno. Negro e impenetrable como la noche más cerrada.

Thetmes sostuvo las manos abiertas ante sí y estudió sus palmas, como si estuviese sosteniendo algo que le resultara tan imposible de soltar como de comprender. Sus ojos vidriosos se aclararon y su mente regresó de aquel lugar lejano.

—Vendrán cuando tengan que venir. Muchos de los antiguos han recibido la llamada; algunos demostraron ser dignos, otros... —Thetmes se encogió de hombros, pero Fátima vio la tristeza que embargaba aquellos ojos negros, el miedo que lo había impulsado a prevenirla—. Incluso algunos *fida'i* han oído la llamada, pero no sé de ninguno que... Los sueños arrasan su joven sangre, destruyen sus mentes. Los *fida'i* no tendrían que enfrentarse a tan dura prueba. No están preparados. No están listos para el gran fuego, pero su calor llega hasta ellos.

—¿Enloquecen? —preguntó Fátima, acordándose del kurdo, de la demencia de aquellos ojos, de las imposibles proezas de las que había sido capaz su joven cuerpo mutilado.

—Sí —respondió Thetmes, leyendo sus pensamientos—. Te cruzaste con uno. —Volvió a estirar el brazo, despacio esta vez, y cogió la mano derecha de Fátima, recorriendo con un dedo la cicatriz que el gin-gin había dejado en su antebrazo—. Tu *fida'i* hacía gala de una voluntad inédita entre los demás, o eso he oído. El *amr* cree que el heraldo lo castigó con locura, locura y astucia, a modo de aviso. Una advertencia para ti.

—Una advertencia.

—Así lo cree al-Ashrad. ¿Quién soy yo para dudar del *amr* en estas cuestiones?

—No me dijo nada al respecto.

—No lo juzgó oportuno. Su sangre es la del heraldo, pero tú eres de mi sangre. Ahora, ven.

Thetmes la condujo por los jardines y Fátima le siguió ni por voluntad propia ni en contra de su voluntad. Se sentí aturdida. Y él era su sire. Había tantas cosas de las que había dicho que encajaban con lo que el *amr* había sugerido con lo que el *amr* no había llegado a decir...

Ur-Shulgi, heraldo de Haqim. Las Noches Finales, cuando Haqim se alzaría y ante él y su progenie caerían todos los vástagos de Khayyin, reclamada su sangre para los dignos.

Los dignos. Fátima siempre se había contado a sí misma entre ellos, siempre había pensado que se había ganado el privilegio. ¿Se habría contado Elijah Ahmed entre los dignos? ¿Y Jamal, el Anciano de la Montaña, el que se había elevado sobre los demás hijos de Haqim?

¿Querría el más Antiguo que abandonase el Camino de Alá para seguir nada más que la senda de la sangre? ¿Se lo exigiría? A Fátima le flaquearon las rodillas ante aquella idea. Temió que pudiera trastabillar mientras seguía Thetmes lejos de los Jardines Sabatini, lejos del centro de antigua ciudad. La llevó de las ruinas de lo viejo a desgarrada vulgaridad de lo nuevo. Edificios modernos, torres elevadas, gasolineras, iconos occidentales que rodeaban a la egregia ciudad como una mortaja, que se agazapaban en el mismísimo corazón de Madrid igual que un cáncer.

Fátima apenas sentía las piernas que la propulsaba hacia delante. Pensó que tal vez se las habían amputado, que habían cosechado su alma, que por fin recogía siembra de la muerte que llevaba tanto tiempo cultivando.

*«Esta idea esperanzada de que Dios está en Su paraíso... es hora de dejarla de lado. El heraldo está entre nosotros. El más Antiguo de nuestra sangre lo sigue de cerca».*

Las palabras de su sire resonaban en sus oídos. Las enseñanzas de Thetmes siempre habían resultado fidedignas, nunca la había dejado de la mano. Incluso ahora, al prevenirla, estaba haciendo aquello a lo que al-Ashrad no se había atrevido.

Fátima no desdeñaba la advertencia de su sire. No subestimaba los riesgos a los que se enfrentaba por ella, aunque, al considerar aquello que lo acuciaba, el mundo dejaba de tener sentido para ella. Se veía rodeada de cemento, escayola y alquitrán. Si dejase su fe a un lado, pensase por un instante que *podría* cometer tamaña vileza, lo vulgar y lo secular sería lo único que perdura. Desaparecería todo lo que la vinculaba a sus inicios, al mundo del día. La vida ya comenzaba a convertirse en un vago recuerdo, en algo distante que podía ver, pero no tocar. La noche y la oscuridad no eran la misma cosa. Ella se había rendido a una existencia nocturna pero, si deshiciera de sus recuerdos diurnos, sólo perduraría oscuridad.

¿Cómo esperaba el más Antiguo aquello de ella? Si renunciaba a su fe, ésta no sería tal, y todos los días y todas las noches que sus pies pisaran la tierra de Dios serían una patraña. Si volase los pilares de su alma, ¿durante cuánto tiempo seguirían en pie las almenas más altas?

No. Se dio cuenta por fin de que no quedaba sitio para la confusión, sino sólo para una terrible elección. No sintió alivio alguno, no obstante, cuando la confusión se alejó de ella. Solamente desesperación. Pues si el más Antiguo le pedía algo que

ella no podía dar, tendría que negarse, y sólo podría haber destrucción.

—Hay otro asunto que me trae a ti —dijo Thetmes.

El sonido de su voz zahería a Fátima. Se sentía como si hubiesen pasado años desde que hubiese escuchado voz alguna, bien fuese la de su sire o cualquier otra. Casi se aprendió al verlo caminando junto a ella por aquella extraña ciudad carente de alma. Su sire, que se había alejado del clan, que había sucumbido al sueño que llama a los antiguos, aunque no hubiese sido así; su sire, que estaba al corriente de la destrucción de Elijah Ahmed y de Jamal; su sire, que conferenciaba en secreto con al-Ashrad y ur-Shulgi, heraldo de Haqim.

—Hemos llegado —informó Thetmes.

Se encontraban ante un sucio edificio achaparrado. Un motel, refugio de mujeres exentas de virtud y de traficantes de drogas. Frente al paso de los años, los vicios seguían siendo los mismos, sólo los escenarios cambiaban. «*La mierda de siempre, un siglo distinto*», había dicho Lucita en cierta ocasión. Fátima apenas reconocía aquella parte de la ciudad; estaban al norte del centro de Madrid, un buen trecho al oeste del río.

—Por aquí.

Thetmes y Fátima cruzaron el recibidor sin esforzarse por camuflar su paso. El recepcionista les lanzó una mirada, los miró directamente, pero no pareció darle importancia a su presencia.

—Nuestro hombre.

Continuaron hasta dejar atrás la pequeña piscina vacía en cuyo agrietado fondo crecía la hierba, dando un rodeo hasta llegar a la parte posterior del edificio. El ruinoso y estrecho aparcamiento se veía bordeado por una cadena que separaba la propiedad de una transitada carretera que discurría al otro lado.

Thetmes golpeó una puerta sin número con los nudillos. Cuando se abrió, guió a Fátima al interior asiéndola del brazo. En cuanto la puerta se hubo cerrado tras ellos, el sonido del tráfico del exterior desapareció por completo, como si tanto la carretera como los automóviles hubiesen dejado de existir. Insonorizado. Buena idea, teniendo en cuenta los gemidos que emitía el Cainita encadenado a la cama. Dos hombres cubiertos por capuchas oscuras se erguían sobre él y el cuarto, aunque se veía limpio y desprovisto de muebles, a excepción de la cama, hedía a sangre... la azucarada dulzura de la sangre humana, aunque muy débil, diluida.

Dos pares de ojos miraron a Fátima tras las capuchas, pero los torturadores no parecieron alarmarse por su presencia. Vestían de negro de la cabeza a los pies, literalmente. El Cainita que yacía en la cama se encontraba demasiado débil como para reparar en la llegada de nadie. Sus muñecas y tobillos, desollados, estaban presos en sendos grilletes ajustados. La piel colgaba como un traje mal cortado de su cuerpo desprovisto de sangre. Su cabello se derramaba en mechones apelmazados

sobre el colchón. Las cuencas de sus ojos parecían demasiado grandes para sus ojos apergaminados. Apenas le quedaban encías y podía verse el hueso, así como los dientes, apenas sujetos en su sitio. Una toalla cruzada sobre su entrepierna le proporcionaba un último vestigio de dignidad.

—Quieres información acerca de Monçada y de su guarida —declaró Thetmes.

Una de las figuras encapuchadas le entregó un cuaderno a Fátima. Ésta se fijó en sus ojos, que le resultaron familiares, como algo que podría reconocer si escarbaba en su memoria... pero no logró situarlo. Tras un primer vistazo al cuaderno, no obstante, se sintió completamente absorta por lo que encontró allí y se olvidó de los ojos tras la capucha. Sus cuitas internas, aún lejos de solventarse, cedieron el paso ante la dedicación absoluta a su misión. Aquellas páginas estaban llenas de bosquejos y diminutos dibujos... mapas y diagramas.

*El refugio de Monçada.* Trampas, defensas.

Fátima hojeó las páginas. Las entradas de la iglesia y de la ópera estaban muy protegidas por ghouls y los legionarios del cardenal. También los túneles estaban cuajados de trampas: gigantes bloques de piedras que caerían a intervalos y atraparían al intruso a fin de que Monçada pudiera ocuparse de él convenientemente cuando lo considerara oportuno. Fátima vio una entrada que ni Mahmud, ni Anwar ni los equipos de Pilar habían conseguido husmear.

Los mapas ocupaban más de una página. Los túneles parecían discurrir sin orden ni concierto. Algunas zonas se habían detallado más que otras. No todas las porciones se conectaban entre sí. ¿Mala memoria? Desde luego, la culpa no podía achacarse a la falta de celo por parte de los interrogadores. Fátima sospechaba que eran de la sangre; lo sentía, aunque no lograba situarlos, y eso que los hijos de Haqim se vanagloriaban de reunirse a menudo. No debería haber nadie dentro de la hermandad que ella no conociese, pese a lo cual, no sabía quiénes eran. No lograba situar aquellos ojos tan familiares. La incertidumbre de su anatomía la carcomía.

Fátima miró al Cainita tumbado en la cama. La información que proporcionaban aquellas páginas era asombrosa, si es que era cierta. Los rasgos del Cainita estaban desencajados por la falta de sangre. Lo habían secado, para alimentarlo después cada vez que hablase. Durante cuántas noches se habría extendido aquel interrogatorio, Fátima sólo podía especular. Empero, al igual que uno de los Assamitas tras la capucha, la víctima le resultaba vagamente familiar. Se lo imaginó de cuerpo y cara más orondos... y cayó en la cuenta de inmediato.

—La Mano Negra llevaba algún tiempo considerando el actuar contra Ibrahim —dijo Thetmes.

Don Ibrahim. Arzobispo del Sabbat, clérigo musulmán en vida, rival convertido en asociado de Monçada, el sacerdote cristiano, tiempo ha. Fátima reconoció la escasa familiaridad aún perceptible a partir de las fotos que había revisado al



comienzo de la operación. Se preguntó si todavía serviría a Alá con lealtad, si sus señores lo permitirían, o si la sangre de Khayyin lo habría corrompido por completo. Se imaginó por un instante que, en otras circunstancias, podría preguntárselo. Pero sabía que eso no era cierto. Aunque hiciera ostentación de su culto al profeta, Ibrahim era *kafir*. Era el enemigo y, como tal, sería destruido.

La sorpresa de Fátima al reconocer a Ibrahim, no obstante, fue menor que ante las palabras de Thetmes: *La Mano Negra llevaba tiempo...*

La Mano Negra. Fátima miró a los dos hermanos encapuchados, a los dos hijos de Haqim que debería conocer pero no era así. La Mano Negra. Asesinos de elite dentro del Sabbat. Respondían ante la regente, el líder titular de aquella secta facciosa. Se sabía que muchos de ellos eran Assamitas *antitribu*, hijos de Haqim convertidos en canallas, no por razones traicioneras como el resto de *antitribu* de los demás clanes, sino porque, al desafiar a sus antiguos, se habían negado a someterse a la maldición de los maléficos Tremere. Aunque también entre ellos se contaban algunos antiguos. Fátima los había visto partir. Había estado dispuesta a unirse a ellos, pero su sire le había aconsejado lo contrario: «*Si todos los mejores rechazan el decreto, los munafiqun nos darán caza*». Fátima le había escuchado. Aquéllas habían sido las noches de debilidad, la etapa más negra del clan.

Se volvió hacia Thetmes. Si tenía contactos dentro de la Mano Negra...

—No pertenezco a la *manus nigrum* —dijo Thetmes, al parecer siempre un paso por delante de Fátima—, pero algunos de ellos comparten nuestras inclinaciones.

Fátima discurría a la carrera. Ella, al igual que el resto de los hermanos que había permanecido obedientes al clan, nunca había forjado enemistad alguna con aquéllos que habían elegido la ruta del desafío. Todo lo contrario. Aunque había intentado asegurar la supervivencia del clan y seguir los dictados del decreto, concedía a los *antitribu* un cierto respeto y admiración. Nadie podía imaginarse a Haqim subordinándose ante nadie... ni siquiera ante Dios, al parecer. Pero descubrir que no sólo existía tolerancia, sino también cooperación, entre las altas esferas de los hijos de Haqim, tanto dentro del clan como de la Mano Negra, resultaba sencillamente asombroso.

—¿El tiempo que has pasado lejos...?

—No estuve sumido en el sopor, sino preparando lo que habría de venir. Hemos conseguido Alamut y *Tajdid*. El tercer castillo de los tres a lo largo del camino de la hijra es *Umma*.

*Umma*. Comunidad. Que la hermandad fuese de nuevo una e indivisible.

—Las bestias del Sabbat no pueden oponerse a nosotros. Son muchos los hermanos en su seno que lo saben y, con el tiempo, todos se darán cuenta. —Thetmes entrecerró los ojos. Aunque empleaba un tono arisco en presencia de oídos extraños, el dolor implorante había regresado a sus ojos, el deseo de que su chiquilla

demonstrara ser digna—. Ni todos los profetas de Alá nos guardarán de las Noches Finales y la voluntad de Haqim.

Fátima pasó por alto la puya de su sire, a fin de no sucumbir de nuevo a la confusión y olvidarse de su misión. No era el insulto a su fe lo que la turbaba, sino el evidente interés por su bienestar... evidente para ella, invisible para los demás.

Prefirió concentrarse en lo que revelaba la estancia. Así pues, no toda la Mano Negra comulgaba con los poderes de Alamut. Fátima sintió que aquello la reconfortaba en cierto modo, puesto que aunque la asombraba descubrir el engaño al que Thetmes los había sometido durante años, así como sus verdaderas actividades como enlace con simpatizantes de la Mano Negra, le hería en su orgullo el que no la hubieran hecho partícipe del secreto. El que fuese un pequeño secreto y el que no toda la Mano Negra fuese un títere de Alamut lo hacía, cuanto menos, soportable.

*No lo sabías. No tenías por qué saberlo.*

Con todo, Fátima era una de las más antiguas y respetadas hijas de Haqim. ¿Qué otros grandes secretos le habrían sido ocultados? Llegados a ese punto, ¿podía esperar descubrirlo, *necesitaba* saberlo?

Los dos interrogadores encapuchados, a quienes la conversación entre Thetmes y Fátima no parecía interesar, regresaron a su labor. El que Fátima no lograba reconocer, quizá por haber recibido el Abrazo tras la escisión del clan, se dirigió al cuarto de baño. Fátima escuchó cómo recogía líquido de la bañera. Regresó con un vaso de sangre, con menos color y viscosidad de lo normal. Sangre aguada. Pero el olor era inconfundible. Sangre mortal.

Don Ibrahim también la olió. Las ventanas de su nariz comenzaron a aletear y no tardó en salir de su estupor. Intentó hablar, pero su mandíbula pendía inerte y su lengua era un amasijo avellanado e inútil que hendía el aire, en busca de aquello que azuzaba su apetito.

Fátima le devolvió el cuaderno al Assamita que creía conocer, mientras el compañero de éste salpicaba el rostro de Ibrahim con la sangre adulterada. El Lasombra cautivo abrió las fauces de par en par y empleó todas sus fuerzas en intentar capturar tanto líquido como pudiera. Satisfechos al ver que recuperaba el sentido, al menos de momento, los torturadores de Ibrahim derramaron parte del contenido del vaso en su boca. Ibrahim tiró de su cadena, gruñendo por más, como un niño idiota, pero se lo negaron. La sangre que le habían proporcionado gorjeaba en su garganta mientras intentaba engullirla toda de golpe, tumbado de espaldas.

Aquella pequeña cantidad de sangre diluida bastó para devolverle un semblante de consciencia a Ibrahim. Mientras lamía las diminutas gotas que habían salpicado el colchón desnudo, su lengua apergaminada recuperó un aspecto más natural. Sus ojos recobraron parte de su lugar en las órbitas, aunque resultaba evidente que su mirada seguía desenfocada. Permanecería ciego hasta que le dieran más sangre y pudiera

sanarse de forma satisfactoria. Fátima dudaba que ocurriera tal cosa. La Mano Negra no actuaría contra un aliado del cardenal Monçada con la intención de que esa persona sobreviviera. No, lo más probable era que el pobre Ibrahim hubiese llegado al final de su existencia o, con suerte, quizá escondiesen su cuerpo empalado y rendido al letargo para posibles necesidades futuras.

—El portal negro —le dijo el primer Assamita a Ibrahim—. ¿Qué hay al otro lado?

—Hay una última zona de la que estamos convencido que sabe algo más —explicó el compañero con el val dirigiéndose a Thetmes y a Fátima.

—El portal —repitió el primero—. El rastrillo. ¿Qué hay al otro lado? —Señaló a su compañero, quien derramó un gota de sangre sobre la cara de Ibrahim.

Éste comenzó a resollar frenéticamente mientras se esforzaba por alcanzar la sangre con la lengua. Se lamió o avides los labios, apenas delgadas tiras de pellejo.

—El portal...

—Nunca he cruzado... —grajeó Ibrahim—. Ah... ah... ah...

Fátima había visto humillados por la tortura a hombres más imponentes que aquél. No sentía pena ni gozo ante aquella desgraciada necesidad, ante el calvario de aquel orgulloso Lasombra del viejo mundo.

—Pero sabes lo que hay al otro lado. —El primer Assamita el examinador jefe, mojó un dedo en la sangre y sostuvo mano sobre el rostro de Ibrahim. Una única gota de sangre pendía hipnotizadora de su uña. Ibrahim estiró el cuello para alcanzarla, pero no pudo mantener la cabeza en al más que durante algunos segundos. Emitió unos ruidos que podían haber sido tanto gruñidos como sollozos desesperados—. Lo sabes.

—Nunca lo he... cruzado.

—¡Lo sabes! —El examinador bajó el dedo y lo subió golpe cuando Ibrahim se lanzó sobre él. La gota solitas tembló, como si latiese al ritmo de algún corazón secreto.

—Portal está sellado... siempre sellado —gritó Ibrahim sin fuerzas. Sus ojos giraron enloquecidos dentro de sus órbitas, pero sus párpados habían sido reducidos a la nada y los globos oculares quedaron en blanco, ocultas las pupilas bajo el puente óseo de su sobrecejo.

—Llegaste al portal desde dentro —dijo el examinador en tono tranquilo y conciliador—. No pudiste traspasarlo. Lo entiendo. ¿Qué había más allá de la puerta? ¿Qué había al otro lado?

Un gemido patético escapó del escuálido cascarón que era Ibrahim. Sus ojos tumefactos miraban en todas direcciones, sin ver.

—Un túnel... túnel oscuro.

—Un túnel —instó el examinador.

—Dos —dijo Ibrahim, con un hilo de voz.

El examinador se limpió la gota de sangre de su dedo en el rostro de Ibrahim, asegurándose de apartar la mano enseguida. Al instante, el cuerpo del Lasombra se retorció violentamente. Fátima pensó que iba a romperse el cuello intentando lamer una triste gota de sangre. Un jadeo gutural murió en su garganta. Por fin, la lengua encontró el objeto de su deseo, pero el éxtasis dio paso a la desesperación en cuanto la gota hubo desaparecido.

—Dos túneles —dijo el examinador—. ¿Adónde conducen?

Su compañero estaba sacando una caja de buen tamaño del cuarto de baño. Los contenidos entrechocaban. Fátima pudo ver esarpas, empulgueras, cuchillos de carnicero... El examinador ahuyentó a su compañero con un gesto. Saltaba a la vista que el segundo Assamita era más joven, menos experto, demasiado entusiasta. Para un Cainita en las condiciones de Ibrahim, la tortura física no era nada comparada con el hambre, con el olor de la sangre negada, con la enloquecedora proximidad del sustento casi al alcance de la mano.

—¿Adónde conducen?

—No he estado...

—¿Adónde?

Ibrahim no podría seguir así por mucho tiempo. Los sollozos convulsionaban su cuerpo. El examinador optó por darle otra gota de sangre y, cuando el Lasombra se derrumbó de nuevo, jadeante, volvió a preguntar:

—¿Adónde conducen?

Ibrahim exhaló un hondo suspiro, como un mortal que estuviese respirando la última bocanada de aire.

—Fuera... uno lleva afuera. No sé adónde.

El examinador, acostumbrado a saber si Ibrahim se reservaba algún tipo de información, pareció darse por satisfecho con esto. Se aseguró de que su acompañante tomase las notas adecuadas.

—¿Y el segundo túnel? ¿Adónde conduce el segundo túnel?

—Leviatán —susurró Ibrahim—. Leviatán... oscuridad...

Los murmullos de Ibrahim no tardaron en volverse incoherentes. Su mente se retrajo de sus torturadores a un lugar donde no pudieran tocarlo, al sopor o a la locura. El examinador le dio varias gotas de sangre y, aunque Ibrahim las deglutió con avidez, no respondió a las preguntas ni siquiera cuando una esarpia le atravesó la muñeca.

—El tiempo nos lo devolverá —aseguró el examinador—. Mañana por la noche.

Poco después, Fátima y Thetmes abandonaron la sala de torturas, ella con las notas que habían apuntado hasta la fecha. Caminaron en silencio durante algún tiempo a través de las partes modernas de la capital, por lo que sería el bajo vientre de

cualquier ciudad moderna.

—Entiendo lo de las capuchas —dijo Fátima, saliendo al fin de su mutismo—. Estoy a punto de aventurarme en la guarida de uno de los miembros más poderosos del Sabbat y, si fracaso, no podré delatarlos. Pero ¿por qué han permitido que supiera siquiera de su existencia? Ahora, si fallo, la regente podría llegar a descubrir que sus leales tropas de choque son más y a la vez menos de lo que se imaginaba. Podrías haberme facilitado estas notas tú solo. Habría confiado en ti sin necesidad de conocer su fuente de procedencia.

—No puedes delatarnos. Si la regente descubre que dentro de la Mano Negra hay quien sirve a dos amos, eso no hará más confirmar las sospechas que ya alberga. Si persigue a la Mano, sólo conseguirá que se nos unan más.

—Así que te beneficias tanto si tengo éxito como si no.

—Nos beneficiamos —corrigió Thetmes—. Sí, tanto si tienes éxito como si no. La desconfianza en el seno de los *kafir* sirve a nuestros propósitos. En cualquier caso, la ausencia de Don Ibrahim no pasará mucho tiempo desapercibida. Se levantarán dedos acusadores.

Todo encajaba. Si Fátima conseguía destruir a Monçada, gran parte del Sabbat se vería sumida en el caos... más que de costumbre. En caso contrario, si la capturaban y torturaban, podrían descubrir la duplicidad existente dentro de la Mano Negra y se produciría otro tipo de caos. En el peor de los casos, si Fátima fracasaba y la destruían, librándose así de la tortura, la desaparición de Ibrahim conduciría hasta la Mano, según Thetmes.

—Existe otro motivo —dijo éste—. Otra razón por la que tenías que ver lo que has visto, por la que te he dicho lo que te he dicho. —Se detuvo en medio de la calle y asió el brazo de Fátima—. Hemos tentado la ira de ur-Shulgi.

—Entonces, ¿por qué? —A Fátima no le parecía que le hubiesen hecho ningún favor. Tampoco lo esperaba. Llevaba mucho tiempo sirviendo sin formular preguntas, pero ahora era su fe lo que se ponía en tela de juicio. ¿Se suponía que debía sentirse agradecida?

—Porque nos parece que tu destrucción supondría una pérdida enorme para el clan. Los *fida'i*, incluso los *rafiq*, tus hazañas son legendarias entre ellos. El que fracasaras de este modo...

—Lo que quieres decir es que te molestaría que tu chiquilla demostrase ser indigna —espetó Fátima.

—No soy el único que está metido en esto —replicó Thetmes, conteniendo su agitación—. Al-Ashrad opina lo mismo. Hay más.

—A lo mejor Monçada les ahorra las molestias...

—¡Monçada no es *nada* comparado con el heraldo! —A punto estuvo de aplastarle el brazo que agarraba, pero la soltó—. Ur-Shulgi verá tu corazón. Perecer

al servicio del clan es honorable, pero caer a manos del heraldo...

—¡No he traicionado ni a Alá ni a Haqim!

—El heraldo no lo verá de ese modo.

—¡Entonces el heraldo se equivoca!

Thetmes retrocedió un paso. Miró a Fátima durante largo rato, con unos ojos que exhibían la misma confusión que se había apoderado antes de Fátima. Luego lo abandonó todo indicio de agitación. Permaneció erguido, relajado, inescrutable. Se dio la vuelta y siguió caminando. Fátima se unió a él.

—Sabes que Lucita está en la ciudad —dijo Thetmes, como si no hubiesen mantenido conversación alguna hasta ese momento.

—Sí.

—Quizá sepa más que Ibrahim. También ella está en la lista de la Mano Negra.

—Averiguaré lo que sabe —respondió Fátima. Nada más. Quería gritarle a su sire, decirle que mantuviese a sus carniceros lejos de Lucita. Pero Fátima no era menos carnicera, ni menos asesina.

—Como prefieras. Te informaré de cualquier otra cosa que saquemos de Ibrahim. Cuando esto termine, regresaré a Alamut y volveré a ser el califa. Muéstrate digna.

Dicho lo cual, el sire de Fátima desapareció, como si nunca hubiese regresado, como si en realidad estuviese en letargo, desaparecido durante años y años. Pero no había sucumbido ante el sueño. Seguía sirviendo al más Antigo, aunque en secreto, al menos durante algún tiempo. Después volvería junto a al-Ashrad en Alamut.

*Muéstrate digna.*

Todo lo que habían hecho, todo el tormento, con el objetivo de que demostrase su valía, lo que ella creía que llevaba siglos haciendo.

*Muéstrate digna.*

Fátima deseó que así fuera.

**Jueves, 30 de septiembre de 1999, 3:22 h**  
**Calle Luis García, Madrid, España**

Cuatrocientos cincuenta y ocho, cuatrocientos cincuenta y nueve, cuatrocientos sesenta...

Lucita había encontrado una especie de rítmico olvido al rendirse a la fantástica sensación del cepillo que se hincaba en su cabello. Y Consuelo no tenía nada mejor que hacer. ¿Qué podría resultar más provechoso que agradar a la hija de su señor?

*Chiquilla*. No hija.

Del reposo absoluto a la furia en un segundo, Lucita le arrebató el cepillo a la ghoull y comenzó a atizarla con su lomo de plata. Consuelo brincó de la cama y se acurrucó en el suelo. Lucita detuvo la mano en el aire. La casa se encontraba en silencio, roto tan sólo por los sollozos de Consuelo.

Lucita tiró el cepillo sobre la cama, dejando una pequeña mancha de sangre sobre la blanca cubierta. Qué frustrante que pudieran arrebatarle la tranquilidad tan fácilmente, y por un desliz de sus propios pensamientos, nada menos.

Consuelo no se atrevió a levantar la vista desde su rincón. La mujer, la hija de Cristóbal, aparentaba unos cuarenta o cincuenta años de edad, aunque llevaba siglos al servicio de Monçada.

—¡Vete! Me das *asco*.

Consuelo llegó a gatas hasta la puerta y abandonó la estancia. Lucita anduvo en círculos, antes de exhalar un suspiro y dejarse caer sobre el enorme sillón que ocupaba la esquina. La exquisitez de la tela la fastidiaba. Pertenecía a un mundo ajeno a los pantalones de cuero y la camiseta ajustada sin mangas que le había pedido a Consuelo que le comprase. Lucita hincó las uñas en la tela que la ofendía y trazó largos surcos en el brazo del sillón. Aquello le hizo sentir un poco mejor. Sólo un poco.

La casa era demasiado lujosa. Lucita estaba acostumbrada a las noches de vagabundeo, a dormir dentro de una bañera con cinta adhesiva y toallas bloqueando las rendijas de la puerta. Tampoco es que se privara de alojarse en lujosos acomodamientos tras finalizar un trabajo, pero aquellos caprichos eran fruto del sudor

de su frente, no de la magnificencia de su gordo sire.

*Sire*. No padre. Daba igual lo que pensara el obeso hijo de puta.

Lucita cogió sus botas y se permitió una cierta violencia al calzárselas, imaginándose que con cada pie aplastaba el rostro de cierto cardenal. Siguió permitiéndose otro capricho cuando salió del cuarto y arrancó la puerta de sus goznes. Intentó escuchar los lloros procedentes de la habitación de Consuelo, pero la ghouls, muy acertada, guardaba silencio. *Eso sí* que cabrearía a Monçada, pensó Lucita, matar a patadas a uno de sus ghouls antiguos favoritos.

Lucita bajó la escalera a pisotones, rebelándose contra el silencio que reinaba en la casa. Abrió de golpe la puerta principal y avanzó a largas zancadas por el patio embaldosado. Al llegar al pórtico que la separaba de la calle, no obstante, se detuvo. Miró fijamente al pestillo, imaginándose que lo soltaba. Se vio a sí misma huyendo en la noche, corriendo febril lejos de la ciudad, del país. Lo único más mortificante que el hecho de pensar en escapar era la certeza de que no podía intentarlo.

Sabía con absoluta seguridad que si levantaba el pestillo, si salía de aquel patio, correría junto a su sire. Aferró los barrotes de hierro del pórtico con ambas manos. Aquella casa era su fortaleza y su prisión. Le había dicho a su sire que se quedaría en la ciudad. Él quería que fuese a visitarlo a menudo. Sólo hasta ahí podía desafiarse. Podía ocultarse en su casa, vestirse de cuero, maltratar sus regalos, golpear a su ghouls... pero no podía abandonar la ciudad. La llamada de la sangre era demasiado fuerte. No podía resistirse.

Condenada sangre. Sangre de los condenados. Ojalá pudiera disponer de sus dones a su antojo. Podría volverle la espalda al sol; podría renunciar a los espejos y abstenerse de cepillarse el cabello. Pero la sangre la ataba a su sire. No podía deshacerse de él. No de verdad.

Pero tampoco se sometería.

Se apartó de la puerta, símbolo de su debilidad, y se dispuso a regresar a la casa. Se detuvo. Podía sentir sus miradas. Sabía que la observaban. Sirvientes de su sire, sin duda, vigilándola.

Se preguntó cómo podría sorprenderlos, qué jugosos informes dejaría que llegasen a oídos de su sire, tan perverso y risiblemente púdico al mismo tiempo. Podría coger un joven de la ciudad, poseerlo allí mismo, sobre las baldosas del patio, antes de devorarlo y abandonar su cuerpo sin sangre en medio de la calle.

Monçada se ocuparía de limpiar el estropicio. El cuerpo desaparecería. Las autoridades locales harían la vista gorda. Todo seguiría como siempre. Pero su sire lo sabría, sabía cuánto lo odiaba, cuánto deseaba que ojalá fuese su cuerpo el que se pudriera en la calle.

Lucita fantaseaba con la destrucción de su sire y, al hacerlo, sus pensamientos doblaron una esquina familiar, se toparon con el otro individuo que arrebatava la



razón a Lucita como lo haría una brutal paliza.

*Quería verte.*

*¿Por qué? ¿Se supone que tienes que matarme... de nuevo?*

*A ti no. Todavía. A tu sire.*

Zorra asquerosa. Como si Lucita fuese a dejar que fuera otro el que se ocupara de él. Pero Fátima no era de las que e tiraban faroles. Demonios, si apenas hablaba. No iba por ahí parlotando sin sentido. Antes o después, la Assamita, asesina curtida cuando Lucita seguía dedicada a los juegos diplomáticos de la corte, aparecería dispuesta a cargarse al cardenal. Lo único que tenía que hacer Lucita era reunir el coraje para hacerlo ella primero. Sería ella quien destruyera a Monçada, y no se hable más.

Pero no esa noche, sino pronto.

Lucita retrocedió de nuevo, se acercó a la puerta y escrutó la oscuridad en busca de sus admiradores secretos. Por esa noche, que observaran.

**Sábado, 2 de octubre de 1999, 2:30 h**  
**Hotel presidencial, Washington, D. C.**

Parménides recogió sus tres hojas y volvió a envainarlas en sus fundas ocultas. Había cogido por costumbre el agudizar sus habilidades a costa de la decoración del hotel y, ahora que retrocedía un paso y miraba a su alrededor, vio que el ático de la sexta planta comenzaba a dar muestras de agotamiento. Las lámparas habían sido las primeras en caer, tal y como atestiguaban los montones de fragmentos de cerámica de todos los tamaños que ocupaban las esquinas. Las pequeñas bombillas situadas a lo largo de las paredes a modo de señalizadores conseguían iluminar algunas zonas del cuarto. El mobiliario, apuñalado, rebanado y, en una ocasión, incendiado, había tenido noches mejores. La mayoría de los cuadros que adornaban las paredes yacían a lo largo del rodapié entre pilas de cristales y fragmentos de lo que en su día habían sido marcos.

Fue el sonido del ascensor que subía lo que lo había sacado del trance en el que se sumía cuando entrenaba y lo había impulsado a evaluar la estancia tal y como lo haría alguien que la viera por primera vez. Parménides había estado prácticamente solo durante toda la semana, no mucho para un inmortal, desde la noche que hablara con Courier y Fátima. Vykos no había regresado y, aunque Parménides sabía que disponía de otros refugios en su nueva ciudad, no podía evitar sentirse herido por el modo en que lo evitaba. En lugar de acudir a verlo, le había ordenado que aguardase órdenes posteriores. Ni siquiera se le permitía la distracción del tedio que hubiese supuesto seguir de cerca el cerco a la capilla Tremere.

El ascensor pasó de largo por la cuarta planta, pasó por la quinta.

Las luces de Washington ya no se veían desde el ático. Vykos había dispuesto que se colocaran unas enormes contraventanas a fin de cubrir los amplios ventanales. Las contraventanas, de color negro, disponían de visillos, pero sólo a modo de adorno. Ni el sol ni la luna alumbraban el interior del ático, sólo las pocas luces aún existentes y los números iluminados sobre la puerta del ascensor.

La puerta se abrió con un leve *bing* y entró Vykos. Doña Sascha Vykos, arzobispo de Washington. Vestía un largo y vaporoso abrigo de pieles. La blusa, la falda

constrictora y los tacones acentuaban la frágil verticalidad de su cuerpo. Parménides había pensado en más de una ocasión que bastaría con estirar el brazo y apretar la mano para partirla por la mitad.

Dio tres pasos por el recibidor, se detuvo, paseó la mirada por los muebles rotos y desvencijados.

—¿Nos aburríamos?

—Me ordenaste que esperara. He esperado.

Vykos se encogió de hombros como si aquello no fuera con ella y pasó junto a él, dejando el abrigo en sus manos. Parménides se dio cuenta de inmediato de que la sedosa piel no era de marta ni de conejo, ni siquiera sintética, sino pelo humano. La piel del forro era tan flexible que casi parecía una segunda piel. Sin el casi.

La prenda no le afectaba, pero no tenía intención de hacer de botones, así que Parménides arrojó el abrigo encima del primer montón de trozos de silla que pilló a mano. Vykos encontró un canapé relativamente intacto y se sentó con lánguido ademán.

—Supongo que nuestra amiguita ha recibido la última paga.

Parménides asintió con la cabeza. Lucita, pese a su considerable falta de profesionalidad, había cumplido con el encargo. Borges había sido destruido. Parménides se había ocupado de cumplir también con la parte del contrato que le tocaba a Vykos.

—Bien. Tráeme un aperitivo. Caliéntalo.

Parménides no movió ni un músculo, pero Vykos pareció no percatarse de su obstinación. Parecía distraída, agotada. A menudo añadía un burlesco «por favor» juguetón a sus órdenes, como si quisiera recordarle a Parménides que podría hacer con él lo que quisiera. Esa noche no. Parménides se dirigió a la cocina, odiándose a sí mismo por cada paso que daba, sin estar dispuesto a desafiar a Vykos. No debía levantar sospechas, se dijo. Había secretos que tenía que sonsacarla. Y luego...

*Luego, destrúyela.*

Abrió el frigorífico, cogió uno de los antebrazos que seguían conservando la mano y algunos dedos, y lo metió al microondas.

—¿Subestiman los Cainitas de tu clan a las mujeres, *philosophe* mío? —preguntó Vykos desde el otro extremo del cuarto. *Cainita* no era un sobrenombre que los hijos de Haqim emplearan para referirse a sí mismos, pero Parménides no tuvo ocasión de puntualizar, ya que Vykos siguió hablando tras enunciar su pregunta, aparentemente retórica—. Los guardianes sí que lo hacen, e incluso mis propios Tzimisce. Debo confesar que yo también, me temo, *ahora* no, claro —añadió, recordando de repente que Parménides se encontraba también en el cuarto—. No, esta forma ha sido... instructiva.

Parménides sacó la mano del microondas y se la llevó. Vykos la olfateó sin ganas

durante un momento pero parecía que aquella noche no sentía verdadero apetito.

—¿Sabías que algunas de las recién Abrazadas supuestamente han llegado a dar a luz? A luz de verdad.

—He oído rumores.

—Fascinante —Vykos se llevó un dedo a la barbilla, asta que se dio cuenta de que no era suyo y dejó la mano un lado—. Todo este politiqueo es aburridísimo —suspira—. Monçada me prometió que remodelaría la ciudad a mi antojo, pero de eso nada. Tantos detalles, incluso con Borges fuera de juego y sus seguidores repartiéndose los despojos a bocaditos... —Elevó las manos al cielo, frustrada—. Y Polonia se está poniendo muy pesado. Siempre está que si «Baltimore» esto, o «Nueva York» lo otro. No me queda ni tiempo para mis estudios. Me da que no soy un animal social.

Vykos, súbitamente preocupada, miró a Parménides como si temiese haberlo ofendido.

»Ay, pero tú por eso por no te preocupes. —Lo cogió de la mano e hizo que se sentara junto a ella.

Parménides se sentía desorientado, como siempre que se encontraba en su presencia. No quería prepararle aperitivos. No quería sentarse con ella. Pero allí estaba.

»A luz de verdad —musitó Vykos para sí—. Fascinante.

La habitación se cernía sobre Parménides. ¿Se habían apagado las luces del rodapié? ¿De veras inundan el cuarto los números del ascensor con una extraña niebla traslúcida? Las enormes contraventanas tenían barrotes. Parménides se mareó cuando la tormenta estalló a su alrededor. El canapé era, de repente, increíblemente largo. Vykos se encontraba a kilómetros de distancia, pero sentía su voz junto al oído, dentro de su cabeza.

—Esas cosas despiertan mi instinto maternal...

Parménides no conseguía apartar la mirada de los dedos de Vykos, imposiblemente largos y esbeltos, mientras se desabrochaba la blusa. Allí apareció su pecho desnudo, dos senos redondos, firmes y perfectos... a excepción de los pezones que, en contraste con la nívea piel, ofrecían un color extraordinariamente atezado, cendrinos como el estiércol mojado.

—Ven...

Parménides fue testigo de cómo su cuerpo se acercaba. No podía ver el rostro de Vykos, pero oía su voz.

»Mi joven romántico.

La tormenta era una tempestad en sus oídos que, pese al estruendo, no conseguía ensordecer aquella voz. Ahora, en lugar de dos firmes pechos, veía una teta alargada rematada en un pezón rugoso y enquistado. Parménides aplicó su boca a la protuberancia y mamó de la obscenidad que era Vykos. Su boca se inundó de

líquido... no leche, ni sangre, sino una mezcla de ambas. Una sustancia negruzca, cuajada y repugnante.

»Fascinante —susurraba la voz.

Parménides no podía apartarse, aunque le ardían los labios y los ojos. Bebió con avidez, mordisqueó el pezón correoso y sintió cómo el icor negro le corría por la cara. El hedor de la corrupción lo impregnaba todo, le inundaba la nariz.

»Tengo que hacerme con una de éstas de sangre débil. Tengo que hacerme con una y descubrir... Ay, pero eso habrá que reservarlo para otra ocasión. Ésa es mi pasión. Fascinante.

La voz sostenía a Parménides, que de no ser por ella habría sucumbido a la enloquecida tormenta que se había desatado. Una oleada de náusea se alzó en su interior, pero siguió bebiendo, aun cuando su cuerpo estaba hinchado con la abrasadora emulsión sanguinolenta de la demonio.

—Has catado mi pasión, chiquillo glotón. Dime, ¿cuál es la tuya? —Parménides estaba perdido. A la deriva en medio de un océano negro y lechoso, lejos de cualquier costa conocida—. ¿Cuál es tu pasión?

Sintió el impulso de matar. De destruir. Pero sus manos, sus manos de artista, no le pertenecían. No podía sentir las. Estaban inmersas en el océano, negro y voraz.

*Luego destruye... luego destruye...*

La oscuridad se adueñó de todo, le cubrió el rostro, lo arrastró hacia el fondo. El dolor ocupó el lugar del tiempo mientras flotaba, inmerso en su apetito.

—¿A quién vas a destruir? —preguntó la voz. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido? ¿Minutos, horas, años?

*Luego destruye...*

—A Monçada —dijo la voz... no; era su voz la que hablaba—. A Monçada.

—Hmm. Eres un muchachito ambicioso —repuso la voz. Repuso Vykos. Parménides volvía a relacionarla con la voz, pero era distinta, menos femenina.

Entonces se acordó de la enorme y flácida ubre, de pezón enhiesto, del océano negro. No era un océano... sin un charco; se encontraba a cuatro patas en el suelo, vomitando. Las arcadas convulsionaban su cuerpo. Tenía la impresión de que había hablado más de la cuenta, pero también sentía que, de algún modo, Vykos se equivocaba en sus presunciones.

—Ay, pero Monçada es astuto. Si fueses a destruirlo tendrías que empezar en el lugar adecuado, ¿no es así? Desde el principio. Con el fruto del árbol de la sabiduría de bien y del mal.

—El árbol... —Parménides se oía decir las palabras a sí mismo y podía sentir cómo sus labios las daban forma, pero se sentía tan débil, tan confuso, y la bilis y la sangre no dejaban de brotar de su boca.

—Sí, sí. Muy típico en él, ¿no? *Y el sol nunca alumbra sobre el árbol.* Otra plaga

para nosotros. Ni que nos hiciese falta saber nada sobre el bien y el mal. A mí me parece que ya no somos tan subjetivos, pero al cardenal le hace feliz, así que, ¿qué daño hace?

Parménides se veía impotente para responder. Le fallaban las fuerzas, y estaba demasiado ocupado intentando desentrañar el sentido de las palabras. Fruto y árbol... Sus brazos ya no pudieron sostenerlo por más tiempo. Se hundía, despacio, en el charco negro que se extendía bajo su cuerpo. Su rostro se estrelló contra el suelo mojado.

—Y luego tenemos al Leviatán. —Vykos se estremeció Parménides lo oyó en su voz—. Conoce la sangre. —Le repitió, con voz queda, casi reverente—: *Conoce la sangre.*

Parménides se preguntó si habría oído bien. La voz naba tan lejana. El acre ardor de la negrura volvía a apoderarse de sus sentidos, no dejaba sitio para nada más.

—¿Sigues ahí, mi joven *philosophe*...?

**Martes, 5 de octubre de 1999, 00:19 h**  
**Calle de la paja, Madrid, España**

—Adelante.

Nada más abrir la boca, Anwar supo que no había necesidad. Desde que Fátima y él abandonaran la tienda de Pilar por primera vez, Anwar había echado un vistazo alrededor cada pocos bloques para asegurarse de que su antigua seguía con él. Siempre de forma invariable, ella se había encontrado a paso y medio tras él. Ni más ni menos. Anwar dejó de mirar alrededor. No podría haber perdido a Fátima ni aunque hubiese querido. Siempre la había visto centrada, fuese cual fuese la tarea que se trajese entre manos, pero nunca había presentado aquel aspecto de concentración. Los acontecimientos se habían precipitado desde la llegada del último mensaje.

En el sótano de la tienda de alfombras, Fátima había cogido la nota y la estudiaba con el ceño fruncido.

—El Leviatán. —Asintió para sí con aire solemne. Aquello parecía encajar con lo que ella misma había descubierto días antes. Anwar no tenía ni idea de cómo se habría hecho con aquellos apuntes y toscos mapas, ni si tenía algún plan para lidiar con el susodicho «Leviatán», claro que tampoco tenía por qué saber nada. El resto del significado de este último mensaje se le había antojado menos evidente. Había observado la nota durante un rato antes de pasársela a Mahmud.

—«*Fruto de árbol del conocimiento del bien y del mal*» —leyó éste. La referencia bíblica era obvia, pero de escasa ayuda—. ¿Hay algún pomar cerca de la ciudad? —intentó recordar, mientras le entregaba la hoja a Anwar—. ¿O cualquier tipo de árbol frutal? Debe de haberlos. Haré que la gente de Pilar redacte una lista con...

—Lo tengo... —dijo Anwar. Al ver las palabras, éstas prácticamente habían saltado de la página hacia él— «*El sol nunca se pone sobre el árbol*». —Anwar, incapaz de ocultar la sorpresa en su voz, miró a los otros dos asesinos, sus antiguos—. Conozco este lugar.

—Enséñamelo —fue todo lo que dijo Fátima.

Así que habían atravesado las antiguas calles que renacían con cada época.

Madrid, para Anwar, era una ciudad vieja con careta de nueva. Bajo los baches del pavimento había adoquines; bajo la fachada de la juventud mortal que frecuentaba la noche había una bestia eclesiástica que en verdad gobernaba las sombras. Anwar condujo a Fátima por las retorcidas y empinadas callejuelas. Ninguno de los dos tomó medidas extraordinarias para ocultarse a los ojos de los paseantes nocturnos, pese a lo cual siguieron despertando escasa atención a su paso.

Un enorme sentimiento de orgullo comenzaba a forjarse en el pecho de Anwar. Se negaba a plantearse el que pudiera estar equivocado. Había pasado las noches estudiando esa ciudad, aprendiéndose los nombres de sus calles y plazas. Su diligencia obtendría su justa recompensa. La gloria de Fátima sería también la de él.

*El sol nunca se pone sobre el árbol.*

Anwar la condujo a lo largo de la Muralla Árabe hasta *Mayrit*, en su día la fuente de agua que abastecía a la fortaleza árabe original. Se erguían pequeñas chozas y chabolas por toda la zona, sin orden ni concierto, estructuras sin duda similares a las de los primeros habitantes, tiempo ha. Anwar se detuvo. Fátima hizo lo propio a un paso y medio detrás de él.

—Ahí.

Fátima escrutó el decrepito tenderete a la que señalaba su guía. Un puesto de frutas y verduras, con la verja cerrada con candado durante la noche. Sobre el frontón que coronaba la puerta, podía verse una escena tallada en la madera: un hombre y una mujer, ambos desnudos, de pie frente a un árbol; una serpiente enroscada entre las ramas; una manzana en una de las manos de la mujer; tras todas las figuras lucía un enorme sol radiante. Un sol tallado que nunca se ponía.

Fátima apoyó una mano sobre el hombro de Anwar, que sintió aprobación y expectativa en la suave presión de aquellos dedos. Su orgullo experimentó una crecida ante el gesto de su antigua.

—Vuelve a la tienda de Pilar —dijo Fátima en voz baja, serena—. Dile a Mahmud que lo tenga todo preparado para mañana al caer la noche.

—¿Organizamos también la batida contra Lucita? —Anwar estaba convencido de que la hermandad se beneficiaría de la destrucción de aquella presunta asesina. La Lasombra parecía haberse olvidado de sus extravagancias desde su llegada a Madrid... al menos, hasta hacía algunas noches. Anwar había interrogado personalmente al equipo de vigilancia de Pilar, dado lo extraño y desconcertante de su informe. La hija del cardenal había llamado a un mortal, un vulgar buscón, para que fuese a su casa. Allí, en pleno patio al aire libre, había fornicado con él, se había alimentado de él y, por último, había dejado su cuerpo tumefacto en medio de la calle.

Anwar tenía entendido, aunque no alcanzaba a comprenderlo, que algunos vástagos de Khayyin seguían dando rienda suelta a sus apetitos carnales, pero dejar el



cadáver de un mortal tan cerca del propio lugar de descanso era una majadería, se mirase como se mirase. Claro está que los acólitos del cardenal se habían hecho cargo del asunto, desembarazándose del cuerpo de inmediato y asegurándose de que la policía no metiese las narices. Así y todo, cualquiera diría que aquella mujer, por medio de sus transgresiones, estaba pidiendo a gritos que reclamaran la sangre de su cuerpo.

Ante la pregunta de Anwar, la presa de Fátima se tensó levemente sobre su hombro.

—Yo me ocuparé de la chiquilla del cardenal.

Anwar asintió con gesto quedo y, sin más dilación, partió dispuesto a completar la labor que le habían encomendado.

**Martes, 5 de octubre de 1999, 00:58 h**  
**Calle Luis García, Madrid, España**

Mientras subía las escaleras que la conducirían a la segunda planta, Fátima no se sorprendió al ver que el interior de la casa estaba destrozado. La pared que tenía al lado exhibía las aserradas marcas de unas garras que iban de un extremo a otro del muro. Prácticamente todos los muebles de la planta baja, pese a su exquisita disposición, presentaban enormes brechas, como si hubiesen encerrado allí a algún animal salvaje y enfurecido. Según lo que sabía acerca de Lucita y de la relación que mantenía ésta con su sire, casi se atrevería a afirmar que no andaba desencaminada en sus suposiciones.

Fátima, tras haber relevado a los vigilantes de Pilar y entrar en la casa, recorrió en silencio el recibidor de la planta de arriba hasta llegar a la habitación interior. La gracia de su cuerpo era demasiado innata como para exigir que le prestara atención. Prefirió pensar en aquello que llevaba tantas noches intentando ignorar. No había esperado que Lucita se presentase en Madrid, no había pensado que necesitara verla de nuevo tan pronto.

Mientras asía el pomo con la mano izquierda, Fátima empuñó su jambia con la derecha. La presencia de Fátima absorbió el sonido del picaporte y del pestillo al deslizarse, de la recién repuesta bisagra que habría podido proferir el más tenue chirrido.

Lucita descansaba en la cama de cintura para arriba, con los pies apoyados en el suelo. Pese a lo lánguido de su postura, esgrimía una espada en alto, apuntada a Fátima.

—Qué suerte que tenía esto en las manos —dijo Lucita. Fátima entró en la estancia.

»Mejor que la cierres. —Lucita empleó la punta de la espada para señalar la puerta abierta—. No vayamos a molestar a Consuelo.

—Nada volverá a molestar a la anciana —repuso Fátima, lacónica.

Lucita se encogió de hombros, todo lo que le permitía su horizontalidad.

—¿Tendré que usarla? —preguntó, meneando la espada.

—Tú sabrás. —Fátima envainó su jambia.

Aquello pareció satisfacer a Lucita, que apoyó su filo sobre el lecho. Fátima sabía que Lucita no necesitaba el arma para resultar letal; sin duda, Lucita pensaba lo mismo de ella.

—Ya ves, después de unos cuantos cientos de años, uno aprende a saber cuándo se abre una puerta aunque no pueda oírlo.

—Si hubiese querido cogerte por sorpresa, no habría utilizado la puerta, a sabiendas de que tú estabas al otro lado.

Lucita parecía absorta, pese al hecho de encontrarse en la misma habitación que una de las pocas asesinas capaces de hacerla sudar. Se sentó entre aspavientos, pero Fátima sabía que aquel letargo se desvanecería en un instante en caso necesario.

—A Monçada le va a sentar mal lo de Consuelo.

—Su sangre resulta más útil ahora. —Fátima no fanfarroneaba; exponía una realidad.

—¿Te has pegado este viaje para «reclamar» la sangre de una ghoul viejecita?

—No. —Fátima aún había decidido cuáles eran los motivos que la habían traído. Tendría que estar ahí para descubrir una brecha en las defensas de Monçada, o para destruir a Lucita sin más miramientos. Intentó concentrarse en la cruda realidad del momento en lugar de en aquellas cuestiones peliagudas. Repasó mentalmente la lista de los lugares donde ocultaba sus armas de filo, al tiempo que buscaba indicios que delataran dónde escondía Lucita las suyas.

El mutismo de Fátima enfurecía a Lucita... como siempre. La Rosa Negra agarró unos puñados de sábana. Dejó que la ira se amontonara, que la alimentase con un combustible más potente que la sangre. Al fijarse en las manos de Lucita, Fátima vio una pequeña mancha de sangre sobre la funda del lecho. Tras reparar en ella, no pudo evitar el fijarse en la tenue fragancia. El perfume de la sangre de Consuelo.

—Dijiste que ibas detrás de mí y de mi sire —gruñó Lucita, con desdén. Fátima no supo apreciar si aquel sentimiento iba dirigido contra ella o contra Monçada—. Entonces qué, ¿ya es mi turno?

Fátima era plenamente consciente de las manos de Lucita, visibles pero al alcance de varias armas potenciales: jarra, pináculo que remataba la cabecera de la cama, silla que podía romperse sin esfuerzo... y eso era lo que Fátima veía a primera vista. Permaneció completamente inmóvil, relajados los brazos y las manos, sin hacer nada que pudiera enervar a Lucita. Aunque no hacer nada bien podía ser algo que enervara a Lucita.

—No.

—¿Todavía no? Lo mismo que dijiste la última vez.

Fátima empezó a dar un paso hacia delante, muy despacio, pero Lucita se incorporó de inmediato, preparada para defenderse de cualquier posible ataque. Muy

lentamente, Fátima levantó las manos y las sostuvo, abiertas, ante ella. Sabía que no había nada que pudiera hacer con la esperanza de tranquilizar a Lucita; la mejor táctica posible consistía en alejar los dedos de cualquier posible gatillo.

—He venido a Madrid por tu sire. No sabía que estarías aquí.

Lucita lanzó una carcajada burlesca.

—¿No fue ése el motivo por el que me avisaste en Hartford? ¿Para que viniera y pudieras pillarnos... *intentar* pillarnos a los dos?

Fátima negó con la cabeza.

—No.

Seguía con las manos levantadas frente a sí.

—¿Esperas que te crea? Mentirías como una condenada para servir a tu clan. — De nuevo el desdén. Fátima podía ver la confusión subyacente. Lucita no la comprendía, no podía comprender su lealtad. Pero Fátima entendía de sobra a Lucita, sabía de qué iba aquella prostituta: rebelión a las claras, puro desafío, todo lo que Fátima nunca había podido ser ni había encontrado motivos para serlo. Sus transgresiones eran sutiles, insidiosas, pero igual de reales a los ojos de ur-Shulgi, heraldo de Haqim, y sujetas a un castigo mucho más severo que el más flagrante de los pecados de Lucita.

—Nunca te miento. —Fátima avanzó un paso, manos arriba. Lucita no la detuvo, aún las separaban algunos metros. Fátima podría traspasar la guardia de Lucita antes de que ésta tuviera ocasión de utilizar la espada, pero las demás armas... y las manos alzadas de Fátima supondrían la pérdida de una preciosa fracción de segundo—. Nunca te miento —repitió. Pero tampoco se atrevía a contarle la verdad.

Lucita vaciló. Las dos avanzaron, reduciendo la distancia del estrecho que las separaba.

—¿Piensas que iba a dejar que lo destruyeras así, sin más, aun cuando fueses capaz? ¿No te parece que intentaría detenerte?

Fátima percibió el desafío, mantuvo la calma, habló con confianza:

—¿Quieres detenerme?

—Podría.

—Quizá.

Lucita recibió la respuesta con un respingo, pero no atacó. Sus manos acusaron un levísimo temblor, pero no se abalanzaron sobre ninguna hoja oculta.

Fátima dio otro paso hacia delante. Tranquila.

—¿Quieres detenerme?

Quería decir tantas cosas, era tanto lo que no se atrevía a aventurar. Puede que Monçada la destruyese, que Lucita estuviese a salvo... hasta que viniera otro asesino, y luego otro. O puede que Fátima destruyese al cardenal y Lucita quedara libre. Libre para esconderse de Fátima. Sólo que Lucita nunca haría tal cosa. Aquel dilema no

presentaba ninguna solución satisfactoria.

—¿Quieres detenerme? —preguntó Fátima por tercera vez, sólo que ahora sus palabras fueron más duras, desafiadoras. Su voz cayó sobre Lucita como un mazazo.

Cruzaron sus miradas, cada una segura de que la otra no era mucho más fuerte en la sangre como para adueñarse de su voluntad con los ojos. Caminaban al borde del abismo. Dos asesinas.

En esta ocasión fue Lucita quien dio el paso adelante. Centímetros de distancia. Despacio, levantó las manos, palmas hacia fuera, y las juntó con las de Fátima.

—Nunca te miento —exhaló Fátima.

Fue entonces cuando sellaron los labios. Diminutas gotas de la sangre de Consuelo, todavía fresca en la boca de Fátima, cambiaron de dueña por segunda vez aquella noche cuando las dos lenguas se abrazaron. Despacio, agónicamente, Fátima posó una mano sobre la mejilla de Lucita, quien correspondió al gesto copando la turgencia de un seno terroso. El carácter gradual de cada movimiento pretendía paliar cualquier posible sospecha, puesto que el deseo no se traducía fácilmente en confianza.

Fátima intentó conservar la calma. No podía permitirse el lujo de rendirse al beso de la mujer a la que tenía que asesinar. Pero costaba resistirse a la libertad que le había sido vetada durante tanto tiempo. Su mano izquierda asió la diestra de Lucita. Entrelazados sus dedos, compartida la fuerza y la desmañada ternura de unas manos legas en el arte de la caricia y la ternura. Fátima no lograba alejarse del peligro del abandono. ¿Sería mucho peor la destrucción en brazos de su amante que la que la esperaba a manos de sus antiguos? Si el heraldo iba a castigar a Fátima a causa de su fe, bien podría añadir la pasión y el amor a la lista de ofensas.

Lucita se aplastó contra Fátima y ésta la correspondió. La sangre bullía por la pasión. Las lenguas transponían los caninos. Se mordisquearon mutuamente los labios, las lenguas, hasta que la sangre comenzó a mezclarse en sus bocas. El embriagador aroma de la sangre antigua se apoderó de los sentidos de Fátima. Se estremeció. ¿O era Lucita la que temblaba? Fátima no supo decirlo, ni le importó. Se empujaron hasta caer sobre el exquisito tálamo salpicado de sangre. Cuando rodaron sobre las sábanas, la tensión se adueñó de ambas por un instante... pero las manos estaban entrelazadas; no había armas, ni ataque disfrazado de carantoña.

Con la sangre vino el calor. Fátima postergó los besos hasta haberse despojado de la camisa. Las manos de Lucita, hambrientas de carne, tiraron de las mallas que cubrían las piernas de sus desvelos. Un hilo de sangre corría por su mejilla. Fátima lamió el afluyente escarlata hasta alcanzar la desembocadura del cuello. Rasgó a mordiscos el cuello de la camisa de Lucita y encontró una gema de sangre en bruto entre las lomas que coronaban el torso ahora al descubierto. Bebió, pasando la lengua por la piel de terciopelo hasta encontrar la rosa tatuada que florecía a la izquierda.

Escuchó por un momento, como si buscara los latidos de un corazón. Ni siquiera el silencio podía ocultar la presencia de sangre Cainita.

En el preciso instante en que Fátima se llenó la boca con la sangre de su amante, sintió el dolor extático que laceraba su brazo, la incursión de Lucita por la misma vía de entrada que siguiera el veneno en su día, por la cicatriz que nunca desaparecería. No hubo tregua, parecía que no la hubiese habido nunca. Saltaron de cabeza al pozo de la destrucción.

Fátima sintió el bombeo de su propia sangre, escapando de su cuerpo, pero pudo despegarse de la herida abierta en el seno de Lucita. Por fin, tras tantos siglos, el círculo volvía a completarse. Fátima nunca había experimentado tal apetito, ni tal saciedad.

Por un momento, el hambre abandonó su escondite. La Bestia rugió para reclamar lo que la pertenecía, *todo* lo que era suyo, y Fátima hurgó en la herida, desgarró la carne para que brotara más sangre. Lucita mordió con más ahínco el brazo de Fátima. El dolor actuó como revulsivo, la endureció frente a la Bestia. Hacía mucho que había aprendido a dominarla, pero ahora, con cada trago de aquella sangre que le había sido prohibida durante tanto tiempo, su dominio se tambaleaba. Mas seguía poseyendo la fuerza. Rendirse supondría la destrucción... la destrucción de Lucita, la destrucción de la mismísima disciplina que era la esencia de Fátima. Y, si Lucita tenía algo que decir al respecto, la destrucción de la propia Fátima.

Fátima doblegó a la Bestia y Lucita y ella continuaron con su baile embelesado, como dos víboras abrazadas, todo sangre, colmillos y veneno. La sangre de una era la sangre de la otra. Fátima se empapó del desafío de Lucita, del suyo propio, hasta que, por último, el apasionamiento se convirtió en agotamiento. Salieron cada una de la otra tal y como habían entrado, como una sola. Fátima dejó la trémula huella de un beso, y la carne del pecho de Lucita volvió a estar entera, recomponiendo la negra rosa. El hálito de Lucita, cálido y húmedo, selló el brazo de Fátima, aún surcado por la cicatriz.

—Tengo que irme —dijo Fátima. Recorrió con un dedo el camino que había atravesado la sangre. Barbilla, garganta, pecho—. Tu sire aguarda —musitó, a modo de cruel recordatorio para sí, para ambas, de que daba igual el solaz que encontrara cada una de ellas en los brazos de la otra, no podía durar.

Lucita se tensó, aunque sólo por un momento. Continuó acariciando el cabello de Fátima.

—Afuera es de día.

No había terminado aún de pronunciar aquellas palabras cuando Fátima se dio cuenta de que era cierto. Las horas de placer, al contrario que las de dolor, culpa y desesperación, eran tan escasas como efímeras.

—Así que, una vez más, no hemos conseguido destruirnos la una a la otra —dijo

Fátima, morbosa, melancólica.

—De momento. Hasta dentro de algunas horas.

Y así fue como las encontró el día.

**TERCERA PARTE:  
«LA EJECUCIÓN»**





**Martes, 5 de octubre de 1999, 19:38 h**  
**Calle Luis García, Madrid, España**

Fátima dejó transcurrir varios minutos comprobando el filo de su jambia contra sus dedos, observando la forma inerte de Lucita. Los pechos de la Rosa Negra no se mecían al vaivén de su aliento; su rostro denotaba una serenidad inopinada, insospechable cuando se la veía despierta; el sol que comenzaba a esconderse seguía reteniéndola en su abrazo.

La noche acababa de nacer para Fátima y ésta ya se sentía abatida por el fracaso. Sabía que tendría que ensartar a Lucita en su hoja, como también sabía que no podría hacerlo. Fátima debería estar dedicada al *salah*, pero le apesadumbra la falta de tiempo. No disponía de agua a mano para sus abluciones, esa noche en la que habría necesitado la absolución por pecados veniales y capitales, tanto de pensamiento como de obra.

A falta de agua, buena era la sangre. En busca del dolor que la purificase, se clavó la punta de la jambia en el brazo derecho, bajo el codo.

*Allahu akbar. Bendito sea Alá, Señor de todas las cosas...*

No pronunció las palabras ni asumió la postura prescrita; apelaba a la gracia y misericordia de Alá.

*El Más benévolo, siempre piadoso, rey del día del juicio.*

A imitación de los cortes que presentaba la silla que ocupaba, Fátima recorrió su brazo con el arma, desde el codo hasta la muñeca.

*Sólo a ti adoramos, y sólo a ti acudimos en busca de auxilio. Guíanos por el buen camino, por la senda que has bendecido, no por la de aquéllos que se han extraviado.*

En algún momento, sin duda, también ella se había extraviado. ¿Sería al seguir a Haqim? Pues fue él quien la obligó a escoger donde no había elección. Mas la sangre que había hecho de ella lo que era le pertenecía a él, y era su voluntad la que cumplía esa noche. Era también su voluntad la que desobedecía.

Fátima cerró los ojos a fin de que la belleza de su amante no se apropiara de su mirada. ¿Dónde estaban la paz y la concentración que solían proporcionarle las

plegarias?

*La ilaha illa 'l-Lah.* No hay dios sino Dios.

*Wa Muhammadan rasula 'l-Lah.* Y Mahoma es el mensajero de Dios.

Las palabras no tranquilizaron a Fátima. Ni siquiera el dolor que le infligía la hoja al hincarse en su brazo una y otra vez conseguía disciplinar su mente. La única certeza que le quedaba era la de su propia fraudulencia. No servía a Haqim por completo, sino que le negaba lo que exigía de ella. No amaba a Lucita de corazón, sino que planeaba su destrucción. ¿Cómo podría estar segura de que seguía fiel a Dios después de traicionar todos sus lazos?

*Salla-'l-Lahu 'ala sayyidina Muhammad.* Que las oraciones de Alá desciendan sobre nuestro señor Mahoma.

*Al-salamu 'alaykum zva rahmatu 'l-Lah.* Que la paz y la misericordia de Dios estén con vosotros.

Sólo Dios diría.

Fátima hurgó con la hoja. La punta de metal arañó el hueso, pero incluso su penitencia era fútil. No se atrevía a amputarse una mano ni el brazo, ni a sacarse un ojo, por miedo a poner en peligro su misión... una misión en la que podría darse por satisfecha si no fracasaba. Del mismo modo que su carne se recomponía y volvía a aparecer intacta, así regresaban las dudas que pretendía purgar para acosarla hasta el fin de las noches.

Por último, aún sin mirar a Lucita, Fátima se obligó a incorporarse y perderse en la noche, dejando tras de sí nada más que un rastro de gotas de sangre.

**Martes, 5 de octubre de 1999, 20:49 h**  
**Calle de la redondilla, Madrid, España**

Lo único que se escuchaba en el sótano de la tienda de alfombras era el sólido repiqueteo metálico que provocó Anwar al encajar en su sitio la última pieza de la ametralladora M-4 Spectre. El arma, no de su elección, estaba limpia, compuesta y lista para ser utilizada, llegado el caso. Cuando el estado de calma trascendente que acompañaba al comienzo de cada misión se apoderó de él, Anwar, con la mente concentrada por completo y los dedos propulsados a la velocidad de la sangre, comenzó a desmontar y volver a montar el arma de nuevo. Para practicar. Tardó veinte segundos.

Mahmud estaba fuera, terminando de organizar los equipos. Incluso la pequeña y arrugada Pilar estaba recibiendo instrucciones. Sólo Anwar se había quedado atrás, esperando...

Ahí. Los pasos de Fátima bajando por los escalones del sótano. No se había molestado en amortiguar sus pisadas, o Anwar no habría podido oírla.

—*Salaam*. —Anwar realizó una respetuosa reverencia cuando la mujer se unió a él.

—*Salaam*. ¿Todo en orden? —Fátima exhibía un semblante neutro, casi reservado.

Anwar había pensado que quizá podría sentir su entusiasmo ante la perspectiva de la muerte inminente, la intensidad y el orgullo que había percibido la noche anterior, cuando le apretó el hombro. Pero se dio cuenta de que ella tenía demasiadas tablas como para dejar que traslucieran sus emociones, y se sintió súbitamente avergonzado por las expectativas que había alimentado.

—Todo en orden.

Fátima pasó junto a él hasta llegar a una pila de cajas amontonadas contra la pared y abrió una con sus propias manos, haciendo caso omiso de la palanca dispuesta para tal efecto. Tras abrir un hueco en el relleno, extrajo dos cofres de madera, uno del tamaño aproximado de una caja de zapatos y el otro algo más ancho y bastante más largo. El primero contenía una pistola, así como un silenciador y una

mira láser, los cuales dejó en su sitio. Abrió el segundo para descubrir una espléndida cimitarra de damasco, ennegrecida su hoja curva a fin de no emitir ningún destello. Fátima encajó la pistola en un bolsillo especialmente diseñado en el interior de su jersey y afianzó la cimitarra en su cinturón.

—Hay un cambio de planes —dijo, cuando hubo finalizado—. Tendrás que ir a la casa donde se aloja Lucita y no perderla de vista.

Aquello extrañó a Anwar. La noche anterior, cuando siguiendo órdenes de Fátima la guardia había abandonado la casa, había asumido que se habría decidido a acabar con Lucita de una vez por todas. Puede que Fátima hubiese acudido tan sólo en busca de información, o para desentrañar algún detalle de los apuntes, como eso del Leviatán. Pero estaba claro que Lucita no podría haber sobrevivido a tal encuentro. A menos que se hubiese llegado a una especie de acuerdo... puede que le hubiese perdonado la no vida a Lucita a cambio de información y de la promesa de no abandonar la casa. Los caminos de los antiguos a menudo eran inescrutables.

—¿La elimino si sale?

Le sorprendió la velocidad a la que giró Fátima y lo agarró del hombro, con fuerza esta vez.

—No. —Fátima miraba a Anwar a la cara, pero éste estaba seguro de que no era él lo que ocupaba sus pensamientos—. No saldrá —dijo al cabo de un momento, antes de realizar una nueva pausa.

A juzgar por lo tajante de aquella afirmación, Anwar pensó que a lo mejor Lucita sí que había dejado de existir, al fin y al cabo.

—Si lo hiciera... —continuó Fátima transcurridos algunos segundos, echando por tierra las suposiciones de Anwar—. Si lo hace, síguela. No debe verte, ni *sentir* tu presencia. Sabe cómo darse cuenta de esas cosas. —Aumentó la presión sobre el hombro—. Si se marcha de la ciudad, perfecto. Si acudiera al refugio de Monçada...

—¿Sí?

—Si acudiera al refugio de Monçada, espera durante cinco minutos después de que entre, avísame, y que comiencen las distracciones. —Mientras decía aquello, Fátima cogió un busca de una de las mesas de trabajo y se aseguró de que el aparato estaba programado para vibrar en lugar de emitir un pitido—. En ningún caso has de acercarte a ella. ¿Entendido?

Anwar asintió. Entendía las instrucciones, ya que no el puntillismo de las mismas. Estaba claro que tendrían que ocuparse de Lucita en un momento dado. ¿Por qué no ahora? Fátima no pensaría que una engreída chiquilla Lasombra de cierto prestigio era rival para él.

—Eso es todo.

—Que el más Antiguo te sonría —entonó Anwar.

—Y que tu espalda sea fuerte.

El sótano se quedó vacío.

**Martes, 5 de octubre de 1999, 21:51 h**  
**Calle de la paja, Madrid, España**

Fátima vio el puesto de verduras y la calle desde las sombras. La ciudad seguía infestada de mortales, y la cimitarra que pendía de su cinto no era una de las armas más fáciles de ocultar. Esperaría. La calle de la Paja no era un lugar de bares y clubes. Los tenderetes ya habían cerrado y habían sido asegurados para pasar la noche. Con paciencia, el momento adecuado llegaría por sí solo.

Mientras aguardaba en la oscuridad, volvió a escuchar la voz de Anwar en su cabeza, su pregunta referente a Lucita: *¿La destruyo si sale?* Era un fanático, como lo había sido ella y, por la razón que fuese, ansiaba la sangre de Lucita. Tenía razón al creer que tal hazaña conseguiría que los antiguos se fijasen en él. Noches antes, Fátima lo había halagado. Le había revelado la identidad de su objetivo, y su orgullo y presunción habían conseguido que Lucita se le pasase por la cabeza... por un momento. Siempre ambicionaba más, tal como había hecho Fátima. Él no tenía nada ni nadie que tirase de él en distintas direcciones.

Mientras los mortales continuaban paseando por la calle, Fátima no pudo evitar pensar en Lucita, en la fuerza y la fascinación de su sangre. Fátima se había despertado antes que Lucita, había permanecido en pie ante su cuerpo semidesnudo y disfrutado de la ocasión perfecta para acabar con ella. En vez de eso, lo que había hecho era salir del cuarto a hurtadillas. Había abandonado la casa con la esperanza de que no volvieran a verse jamás. Como mínimo, Lucita podría sobrevivir a este viaje a Madrid. Si se quedara quieta durante esta noche, Fátima y los demás tendrían que apresurarse a poner tierra de por medio al término de la misión. O, si Lucita se iba de la ciudad, Fátima podría retrasar lo inevitable, aprovechando el indulto que le conferiría la victoria de esta noche. O, si fracasaba...

Fátima intentó desechar aquellos vanos pensamientos de su cabeza y concentrarse en la información que les proporcionara Don Ibrahim y corroborase Vykos... *el Leviatán*. Cualquiera de esas dos fuentes resultaba sospechosa de por sí. Aún era posible que Vykos estuviera equivocada a propósito de la localización de la entrada, o que Anwar y ella hubiesen tergiversado las palabras de la demonio, aunque un

asesino rara vez disfrutaba del lujo de la certeza. Fátima estaba acostumbrada a fiarse del instinto y de la intuición, que esa noche apuntaban a una modesta verdulería. También estaba segura de que, en el más desastroso de los casos, conseguiría que no la capturasen. Lo peor a lo que tendría que enfrentarse sería una honorable Muerte Definitiva; en cierto modo, casi deseaba aquel final. Le ahorraría el tener que tomar otras decisiones que le serían impuestas, otras decisiones que no se veía capaz de tomar. No tendría que seguir soportando su propia hipocresía. Así que afrontaba esta misión mal preparada, casi a ciegas. Sabía menos de lo que creían sus hermanos acerca de cómo derrotar al Leviatán. Cortejaba a la Muerte Definitiva, un pretendiente nada quisquilloso.

Una vez más, se obligó a pensar en otra cosa. Consiguió algo de ayuda por parte de los fastidiosos mortales, cuyo número se había reducido de forma considerable. Había llegado el momento. Fátima salió de las sombras. Recurrió al poder de la sangre. Los escasos mortales que se repartían a lo largo de la calle no la vieron, no se percataron de la espada que pendía de su cintura.

Llegó hasta el puesto de madera y se plantó bajo la talla de Adán y Eva, del árbol y la serpiente, de la manzana, del sol que nunca se ponía. Había una cadena inserta entre los agujeros de la puerta y en la pared adyacente. El candado estaba dentro. Quienquiera que lo hubiese echado, también.

La cadena no tintineó cuando Fátima cogió un eslabón entre dos dedos y lo rompió. No se produjo sonido alguno cuando la cadena cayó al suelo al otro lado de la puerta. Fátima la abrió, pasó por encima de la cadena, volvió a cerrarla detrás de ella.

La abarrotada tienda tenía dos habitaciones. La primera, la que se abriría al público durante el día, rebosaba de mesas y cajas llenas de fruta y verdura. El segundo cuarto, mucho más pequeño, quedaba al otro lado del quicio vacío de una puerta. Fátima pasó en silencio junto a una caja de manzanas. El fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal.

No hubo sonido alguno de pisadas que despertasen al anciano tumbado sobre el jergón. Fátima lo degolló con la jambia, tapándole la boca hasta que dejó de patear. Era un mortal, o un ghoull de sangre débil. La sangre derramada no llamó la atención de Fátima. Dejó que empapara el potreado catre y la polvorienta esterilla del suelo, la cual apartó de una patada para descubrir la trampilla que ocultaba.

Inspeccionó la puerta durante varios minutos antes de decidirse a tocarla. Ni Ibrahim ni Vykos habían dicho nada de trampas, pero Vykos, según el informe de Parménides, había sido bastante crítica y parca en detalles, mientras que Ibrahim ni siquiera conocía el emplazamiento de la trampilla. No obstante, a juzgar por el tono que ambos habían empleado para referirse al Leviatán, Fátima supuso que aquella ruta sólo la bloqueaba un obstáculo. Nunca se era demasiado precavida. Durante

varios minutos más, dejó las manos apoyadas en la puerta de madera, moviendo los dedos apenas milímetros cada vez. Vacío su mente de cualquier cosa que no fuera la puerta: su textura, la dirección de las vetas, los gránulos de polvo y suciedad que rellenaban las grietas, el espacio mismo entre las fibras de la madera, el espacio al otro lado de la puerta...

Tiró del picaporte. Ni siquiera estaba cerrada con llave. Vio un pozo de paredes verticales, en las que se habían esculpido unos toscos asideros. No emergía luz ni sonido alguno de la apertura. Fátima se apoyó en el borde y se dispuso a descender hacia la oscuridad.



**Martes, 5 de octubre de 1999, 23:03 h**  
**Calle Luis García, Madrid, España**

Esa noche. Ocurriría esa noche. Lucita estaba segura. Fátima iba tras Monçada. ¿Por qué si no habría aparecido, más que a modo de críptica advertencia para que se mantuviera al margen?

Lucita continuó dando vueltas. Hacía horas que caminaba en círculos.

Tampoco es que Fátima hubiese dicho nada, qué va. No iba a plantarse allí y decir una mierda. Ni hablar. En vez de eso, se ocultaba tras su velo de triunfo inmutable. Claro que se le habría ocurrido que si le decía a Lucita lo que iba a pasar, ésta se mantendría al margen, obediente.

Y una mierda así de gorda. Mil veces más gorda que el sire de Lucita.

Se frotó con aire ausente un picor que sentía en el pecho. Era piel recién sanada que rodeaba su tatuaje en forma de rosa. Había fingido que seguía bajo el hechizo del sol cuando Fátima se marchó. Le había parecido que así sería más fácil. Ahora ya no estaba tan segura.

Quería tirarse de los pelos por no haber dicho más la noche anterior... pero habían estado tan ocupadas intentando matarse la una a la otra, y luego intentando *no* matarse la una a la otra, consumiéndose mutuamente. Lucita inhaló profundamente e intentó convencerse de que los pulmones aún le servían para algo. Siempre pasaba lo mismo: cien años o más de acoso y anticipación, luego unas cuantas horas de sofoco y, al final, resentimientos.

No tenía por qué ser así. No, si Fátima no fuese una perra tan muda (Lucita no era de las que se guardaba dentro lo que sentía). No, si Fátima no estuviera intentando matar al sire de Lucita; ésta tenía ciertos derechos sobre el hijo de puta, lo que pasaba es que todavía no los había ejercido. Se estaba dando tiempo. Todos sus grandes planes tenían la peculiaridad de empequeñecerse cada vez que se encontraba ante él. Daba igual que se hubiera librado de él de todas formas si Fátima se lo cargaba. No se trataba de eso. El caso es que Monçada era la cruz con la que tenía que cargar Lucita, como él mismo se definía. ¿Cómo se atrevía Fátima a inmiscuirse? Por no mencionar el hecho de que Fátima había dejado bien claro que, una vez acabara con

él, iría a por ella.

—Zorra arrogante.

Pero Lucita no podía negar con juramentos sus más tiernos sentimientos hacia Fátima; no después de la pasada noche, y no después de haber fingido que dormía mientras Fátima se mutilaba el brazo. Lucita había espiado de reojo. Había sentido el impulso de acercarse a Fátima, de coger el puñal y dejarlo a un lado, de lamer sus heridas hasta que sanasen. Pero Lucita sabía que había otras heridas más profundas que podría atender. Con todo, a veces pensaba que podía intentarlo. Podría consolar a Fátima y recibir consuelo a cambio...

Por suerte, siempre terminaba por recuperar el juicio.

Dependencia. Escupió en el suelo y esparció con el pie las gotas de sangre que Fátima había derramado.

Lucita estaba cansada de dar vueltas. Estaba cansada de esa partida que Fátima y ella llevaban jugando desde hacía una eternidad. Daba igual lo que fuese que las atraía, Fátima seguía siendo una mera herramienta de sus amos con turbante iranés o de dondequiera que fuesen.

Lucita cogió su espada. Miró alrededor en busca de una vaina... tenía alguna por algún lado, aunque ya no solía llevar la espada consigo; a finales del siglo xx había dejado de ser la declaración de principios estéticos que fue en el pasado. No la encontró por ninguna parte.

—A la mierda.

Mientras se acercaba a la puerta, se pasó los dedos por la enredada melena. Aquella era otra cosa por la que Fátima tendría que pagar. Ghoul de Monçada o no, Lucita se había acostumbrado a que Consuelo le cepillase el cabello todas las noches. Había encontrado a la mujer hacía un rato, degollada. No habría sufrido mucho, pero a Lucita no le preocupaban tanto los últimos minutos de vida de la ghoul como la inconveniencia de su muerte.

No vaciló hasta adentrarse en el patio. ¿Cómo reaccionaría Monçada si lo avisaba? Era probable que creyera que se había ablandado. Luego se pondría todo tierno. Ella diría algo completamente justificado pero igual de soez, y él le pegaría una paliza de tomo y lomo, o la encerraría en el desván durante tres años, o algo parecido. Al verlo desde aquella perspectiva, se le ocurrió que a lo mejor se merecía la visita de Fátima. Pero ¿cómo podría Lucita volver a mirar a la Assamita a la cara? ¿Cómo de presumida y engreída se volvería Fátima? A lo mejor Monçada podía encargarse de Fátima sin ayuda de nadie.

Lucita no estaba segura.

Mientras le daba vueltas a esas inquietantes preguntas, no pudo evitar retroceder en el tiempo unas cuantas noches, hasta el fulano que había asesinado casi en el mismo sitio donde se encontraba ella ahora. La cosa había ido lenta al principio, pero

luego descubrió que la sangre, la del muchacho, era un lubricante tan bueno como cualquier otro.

Al final, fue aquel pensamiento lo que inclinó la balanza y la impulsó a dirigirse a la iglesia de San Nicolás. No había decidido si quería advertir a Monçada acerca de Fátima, ahora que la amenaza era más inminente. Por muy enfadada que estuviese con la Assamita, no estaba segura de querer que fallase. Pero Lucita no había visto a su sire desde que se tirara al buscón, antes de dejarlo en la calle como el montón de basura mortal que era.

Aquella razón justificaba una visita.

**Martes, 5 de octubre de 1999, 23:27 h**

**Catacumbas, iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España**

La oscuridad del interior de los túneles era algo más que una ausencia de luz. Era una niebla de tinta pastosa que parecía impregnar a Fátima, los muros de piedra, el suelo, el propio aire. La oscuridad se adhería al cuerpo de Fátima, se filtraba hasta su espíritu, licuando su fuerza de voluntad. Con cada paso, la oscuridad se acentuaba al frente y a la espalda. Podía ver lo justo para seguir avanzando. No había túneles laterales ni vías alternativas.

Se preguntó cómo era posible que Lucita hubiese entrado en aquel lugar opresivo sin enloquecer de inmediato. Incluso Fátima, que no era contraria al austero aislamiento, sentía el peso de la tierra cerniéndose sobre ella, aplastándola. ¿Y qué podía decirse de Monçada, que había elegido aquel laberinto negro para pasar la eternidad?

La oscuridad era campo abonado para la incertidumbre y, a medida que recorría el pasadizo, las dudas comenzaron a asaltarla con fuerzas renovadas. Sopesó la veracidad de las fuentes que la habían conducido a aquel lugar. ¿Quién sabía lo que pasaba por la mente alienígena de un horrendo Tzimisce? A lo mejor no eran Thetmes y los hijos de Haqim quienes manipulaban a la Mano Negra, sino a la inversa. Quizá Monçada estuviera sobre aviso y hubiese decidido sacrificar a Ibrahim a modo de cebo, para que Fátima picara y entrara en aquel lugar desprovisto de toda esperanza.

Aun cuando lo poco que sabía demostrase ser cierto, había un guardián que la esperaba allá delante, en las tinieblas. El Leviatán. Cada misión conllevaba, desde luego, el riesgo del fracaso, de la Muerte Definitiva. Esa noche no era distinta. Destruiría a Monçada, o no. Sobreviviría, o no. Sólo en una ocasión había llegado a sentir que el fracaso podría ser el mejor resultado para una misión, que la derrota y la Muerte Definitiva eran lo que se merecía. Aquella vez, arriesgándose a parecer desleal, se había asegurado de que se propagase el nombre de su objetivo... y Lucita, puesta sobre aviso, la había derrotado.

Los tiempos habían cambiado.

«El heraldo está entre nosotros. El más Antiguo de nuestra sangre lo sigue de cerca». Los hijos de Haqim, siempre leales, siempre inflexibles, estaban siendo empujados a una senda muy estrecha.

«*Muéstrate digna*», había dicho Thetmes. Demuestra tu valía destruyendo a Monçada, y luego a Lucita. Si eso era lo que se necesitaba para ser digna, Fátima supuso que podría conseguirlo. Podría arrancarse su propio corazón, si tal era la voluntad de Haqim. Aunque había fracasado antes, destruiría a Lucita, sacrificaría su unión.

Pero puede que ni siquiera eso fuese suficiente. Podría hacer cualquier cosa, que al final vendrían los sueños. Al final la llamaría el heraldo para poner a prueba su fe, esa posibilidad no podía descartarla, y no lo hacía. Ni Jamal ni Elijah Ahmed se habían mostrado dignos. ¿Cómo esperaba conseguirlo ella?

Allí había algo turbio. Tan turbio como la oscuridad que la rodeaba.

Pero ¿quién era ella para juzgar a Haqim? La sangre era su sangre. Si la reclamaba por el motivo que fuese, justo o injusto, estaría en su derecho. Del mismo modo que Moisés nunca puso el pie en la Tierra Prometida, quizá Fátima concluyera sus años de servicio antes de que pasaran las Noches Finales, a fin de cuentas.

No abandonaría a Alá.

No abandonaría a Haqim, aunque él la abandonase a ella, puesto que la justicia o la injusticia no cambiaban un hecho: que la progenie de Khayyin era una plaga sobre la tierra. De eso estaba segura, incluso en medio de la sofocante oscuridad, donde la horrenda corrupción de Monçada campaba a sus anchas.

Frente a ella, entre la neblina, Fátima consiguió atisbar unos barrotes que sellaban el túnel, tonos distintos de negro sobre negro. El impenetrable rastrillo que había mencionado Ibrahim. Antes de que pudiera acercarse a la reja, sintió el viento procedente de un túnel transversal. No era una corriente de aire, sino de sombra. Y la sombra, que estaba por todas partes, la envolvió, se apoderó de ella. Era tan sólida, cien veces más, que el negro aire que había vadeado hasta ahora.

Los brazos de Fátima le fueron inmovilizados a los costados, sus manos quedaron lejos de cualquier arma, cuando se sintió arrastrada a las fauces del Leviatán.

**Miércoles, 6 de octubre de 1999, 00:03 h**

**Iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España**

«No saldrá». Eso es lo que había dicho Fátima a propósito de la obscena chiquilla de Monçada. Ya entonces, aquellas palabras le habían sonado a Anwar menos premonitorias que esperanzadas. Se le ocurrió, de pie ante la iglesia de piedra, que nada de todo aquello supondría problema alguno si Fátima le hubiese autorizado para destruir a Lucita. Fátima tendría sus razones, aunque Anwar no comprendía de qué modo la muerte de Lucita, a aquellas alturas, podría poner en peligro la misión contra Monçada más que dejarla regresar a la guarida de su sire.

En cualquier caso, Lucita sí que había salido. Había abandonado la casa y había caminado por las calles con todo descaro, espada en ristre. Los mortales que se cruzaron con ella debieron de asumir que se trataba de una de esas hojas forjadas para que los turistas se las llevasen de recuerdo a sus casas. Anwar no se dejó engatusar. Había seguido las instrucciones de Fátima y se había dedicado a seguir a Lucita desde una distancia prudencial mientras ésta regresaba al escondrijo de Monçada, llegando a transponer el pórtico de la iglesia camuflada en el seno de una horda de feligreses mortales ajenos a todo, en el preciso instante que daba comienzo la misa del gallo. No le cupo duda de que la distracción estaba asegurada.

Anwar no perdió el tiempo. Asió la ametralladora que llevaba sujeta bajo la chaqueta, se aseguró de que el arma estaba preparada para disparar ráfagas y quitó el seguro. Luego pulsó el botón del aparato que alertaría a Fátima, Mahmud y los otros de que estaba a punto de entrar en acción. Sin más dilación, recorrió a largas zancadas los escalones y las puertas por las que había pasado Lucita a escasos minutos antes. El órgano comenzó a sonar como para darle la bienvenida.

El santuario se encontraba relativamente lleno. Anwar pasó desapercibido entre los rezagados que se santiguaban al traspasar el umbral, solicitando quizá la clemencia divina por su demora. La mayoría de los fieles exhibían una piel morena. Anwar ostentaba un bronceado unos cuantos tonos aún más atezado. Podría pasar por un agricultor, horneada la piel por el sol, hora tras hora a lo largo de incontables días, si bien no era el sol sino la sangre lo que había oscurecido su piel.

Cuando las últimas notas de la introducción se diluyeron hasta fundirse con el silencio, Anwar abrió la chaqueta y comenzó a disparar.

La confusión no se hizo esperar. Apuntaba hacia arriba, destrozando las vidrieras, una detrás de otra. El aire se llenó de alaridos y de fragmentos de vidrio emplomado. Los feligreses se tiraron al suelo. Los hábitos de los componentes del coro aletearon como un ejército de ángeles que se batiera en retirada.

Anwar continuó disparando hacia el techo. Las luces explotaron en un *staccato* de fuego y cristal. Los cirios y los crucifijos volaban por los aires. Una lluvia de chispas cayó sobre la acobardada grey cuando las balas rebotaron en la piedra. Anwar no sintió necesidad alguna de disparar contra los mortales, que no eran más que una fuente de distracción conveniente y no merecían sufrir en vano. Los aterrorizados creyentes huían en busca de cualquier posible salida, alejándose de Anwar. Cuando éste se detuvo para encajar un nuevo cargador en la Spectre, un valiente aunque temerario joven intentó forcejear con él. Anwar lo disuadió de un codazo en la cara que rompió la nariz del hombre y lo envió al suelo, inconsciente.

Anwar aumentó la cadencia de sus ráfagas. Unos cuantos disparos de vez en cuando bastaban para prolongar el pánico, tanto como el fuego prolongado. Se le acababa el tiempo. No esperaba un espectacular despliegue de fuerzas por parte de los defensores de Monçada, al menos no ante tan concurrido aforo. Su atentado no ponía en peligro al cardenal. Las entradas del interior del edificio eran infranqueables, así que los ghouls y los legionarios podían permitirse el lujo de aguardar en la sombra.

Pero se pondrían furiosos. No se lo tomarían a la ligera. Y ésa era la idea.

Tras una ráfaga final, Anwar cruzó corriendo el pórtico y se perdió en las calles de Madrid. Ninguno de los mortales asistentes al oficio sería capaz de identificarlo. Nadie podría proporcionar una descripción fiable. Se evaporó en la noche como si jamás hubiese estado allí.

**Miércoles, 6 de octubre de 1999, 00:16 h**

**Catacumbas, iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España**

—El cardenal está en la sala de baños —había informado Cristóbal mientras conducía a Lucita a través de la serie de pórticos y puertas cerradas con llave que conseguían que entrar en el refugio de Monçada resultase casi tan laborioso como recorrer en barco el canal de Panamá.

—¿Qué, desempolvando el látigo de siete colas? —preguntó Lucita. Cristóbal era demasiado seco y estirado para su gusto. El mero hecho de ver con qué minuciosidad y afán se aplicaba a la tarea de abrir y volver a cerrar cada una de las múltiples puertas bastaba para sacarla de quicio. Además, resultaba obvio que el sombrío ghoul, por su parte, desaprobaba el hecho de que ella hubiese aparecido con una espada, claro que jamás osaría incurrir en la impertinencia de expresarlo en voz alta. Lucita sacudió la cabeza. Tampoco es que hubiese decapitado a nadie en el santuario antes de bajar, aparte de que había sido lo suficientemente discreta como para no desaparecer dentro del confesionario enfrente de la congregación asistente a la misa del gallo. Había utilizado la otra entrada, lejos de la nave. El envaramiento de Cristóbal, decidió, no podía ser sano.

—Por cierto, Consuelo está muerta.

Consuelo. En vida, la hija de Cristóbal.

El ghoul dejó de forcejear por un instante con el cerrojo rebelde que tenía entre manos. Sólo por un instante. Luego el cerrojo cedió y encajó en su sitio. Cuando se giró y avanzó en busca de la siguiente puerta, se veía desesperantemente impávido.

Lucita lo cogió de un brazo y lo detuvo. La miró con cierta curiosidad, dado que le impedía continuar con su trabajo, pero sin ira, ni tristeza, ni resentimiento.

Mierda. Lucita sabía que si ella estuviese en su lugar y acabase de recibir tan trágica noticia, la habría emprendido a patadas con el portador de la misma. Cristóbal esperó a que soltase su brazo antes de dirigirse a la próxima puerta.

Fue entonces cuando comenzó el tiroteo. Tanto el ghoul como ella dieron un respingo. El sonido procedía de arriba, sobre sus cabezas, del santuario. Cristóbal se apresuró a reanudar su tarea, maniobrando las cerraduras con algo más de presteza.



Cuando hubieron llegado al refugio propiamente dicho, el ghoul desapareció a paso largo por los pasadizos en penumbra. El sonido de los disparos se difuminaba a medida que Lucita descendía por inclinados pasillos y sesgadas escaleras labradas en la roca. El tiroteo debía de estar relacionado con Fátima, asumió Lucita, pero a menos que los Assamitas hubiesen traído un pequeño ejército, o no tan pequeño, dudaba que un asalto frontal fuese a suponer amenaza alguna. Una distracción, pues. Pero ¿por qué? ¿Por qué no intentar coger a Monçada con la guardia baja?

Lucita supo la respuesta casi antes de que la pregunta se hubiese formulado en su mente: porque Fátima estaba aquí. Sabía que Monçada estaría sobre aviso. Lucita se hincó las uñas en las palmas de las manos. Así que Fátima creía conocerla así de bien. Aquello la irritó tanto que de repente decidió que *avisaría* a su sire y le diría la identidad exacta de quien iba tras su patético pellejo dado de sí. Casi al mismo tiempo, la indecisión se apoderó de ella. Fátima, por su arrogancia y descaro, se merecía que frustraran sus planes. Pero aquello beneficiaría a Monçada, cosa que no es que Lucita rabiara por conseguir. Por otro lado, la encolerizaba la idea de que fuese otro el que destruyera a Monçada, sobre todo si ese otro era Fátima...

Casi había llegado a la conclusión de que lo mejor sería matarlos a todos y zanjar la cuestión de una vez por todas, cuando giraron un recodo que los condujo al pasillo que desembocaba en la sala de baños. El sonido de las armas de fuego, si es que aún había alguien disparando allá arriba, no llegaba hasta ellos, aunque se veían señales de actividad. Alfonzo, líder en funciones de los legionarios de Monçada mientras Vallejo estuviese de parranda por el Nuevo Mundo, salía en aquellos instantes de la sala de baños. Inclino la cabeza bruscamente a su paso. La puerta se había quedado abierta. Cristóbal condujo adentro a Lucita.

Monçada, por suerte, tenía puesto el hábito sacerdotal. No estaba desnudo en la bañera, aunque lo había estado; el agua ofrecía un tinte escarlata, y la sangre fresca relucía sobre los fragmentos de vidrio del flagelo que colgaba de la pared.

—¡Ah, hija mía! —celebró, efusivo, aparentemente ajeno al hecho de que hubiese alguien destrozando la iglesia a balazos a escasas decenas de metros sobre su cabeza. Abrió los brazos de par en par.

Lucita no corrió a saludarlo. Se quedó de pie en el umbral.

—Gracias, Cristóbal —le dijo Monçada al ghoul que aguardaba expectante, aún algo nervioso acerca del tiroteo—. Todo está bajo control.

Cristóbal, evidentemente, se dio por satisfecho con aquellas palabras y salió del cuarto caminando de espaldas, cerrando la puerta antes de irse.

—Qué alegría que hayas vuelto a mi lado, mi hermosa chiquilla. Puede que la ciudad no sea un lugar del todo seguro en estos momentos, pero no tienes de qué preocuparte. Aquí no puede ocurrirte ningún daño.

—Ya, pero es que yo no estoy preocupada. —Sus palabras seguían cargadas de

fuego, pero sentía un repentino vacío en el estómago. La espada que sostenía en su mano, el símbolo de su desafío, le parecía ahora el juguete de un niño.

—Bien —convino Monçada, obviando, intencionadamente o no, la ominosa implicación de su sarcasmo—. Ven. —La condujo a otra estancia al final del pasillo. Para alguien de su tamaño, se movía con una agilidad asombrosa.

Lucita lo siguió a regañadientes. El cuarto, como casi todos los demás, había sido austeramente decorado con unas cuantas sillas de madera y mesas pequeñas. Un icono ocupaba el centro de cada una de las paredes, enormes grabados que ilustraban el martirio de algún cristiano: San Lorenzo en la parrilla; Santa Lucía, con los ojos sobre un plato que sostenía en la mano; Esteban, bajo una pila de rocas; Eustaquio, cocinado a fuego lento en el interior de un enorme toro de bronce. Lucita siempre había tenido la impresión de que a Monçada le gustaba considerarse candidato a engrosar la lista de mártires y, mientras volvía a pasear la mirada por los desagradables finales que éstos experimentaban, pensó que nada la haría más feliz que ayudarlo a cumplir su sueño.

Pero esa noche, como siempre que se encontraba en su presencia, cuando se presentaba la oportunidad de herirlo de veras, descubría que su voluntad se reducía a la nada, marchita antes de florecer. Miró de nuevo la espada que sostenía en su mano. Se imaginó la hoja decapitando su sire y a éste, como San Denís, recogiendo su propia cabeza del suelo y marchando con ella bajo el brazo. Allí de pie, frente a él, no podría cercenarle el cuello ni en sueños. Abatida, dejó la espada apoyada contra la pared.

Monçada asentó su mole en una de las dos sillas que flanqueaban la mesa. Sobre el mueble descansaba un tablero de ajedrez, con las fichas dispuestas según la evolución de una partida ya comenzada. Las blancas habían quedado reducidas a unos cuantos peones y a un alfil, mientras que las negras conservaban un alfil, un caballo y la reina. Señaló el otro asiento. Lucita se acercó, pero no se sentó. Monçada hizo caso omiso de su poco convincente despliegue de rebeldía.

—Hace tiempo que Don Ibrahim no viene por aquí, así que me entretengo jugando yo solo. No me compadezcas.

»No es que me importe mucho —acalló la protesta que Lucita no había ni siquiera pensado en pronunciar—. Por fin he encontrado a un oponente imposible de sobrestimar —añadió, pagado de sí.

—Fátima ha venido a matarte —espetó Lucita. No quería decirlo, aún no había decidido si quería prevenir a su sire. Las palabras habían asomado a sus labios, sin más. Ahora era demasiado tarde para remediarlo. Había desperdiciado la ventaja que tenía sobre él, había dejado que se le escurriera entre los dedos una de las últimas decisiones que aún hubiese podido tomar por sí misma. Lucita hervía de rabia.

Monçada enarcó levemente las cejas, estirando la parte superior de su rostro. Más

ni siquiera la sorpresa, algo tan inusitado para aquel semblante, consiguió levantar sus fofos carrillos. Esbozó una sonrisa.

—Preferiría que Vallejo estuviese aquí, pero Alfonso sabrá apañárselas. No hay peligro.

Lucita, pese a lo mucho que deseaba su muerte, no pudo sino creerlo. Ella, con todo su odio, nunca había sido capaz de suponer una auténtica amenaza para él. ¿Cómo podría aspirar a conseguirlo Fátima, tan fría y profesional?

—He estado haciendo planes —dijo Monçada, aparentemente satisfecho de que el tema de Fátima no diera más de sí—. Ahora que has vuelto conmigo, todo está casi a punto. —Alargó su flácida mano y apoyó un dedo sobre la reina negra... la que tallara Vykos a imagen de Lucita aquella horrible noche, años ha—. Has cumplido con tu parte y Vykos con la suya. Vykos ha cumplido a las mil maravillas, además. Yo pensaba que iba a perder la concentración mucho antes.

Lucita escuchaba pero comprendía sólo a medias. Seguía demasiado horrorizada por la traición que había cometido sobre sí misma como para criticar la perorata de su sire. Por su parte, Monçada parecía estar disfrutando de la novedad que suponía pontificar frente a una chiquilla obediente y solícita.

—Borges ya no está, como tú bien te encargaste de asegurar, y los príncipes de Sudamérica han sido destruidos o derrocados. Eran tan insulares... —Sacudió la cabeza, burlón, como si sintiese pena por ellas—. Todos ellos líderes de pacotilla, tan absortos por su ciudad que no se preocuparon de firmar pactos de mutua defensa. Incluso cuando saltó la voz de alarma, cada príncipe creyó que la suya sería la última ciudad en caer.

Con un ademán engreído barrió las fichas blancas capturadas al lado del tablero hasta tirarlas al suelo.

—La fuerza necesaria para conseguirlo ya estaba aquí hace tiempo, pero faltaba la *voluntad* —continuó, mientras reducía las piezas caídas a polvo bajo su sandalia—. Lo único que les hacía falta a los arzobispos y a los nómadas era una mano firme que los guiara. El cielo sabe que la regente no estaba dispuesta, ¿por qué tendría que estarlo ahora?

Lucita se arrellanó en su asiento, huyendo del creciente fervor de Monçada. No quería tener nada que ver con sus planes. No veía que ella encajara en ellos de ningún modo... pero se temía que así era.

—La fuerza de la Camarilla en Washington es historia. Los pocos que quedan se acurrucan en Baltimore, aunque aún no han sido derrotados. Luego tenemos a Polonia, el único arzobispo de cierta raigambre que queda. Cuando los idiotas de la Camarilla hayan desempeñado su papel...

El momento que Lucita tanto se había temido terminó por llegar, puesto que Monçada posó los ojos sobre ella en aquel instante. Quería atacarlo con todas sus

fuerzas y, al mismo tiempo, alejarse de él, pero ambas cosas le eran igual de imposibles. Ni siquiera protestó cuando la cogió de la mano.

—Cuando le hayan aplastado los morros a Polonia, el Nuevo Mundo estará preparado —sentenció Monçada. Miraba a Lucita, pero veía un mundo transformado — listo para que yo haga mi aparición... contigo a mi lado.

Acarició el brazo de Lucita con un dedo, de la muñeca al codo hasta el hombro. Lucita se estremeció, pero no se apartó. Las manos del cardenal temblaban de emoción. Tenía los ojos desorbitados.

—Llegada la hora, hija mía, nuestro poder rivalizará con el de la regente. Mientras que ella gobierna una manada de perros salvajes, yo los doblegaré a mi voluntad. Todo lo que sea mío será tuyo también.

Lucita sintió el súbito impulso de echar a correr, de huir de la locura de su sire, pero Monçada la retuvo agarrada del brazo. Ahogó un sollozo. No se permitiría el lujo de llorar. No le daría esa satisfacción. Podría haber aceptado incluso la Muerte Definitiva, pero permanecer a su lado y obedecer su voluntad... No le quedó más alternativa que reír. Una risa fría, hueca, demencial.

El sonido de la cruel desesperación de Lucita abofeteó a Monçada, lo sacó de su ensimismamiento triunfal. La zarandeó, mas las carcajadas continuaban, más estridentes, más incontrolables. Se adueñaron del cuerpo de Lucita y consiguieron que asomaran lágrimas sanguinolentas a sus ojos.

Monçada volvió a zangolotearla. La mesa se estremeció y se movió el tablero. La reina negra cayó al suelo para aterrizar en medio de los níveos y polvorientos escombros.

Lucita no conseguía dejar de reír. La locura de su sire había engendrado aquellas carcajadas en su yermo vientre como una mutilada criatura nonata. Él le retorció el brazo. El hueso cedió, más no la risa. Sin soltar su cuerpo desencajado, Monçada alzó la mano y descargó el primer golpe.

El primero, que no el último.

**Miércoles, 6 de octubre de 1999, 00:20 h**  
**Calle del sapo, Madrid, España**

Anwar se apartó de un amago de movimiento que podría no haber sido nada en absoluto. O podría haber sido uno de los trazos de sombra. Por el rabillo del ojo vio el borrón que era Mahmud, vio el mudo latigazo y el parche de oscuridad que se rasgaba igual que el papel ajado.

Anwar giró en redondo y trazó un arco con su katar contra otra sombra. La hoja encontró resistencia. Las tinieblas se apartaron de él momentáneamente. Siguió el ejemplo de Mahmud y se puso en marcha. Los cuerpos no suponían demasiado obstáculo. Anwar bailaba sobre y alrededor de ellos sin ceder siquiera medio paso. Las sombras no podían rodear lo que no pudiesen atrapar. Pero la oscuridad reinaba en todas partes.

El tiroteo de la iglesia había transcurrido sin percances, al igual que el atentado con bomba perpetrado por Mahmud, el cual había destruido el interior de cierto cuarto de mantenimiento en el edificio de la ópera. Pero cuando ambos se habían reunido en el siguiente punto en la lista de distracciones, tal y como había instruido Fátima, la resistencia había sido enconada. Los ghouls salieron del bar blandiendo porras y cuchillos, y disparando sus pistolas. Se trataba de una parte de la ciudad que no salía en las postales, donde las peleas callejeras entre borrachos no se salían de lo común y donde la policía no se daba prisa por intervenir.

Anwar se había sentido parcialmente aliviado después de que Mahmud y él despacharan rápidamente a la horda de ghouls y el resto de la multitud se hubiese dispersado, presa del pánico.

Luego se cernieron las sombras.

Ahora luchaban por sobrevivir. Con el presentimiento de que su labor de distracción estaba cumplida, Mahmud y él habían intentado abandonar el campo de batalla, pero las sombras estaban por todas partes. Se suponía que sólo había media docena de legionarios de Monçada en la ciudad, pero Anwar hubiese jurado que era un centenar. Por dondequiera que pasase, la oscuridad actuaba a su antojo: lo hostigaba, se enredaba en sus piernas, en su arma, intentaba enterrarlo bajo

avalanchas que caían desde todos lados. De vez en cuando aparecía una figura sólida, lo justo para atacar y desaparecer de nuevo cuando el filo de Anwar hendía la noche.

Las heridas que había recibido hasta ese momento eran superficiales, pero exigían cuidados, precisaban de la sangre para sanar. Mahmud se batía como un poseso. Su látigo, privado de sonido, aún conservaba su aguijón.

Anwar buscaba la más leve rendija por donde escapar hacia la noche, pero las sombras le bloqueaban el paso en todas direcciones. La lucha aún no estaba perdida, pero tampoco ganada. El tiempo y el número tendrían la última palabra.

**Miércoles, 6 de octubre de 1999, 00:22 h**

**Catacumbas, iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España**

Fátima se rindió a la impotencia, presa de las tinieblas, de los tentáculos de sombra enroscados sobre ella, inmovilizadas las piernas y los brazos contra su propio cuerpo tras unos minutos de lucha que habían demostrado la ineficacia de aquella alternativa, pues la oscuridad esgrimía el peso de la tierra, la fuerza de la roca, la rodeaba y la estrangulaba con un ahínco inexorable.

El Leviatán.

La oscuridad le daba fuerza y, en aquel pasadizo por donde Fátima se veía arrastrada, la oscuridad era absoluta. El frío se filtraba incluso entre sus poros no muertos, los gritos resonaban en sus oídos, ecos prisioneros de voces desesperadas que pertenecían a penitentes otrora torturados. La sombra, tan firme era su asidero en aquel lugar, mantenía vivos los chillidos aún mucho tiempo después de que la carne y los huesos hubiesen quedado reducidos a polvo y sus recuerdos se hubiesen evaporado. La inquisición y la contrición seguían patentes allí, lloradas las lágrimas a modo de rito definitivo.

Rodeada por las tinieblas, por las sombras de los recuerdos, Fátima conoció su propia y muda desesperación. No porque hubiese apostado y perdido, sino porque había realizado su apuesta con la esperanza de perder. Era Fátima al-Faqadi, epítome del asesino. Había existido una ínfima oportunidad, mas ella se había negado a aceptar cuán pequeña había sido. Ni Mahmud, ni Pilar, ni siquiera Anwar habían dudado de ella, cuando quizá hubiesen debido hacerlo, pues sus recelos no habrían sido síntomas de debilidad, sino de sabiduría.

Habían aceptado su palabra con devoción. Habían asumido que sabía más que ellos acerca de esta trocha tenebrosa, del Leviatán. Todo lo que sabía ella eran especulaciones; lo único que tenía eran suposiciones que la habían impulsado a dejarlos a todos atrás y adentrarse en este lugar para perecer inmersa en la noche, para que le fuese arrebatada su espada de la mano. Había albergado la esperanza de renunciar a todo y encontrarse con Alá, pero ahora... ahora era demasiado tarde, ahora se daba cuenta del error que había cometido. Alá apelaba a su fe y la ponía a

prueba contra todo lo que le era querido. Las consecuencias jamás modelaban la fe, no para los justos. Empero, habían sido las consecuencias lo que la habían convertido en lo que era, y ella había llegado a renunciar a su fe para con sus hermanos, para con Lucita. Se había rendido a la desesperación y los había condenado a todos.

¿De veras se había esforzado por evitar que la capturaran, por escapar de esta criatura que sabía que acecharía en alguna parte? No estaba segura. No conseguía fiarse de sí misma. Ahora era demasiado tarde. Sus dudas la habían conducido hasta allí y ahora la zambullían en las tinieblas. Había esperado, al menos, consuelo de la culpa que la corroía, pero también ahí se había equivocado. Ahora que ya no estaba en su mano decidir el curso de acción a seguir, ahora que ya no existía posibilidad alguna de enmienda, el pesar seguía a su lado. Era lo único que le quedaba.

Quizá lo mejor que podía hacer era rezar para que llegase el olvido. Cuando el Leviatán la hubiese destruido, encontraría la paz. Aun cuando la bestia se limitase a convertirla en su prisionera, disfrutaría del dolor y la demencia que llegasen con el hambre, hasta sumirse en el descanso del sopor. Al módico precio de renunciar a todo lo que alguna vez hubiesepreciado.

Aquel trueque se atragantó en la garganta de Fátima. Pensó en Lucita, en cómo se negaría ella a aceptar tal compromiso en tan severas condiciones. Fátima sintió la llamada de aquella rebeldía en la sangre... en la sangre de Lucita, estanca en sus propias venas. Fátima se debatió contra la oscuridad, sin conseguir moverse apenas. Carecía de la fuerza de voluntad necesaria para hender las tinieblas. Éstas acogían a Fátima en su seno, estrechaban su abrazo, la asían con firmeza. El Leviatán era lo único que la rodeaba, lo único que podía tocar, oler, catar.

Desapareció. Las sombras dejaron de saturar su entorno y Fátima volvió a encontrarse plantada en el suelo sobre ambos pies. Los gritos se diluyeron en las aguas del pasado, llevándose consigo la desesperación.

*Conoce la sangre.*

Por las venas de Fátima fluía la sangre de Haqim... y la de Lucita, otrora perteneciente a Monçada.

*Conoce la sangre.*

Fátima se había aprovechado de su amante, se había arrojado a sus brazos con falsas intenciones. Ahora, la falsa amada tenía la oportunidad de saldar cuentas. Se había deshecho el pacto y, con él, el pesar. Fátima se apresuró a adentrarse en la guarida de las sombras, temerosa de que la fragilidad de la tregua, de que las tinieblas regresaran para reclamarla.



**Miércoles, 6 de octubre de 1999, 00:41 h**

**Catacumbas, iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España**

El túnel del Leviatán no tardó en dar paso a los laberínticos pasadizos del refugio, propiamente dicho, de Monçada. Fátima aceleró el paso. Las estatuas y otros elementos de la iconografía cristiana la recibían al doblar cada recodo y adentrarse en cada pasillo. Sentía la fe, corrompida por la sombra, que saturaba la guarida de Monçada. También ella era una criatura de fe. No le tenía miedo al cielo ni a los ángeles.

Descubrió que los giros y los requiebros de los pasadizos le resultaban familiares. Era la primera vez que pisaba el suelo de la guarida del cardenal, pero el interrogatorio al que había sometido la Mano Negra a Ibrahim había sido minucioso. Los mapas estaban grabados a fuego en su memoria. De momento, demostraban ser exactos, no se había extraviado en ningún momento ni se había encontrado con resistencia de ningún tipo.

El cardenal protegía su intimidad con celo absoluto. Según Ibrahim, eran pocos los sirvientes a los que se les permitía el acceso a las zonas inferiores de la guarida. Esa noche, ghouls y legionarios por igual estarían protegiendo las entradas en respuesta a los ataques perpetrados en dichos lugares. Fátima sintió la vibración dentro del bolsillo, ahora que se había librado de la asfixiante presencia del Leviatán. Era la señal que indicaba que se estaban llevando a cabo las distracciones... y que Lucita había regresado junto a su sire.

Así que Monçada no sería su único adversario.

A fin de cuentas, la búsqueda de Fátima había resultado mucho más fácil de lo que hubiese esperado. Mientras trazaba mentalmente los diagramas de los sinuosos pasadizos, había pensado en registrar habitación por habitación, pero sus oídos discernieron un sonido familiar a lo lejos: el torvo eco de la carne al estrellarse contra la carne.

Fátima se apresuró a seguir los sonidos de la refriega, a sabiendas de que sería inmersa en ella donde encontraría a Lucita. Recorrió a largas zancadas pasillos que conocía y desconocía al mismo tiempo, cruzó la capilla, dobló una esquina, atravesó

el escritorio. No se detuvo en la sala de baños sino que la dejó atrás y se adentró en un nuevo pasillo. Transpuso el umbral de una puerta que estaba abierta.

Monçada era más inmenso de lo que se había imaginado, más poderoso de lo que daba a entender su mole. Vestía unos sencillos hábitos y sandalias, y Fátima podía oler la sangre que estaba sudando. Vio cómo su puño golpeaba a Lucita y se encogió como si fuese ella la que hubiese recibido el castigo.

Monçada levantó en vilo a Lucita, asida de un brazo inútil. Estaba inconsciente, aunque su forma maltrecha emitía un sonido que podría confundirse con la risa.

Fátima, cimitarra en mano, avanzó sigilosa hacia el sire y su chiquilla. No supo si Lucita había mirado en su dirección o si Monçada estaba en perpetua comunión con las sombras de su refugio, pero el caso es que sintió su presencia y se giró para enfrentarse a ella. Descartó la espada y desenfundó la 226 Sig, disparando rápidamente tres veces consecutivas.

Monçada se revolvió a una velocidad vertiginosa y la ráfaga que tendría que haberse cobrado su cabeza fue a estrellarse contra su hombro. El hombretón trastabilló de espaldas, soltó a Lucita y se aferró el amasijo de carne ensangrentada que antes fuese su hombro.

De inmediato, la rabia que había concentrado en Lucita y sus carcajadas, dementes y desafiadoras, se volcó sobre Fátima.

—¡Detente! —ordenó.

La onda de choque de su vozarrón inundó la estancia igual que una ola gigantesca. El dedo de Fátima tembló apoyado en el gatillo, le quedaban doce ráfagas explosivas con las que descuartizarlo, pero no pudo apretarlo. Vaciló apenas por un instante, suficiente para que unos tentáculos de sombra se enroscasen alrededor del arma. Apretó el gatillo. Explotó un trozo del techo. Una lluvia de esquirlas de roca cayó sobre ellos.

En lugar de enzarzarse en un tira y afloja, Fátima dejó la pistola al cuidado de los tentáculos y saltó hacia delante blandiendo su cimitarra. Las sombras se alzaron frente a ella. Las cercenó y fintó, pero le obligaron a alejarse de Monçada. Mientras maniobraba, empuñó su jambia en la mano libre con un imperceptible giro de muñeca. De un solo movimiento fluido, se practicó un tajo en el brazo, dejó que la sangre empapara la hoja y la lanzó.

Un tentáculo sombrío se interpuso en la trayectoria del arma, pero la jambia, bañada en la sangre de Haqim, hendió la oscuridad y se hincó en el pecho del atónito cardenal.

Monçada aulló de dolor.

A su lado, Lucita bregó por incorporarse sobre sus rodillas. Fátima la ignoró y se abalanzó sobre el sire.

En aquel momento, todas las sombras del infierno acudieron a la llamada de

Monçada. La oscuridad convergió procedente de todas las esquinas y grietas del cuarto. Fátima se vio tan incapaz de evitar el brutal asalto como lo habría sido de intentar convertir la noche en día y, cuando el manto de tentáculos se agarró a sus piernas, Fátima volvió a sentir la presencia del Leviatán. En aquella ocasión, no estaba vinculado a un túnel distante, sino vivo, presente en todos los rincones de aquella trampa mortal subterránea. La bestia la había perdonado una vez, había reconocido la sangre, pero ahora obedecía a la voz de su amo.

Fátima se defendió de la tenebrosa criatura pero, a medida que la sala se iba transformando en un lago de oscuridad, no quedó lugar alguno donde pudiera eludir su presa. Su velocidad resultaba inútil, ya que la oscuridad lo ocupaba todo. Volvió a apresarla y, aunque esta vez forcejeó sin tregua, no consiguió que el resultado fuese más satisfactorio. Los tentáculos la estrujaron, sin aplastarla pero sin ofrecerle ninguna vía de escape. Quizá el Leviatán se sentía demasiado confundido ante la presencia de la sangre familiar como para destruirla; quizá Monçada deseara retenerla cautiva.

El cardenal estaba atendiendo a sus heridas. El hombro había sanado parcialmente. Había extirpado la jamba de su pecho e intentaba tapar con la mano aquel corte que se negaba a obedecer a su sangre, que no lograba cerrar.

Lucita atravesaba las tinieblas, semejante su oscura melena a un ramillete de vaporosos tentáculos. Se había puesto en pie y había recuperado su espada. La Rosa Negra de Aragón se irguió entre Fátima y Monçada. También su brazo parecía parcialmente recuperado, aunque resultaba obvio que le dolía, dado que esgrimía el arma en su siniestra.

Monçada se sobrepuso a su agonía lo justo para esbozar una sonrisa.

—No te faltaba razón, mi hija preciosa. Según parece, hemos capturado a uno de esos bárbaros Assamitas. —Su expresión triunfal se tomó preocupada—. Tenemos que descubrir cómo consiguió llegar hasta aquí —dijo. Recuperaba la confianza a medida que hablaba—, pero, en cualquier caso, no nos quedaremos mucho más entre estos muros. Debemos enfrascarnos en un...

Monçada pareció genuinamente sorprendido cuando la espada de Lucita se encajó en su cuello. La hoja cortó músculo y tendón hasta incrustarse en el hueso. Lucita no había podido emplear su mano diestra y, además, le fallaban las fuerzas. Se tambaleó. Monçada dirigió una mirada inquisitiva a la espada que sobresalía de su cuello, y luego, a su chiquilla. Seguía con la boca abierta, pero se había quedado sin palabras.

—Mi hija... —balbució por fin, aunque las palabras necesarias para expresar su estupefacción seguían eludiéndolo. Entre muecas de dolor, desencajó la hoja encallada, ahora mellada, de su cuerpo y la arrojó lejos de sí. El repiqueteo del acero contra la roca pareció reanimarlo o, al menos, liberar la enorme rabia que bullía en su interior. En cuestión de segundos, su rostro adquirió el color de la grana y había

apretado sus enormes puños.

El revés que descargó sobre Lucita la envió por los aires al otro lado del cuarto. El autocontrol se había convertido en un recuerdo lejano para el cardenal. Se erguía trémulo de ira, con los ojos firmemente cerrados.

—¡Que las puertas del infierno se abran de par en par para recibirte! —gritó, por último. Dicho lo cual, un enjambre de sombras enterró a Lucita.

El Leviatán seguía sin aflojar su presa sobre Fátima. La criatura era lo suficientemente inmensa como para abrumar a dos personas. No obstante, mientras los tentáculos de tinieblas se enroscaban alrededor de la chiquilla del cardenal, Fátima sintió las dudas que asolaban a la bestia de sombras. Puesto que Monçada no le estaba ordenando que incapacitara a Lucita, que la retuviera, sino que la destruyera, que aplastara su cuerpo hasta que no quedase nada de ella. Fátima sintió aquella incertidumbre a través de la sombra, o quizá fuese gracias a la sangre compartida entre Monçada, Lucita y ella misma lo que la proporcionaba aquella información.

*Conoce la sangre.*

La marea negra del Leviatán se derramó sobre Lucita, arrastrándola como si de un madero a la deriva se tratase. Se elevaron enormes tentáculos del charco para rodearla. La estrangulaban con la fuerza de las eras. Las articulaciones crujieron. Los huesos comenzaron a quebrarse.

Empero, el Leviatán se resistía a molerla por completo, a destruir al recipiente de la sangre. Fátima, acostumbrada a la desesperación, sintió la de la criatura a la que habían ordenado que destruyera la sangre cuya protección era el motivo por el que la habían creado.

*Conoce la sangre.*

La resolución de la bestia se tambaleó durante unos segundos... antes de tomar una decisión.

Las bandas de oscuridad que apresaban a Fátima redoblaron su presa; los tentáculos que retenían a Lucita se tensaron de nuevo... y grandes serpientes de sombra se abalanzaron para someter al propio Monçada.

Si querían que el Leviatán destruyese la sangre, así sería.

Las protestas de Monçada no tardaron en morir en su garganta estrangulada. No conseguía aspirar el aire necesario para hablar. Lucita había dejado de debatirse y Fátima, sintiendo que la criatura aflojaba su presa cuando no se resistía, optó por permanecer quieta a su vez.

Monçada, no obstante, pataleó y forcejeó tanto como le fue posible. Su rabia se había apoderado de él. Primero su hija, y ahora su bestia guardiana habían atentado contra él. Los tentáculos lo abrumaron, semejante a una manada de chacales del desierto apiñados alrededor de un cadáver reciente. Le envolvieron las piernas, el

torso y los brazos. Toda su cabeza aparecía teñida de escarlata, presa de la ira.

Cuando los tentáculos comenzaron a romperle los huesos, Monçada consiguió dominarse por fin y atacó a la bestia con la fuerza de su voluntad en vez de la física. El Leviatán, la creación de Monçada, titubeó. La oleada de negrura se replegó ligeramente. La legión de tentáculos perdió un ápice de su determinación.

Aquello era todo lo que Fátima necesitaba. En el preciso instante en el que los tentáculos aflojaron su presa, se liberó. Su cimitarra trazó un amplio arco cuando se abalanzó sobre Monçada.

El antiguo Lasombra, por su parte, también había aprovechado para desembarazar su brazo bueno. Paró la espada. El tajo se cobró su mano... pero mantuvo la cabeza sobre los hombros.

Ya a corta distancia, Fátima fintó con la cimitarra y desenvainó otro puñal oculto de su cinturón. Monçada no pudo esquivar el filo. La daga se clavó hasta la empuñadura en su inmensa mole aunque, al tiempo que recibía la herida, pudo apresar a Fátima con su brazo libre y comenzó a aplastarla con su enorme fuerza, del mismo modo que el Leviatán instantes antes.

Los tentáculos de la bestia de sombras se irguieron de nuevo y envolvieron juntos a Monçada y a Fátima, uniéndolos en un íntimo abrazo. Bajo la presión, Fátima sintió cómo se le rompía una costilla, y luego otra. Intentó recuperar el puñal. El doble abrazo del oso de Monçada y el Leviatán impedía que pudiese hacerse poco más que asir la empuñadura. El rostro de Monçada se compuso en una mueca de dolor cuando el gin-gin comenzó a surtir efecto.

Fátima conocía el ardiente dolor que debía de estar convirtiendo su estómago en un infierno en aquellos momentos. Retorció la hoja, extendiendo la acción del veneno. Pero la paulatina destrucción de Monçada no conseguiría salvarla. Ante sus ojos comenzaban a bailar brillantes haces de luces en medio de las tinieblas. Una de sus costillas rotas laceró la piel.

Cuando ya la consciencia se batía en retirada, Fátima recurrió a la sangre una última vez, y ésta acudió a su llamada. Tenía el rostro apretado contra el pecho de Monçada. Miró hacia arriba y, por un instante, estrangulados juntos por el abrazo demoledor del Leviatán, ambos cruzaron la mirada. Los ojos de Monçada revelaban euforia. Gracias al dolor provocado por sus devoradas entrañas, había alcanzado el éxtasis. Se alegraba de que Fátima se enfrentase a su fin a la vez que él, y también de otra cosa... de haberse realizado.

Fue entonces cuando Fátima volvió a sentirse dueña absoluta de su sangre, que se agolpó en su garganta y manó de su boca para ir a estrellarse contra el rostro de Monçada. Allí donde la sangre de Haqim tocaba a un *kafir*, ardía. En esa ocasión, Monçada encontró el aire necesario para gritar.

Su piel se retrajo ante la sangre. Se le arrugaron los ojos hasta que no quedaron

más que dos agujeros humeantes. La sangre no dejaba de brotar. Fátima regurgitó hasta que ya no pudo más y cayó al suelo, recordando apenas lo justo como para que su libertad consiguiera sorprenderla. El Leviatán estaba retirándose. Los tentáculos se retraían hasta desaparecer. El charco de negrura se disolvió en parches de sombras que se refugiaron en los rincones del cuarto.

Monçada soltó un último grito desgarrador antes de que su cabeza desapareciera, con la sangre devorando carne y hueso desde fuera igual que hacía el veneno desde el interior. Fátima estaba demasiado débil como para rodar lejos de la trayectoria de la gigantesca mole que se derrumbó como un amasijo humeante sobre ella. Mientras yacía boca arriba, aturdida, mirando al techo, comenzaron a propagarse las grietas por toda la roca y comenzaron a desprenderse diminutas esquirlas de piedra y mortero, como las primeras gotas que anuncian la llegada de una tormenta.

**Miércoles, 6 de octubre de 1999, 1:10 h**  
**Calle del sapo, Madrid, España**

Anwar y Mahmud se apoyaban espalda contra espalda, exhaustos. Ambos sangraban por heridas que ya no podían sanar. Anwar sostenía su katar, inerte, incapaz de elevarlo por encima de la cintura.

La oscuridad circundante estrechó su cerco. Los guerreros de las sombras se acercaban para asestar el golpe de gracia.

—Rápido —instó Mahmud, ofreciéndole el antebrazo a Anwar—, coge mi sangre para que puedas escapar cuando me derriben.

A Anwar le quedaban pocas fuerzas para discutir pero, con un leve empujón, apartó de sí el brazo de Mahmud. Anwar no sería el único superviviente de aquel combate. El éxito de la misión no dependía de que uno de ellos consiguiera escapar de allí. La gloria llegaría con Fátima, o no habría gloria en absoluto. Anwar saldría junto a Mahmud, o no iría a ningún lado.

Los legionarios de Monçada cerraban filas. Se cernía la oscuridad que reclamaría a Anwar. La debilidad se apoderó de él y se tambaleó. No. Cayó en la cuenta de que no era él quien se movía, sino el suelo.

Como si quisiera confirmar sus sospechas, otro temblor estremeció la tierra bajo sus pies. Las ondas de choque resultaban apreciables, aunque no del todo violentas. Sin embargo, a juzgar por la reacción de los legionarios, Anwar hubiese pensado que el mismísimo planeta iba a partirse en dos.

Las sombras profirieron gritos de angustia y la propia oscuridad comenzó a arremolinarse y revolverse. Alrededor de los dos asesinos, los gritos se convertían en alaridos escalofriantes. Las sombras se fragmentaron en pequeños ciclones de color negro, del tamaño de una persona. Tan imprevisiblemente como se habían formado los torbellinos, la tierra pareció tragárselos por diminutos agujeros y los enloquecidos tentáculos se evaporaron.

**Miércoles, 6 de octubre de 1999, 1:13 h**

**Catacumbas, iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España**

El polvo y los trozos de roca que se desprendían del techo parecían flotar lánguidamente hasta el suelo. Fátima yacía boca arriba, observándolos, pensando cuán pacífico era aquel momento. Parte de su mente reconoció la seductora tentación del letargo. Su cuerpo estaba maltrecho. Había sacrificado mucha sangre en aras de aquella misión. Monçada había sido destruido. Ahora que su voluntad había abandonado su inmensa carcasa, los humeantes restos se habían disuelto en la nada.

También el Leviatán había desaparecido. Fátima era muy consciente de su ausencia. Tras haberse enfrentado a él por dos veces, se daba cuenta de lo mucho que su gran malevolencia, una extensión de la voluntad de Monçada dotada de vida, se había propagado por todas las grietas del refugio del cardenal. La bestia de sombras era los pilares de aquel lugar, mucho más que cualquier columna de piedra o mortero.

Y ahora que ya no estaba, la piedra y el mortero se caían a pedazos, temblaban el techo y el suelo.

Una mano asió el brazo de Fátima. Levantó la vista y vio a Lucita, con la boca ensangrentada.

—¿Has venido para matarme también a mí?

Fátima sintió ganas de echarse a reír. Por una vez, no supo distinguir si Lucita intentaba ser sarcástica o no. Decidió que, probablemente, así fuera. Apenas le quedaban fuerzas para sentarse. Por otro lado, Lucita no estaba en mejores condiciones.

A modo de respuesta, Fátima se inclinó y depositó un beso cariñoso sobre los labios de Lucita, limpiándolos de sangre. Se sentía demasiado débil incluso para reaccionar ante el apetito que el seductor sabor de la sangre había agitado en su interior. Dio gracias por la debilidad, por el calvario que acababan de atravesar y que la eximía de la carga de tener que decidir... aunque sabía de sobra cuál habría sido su decisión.

Ambas se ayudaron mutuamente a ponerse en pie. Fátima dedicó un instante de agonía a volver a colocar de nuevo la piel de su costado sobre la costilla protuberante.



Se apresuraron cuanto pudieron, juntas, al tiempo que comenzaban a derrumbarse trozos de piedra de mayor tamaño a su alrededor.

Se abrieron camino en silencio a través de la oscuridad. Fátima las condujo de regreso por el túnel que había utilizado para entrar, y Lucita pareció conformarse con seguir sus pasos. Las sombras eran más tenues que antes, la oscuridad ya no resultaba tan abrumadora.

Lucita escaló en primer lugar hacia el aire fresco de la verdulería. Más abajo, aún subiendo por los escalones toscamente tallados en la piedra, Fátima pudo oír los juramentos entre dientes que mascullaba Lucita. Cuando Fátima asomó la cabeza por el borde del pozo, vio el motivo: Anwar se encontraba a escasa distancia de Lucita, cubierto de cristales y magulladuras, con todo el aspecto de ir a desplomarse, exhausto, de un momento a otro. Pero seguía apuntando a Lucita con una ametralladora. Cuando Fátima se unió a ellos, los tres permanecieron columpiándose sobre los talones, en pie gracias tan sólo a un esfuerzo de voluntad.

Aun agotado como estaba, la mirada de Anwar era tan torva como triunfal. No apartaba los ojos de Lucita, aunque era a su hermana a quien se dirigió:

—Supuse que utilizarías este camino.

Fátima sabía lo que habitaba en el corazón y en la mente del hombre. El hecho de que ella estuviese allí implicaba que Monçada había sido destruido, que habían cumplido con su misión. Tenía derecho a sentirse henchido de orgullo y satisfacción. Y ahí estaba la chiquilla del cardenal. Ya no había ocasión de poner en peligro la misión, ya no quedaban razones por las que no pudieran acabar con ella.

Fátima avanzó hacia él, posó una mano sobre el cañón del arma y lo apartó con delicadeza. Anwar sí que volvió ahora la cabeza hacia ella, con ojos furibundos. Fátima le sostuvo la mirada hasta que el hombre la apartó.

Fátima permaneció así, con la mano en el arma, hasta que escuchó los pasos de Lucita, alejándose. Hasta que Lucita se hubo marchado.

Anwar no preguntó. Hubiese resultado indecoroso. Pero Fátima sabía que el resentimiento había arraigado en aquel corazón.

—Es mía.

Aquello pareció tener cierto sentido para Anwar, pero no respondía a todas las preguntas que no se atrevía a formular. ¿Por qué no destruían ahora a Lucita, cuando la ocasión era inmejorable? Fátima no sufriría vergüenza alguna por recibir ayuda. La voluntad del clan pesaba más que el orgullo individual.

Pero Fátima sabía que se había mostrado digna. Se las vería con Lucita antes o después y, si los sueños la visitaban antes de que llegara ese momento, si debía enfrentarse al juicio del heraldo... quizá entonces Anwar tuviese su oportunidad.

GHERBOD FLEMING. Escritor de novelas de fantasía enmarcadas en el universo de *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming es un seudónimo, y su verdadero nombre es John H. Steele. Nació en 1962 y en la actualidad vive con su mujer y tres gatos, posiblemente, en Atlanta, aunque, debido a que quiere mantener su vida privada en secreto, poco más se sabe, tanto de sus inicios en la literatura, como de sus inquietudes más básicas. Según sus más allegados, nunca ha sido empleado o ha recibido emolumento alguno de la Agencia Central de Inteligencia (a.k.a CIA), lo que no nos da demasiadas pistas acerca de sus afiliaciones, filias o fobias.

Tras mucho tiempo escribiendo relatos para los más variados fanzines, pasó al terreno profesional colaborando en varios módulos y suplementos de *White Wolf*, hasta que decidió, gracias a la buena aceptación que tuvo en la empresa, en 1997, la propuesta de su primera novela, *El abogado del diablo*, dedicarse sólo a escribir narrativa. Las buenas ventas posteriores de la trilogía avalaron su decisión así que, desde entonces, sólo ha escrito novelas de *Vampiro* en el *Mundo de tinieblas*.

A primeros de 1999 se comenzó a publicar, en Estados Unidos, la macrosaga, de libros de lectura independiente, *Novelas de clan*, que dedica una novela a cada uno de los clanes de vampiros del *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming fue co-escritor de la serie (junto a Stewart Wieck), y escribió cinco de ellas: *Gangrel*, *Ventrue*, *Assamita*, *Brujah* y *Nosferatu*.

# Notas

[1] Las entradillas aparecen en **negrita** cuando la historia avanza normalmente; y en *cursiva* cuando se hace algún retroceso temporal para narrar otros sucesos anteriores (o revisar los mismos desde otra perspectiva). (N. del E. D.) <<

[2] Si la imagen que continúa a este texto no es legible, dice lo siguiente:

COPIA DE ARCHIVO

28 de julio de 1999

Ref: asesinos

13/7 asesinato de Maria Chin en Baltimore.

Informes por mensajero: ni rastro de Ravenna/Parménides en Washington aquella noche.

Parece probable que nuestro peón Assamita fuese el responsable. ¿Se podría volver a los Assamitas contra el Sabbat? Que Colchester presione el plan de Lucita (Las.) con Pieterzoon. Sus actos podrían provocar una respuesta.

*~Sobre todo si tenemos en cuenta anteriores colaboraciones.*

*~Además: rumores de problemas en la Capilla de los Cinco Distritos*

*Tenemos que distanciarnos de los Assamitas todo lo que podamos, sin que se enfaden.*

La imagen no es la original que venía en el libro en papel, ha sido realizada a semejanza a partir de ésta (N. del E. D.) <<

[3] Si la imagen que continúa a este texto no es legible, dice lo siguiente:

COPIA DE ARCHIVO

25 de septiembre de 1999

Ref: Fátima

Informes de Courier: ayudó a Fátima a ponerse en contacto con Ravenna/Parménides; imposible averiguar de qué hablaron.

Los nuestros también ayudaron a Fátima en Hartford. Se van acumulando favores; recordárselo en caso de necesidad. Nuestro plan para hacerla salir a la luz parece que ha dado resultado.

*~No tiene por qué: Otros posibles factores:*

*Incremento de la actividad Assamita por todo el mundo.*

*¿Qué se traen entre manos?*

*~Más ayuda por su parte de la que me gustaría pero ¿cómo le dices que no a un assamita? Esp. A Fátima*

*Puesta al día de archivos de acción: Fátima al-Faqadi*

La imagen no es la original que venía en el libro en papel, ha sido realizada a semejanza a partir de ésta (N. del E. D.) <<